Colección Papeles de Kierkegaard

Søren Kierkegaard

Diarios
Volumen VIII
1846

Universidad Iberoamericana

Colección Papeles de Kierkegaard

Colección Papeles de Kierkegaard

Diarios

Volumen viii

1846

Søren Kierkegaard

Traducción del danés, introducción y notas
María J. Binetti
F. Nassim Bravo Jordán

Universidad Iberoamericana

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA CIUDAD DE MÉXICO.
BIBLIOTECA FRANCISCO XAVIER CLAVIGERO

[LC] B 4376.A3 P75618.2022 [Dewey] 198.9 K5418.2022

Kierkegaard, Søren, 1813-1855
Colección papeles de Kierkegaard: Diarios Volumen VIII: 1846 / Søren Kierkegaard; traducción del danés, introducción y notas María J. Binetti, F. Nassim Bravo Jordán. – México: Universidad Iberoamericana Ciudad de México, 2022 – Publicación electrónica.
isbn: 978-607-417-863-0

(Colección papeles de Kierkegaard; 8)

1. Kierkegaard, Søren, 1813-1855 – Diarios. 2. Filósofos – Dinamarca – Diarios I. Binetti, María J. II. Bravo Jordán, Nassim. III. Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Departamento de Filosofía. IV. Søren Kierkegaard Papirer, 1846.

D.R. © 2022 Universidad Iberoamericana, A.C.
Prol. Paseo de la Reforma 880
Col. Lomas de Santa Fe
Ciudad de México
01219
publica@ibero.mx

Versión electrónica: abril 2022.
isbn: 978-607-417-863-0
isbn: 978-607-417-202-7 (colección)

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.
Hecho en México.

Digitalización: Proyecto451

Índice

ix / Prólogo
xiii / Introducción
xxi / Nota sobre la traducción
xxiii / Cronología

Papeles A
1845 / 1847

3 / Diario (7 de enero / septiembre de 1846)
39 / Informe (1846)
69 / Apuntes de Berlín (5-13 de mayo de 1846)
87 / Diario (7 de septiembre de 1846 / 24 de enero de 1847)
145 / Papeles sueltos (1845 / 1847)

Papeles B
1845 / 1846

155 / Artículos relacionados con *El Corsario* (1845 / 1846)
277 / Fragmentos sobre el *Postscriptum no científico y definitivo a Migajas filosóficas* (1846)

Prólogo

> "En mi opinión, vencer no debe significar que yo haya vencido, sino que la idea ha vencido a través mío, aunque yo tenga que ser sacrificado".[1]
> Søren Kierkegaard

Adentrarnos al mundo interior de un pensador como Kierkegaard es un suceso que puede conmocionar el alma del lector, pues nos conduce a sus rincones más oscuros, a sus conflictos interiores, a lo que en verdad piensa acerca del mundo que lo rodea: sus personas, sus instituciones, la vida diaria; nos permite también conocer sus sentimientos amorosos e, incluso, aquellos cargados de resentimiento. Este volumen viii de los *Diarios y papeles* de Kierkegaard, correspondientes a 1846, son un parteaguas en el estilo y la temática de sus diarios; nos encontramos con un escritor mucho más centrado en su estado interior, a diferencia de los diarios anteriores donde abundaban sus reflexiones académicas, literarias o teológicas. ¿Qué provocó este cambio?

A finales de 1845 Kierkegaard estaba terminando la redacción de *Postscriptum no científico y definitivo a Migajas filosóficas*. Consideraba que era su última obra y que su labor como escritor seudónimo había concluido; incluso tenía en mente hacerse pastor. Su plan para el *Postscriptum* era realizar un recorrido por toda su producción y señalar que el hilo conductor de todo aquel proyecto era mostrar la

[1] Søren Kierkegaard, *Diarios* viii [1] a 27.

verdad como interioridad y lo que significa la búsqueda de la felicidad dentro del cristianismo. Sin embargo, todos sus planes fueron abruptamente trastornados por su polémica con la revista *Corsaren* (*El Corsario*). Desde el 2 de enero de ese año, la revista liberal y de tono satírico, emprendió una campaña de ridiculización a la figura y obras de Kierkegaard: mofas a su peculiar personalidad, tergiversación de sus escritos, todo esto acompañado de caricaturas por demás hirientes. Ante estas circunstancias Kierkegaard comienza una polémica contra *Corsaren*, para ello desplegó toda su capacidad irónica para defenderse y contraatacar. Fue en el mes de octubre cuando *Corsaren* llegó a su fin debido a, en cierta manera, las críticas abiertas de Kierkegaard a su editor.

De este encuentro, existen diversos ejemplos en el diario del estado de ánimo que las críticas le produjeron a Kierkegaard, uno de ellos se refiere a cómo sus queridos y necesarios paseos por las calles de Copenhague fueron trastocados por esos sucesos:

> Y, sin embargo, mi alma y mis observaciones irónicas se satisfacían de manera extraordinaria corriendo por las calles y no siendo nada, mientras que los pensamientos y las ideas trabajaban en mí; siendo un holgazán, cuando era en absoluto el más diligente de todos los jóvenes; siendo imprudente y "sin seriedad", cuando la seriedad de los otros pasaría por una broma al lado de mi preocupación interior. Esto es lo que se ha perturbado ahora. Se exalta a la multitud, a los aprendices, a los muchachos carniceros, a los alumnos de escuela y toda esa clase de gente. Pero con ese público yo no juego, no tengo nada que hacer allí, él no tiene los presupuestos para que mi ironía se manifieste o alcance el sentido de la idea.[2]

Como es lógico, todas esas circunstancias dolorosas produjeron en él una mayor atención a sí mismo, en los motivos existenciales que estaban detrás de su labor como escritor y, en general, en su destino y en el sentido de su vida. Por esto, este diario nos ofrece un interesante recorrido por el alma de Kierkegaard. Habla de su infancia, del enorme influjo que tuvo su padre en él, de su melancolía, de su

[2] *Ibidem*, a 107.

enfermedad y, aunque todavía no se anima a escribir sobre Regina Olsen, como lo hará en los años siguientes –pues desconfía del papel, ya que puede caer en manos indiscretas–;[3] sin embargo, se refugia en la idealidad de su amor para poder atravesar la tempestad que se ha formado sobre él.

Especial interés tienen sus reflexiones sobre la hermenéutica de sus escritos, ya que vuelve continuamente sobre este tema. Tal vez la anotación más significativa, escrita al margen de uno de sus cuadernos que usaba como diario, se refiere a la agudeza dialéctica-existencial de sus escritos:

> Mi mérito literario será siempre el de haber presentado las determinaciones decisivas de todo el ámbito existencial con tal agudeza dialéctica y de manera tan original como no lo ha logrado, en lo más mínimo y hasta donde sé, ninguna obra literaria. No me he inspirado en obras ajenas, a lo que hay que añadir el arte de mi exposición, su forma, su ejecución lógica. Pero pasará tiempo antes de que alguien la lea y estudie con seriedad. En este sentido y quién sabe hasta cuándo, toda mi producción está desperdiciada, como cuando se les sirven platos muy finos a los campesinos.[4]

El lector que se introduzca en estas páginas encontrará las características anteriormente señaladas, será el propio Kierkegaard el que le muestre su alma y tendrá, como consecuencia, una importante motivación para adentrarse en su pensamiento por medio del vasto mundo de sus escritos.

Luis Guerrero M.

[3] *Ibidem*, a 108.
[4] *Ibidem*, a 128.

El presente volumen de la Colección Papeles de Kierkegaard abarca el año 1846 en la vida y la obra del filósofo, dominado por el escándalo desatado por *El Corsario* (*Corsaren*) y el horizonte de sentido que Kierkegaard le asignó a esta polémica, calificada por muchos como "la controversia más famosa de la historia literaria danesa".[5] Desde la perspectiva existencial, quizá fue para Kierkegaard un *annus horribilis*,[6] pues fue humillado por el escarnio público, violentado en su intimidad, y estuvo expuesto a vacilaciones sobre su futuro personal.

El Corsario era un periódico liberal que apareció el 8 de octubre de 1840 bajo la edición de Meïr Aron Goldschmidt (1819-1887), periodista y novelista danés de ascendencia judía, traductor y autor, entre otras obras, de *Un judío* (1845), publicada bajo el seudónimo de Adolph Meyer. Durante el verano de 1837, en la casa de P. Rørdam, Kierkegaard conoció a Goldschmidt, y hasta 1845 la relación entre ambos fue cordial, de gran admiración hacia Kierkegaard por parte de Goldschmidt, y de respeto y confianza hacia éste por parte de Kierkegaard (vii [1] a 99 / nb:8), quien alguna vez le recomendara al novelista dedicarse a la composición cómica en lugar de la estética. Por esas ironías de la vida, el consejo kierkegaardiano caló en la historia y decidió el trágico destino de la relación entre ambos.

[5] Søren Kierkegaard, *The Corsair Affair, and Articles Related to the Writings*, ed. y trad. de H. V. Hong y E. H. Hong, Princeton: Princeton University Press, 1982, p. vii .
[6] *Cfr.* Joakim Garff, *Søren Kierkegaard. A Biography*, Princeton y Oxford: Princeton University Press, 2000, p. 411.

Junto a la edición de Goldschmidt, *El Corsario* contaba con la colaboración de Peder Ludvig Møller (1814-1865), fino escritor y polemista poco apreciado en los círculos literarios de Copenhague por su crítica pérfida y ladina, escondida en el anonimato y disimulada por cierta secreta asociación con Goldschmidt. Kierkegaard había sido objeto del sarcasmo de Møller en un par de oportunidades, lo cual explica la tensión y latente hostilidad entre ambos, finalmente desencadenada hacia el término de 1845. En efecto, el 22 de diciembre Møller publica el anuario estético *Gæa*, cuyas páginas 144-187 corresponden al artículo "Una visita en Sorø" –el colegio más destacado de Dinamarca–, en el que se narra el encuentro de algunos notables escritores para discutir las novedades literarias. Entre las publicaciones comentadas se hallan dos libros de Kierkegaard, a saber, *O lo uno o lo otro*, cuya segunda parte era artísticamente desestimada por la crítica møllerianа, y los *Etapas en el camino de la vida*, obra por la que se acusa a Kierkegaard de un exceso de productividad casi patológico y literariamente insalubre. El 27 de diciembre, apenas cinco días después, Kierkegaard le responde a Møller en *Fædrelandet* (*La Patria*) bajo el seudónimo Frater Taciturnus con el artículo "La actividad de un esteta itinerante" donde denuncia el sarcasmo carente de idealidad de la crítica møllerianа, identifica a *Gæa* con *El Corsario* y declara a Møller el real editor del periódico. La aserción pública de Kierkegaard "*ubi* P. L. Møller, *ibi El Corsario*[7]" desató el encono de Møller y Goldschmidt por falsa y perjudicial para la reputación de aquél, y sentó el comienzo de un escándalo que terminaría con *El Corsario* y le permitiría a Kierkegaard interpretarse como el mártir de la masificación y la mediocridad.

Dos días después de la publicación de Kierkegaard, el 29 de diciembre, Møller le responde en *Fædrelandet* en un tono más conciliador, pero la reconciliación nunca llegó. El 2 de enero de 1846 Goldschmidt publica en *El Corsario* un nuevo artículo sobre "Cómo el filósofo errante descubrió al errante actual editor de *El Corsario*", en el que revela el nombre de Kierkegaard como el verdadero autor detrás de Frater Taciturnus. El filósofo vuelve a atacar en *Fædrelandet*, núm. 9, con "El resultado dialéctico de una investigación policial en la literatura", en el que califica a *El Corsario* de prostituto y denuncia

[7] En latín; "donde está P. L. Møller, está *El Corsario*".

el abuso contra su persona. Desde ese momento la polémica escaló en violencia y hostilidad. Kierkegaard se vio forzado a reconocer la autoría de sus obras seudónimas (vii [1] b 74-78), con lo cual el efecto amortiguador del anonimato terminó. *El Corsario* arremeterá con una caricaturización cada vez más degradante de la persona de Kierkegaard. Para el periódico liberal no se trató de una discusión de principios ni de ideologías, sino de un ataque *ad hominem* que ridiculizó la figura de Kierkegaard en razón de sus piernas, sus pantalones, su joroba, su pasear por las calles de la ciudad, etcétera; su personalidad fue humillada y expuesta de manera pública. Por parte de Kierkegaard, la denuncia apuntó a la degradación moral tanto de sus adversarios directos como del periodismo, los *mass media* y la prensa en conjunto por su efecto masificador y despersonalizante. El escándalo concluyó pocos meses después con la renuncia de Goldschmidt a la edición número 315 de *El Corsario*, el 2 de octubre de 1846. El 7 de octubre Goldschmidt inició un viaje por Alemania e Italia que duró hasta el otoño de 1847, momento en que regresó a Copenhague para lanzar el periódico "Norte y Sur" (*Nord og Syd*) En cuanto a Møller, abandonó Dinamarca en diciembre de 1847 y no regresó nunca más.

Si hay que creerle a Kierkegaard cuando afirma que la existencia singular es su propia acción libre y que, en concreto, esa acción libre sólo puede serlo dialécticamente, entonces debemos explicar la polémica de *El Corsario* como una libre creación kierkegaardiana provocada por su dialéctica existencial a fin de medirse y afirmarse contra aquello que el polemista Kierkegaard niega ser. El filósofo mismo confesará en estos *Papeles* haber propiciado un ataque (vii [1] a 214 / nb:101) que lo convertiría –a juicio de su propia subjetividad– en el mártir de la vulgaridad irreflexiva, en la víctima de una mediocridad provinciana –Copenhague tenía entonces unos 125 mil habitantes– carente de los presupuestos necesarios para entenderlo (vii [1] a 124 / nb:32; vii [1] a 125 / nb:33; vii [1] a 148 / nb:37; y vii [1] a 165 / nb:53).

Si en términos existenciales Kierkegaard se comprendió a sí mismo como la víctima sacrificial de la decadencia ética de su tiempo, en términos filosóficos *El Corsario* le permitió posicionarse en perspectiva histórica como la autoconciencia de una época carente de principios e ideas. Desde el punto de vista conceptual, podríamos condensar la crítica de lo que Kierkegaard llamó la "abyección literaria"

(vii [1] a 12 / jj:422; vii [1] a 49 / jj:457; y vii [1] a 77 / jj:485) y la "tiranía" periodística (vii [1] a 72 / jj:480; vii [1] a 77 / jj:485; y vii [1] a 122 / nb:30) en tres ideas centrales, a saber: la falta de una concepción ideal –libre y sintética– de la existencia, la despersonalización como causa y efecto de la ausencia de idealidad (vii [1] a 112 / nb:20) y la identificación de la multitud con la mentira y el mal (vii [1] a 176 / nb:64). Las tres ideas están íntimamente conectadas y articulan una batalla que trascenderá el episodio puntual de *El Corsario* para sostenerse hasta los últimos días de la vida de Kierkegaard con una intensidad *in crescendo* y que rematará en la calificación de la tiranía periodística como el origen del mal en el mundo moderno, la caída más profunda de la humanidad y la causa de la ruina de los Estados.

La estampida de *El Corsario* es contemporánea de la aparición del *Postscriptum* el 26 de febrero de 1846 (vii [1] a 2 / jj:414; vii [1] a 20 / jj:430; vii [1] a 26 / jj:435; y vii [1] a 31 / jj:439), obra con la cual Kierkegaard pensó dar por concluida su carrera literaria. Entre 1840 y 1845 había logrado consagrarse como escritor y, en el último año, había saturado su producción con la publicación en apenas un mes –entre fines de abril y de mayo– de los *Tres discursos para ocasiones supuestas*, las *Etapas en el camino de la vida* y la reedición conjunta de los *Dieciocho discursos edificantes*; como si esto hubiera sido poco, entregó a la imprenta el *Postscriptum* a fines de diciembre (vii [1] a 2 / jj:414). De este modo, Kierkegaard cerraba una etapa que había comenzado con la ruptura de su noviazgo y la decisión de convertirse en escritor para proyectar una nueva época, abocada a la función pastoral, como declaraba entonces: "mi actividad como escritor está ahora terminada" (vii [1] a 98 / nb:7) y "mi idea es prepararme para ser pastor" (vii [1] a 4 / jj:415).[8] Sin embargo, pocos meses después de haber pensado en terminar su carrera literaria, Kierkegaard reconoce a la escritura como una necesidad vital (vii [1] a 169 / nb:57), hasta que el 24 de enero de 1847 abandona definitivamente la fantasía de ser pastor, interpretada como una expresión de su melancolía y su espíritu penitente, y relanza su carrera literaria en abierta confrontación con un contexto de declarada decadencia moral y espiritual (vii [1] a 222 / nb:108 y vii [1] a 229 / nb:114). Comienza así lo que podría llamarse el segundo ciclo de su autoría,

[8] *Cfr. Pap.* vii [1] a 169, 221-222 y 229; y *sv [1]* xiii, p. 570.

convencido ahora de asumir su vocación como un llamado divino y "una acción" (vii ¹ a 123 / nb:31) ético-religiosa capaz de anunciar la verdad a un mundo que, insiste Kierkegaard, *vult decipi* ("quiere ser engañado") (vii ¹ a 147 / nb:36; vii ¹ a 148 / nb:37; y vii ¹ a 158 / nb:47).

1846 significó un año bisagra en la vida y la obra de Kierkegaard, lo cual se expresó también en el hecho de que en la primavera empezara a escribir sus *Papeles* personales en unos cuadernos etiquetados como nb y distribuidos en 36 volúmenes (nb:1-nb:36). Los nb inauguran una nueva ola de producción kierkegaardiana que abarca desde el 9 de marzo de 1846 hasta 1855.

Desde el punto de vista autobiográfico, los *Papeles* del presente volumen dan cuenta de un Kierkegaard consagrado al ideal de una existencia auténtica e incapacitado desde el punto de vista psico-somático –según el mismo confiesa– para vivir una vida en los límites de "lo general" (vii ¹ a 126 / nb:34). En un breve viaje a Berlín, entre el 5 y el 13 de mayo (vii ¹ a 129-146), parece haber buscado cierta toma de distancia del convulsionado escenario local. Algunas otras entradas hacen referencia a obras publicadas, como *El evangelio de los sufrimientos* (vii ¹ a 160 / nb:49; vii ¹ a 224 / nb:110) o *El libro sobre Adler* (vii ¹ a 150 / nb:39; vii ¹ a 153 / nb:42; vii ¹ a 158 / nb:47).

A lo largo del libro descubrimos a un Kierkegaard admirador de Carl Gustav Carus y su obra *Psyche. Hacia la historia del desarrollo del alma*, la que Kierkegaard adquirió en Reitzel el 20 de noviembre de 1846 (vii ¹ a 186 / nb:73; vii ¹ a 198 / nb:85), y al lector de la *Teología especulativa* de Immanuel Hermann Fichte, la que habría obtenido el 17 de noviembre (vii ¹ a 187 / nb:74); de la *Moral teológica* de Carl Daub (vii ¹ a 204 / nb:91); y de la *Ética* de Spinoza, leída en su totalidad según su testimonio (vii ¹ a 35 / jj:443). Kierkegaard se adentra también en los *Pensamientos* de Pascal (vii ¹ a 151 / nb:40) y los *Escritos póstumos* de Poul Martin Møller (vii ¹ a 216 / nb:103). A la lectura de Spinoza y de Carus se refieren los pocos extractos y comentarios de los *Papeles* vii ¹ c 1-5.

Por último, quisiéramos destacar algunos pocos conceptos que sobresalen en estas páginas, comenzando por una de las categorías nucleares del pensamiento kierkegaardiano, a saber, la idea de *posibilidad*, afirmada aquí como el constituyente último de la realidad efectiva: "Es terrible lo que puede desplegar un hombre que permanezca de

ese modo en el lugar, formado solamente por la posibilidad" (vii [1] a 6 / jj:417). "Porque la conciencia puede estar dormida, pero su posibilidad es lo constitutivo. De lo contrario, lo que la determina sería un momento transitorio. Ni siquiera la conciencia de su determinidad, la autoconciencia, es lo constitutivo, porque ésta es sólo la relación en la cual su determinidad se vincula consigo misma, mientras que el co-conocimiento de Dios es lo que la fija, la sostiene" (vii [1] a 10 / jj:420). La idea de posibilidad emerge de estas líneas como (des-)fundamento radical del orden real, consistente con una ontología de lo virtual que es origen y elemento del devenir. La primacía kierkegaardiana de lo posible como sustrato infinito de un acto siempre finito, contingente y transitorio, supera y reemplaza la vieja metafísica del fundamento sustancial, perfecto y acabado por la nueva dialéctica de una potencia inacabable siempre posible. Tal es el lugar, dice Kierkegaard, de Dios, de ese co-conocimiento –*Samviden*– divino que determina radicalmente a la subjetividad y sostiene su transición de lo infinito indeterminado a la determinación libre y singular.

La inmanencia de lo divino en la posibilidad constitutiva supone el desplazamiento ontológico del Dios-sustancia-perfecta al absoluto-sujeto-virtual, esto es, del acto perfecto e inmutable al devenir libre y reflexivo de lo absoluto. Por eso, dice Kierkegaard, Dios no existe en el medio abstracto del entendimiento o la fantasía que lo representan intelectualmente –intelectualismo que Kierkegaard asimila a la especulación metafísica–, sino en el medio actual y activo de la libertad, que lo realiza en su devenir de lo posible a lo efectivo. "Sólo para un existente Dios existe, es decir, Él puede existir en la fe [...] Por eso la fe es la anticipación de lo eterno que une los momentos, la separación de la existencia. Cuando un existente no tiene fe, entonces Dios no es, ni tampoco existe, aunque se entienda eternamente su eternidad" (vii [1] a 139). De la infinitud posible a la actualidad infinita, la conciencia deviene absoluta y lo absoluto existe.

En otras palabras, lo divino no puede ser objeto del conocimiento intelectual, sino, en todo caso, sujeto de la acción libre y singular, resultado y contenido a la vez que causa y acto. Tal desdoblamiento de lo absoluto capaz de devenir en otro distinto de sí mismo es lo que Kierkegaard describe, en otros términos, como dialéctica de la omnipotencia (vii [1] a 181 / nb:69), según la cual la alteridad creada afirma su

libertad en la misma relación constitutiva que la mantiene dependiente. Por eso, en última instancia, cuando la subjetividad realiza libremente su posibilidad infinita, su acto coincide con el reconocimiento del único sujeto absoluto, porque "Dios es el sujeto" (vii [1] a 201 / nb:88), cuya subjetividad sólo existe en esa reciprocidad ontológica de la fe. De la conciencia inmediata a la autoconciencia reflexiva y de ésta al singular absoluto, el devenir realiza lo infinitamente posible en su omnipotencia efectiva.

Por último, al lado de la crítica de la abyección literaria y la tiranía periodística, Kierkegaard lanza en estas páginas una larga invectiva contra las ciencias naturales: "toda corrupción vendrá de las ciencias naturales" (vii [1] a 186 / nb:73), viciadas por un positivismo biologicista y despersonalizante que intenta "tratar a la ética como física" (vii [1] a 182 / nb:70). Recordemos que por esos años el microscopio experimentaba grandes avances, y su atractivo produjo –a juzgar por la crítica kierkegaardiana– una fascinación *quasi* religiosa. Idolatradas como una suerte de ojo de Dios, las ciencias naturales convierten –acusa Kierkegaard– la acción libre en necesidad, el salto cualitativo en dialéctica cuantitativa y la única certeza ético-religiosa en mera curiosidad intelectual.

La presente traducción está basada en el volumen vii , tomo 1 (vii [1]) de la primera edición danesa de los *Papirer* de Kierkegaard (*Søren Kierkegaards Papirer [Pap.]*, editados por Peter Andreas Heiberg, Victor Kuhr y Einer Torsting, Copenhague: Gyldendal, 20 volúmenes, 1909-1948) y contiene los *Diarios* y papeles correspondientes al año 1846. Como se sabe, los *Papirer* están ordenados cronológicamente (de acuerdo con el criterio de sus editores) y en este volumen se observa dicha secuencia.

La presente traducción incluye la totalidad de los *Papeles A*, es decir, los *Diarios* propiamente dichos, y la primera parte de los *Papeles B*, compuestos casi en su totalidad (b 1-73) por artículos relacionados con *El Corsario* (1845-46) y en una mínima expresión (b 74-78) por fragmentos sobre el *Postscriptum*, en los que Kierkegaard revela la autoría de varias obras publicadas bajo seudónimos.

Hemos integrado a esta traducción la concordancia entre los *Papirer* y la última edición danesa de los *Escritos de Søren Kierkegaard* (*Søren Kierkegaard Skrifter [sks]*, editados por Niels Jørgen Cappelørn, Joakim Garff, Jette Knudsen, Johnny Kondrup, Alastair McKinnon y Finn Hauberg Mortensen, Copenhague: Gads Forlag, 28 volúmenes, 1997-2013) a fin de facilitar su consulta cruzada. Cuando las entradas de los *Papirer* carecen de correspondencia con los *Skrifter*, lo indicamos con un guión entre corchetes [-] colocado después del número de entrada. Los *Søren Kierkegaard Skrifter* pueden consultarse en www.sks.dk.

Por último, en las referencias a las *Obras completas* se sigue su primera edición: *Samlede Værker [sv 1]*, editadas por A. B. Drachmann, Johan Ludvig Heiberg y H. O. Lange, Copenhague: Gyldendalske Boghandels Forlag, 14 volúmenes, 1901-1906.

En algunas referencias bibliográficas de las notas al pie de página se encuentra la clave askb . Alude a la compilación de H. P. Rohde *Auktionsprotokol over Søren Kierkegaards Bogsamling* (Copenhague: Det Kongelige Bibliotek, 1967), el registro de la subasta de la colección de libros de Kierkegaard, es decir, la lista de las obras que integraban la biblioteca personal del filósofo en el momento de su muerte.

1846

2 de enero	Publicación del artículo de Meïr Goldschmidt en *El Corsario (Corsaren)*, núm. 276, titulado "Cómo el filósofo errante descubrió al errante actual editor de *Corsaren*".
9 de enero	En "El nuevo planeta", un artículo en *El Corsario* núm. 277, donde Kierkegaard es mencionado con su nombre por primera vez y a partir del cual se sucederán en el periódico los ataques y caricaturas del "gran filósofo".
10 de enero	Contraataque de Frater Taciturnus en *Fædrelandet (La patria)* núm. 9 con "El resultado dialéctico de una investigación policial en la literatura".
7 de febrero	Kierkegaard decide ordenarse pastor (vii [1] a 4). Redacción de "Una primera y última explicación" y del prólogo a *Una reseña literaria. Las dos edades...*
27 de febrero	Se publica el *Postscriptum no científico y definitivo a Migajas filosóficas* de Johannes Climacus. Incluye "Una primera y última explicación", firmada por Kierkegaard, en la que reconoce ser el autor de la mayor parte de las obras y los artículos publicados bajo seudónimo (vii [1] b 74).
6 de marzo	En "Den store Philosoph", un artículo de *El Corsario* a propósito del *Postscriptum*, se ironiza de nuevo a Kierkegaard.

27-28 de marzo	Reseña del *Postscriptum* por Prosper naturalis de molinaski –seudónimo de Peder Ludvig Møller– en *Kjøbenhavnsposten*, núms. 73-74.
30 de marzo	Kierkegaard publica *Una reseña literaria. Las dos edades. Novela del autor de Una historia cotidiana*, editada por J. L. Heiberg.
2 al 16 de mayo	Kierkegaard toma el buque a vapor *Geiser* para emprender su cuarto viaje a Berlín vía Stettin.
11 de junio	Se representa en el Teatro Real la obra cómica *Ludovic*, que inspirará el estudio de Kierkegaard *El señor Phister como el capitán Escipión*, publicado bajo el seudónimo Procul.
12 de junio	Kierkegaard adquiere tres obras del pastor Adolph Peter Adler (1812-1869): *Estudios y ejemplos*, *Ensayo de una breve presentación sistemática del cristianismo según su lógica* (*Forsøg til en kort systematisk Fremstilling af Christendommen in dens Logik*) y *Estudios teológicos*.
27 y 30 de junio y 2 de julio	Se pone en escena en el Teatro Real la comedia estudiantil de Jens Christian Hostrup *Los vecinos de enfrente* (*Gjenboerne*), en la que aparece la figura de cierto teólogo llamado Søren Kirk (vii [1] a 154, viii [1] a 456, 458 y 654).
2 de octubre	Meïr Goldschmidt abandona la edición de *El Corsario* después de publicar el número 315.
7 de octubre	Meïr Goldschmidt viaja a Alemania e Italia.
19 de noviembre	El *Periódico publicitario* (*Adresseavisen*), núm. 274, anuncia el libro de Magnús Eiríksson titulado *La confusa esencia metafísico-idealista, fantástico-especulativa, subversiva de la religión y el cristianismo, fatalista, panteísta y autodeificante de los impresos parágrafos morales del Dr. H. Martensen, o bien de los así llamados "Lineamientos del sistema de filosofía moral del Dr. Hans Martensen", iluminada y juzgada por Magnús Eiríksson, candidato a la graduación en teología*.

Papeles A

1845 / 1847

Diario

7 de enero / septiembre de 1846

#

vii [1] a 1 / jj:413

Hoy escuché a un cochero decir sobre otro cochero borracho que conducía muy fuerte: "él ha tenido alguna de esas cosas que lo mandan a uno al arroyo".

#

vii [1] a 2 / jj:414

Postscriptum definitivo

El manuscrito fue entregado completo a la imprenta a mediados de diciembre o fines de 1845.[1] "Una primera y última explicación" fue apuntada en un papel del manuscrito original, pero al margen para elaborarla después, y fue entregada en el último momento para que no quedara dando vueltas en la imprenta.[2] Lo único que no dejé en la imprenta fue una nota[3] a un pasaje sobre los escritos seudónimos porque la escribí durante el proceso de impresión. La mentira, el chismerío y la vulgaridad que lo rodean a uno suelen dificultar mucho

[1] Kierkegaard dejó la obra en la imprenta de Bianco Luno el 30 de diciembre de 1845. Ese día, en el mismo original entregado, Kierkegaard cambió "simple" por "no científico". El libro salió el 20 de febrero de 1846 y comenzó a venderse por C. A. Reitzel el 27 de febrero con un precio de tres táleros. *Cfr. Pap.* vii [1] a 98-99; *Pap.* vii [1] b 69, 71 y 72; y *sv* [1] xiii, pp. 498 y 549. La moneda danesa se dividía en táleros (*rigsdaler*), marcos (*mark*) y céntimos (*skilling*). Un tálero equivalía a 6 marcos, un marco a 16 céntimos y un tálero a 96 céntimos. Una criada, por ejemplo, ganaba unos treinta táleros al año.

[2] *Cfr. Pap.* vi b 99.

[3] *Cfr. Pap.* vii [1] b 83.

la propia posición; quizá me angustia demasiado el hecho de tener la verdad de mi lado hasta en el más pequeño detalle. ¿De qué sirve eso?

vii [1] a 3 *Al margen de vii [1] a 2:*
Me ha desconcertado por un instante el hecho de que dadas las circunstancias (los disparates de *El Corsario*[4] y ese chismerío de la ciudad) tuviera que dejar de reconocer mi autoría[5] y sólo indicar en el impreso, por las fechas, que todo era anterior a ese disgusto. ¡Pero no! En honor a la verdad, no debo tomar en cuenta esa clase de cosas y debo hacer todo como estaba determinado, encomendando a la voluntad de Dios lo que pudiera resultar de eso y aceptando todo lo que venga de sus manos como un don bueno y perfecto, despreciando la conducta prudente, consolándome con que Él me dé un espíritu seguro y sabio.

#

vii [1] a 4 / jj:415 Ahora mi idea es prepararme para ser pastor.[6] Durante muchos meses le pedí a Dios que me ayudara, porque cada vez veía con mayor claridad que no debía ser más escritor,[7] cosa que yo quería ser o bien por completo, o bien nada en absoluto. Por esa razón no he comenzado nada nuevo desde cuando hice las correcciones; sólo la breve reseña de *Las dos edades*,[8] que está también terminada.

7 de febrero de 1846

#

vii [1] a 5 / jj:416 Qué espanto lo de ese hombre que una vez, siendo pequeño, mientras cuidaba ovejas en el páramo de Jutlandia, con mucho dolor, muerto

[4] Referencia a los artículos satíricos, las alusiones y las caricaturas de Kierkegaard publicados por *El Corsario (Corsaren)* a partir de los comienzos de 1846.
[5] *Cfr.* "Una primera y última explicación", en *Pap.* vii [1] b 74-81, así como *Pap.* vi b 99 y *sv [1]* vii, pp. 545 y ss.
[6] *Cfr. Pap.* vii [1] a 98, 169, 221, 222 y 229; y *sv [1]* xiii , p. 570.
[7] *Cfr. Pap.* vii [1] a 9, 98, 107, 114, 116, 128, 164 y 169; y *Pap.* vii [1] b 211.
[8] Se refiere a *To Tidsaldre*. Novelle af Forfatteren til *En Hverdags-Historie [Las dos edades.* Novela del autor de *Una historia cotidiana*], de Thomasine Gyllembourg, ed. por J. L. Heiberg, Copenhague, 1845 [askb 1563]. La publicación de la obra fue anunciada por el *Adresseavisen* del 30 de octubre de 1845, y *Una reseña literaria* salió a la luz el 30 de marzo de 1846, impresa por Bianco Luno. *Cfr. Pap.* vii [1] a 98 y 104, y *Pap.* vii [1] b 71.

de hambre y agotado, se levantó en una colina y maldijo a Dios: y ese hombre no pudo olvidarlo jamás, ni siquiera a los 82 años.[9]

#

vii [1] a 6 / jj:417

De occultis non judicat ecclesia[10]

<*Cfr.* p. 268>

Cfr. pp. 194, 185 y 171 de este libro.[11]

¿Me atrevería a ocultar mi culpa?[12] Y, sin embargo, me atrevo a denunciarla. Si Dios quiere revelarla, puede hacerlo, y esta autodenuncia podría ser también una acción de la Providencia.

Hoy me asaltó un recuerdo acusatorio. Supongamos que entonces apareció la acusación. Yo podría viajar lejos, muy lejos de aquí, vivir en un país extranjero, iniciar una nueva vida lejos del recuerdo, lejos de cualquier posibilidad de que fuese revelada. Podría vivir oculto—. Pero no, debo permanecer inalterable en el lugar, hacer todo sin ningún miramiento prudencial, abandonándolo todo a Dios.[13] Es terrible lo que puede desplegar un hombre que permanezca de ese modo en el lugar, formado solamente por la posibilidad.

vii [1] a 7

Al margen de vii [1] a 6:

Aquí también podrían usarse las palabras del dicho alemán: *Gott richt't, wenn niemand spricht*[14] (es decir, cuando todos callan, cuando nadie piensa en acusar, cuando nadie sueña con que haya una queja o cuando el acusador está muerto). *Cfr. Deutsche Märchen und Sagen*, de I. W. Wolf, Leipzig, 1845, p. 213.[15]

[9] Alusión al padre de Kierkegaard, Michael Pedersen Kierkegaard (1756-1838). *Cfr.* H. P. Barfod, *Til Minde om Bishop Peter Chr. Kierkegaard*, Copenhague, 1888, pp. 13 y ss.; también *Pap.* ii a 805 y *sv* [1] vi, p. 236 y s.

[10] En latín: "La Iglesia no juzga las cosas ocultas".

[11] *Cfr. Pap.* vi a 61, 55-59, 47 y 31-32.

[12] *Cfr. Pap.* vii [1] a 221.

[13] *Cfr. Pap.* vii [1] a 3.

[14] En alemán, "Dios juzga cuando nadie habla".

[15] J. W. Wolf (ed), *Deutsche Märchen und Sagen* [Cuentos y leyendas alemanes] Leipzig, 1845 [askb 1439].

vii [1] a 8 / jj:418

#

Creo que es Goethe quien dice en algún lugar:
Ach, da ich irrte, hatt' ich viel Gespielen,
Seit ich die Wahrheit kenne, bin ich fast allein.[16]

vii [1] a 9 / jj:419

=

Hasta ahora, me ha dado resultado convertir a los seudónimos en autores. ¿Qué pasaría si de ahora en adelante me permitiera una pequeña producción en forma de crítica? En ese caso, yo sostendría lo que tuviese para decir en las reseñas críticas de uno u otro escrito, en las que desarrollaría mis propias ideas, de manera que también ellas tuvieran lugar en el escrito.[17] *De ese modo evitaría ser autor.*
en feb. 1846.

vii [1] a 10 / jj:420

En realidad, la conciencia es lo que constituye una personalidad. La personalidad es una determinación individual establecida por ser conocida por Dios en la posibilidad de la conciencia. Porque la conciencia puede estar dormida, pero su posibilidad es lo constitutivo. De lo contrario, lo que la determina sería un momento transitorio. Ni siquiera la conciencia de su determinidad, la autoconciencia, es lo constitutivo, porque ésta es sólo la relación en la cual su determinidad se vincula consigo misma, mientras que el conocimiento de Dios es lo que la fija, la sostiene.

vii [1] a 11 / jj:421

#

El Prof. Nielsen[18] le respondió a Sager[19] cuando éste, al ver las habitaciones de aquél en las afueras de Fredriksberg[20], le manifestó lo lindo

[16] En alemán, "Ay, cuando estaba en el error, tenía muchos compañeros, / desde que sé la verdad, estoy casi solo", en *Goethe's Werke* [Obras de Goethe], Stuttgart y Tubinga: J. G. Cotta, 1828-1833, vol. i, p. 5 [askb 1641-1668].
[17] Alusión a *Una reseña literaria*. *Cfr. Pap.* vii [1] a 4.
[18] Michael Nielsen (1776-1846), rector de la Escuela de la Virtud Cívica de Copenhague desde 1811 hasta el 1° de octubre de 1844, en la que Kierkegaard estudió. Vivía en Frederiksberg, en la calle Smallegade núm. 13. Allí murió el 11 de febrero de 1846.
[19] Hans C. Sager (1808-1885), maestro panadero y director del sistema de ayuda a los pobres de Copenhague. Vivía en Vesterbro núm. 25. *Cfr. Pap.* vi b 201.
[20] Esto es, Frederiksberg Smallegade 13, donde Michael Nielsen se había mudado en 1844 y permaneció hasta su muerte.

que debía ser para el Prof. vivir en las afueras e invertir su *otium*[21] en estudiar: "No (fácil, fácil), Sager, ya no leeré más; ahora me voy a morir".[22] Por oposición al cumplido del director Sager sobre el estudio, la "lectura" del viejo Mikkel[23] produce una magnífica impresión. La historia entera es una excelente expresión de la noble simplicidad del Prof. Nielsen –y entonces esa resignación: ahora me voy a morir.

#

vii [1] a 12 / jj:422

El concepto de abyección literaria[24] puede ser determinado por los siguientes predicados: carece de la justificación de una idea, aun cuando posea cierto talento; carece de una concepción de la vida; es cobarde, servil, insolente, avara; y, por lo tanto, le corresponde de manera esencial ser anónima. Si se quisiera compararla para ver bien la diferencia con la disolución de Grecia y la comedia de Aristófanes,[25] habría que decir que Aristófanes está autorizado por la idea, sobresale por el genio, se eleva por el coraje personal. Verdaderamente hacía falta coraje para representar al demagogo Cleón y tomar su papel en la obra cuando ningún actor se animaba a hacerlo. Pero, así como la antigüedad fue incapaz de alcanzar la abstracción propia de la disolución moderna, así también es imposible que ella mantenga, aun en el período de su corrupción, analogía alguna con ese tipo de cobarde vileza que el anonimato quiere favorecer. Bien dice Sócrates en la *Apología*[26] que sus verdaderos acusadores, aquéllos que lo venían acusando durante muchos años, eran como sombras que nadie puede atrapar. Pero incluso cuando el chismerío de pueblo y las habladurías de boca en boca fuesen como sombras, en cierto modo proceden de hombres reales, y en virtud de su anonimato una única persona puede conjurar una legión de sombras.[27]

[21] En latín: "ocio".

[22] *Cfr.* Holger Lund, *Borgerdydsskolen i Kjøbenhavn 1787-1887 [El Colegio Borgerdyd de Copenhague 1787-1887]*, Otto B. Wroblewskys Forlag, Copenhague, 1887, p. 145.

[23] Diminutivo de Michael.

[24] Alusión a *Corsaren*. *Cfr. Pap.* vii [1] a 49, 147 y 214; *Pap.* vii [1] b 1, 9, 10, 53, 54 y 69; y *sv* [1] viii, p. 88, y xiii , p. 498.

[25] *Cfr. Des Aristophanes Werke* [Las obras de Aristófanes] trad. Johann Gustav Droysen, 3 vols., Berlin 1835-1838 [askb 1052-1054], vol. ii, p. 307; también *Pap.* iii b 179 y 57.

[26] *Cfr.* Platón, *Apología de Sócrates*, Gredos, Madrid 2003, 18 b-d.

[27] Alusión a Mateo 26:53 y a los cinco mil suscriptores de *El Corsario* alcanzó en 1845.

vii [1] a 13 / jj:423

#

Hoy en día, cualquiera puede escribir algún artículo medianamente sensato sobre alguna cosa, pero nadie quiere o puede sostener el extenuante trabajo de pensar a fondo un único pensamiento hasta sus más finas consecuencias. Por el contrario, lo que se aprecia justo en nuestros días es escribir bagatelas, mientras que quien escribe un gran libro resulta casi ridículo. En la antigüedad, se leían grandes libros, y si alguno leía panfletos o periódicos se negaba a admitirlo. Ahora, en cambio, uno se siente obligado a leer todo lo que está en un periódico o panfleto, pero se avergüenza de haber leído un gran libro todo entero, teme ser considerado de pocas luces.

vii [1] a 14 / jj:424

#

Bernardo de Claraval: *impleri visitationibus Dei anima non potest, quæ distractionibus subjacet.*[28]

vii [1] a 15 / jj:425

#

Así como la metafísica[29] ha reemplazado a la teología, al final la física terminará reemplazando a la moral. Toda la consideración moderna de lo moral en términos estadísticos contribuye a eso.[30]

vii [1] a 16 / jj:426

#

Cada vez que veo aparecer un periódico "para diversión" pienso siempre con melancolía: Dios mío, otra vez alguien que estaba a punto de tirarse al mar, pero antes de hacerlo quiso jugarse la última carta probándose como periodista cómico, satírico.

vii [1] a 17 / jj:427

#

El nuevo desarrollo de nuestra época no puede ser político, porque lo político es dialéctico en la relación entre la generación y el individuo, según el individuo se la *representa*. Pero en nuestra época

[28] En latín, "el alma que está sujeta a distracciones no puede ser colmada por la visita de Dios". En *In ascensione Domini [En la Ascensión del Señor]*, sermón 3, capítulo 7 (*cfr.* Migne, *Patrologia Latina* 183, col. 308A). Kierkegaard probablemente lo cita de *Opera*, Basel, 1566 [askb 427].

[29] Referencia general a la especulación moderna.

[30] *Cfr. Pap.* vii [1] b 213, *Pap.* ii a 271 y *sv [1]* vi, p. 446.

cada individuo está ya en camino de ser demasiado reflexivo para contentarse con ser meramente *representado.*[31]

En la actualidad, los honorarios que se pagan en la literatura danesa son muy bajos, incluso para los autores de renombre, comparados con la propina que se les deja a los piratas literarios, que es muy alta. Cuanto más despreciable es actualmente un escritor, tanto más gana. vii [1] a 18 / jj:428

#

Se considera cómico que alguien tenga una idea equivocada y causa risa cuando la expresa. Incluso Holberg emplea ese tipo de comicidad, a pesar de ser ilegítima y meramente accidental. Por ejemplo, la gente de montaña[32] supone que la Tierra es plana. Ahora bien, mi Dios, tal juicio no es de suyo algo tan espantoso, sino que lo cómico reside más bien en otro lado, en que alguien pueda sentirse tan autocomplacido de saber que es redonda. Si tener una idea equivocada sobre algo es cómico, entonces todos nosotros somos más o menos cómicos y uno que otro descubrimiento nos deja en ridículo. Pero tal comicidad, como se dijo, es algo subordinado, por más que el sentido y el entendimiento de lo cómico esté tan poco desarrollado que casi siempre se la emplea, mientras que <muy> rara vez se emplea lo puramente cómico. vii [1] a 19 / jj:429

Lo puramente cómico consiste en que un hombre sepa lo correcto y, sin embargo, parezca no saberlo. Allí hay una contradicción esencial. Un hombre sabe que Dios existe – y dice: "que el diablo me lleve". Él sabe que todo es incierto, pero "la experiencia le ha enseñado" a permanecer en lo "cierto", en eso cierto que es precisamente incierto.

#

La dialéctica de la congregación o la comunidad es la siguiente: vii [1] a 20 / jj:430

1) Los individuos que se relacionan mutuamente en la relación son por sí mismos inferiores a la relación.

[31] *Cfr. sv* [1] viii , p. 79.

[32] *Cfr.* Ludvig Holberg, *Erasmus Montanus eller Rasmus Berg* en Den Danske Skue-Plads [*La escena danesa*], 7 vols, Copenhague 1758-1778 [askb 1566-67], vol. 5, *eller Rasmus Berg*, acto 3, escenas 2 y 5; acto 4, escenas 2 y 4; y acto 5, escena 5. Erasmus Montanus o Rasmus Berg fue representada en el Teatro Real de Copenhague el lunes 19 de diciembre de 1842.

De este modo ocurre que un miembro individual es inferior al organismo físico, y los cuerpos celestes individuales son inferiores al sistema solar.

2) Los individuos que se relacionan mutuamente en la relación son de suyo iguales a la relación.

Eso sucede en el amor terreno, en el que cada uno es algo para sí mismo, pero la necesidad de la relación es la misma para ambos.

3) Los individuos que se relacionan mutuamente en la relación son por sí mismos superiores a la relación.

Eso se da en la forma religiosa más elevada. El singular se relaciona primero con Dios y luego con la congregación, pero esa primera relación es la más alta, siempre y cuando él no la rechace.

Cfr. también *Postscriptum definitivo*, p. 327: la tarea no consiste en alcanzar la especie a partir del individuo, sino desde el individuo y por medio de la especie llegar al individuo.

Cfr. Tratado del Dr. Bayer,[33] *der Begriff der sittlichen Gemeinschaft* (en *Fichtes Tidsskrift*, xiii , 1844, p. 80[34]).

Su triple división es: *Beziehung, Bezug, Einheit*[35] (*cfr.* pp. 80 y 81).

vii [1] a 21 / jj:431

#

De occultis non judicat ecclesia.

Cfr. pp. 256, 194, 185, 171.

Se podría colocar aquí la historia de sufrimiento de un amante infeliz, de manera tal que las fechas correspondan unas con otras sin que nada tengan que ver entre ellas.

Ambas partes habrían llegado a manos del editor de un extraño modo.

[33] Karl Bayer (1806-1883), filósofo alemán.

[34] K. Bayer, "Der Begriff der sittlichen Gemeinschaft" [El concepto de comunidad moral], en *Zeitschrift für Philosophie und spekulative Theologie [Revista de Filosofía y Teología Especulativa]*, ed. I. H. Fichte, 27 vols, Tübingen 1837-1855, vol. 13 (1844), pp. 69-102. En las líneas referidas por Kierkegaard, Bayer atribuye la solidaridad de la sociedad a una necesidad interna, correspondiente con la libertad y el amor. *Cfr. Pap.* ii a 204 y ii c 50. Immanuel Hermann Fichte (1796-1879) fue un filósofo alemán, hijo de Johann Gottlieb Fichte (1762-1814).

[35] En alemán, "relación, conexión, unidad".

#

vii [1] a 22 / jj:432

Cuando una persona ha sucumbido a la perdición, entonces la última réplica y seña es: aún queda en mí algo mejor. Así como cuando alguien se hunde sube una burbuja, ésa es la señal y entonces él se hunde. Así como el encierro puede convertirse en la destrucción de un hombre porque él no quiere pronunciar lo que oculta, del mismo modo puede serlo la pronunciación de esa palabra: la destrucción, porque esa declaración expresa justamente que él se ha convertido en una cosa tan objetiva que se atreve a hablar de su propia destrucción como un asunto decidido, lo que podría tener interés psicológico para un tercero. La esperanza de que pudiese quedar en él algo mejor, que oculto en el silencio fuese usado para trabajar en su salvación, esa esperanza es difundida y utilizada como ingrediente de la oración fúnebre que él mantiene sobre sí mismo.

#

vii [1] a 23 / jj:433

El cálculo

Si yo fuera pastor y pudiese hablar de manera tal que ese individuo singular, al regresar de la iglesia a su casa, no quisiera otra cosa que volver a escucharme, alabándome y gritando de júbilo por mí. — Y si además, por otro lado, yo pusiera mi atención sobre ese individuo singular para estudiar su individualidad y saber cómo influir en él, y entonces lo rechazara para que él termine casi enojado conmigo, y volviera a su casa y cerrara su puerta y le rezara a Dios:[36] ¿en cuál de los dos casos yo lo beneficiaría más? En el último caso, mi engaño lo conduciría a la verdad; en el caso anterior, mi afirmación de la verdad sería un engaño; en el último caso, él terminaría con la verdad y comenzaría con un engaño; en el anterior, terminaría con un engaño y comenzaría con la verdad.

Pero los hombres necesitan eso, al menos en el sentido en que los estoicos[37] lo decían: *sapientem nulla re indigere, et tamen multis illi rebus opus ese. Ergo quamvis se ipso contentus sit sapiens, amicis illi opus*

[36] Alusión a Mateo 6:6.
[37] Referencia a Séneca.

est, non ut habeat, qui sibi ægro *assideat, sed ut habeat aliquem, cui ipse assideat, pro quo mori possit.*[38]

Esto está citado de un pequeño tratado del Dr. Bayer en *Fichtes Tidskrift*, xiii , 1844, p. 86.

vii [1] a 24 / jj:434

#

El *Berlingske Tidende*[39] bien puede compararse, en sentido literario y crítico (porque respecto a su ocupación principal, lo político, la comparación es otra), con el envoltorio de papel de un sándwich: uno lo lee mientras come. Por cierto, a falta de servilletas, yo he llegado a ver a un hombre limpiarse con el periódico. Esto vale para todo aquello cuyo contexto tiene gran importancia, de manera que lo deseable para hacer al lector en lo posible un poco serio, sin que sea tan elevado para que cualquiera pueda comprenderlo con facilidad, eso no debe ser leído de esa manera. Por tal motivo, yo no quería ver nada mío impreso en el *BT*. En lugar de la amplia difusión que mis escritos pudieran alcanzar por aparecer en el *BT*, en lugar de eso lo que yo deseaba era sólo un único lector.

vii [1] a 25

#

Al margen de vii [1] a 24:

Esa falta de autoestima es y será la ruina; todo gira en torno al dinero. Si fuera rentable, estoy seguro de que alguno publicaría un periódico destinado a ser leído <sólo> en el baño.

vii [1] a 26 / jj:435

#

Y luego se me critica[40] porque tengo trato con Mynster y con alegría acepto una pequeña expresión suya de reconocimiento. ¿Acaso no

[38] En latín, "el sabio no necesita nada, y sin embargo usa muchas cosas. Incluso cuando el sabio se satisface a sí mismo, no obstante se vale de amigos, no para tener a alguno que se siente junto a su lecho de enfermo, sino para tener a alguien a quien cuidar, por quien poder morir". Paráfrasis de Séneca, *Cartas*, 9, 14 y 9, 8-10. El número de página señalado por Kierkegaard está equivocado, en realidad es la página 88.

[39] *El periódico de Berling* era el único periódico de Copenhague que podía aceptar publicidad pagada. Salía seis días a la semana y en la década de 1840 alcanzó las 7000 copias.

[40] *Cfr.* Alusión a la caricatura del "Den store Philosoph" [El gran filósofo], en *El Corsario [Corsaren]*, núm. 285, 6 de marzo de 1846, pp. 88 y s.

sostuve lo mismo en *Fædrelandet* de 1845,[41] cuando me excusé de ser elogiado por el *Berlingske Tidende*; no es acaso lo mismo que siempre sostuve, desde mi primer escrito hasta el último?

Y ahora el prefacio del *Postscriptum definitivo:*[42] 1) ¿es de Johannes Climacus? Y en esto vuelve a valer lo que se afirma al final del libro,[43] que yo no soy el seudónimo y éste se permite una desconsideración que yo ni puedo ni quiero. 2) ¿de qué expresiones de aprobación y crítica se habla? De las analogías entre los ¡hurra! y los *pereat*[44] de la muchedumbre. ¿Será entonces por despreciar y rechazar todo ese reconocimiento popular que él desprecia al singular que realmente sobresale? Qué estupidez. Si un periódico como *El Corsario* no careciera por completo de autoconocimiento, entonces se vería con facilidad por qué yo no quiero ser reconocido por él; y si sólo tuviera un autoconocimiento relativo se entendería por qué yo quiero ser vapuleado por él, cuya vileza sólo está oculta a sus propios ojos.

#

vii [1] a 27 / jj:436

Porque, en mi concepción, triunfar no significa que yo triunfe, sino que la idea triunfe en mí aunque yo sea sacrificado.

#

vii [1] a 28 / jj:437

La razón precisa por la cual la ciencia es tan difícil es pasada completamente por alto. Se asume que cualquiera, y entonces también el científico, sabe lo que debe hacer (éticamente) en el mundo — y entonces él se sacrifica por su ciencia. Pero esa misma consideración ética era lo que primero debía ser atendido — y con eso toda la ciencia podría encallar. El científico vive su vida personal en categorías totalmente distintas a las de su cientificidad, pero justamente aquella primera era la más importante*. Por ejemplo, el científico reza — y todo su esfuerzo

[41] *Cfr.* Kierkegaard había sido elogiado como autor de los *Tres Discursos sobre situaciones supuestas* y supuesto autor de las *Etapas en el camino de la vida* por el Berlingske Tidende del día 6 de mayo de 1845. Kierkegaard rechazó los elogios en su artículo "Una explicación y algo más" de *Fædrelandet [La Patria]*, núm. 1883, 9 de mayo de 1845; también *sv [1]* xiii , pp. 418 y ss.

[42] *Cfr. sv [1]* vii , pp. 5 y ss.

[43] *Cfr. sv [1]* vii, pp. 545 y ss.

[44] En latín, "que muera".

está ocupado en demostrar la existencia de Dios. Pero ¿cómo puede rezar con sinceridad cuando su ser está dividido por esa autocontradicción? Y si él reza con sinceridad, entonces uno se preguntaría cómo pasa de su oración a su ocupación científica, es decir, cómo él, en tanto que científico, se comprende a sí mismo en su oración, y cómo, en tanto que orante, se entiende a sí mismo como científico.

vii [1] a 29 *Al margen de vii [1] a 28:*
"Con esa naturalidad y simplicidad comienza un breve tratado de Spinoza (*de emendatione intellectus*, p. 495).[45]

vii [1] a 30 / jj:438 #
Si un hombre quisiera trabajar al máximo de su capacidad, pero constantemente afirmara que él no pretende obtener nada, entonces se le consideraría un egoísta. Si él trabajara la mitad de eso, pero seguido asegurara que le gustaría obtener algo, etcétera, entonces sería elogiado con simpatía. ¿Y por qué? Porque ese orden de cosas supone una concesión a la turba de los hombres a quienes halaga que él esté tan ocupado como ellos. Un autor se subordina al público, ruega por el juicio indulgente del público, etcétera, lo halaga, y al final el autor se convierte en un mero jornalero y cualquier mercachifle en el público.

vii [1] a 31 / jj:439 #
Spinoza rechaza la concepción teleológica de la existencia y dice (en la conclusión del primer libro de la *Ética*) que la consideración teleológica sólo vale para quien recurre al *asylum ignorantiæ*:[46] se ignora la *causa efficiens* y entonces se construye la teleología. En la segunda parte de la Ética, él defiende la inmanencia de ella y dice que está en todas partes, aunque no se tenga el omni-conocimiento de cada *causa efficiens*. Pero aquí Spinoza se refugia en el *asylum ignorantiæ*. Los campeones de la

[45] *Cfr.* Spinoza, "Tractatus de intellectus emendatione et de via, qua optime in veram rerum Cognitionem dirigitur" [*Tratado sobre a la corrección del intelecto y el modo en el que mejor se dirige al conocimiento de la verdad de las cosas verdaderas*], en *Spinoza Opera*, Stuttgart, 1830, pp. 493-518 [askb 788]; *cfr.* también *Pap.* iv a 190.
[46] *Cfr.* Spinoza, "Ethica ordine geometrico demonstrata et in quinque partes distincta" [Ética demostrada en orden geométrico y dividida en cinco partes], en *Spinoza Opera*, pp. 307 y s.

teleología concluyen: no se le conoce, ergo no existe. Spinoza concluye: uno lo ignora, ergo existe.

¿Qué significa esto? Significa que la ignorancia es el invisible punto de unidad de ambos caminos. Uno puede llegar a la ignorancia, y cuando eso sucede, como se dice en el *Postscriptum definitivo*, el camino se invierte (*cfr. Postscriptum definitivo*, parte ii, cap. ii, "La subjetividad es la verdad").[47]

#

vii[1] a 32 / jj:440

Cuando lo malo se convierte en lo peor (porque lo mejor es que *latere, bene latuit*),[48] entonces siempre es mejor ser destruido por el promedio de los hombres que ser admirado por ellos. Porque los hombres promedio son esencialmente iguales, hagan una cosa o la otra; son igual de estúpidos, igual de tontos. Pero cuando destruyen, la proporción tiene menos de locura que cuando admiran. No se comprende la verdad — entonces se la destruye. Eso tiene algún sentido. Pero no comprender la verdad — y entonces admirarla. Eso es locura.

#

vii[1] a 33 / jj:441

A menos que se eliminaran de repente un par de miles de años de la historia humana y se cortaran los puentes para que los hombres aprendan a comenzar con los problemas de su propia vida y existencia, se confunde todo. Se confunde el propio problema existencial con su reflexión en la conciencia de los eruditos de todas las generaciones. Lo esencial en cuanto a cualquier problema existencial consiste en su significado para mí. Después de eso, puedo ver si sirvo para escribir tratados eruditos.

#

vii[1] a 34 / jj:442

En lugar de todo ese elevado discurso sobre el comienzo de la ciencia, se debería volver a comenzar, como en los viejos tiempos, de manera humana, con la pregunta sobre si quiero ser científico.

[47] *Cfr. sv*[1] vii, p. 157.

[48] Error al escribir *latere, bene vixit*, en latín, "quien se oculta, vive bien". *Cfr.* Ovidio, *Tristia, en P. Ovidii Nasonis opera quae supersunt [Obra existente de Ovidio], ed. A. Richter, 3 vols.*, Leipzig 1828, iii, 4, 25.

Entonces se comienza con una deliberación puramente ética, que quizá podría desarrollarse en forma de diálogo platónico para que todo sea lo más simple posible.

Lo que mueve a comenzar resulta entonces de nuevo el *asombro*, como en los viejos tiempos lo fue para los griegos. Respecto del asombro podría valer aquello que Descartes observa en su escrito sobre las pasiones, que el asombro no tiene opuesto,[49] así como lo que Spinoza observa en el tercer libro de la Ética sobre la *admiratio*[50]*, que él no la cuenta entre los tres afectos de los cuales deduce todo (*cupiditas, lætitia, tristitia*[51])**. *Subsidialiter,*[52] se podría considerar el hecho de comenzar con la duda.

Lo que mueve a comenzar es el *asombro*. Aquello con lo cual se comienza es una *resolución*.[53]

**Al margen: Cfr.* p. 369.[54]

**Nota. Está claro que él utiliza el concepto griego de κινησις[55] en *transitio*[56], así como él dice de la *lætitia* y la *tristitia* que son una *transitio in perfectionem*[57], no la *perfectio*[58] misma, p. 368.

vii [1] a 35 / jj:443

#

He leído toda la Ética de Spinoza. Resulta extraño, construir una ética sobre un principio que, aunque correcto, es tan indeterminado como éste: *suum esse conservare,*[59] y mantenerlo en una ambigüedad tal que

[49] *Cfr.* Descartes, "Tractatus de passionibus animæ [Tratado sobre las pasiones del alma]", pt. ii, art. 53, en *Renati Descartes opera philosophica [Obras filosóficas de René Descartes]*, Amsterdam 1677-1678 [askb 473], 4 vols, vol. 4, p. 27; *cfr.* también *Pap.* iv b 13 y 23.

[50] En latín: "admiración".

[51] En latín: "deseo, alegría, tristeza".

[52] En latín: "subsidiariamente".

[53] *Cfr. Pap.* vi a 33.

[54] *Cfr. Pap.* vii a 29; también Spinoza, *Ethica*, iii, iv, en *Benedicti de Spinoza opera philosophica omnia [Obra filosófica completa de Baruch Spinoza]*, ed. A. F. Gfrörer, Stuttgart 1830 [asks 788].

[55] En griego: "movimiento, devenir". Referencia al movimiento aristotélico como transición de la potencia al acto. *Cfr. Pap.* iv a 54 y *Pap.* v c 6.

[56] En latín: "transición".

[57] En latín: "transición en perfección".

[58] En latín: "perfección".

[59] En latín: "la conservación del propio ser". *Cfr.* Spinoza, *Ética*, proposición 6, punto 3.

puede significar tanto lo corporal, lo egoísta, como la más elevada resignación del amor intelectual.

Pero hay una contradicción en considerar cómo o por qué medios uno alcanza la perfección dominando las pasiones, el camino a esa perfección (*cfr.* p. 430, conclusión), y a la vez hacer pasar esto por una teoría de la inmanencia, porque el camino es precisamente la dialéctica de la teleología. Yo voy por tal y tal camino, hago esto y aquello — *a fin de*, pero este *a fin de* separa el camino y la meta.

#

vii 1 a 36 / jj:444

Hoy el *Adresseavisen* informa sobre la muerte de un niño de 8 años y el aviso termina así: "se pone en conocimiento con pesar a sus pequeños amigos". ¡Bravo! Se supone que los niños leen los avisos para ver si uno de sus pequeños amigos ha muerto.

#

vii 1 a 37 / jj:445

Poco a poco, la crítica periodística abarcará los objetos menos pensados. El otro día, en un diario de provincia, se contaba que un hombre había sido ejecutado por el verdugo N. N., quien lo hizo con gran precisión. También el verdugo F. F., que estaba allí presente para azotar a otro, lo hizo de manera adecuada.

#

vii 1 a 38 / jj:446

Perseguir el aplauso del momento es como perseguir la propia sombra. Ni bien se intenta, ella huye. Pienso en una imagen de un escrito de edificación: un niño corriendo detrás de su propia sombra y la sombra avanzando con él.

#

vii 1 a 39 / jj:447

Spinoza *i Præfatio Tractatus theologico-politicus*.
p. 88
...reliquis autem hunc tractatum commendare non studeo, nam nihil est quod sperem, eundem iis placere aliqua ratione posse; novi enim quam pertinaciter ea præjudicia in mente inhærent, quæ pietatis specie amplexus est animus; novi deinde æque impossibile ese vulgo superstitionem adimere ac metum; novi denique constantiam vulgi contumaciam esse, nec ratione regi, sed impetu rapi ad laudandum vel

vituperandum. Vulgus ergo et omnes, qui iisdem cum vulgo affectibus conflictantur, ad hæc legenda non invito, quin potius vellem, ut hunc librum prorsus negligant, quam eundem perverse, ut omnia solent, interpretando molesti sint, et dum sibi nihil prosunt, aliis obsint.[60]

El último punto contiene una apología anticipada.

vii [1] a 40 / jj:448

#

Allá en el cementerio, una viuda colocó el siguiente verso sobre su difunto esposo:

¡Hombre! Ahora luchaste

Pero "hombre" así enfatizado significa un "héroe", no un esposo (porque sólo en un estilo inferior se dice: hombre, mi hombre, el hombre de ella) y menos aún un sepulturero. Ay, y el difunto era justamente sepulturero.

vii [1] a 41 / jj:449

#

...Der Neidige ist ein Martyrer, aber des Teufels.

Cfr. Abraham a St. Clara
samtl. Skr., x b, p. 392[61]

[60] En latín: "Prefacio al Tratado teológico-político...no me preocupo por encomendar mi tratado al resto de la humanidad (es decir, a quienes no son filósofos), porque no puedo esperar que contenga alguna cosa de su agrado: yo sé hasta qué punto arraigan los prejuicios en nombre de la religión. Soy consciente de que en el espíritu de las masas la superstición no está menos arraigada que el temor. Sé que su constancia es mera obstinación y que ellos son inducidos a rezar o culpar por impulso antes que por razón. Por lo tanto, a la multitud, y aquellos de pasiones semejantes a la multitud les pido que no lean mi tratado, no, considero que ellos deberían olvidarlo absolutamente, que ellos como de costumbre no lo entendería. No les serviría para nada y resultaría un obstáculo para los demás", en *Spinoza Opera*, p. 88.

[61] En alemán, "el hombre envidioso es un mártir, pero del demonio". En *Abraham a St. Clara's Sämmtliche Werke [Obras Completas de Abraham de Santa Clara]*, Passau, 22 vols., 1835-1854, vol. x, p. 392 [askb 294-311].

#

vii ¹ a 42 / jj:450

Carta a los Hebreos:

x, 39: Pero nosotros no somos de los que se retiran para su perdición.

#

vii ¹ a 43 / jj:451

En un antiguo escrito de edificación (Arndt, *Sande Christd.*)[62] hay un hermoso comentario a estas palabras bíblicas: "Dios enjugará nuestras lágrimas—", a lo cual él añade la excelente pregunta catequética: ¿<pero> cómo podría Dios enjugarlas si tú no las has llorado? — Cuánta verdad en esta simplicidad, qué conmovedora elocuencia.[63]

#

vii ¹ a 44 / jj:452

Anaxágoras habría dicho: los sentidos son limitados, el espíritu es débil, la vida es corta.

Esto está seguro en Cicerón, en las *Quæstiones Academicæ* 1,12.[64]

#

vii ¹ a 45 / jj:453

En la conciencia, allí Dios tiene el poder. Incluso si un hombre tuviera todo el poder del mundo, en ella el poderoso es Dios. Y entonces el poderoso, que sabe que él tiene el poder, le dice al impotente: haz lo que quieras, sólo deja que parezca como si fueras tú quien tiene el poder; el modo como sean las cosas es un secreto entre tú y yo.[65]

[62] Johann Arndt, *Vier Bücher vom wahren Christenthum [Cuatro libros sobre verdadero cristianismo]*, Magdeburgo, 1610; la traducción danesa que Kierkegaard poseyó fue *Fire Boger om den sande Christendom. Paa ny oversatte efter den ved Sintenis foranstaltede tydske Udgave [Cuatro libros sobre verdadero cristianismo. En la nueva traducción según la edición alemana preparada por Sintenis]*, Christiania (hoy Oslo), 1829 [askb 277], vol. ii, cap. 44, p. 354.

[63] *Cfr. sv ¹* viii, p. 199.

[64] *Cfr.* Ritter, *Geschichte der Philosophie alter Zeit [Historia de la filosofía antigua]*, Hamburgo: Perthes, 4 vols., 2ª ed., 1836-1839, vol. i, p. 339 [askb 735-738]. Una nota contiene una referencia a Cicerón, *Academici libri*, libro i, cap. 12, p. 44.

[65] *Cfr. Pap.* vii ¹ a 10.

vii [1] a 46 / jj:454

#

De un discurso de ocasión

...El bosque no se involucraría con un solitario; por eso le devuelve su palaba inalterada, sin participar de ella. Su eco es como un no; incluso cuando retumba muchas veces es sólo un repetido no. Si el bosque hablara con él, le respondería; si el bosque se involucrara con él, entonces conservaría su palabra, la guardaría inalterada.[66] —

vii [1] a 47 / jj:455

Empédocles suponía que había dos clases de locura: una se basaba en la enfermedad del cuerpo; la otra, en la purificación del alma.

Cfr. Ritter, vol. i, p. 571[67]

Él cita en una nota a Coel. Aurel., *De morbis chron.*, i, 5: *Empedoclem sequentes alium (sc. furorem) dicunt ex animi purgamento fieri, alium alienatione mentis ex corporis causa sive iniquitate.*[68]

vii [1] a 48 / jj:456

#

Resulta una muy buena observación de Ritter (en la Intr. al vol. i)*[69] sobre la concepción constructiva que es mejor construir toda la historia del mundo que la historia de la Tierra y la humanidad; mejor construir la historia de la humanidad que la de la filosofía. Además, afortunadamente a nadie se le ha ocurrido construir la historia de un hombre singular. Eso es sumamente satírico y verdadero. La idea de construcción es fantástica y justamente por eso está en aprietos con lo concreto. Del mismo modo, también los grandes resúmenes ocultan la ignorancia de una persona (cosa en la cual los eruditos de medio pelo especialmente sobresalen), mientras que una pequeña cosa concreta la manifiesta.

**Al margen*: p. 23

[66] *Cfr. Pap.* vii [1] b 192.

[67] Ritter, *Geschichte der Philosophie alter Zeit*, vol. i, p. 571.

[68] En latín, "los seguidores de Empédocles dicen que una forma de locura surge de la purgación del alma; la otra forma de alienación mental surge del cuerpo o la iniquidad". En Cælius Aurelianus, *De morbis chronicis*, libro i, cap. 5, p. 145.

[69] Ritter, *Geschichte der Philosophie alter Zeit*, vol. i, pp. 22 y s.

#

vii ¹ a 49 / jj:457

Ser anónimo pertenece esencialmente a la abyección literaria,[70] y para completar la cosa, hasta sus suscriptores son anónimos. Ella está representada por piratas,[71] y para completar la cosa, hasta sus suscriptores son representados por peones.

#

vii ¹ a 50 / jj:458

Poco a poco, a medida que avanza la información <y la formación> y las exigencias son cada vez mayores, resulta siempre más difícil para un filósofo satisfacer la demanda de la época.[72] En la antigüedad se reclamaban capacidad espiritual, libertad de pensamiento y pasión por conocer. Pero, en comparación con la actualidad, ahora se exige, en Copenhague, que un filósofo tenga además piernas gruesas o por lo menos bien formadas y que su ropa esté a la moda. Eso resulta cada vez más difícil, a menos que uno se conforme con la última exigencia y suponga que es un filósofo cualquiera que tenga piernas robustas o por lo menos bien formadas y cuyo vestuario esté a la moda.

#

vii ¹ a 51 / jj:459

Al final, todo se invierte. Ya no se escribe para que alguien aprenda algo. ¡Dios me libre, qué grosería, el lector lo sabe todo! No es el lector quien necesita del autor (como el enfermo del médico), no; es el autor quien necesita del lector. Un autor es, por lo tanto, dicho brevemente, un hombre que está en apuros económicos. Entonces él escribe y su escritura pasa a ser un examen que el mundo lector, que lo sabe todo, censura. Si alguien escribe, pero no gana dinero, no es un autor. Por eso uno no llama autores a quienes escriben los avisos del periódico, porque ellos pagan. — Lo mismo respecto al arte. Un actor no es alguien iniciado en los secretos del arte de la ilusión que quiere a sabiendas engañar a los espectadores. Ay, Dios me libre, el público mismo sabe muy bien representar la comedia. El público no es quien necesita del actor, sino el actor quien necesita del público. Un

[70] *Cfr. Pap.* vii ¹ a 12.
[71] *Cfr. Pap.* vii ¹ b 12.
[72] *Cfr. Pap.* iv b 101.

actor es un hombre que está en apuros económicos y, cuando actúa, está presentando un examen.

vii [1] a 52 / jj:460

#

...porque entonces, en los días de plenitud, ¿acaso él reunió toda la riqueza del mundo?, o, cuando ésta esta cayó sobre él, ¿fue más rico que el más pobre? ¿Acaso todo el oro del mundo guardado con avaricia llena más o siquiera tanto como lo poco llena la austeridad del pobre?

vii [1] a 53 / jj:461

#

Cuando suena un trueno en el aire y se observan la superficie del agua y cada uno de los árboles, entonces toda esa escena se parece a cuando uno toca una superficie de vidrio produciendo figuras acústicas.[73] Hay hasta cierto temblor de la figura.

vii [1] a 54 / jj:462

#

Al final, todas las cuestiones serán comunistas.[74] Un artículo del *Kiøbhposten*[75] de Jutlandia reproduce el desfavorable juicio de un par de alemanes sobre la *Gramática Latina* de Madvig.[76] De este modo se escribe sobre la *Gramática Latina* de Madvig (una enorme cantidad desconocida) y sobre el juicio de algunos profesores alemanes (una cantidad muy ambigua) para vendedores de cerveza, etcétera. Al final, un vendedor de cerveza piensa lo siguiente: "¿por qué no podría yo tener una opinión sobre latín y griego? Esas cosas son un mero vestigio de la Edad Media y el orden de castas. ¿Acaso no pago aranceles altos para que mi hijo vaya a la escuela de gramática? ¿Y entonces por qué yo no podría entender latín y griego, o al menos tener una opinión al respecto?".

[73] *Cfr. Pap.* iii b 41.

[74] En la década de 1840 las ideas comunistas eran conocidas en Dinamarca por las noticias periodísticas sobre las discusiones políticas habidas en Francia e Inglaterra.

[75] *Cfr. Kiøbhposten [El Correo de Copenhague]*, núm. 122, 30 de mayo de 1846. *El Kiøbhposten* fue fundado en 1827 y se caracterizó por ser un periódico radicalmente democrático, republicano y antinacionalista.

[76] *Cfr.* J. N. Madvig, *Lateinische Sprachlehre für Schulen [Gramática latina escolar]*, Brunswick, 1844, traducida por L. Oppermann del original danés *Latinsk Sproglære til Skolebrug [Gramática Latina para uso escolar]*, Copenhague, 1841. Johan Nicolai Madvig (1804-1886) fue un filólogo danés, profesor de la Universidad de Copenhague.

#

vii ¹ a 55 / jj:463

Así como cualquier inquilino tiene un lustrabotas, del mismo modo todo gran autor tiene uno que otro aficionado que le sirve en exceso, quien, con regularidad, cada vez que ese autor escribe algo, proclama en algún diario que son puras simplezas, etcétera. Así es como Madvig tiene a Baden,[77] y también P. L. Møller[78] es uno de esos aficionados. Semejante aficionado[79] es como el portero de un mercado.[80] Cuando los campesinos llegan al mercado, cada portero saca a relucir su carro, en el que cree que puede haber algo que le sirva; del mismo modo, cada amateur saca a relucir el autor que cree que le sirve, en la medida en que el nombre del autor le garantice que el público leerá algo malo sobre él.[81] —

#

#

vii ¹ a 56 / jj:464

Quien vive en la inmediatez piensa y se imagina que lo más importante cuando reza, lo que en especial le preocupa, es que Dios escuche lo que él está pidiendo. Sin embargo, en el sentido eterno de la verdad, es justo al revés: la verdad de la oración no acontece cuando Dios escucha al que reza, sino cuando quien reza lo hace hasta ser él quien escucha, quien escucha lo que Dios quiere. El que vive en la inmediatez usa muchas palabras y por eso es realmente demandante cuando reza. El que ora de verdad sólo permanece en la escucha.

#

#

vii ¹ a 57 / jj:465

¡Qué extraño! Fuera de la ciudad está el jardín de los muertos —, una pequeña parcela de un pequeño propietario, apenas grande como

[77] El profesor Torkel Baden (1765-1849), teólogo y filólogo danés, escribió pedantes críticas sobre J. N. Madvig; *cfr. Kritiske Undersøgelser [Investigaciones críticas]*, Copenhague, 1845, y *Palinodi*, Copenhague 1845. *Cfr.* también J. N. Madvig, *Livserindringer [Recuerdos de la vida]*, Copenhague, 1887.

[78] Peder Ludvig Møller (1814-1865), esteta, autor y crítico danés. En 1843 editó el polémico texto *Arena*, y entre 1845 y 1847 publicó un manual de estética, *Gæa*, así como numerosas contribuciones en varios periódicos, *El Corsario* incluido.

[79] *Cfr. Pap.* vii ¹ b 1.

[80] *Cfr. Pap.* vii ¹ a 242 y vii ¹ b 86.

[81] *Cfr. Pap.* vii ¹ b 87.

una parcela de un pequeño propietario, y, sin embargo, en ella cabe el contenido de toda una vida. ¡Ésta es una imagen compendiada de la realidad, un breve resumen, una edición de bolsillo![82]

vii [1] a 58 / jj:466

#

"Los niños los juzgarán",[83] dice uno de los viejos profetas, y lo proclama como el castigo más duro del desobediente Israel. Eso se ajusta a nuestra época: los niños escriben en los diarios, etcétera. Se ajusta también a lo que Sócrates dice en *La República* de Platón,[84] que al final los padres les tienen miedo a sus hijos y por ese miedo hacen bromas y se divierten como los niños quieren.

vii [1] a 59 / jj:467

#

Hay ciertas cosas que pertenecen a las molestias de la vida y que a pesar de su insignificancia pueden resultar muy aburridas. Entre ellas cuento la corriente de aire, el humo, las chinches, las habladurías.[85]

vii [1] a 60 / jj:468

#

Un proverbio oriental dice: "*Wer Jemanden lobt, dann schmäht, der lügt zweimal*".

Se encuentra en *Las mil y una noches*, en la noche 829 (en mi edición larga).[86]

vii [1] a 61 / jj:469

#

La mejor prueba de un gobierno justo es decir: "yo le *creeré*, suceda lo que suceda". Toda prueba es superchería, una especie de doble conciencia que por dos caminos (el objetivo y el subjetivo) quiere llegar al mismo lugar al mismo tiempo. El que cree se dice a sí mismo: "lo más aborrecible de todo sería permitirte, en algún pensamiento oculto, insultar a Dios, pensar que Él se ha equivocado. Entonces, si alguno

[82] *Cfr. Pap.* vii [1] a 232 y vii [1] b 228, y *sv* [1] ix, p. 328.
[83] Referencia a Isaías 3:4. *Cfr. Pap.* iii b 2 y *sv* [1] xiii, p. 551.
[84] Platón, *La República*, Gredos, Madrid 1992, Libro viii, 562e-563a.
[85] *Cfr. Pap.* vii [1] b 87.
[86] En alemán: "quien alaba a alguien y después lo difama, miente dos veces". En *Tausend und eine Nacht. Arabische Erzählungen [Las mil y una noches. Cuentos árabes]*, trad. de Gustav Weil, Pforzheim, 1841, vol. iv, p. 353 [askb 1414-1417].

quiere escribir un gran libro para justificar a Dios o acusarlo, qué me importa, yo creeré. Aun cuando pudiera entender, preferiría creer, porque creer es más bienaventurado, y tan pronto como los hombres vivimos en este mundo, el entendimiento se convierte con facilidad en una fantasía y una amistosa importunidad. Y cuando no es posible entender, sí, es bienaventurado creer".[87]

#

vii [1] a 62 / jj:470

Ay, cuando un gobierno debe justificarse primero delante de la prensa, las cosas parecen estar mal, pero la relación de Dios con el mundo no funciona como un gobierno terrenal. Él tiene derecho como creador a exigir fe y obediencia de lo creado, así como cada creatura debería atreverse en su corazón a pensar sólo en lo que a Él le agrada. Dios no es tampoco como un rey elegible que podría ser depuesto en la próxima asamblea de Estados si no logra justificarse lo suficiente. La cuestión es muy simple. El castigo es inventado por el padre amoroso a causa de la transgresión. Como sucede a menudo en una casa grande, donde hay muchos niños, que también se castiga al inocente, así sucede en la gran casa donde hay muchos millones... no, no del mismo modo, porque la razón por la cual eso sucede en la casa donde hay muchos niños es que el padre y el maestro son meramente humanos, pero Dios puede verlo todo; para Él, que cuenta cada uno de los cabellos, no cabe la confusión. Por eso el inocente no recibe ningún castigo, aunque debe soportar cierto sufrimiento. Ni bien el inocente que sufre se dirige a Dios para preguntarle si se trata de un castigo, él obtiene de inmediato la respuesta: "no, mi hijo amado, no es un castigo, lo sabes bien".

#

vii [1] a 63 / jj:471

Schelling tiene razón cuando dice en el prefacio a los *Escritos póstumos* de Steffens: "cuando se llega al punto de que la multitud se convierte en el juez de la verdad, entonces no se está lejos de que el asunto se decida con los puños".[88]

[87] *Cfr. Pap.* vii [1] a 130 y vii [1] b 153.

[88] Schelling, "Aus einem öffentlichen Vortrag zu H. Steffens Andenken gehalten am 24. April 1845. (Mit einigen Erweiterungen)" [De una confrencia pública en memoria de H. Steffens mantenida el 24 de abril de 1845. (Con muchas adiciones)], en H. Steffens, *Nachgelassene Schriften Mit einem Vorworte von Schelling* [Escritos póstumos de H.

vii [1] a 64 / jj:472

#

Un ironista que esté entre la mayoría es, *eo ipso*,[89] un mediocre ironista. Pertenecer a la mayoría es un deseo de la inmediatez; la ironía es sospechosamente de derecha y de izquierda a la vez. Un verdadero ironista no está jamás entre la mayoría. El que hace eso es el bufón.

vii [1] a 65 / jj:473

#

Uno cree, habla tonterías y se conmueve de que Sócrates fuera tan popular. Sí, ¡qué importa! Eso de ir charlando con zapateros y curtidores, etcétera, significaba una polémica irónica contra los "filósofos eruditos", y era divertido que ellos (Sócrates y el zapatero) parecieran conversar sólo por usar las mismas expresiones, cuando al hacerlo Sócrates comprendía algo completamente distinto.

vii [1] a 66 / jj:474

#

Como polemista, H. Hertz me produce la misma impresión que un oficial,[90] el cual, habiendo sido voluntario en un servicio extranjero y espectador de una batalla, vuelve a su casa y ya entre la gente común organiza una maniobra como si estuviese en batalla. Hertz organiza una batalla cuando la batalla está terminada.

vii [1] a 67 / jj:475

#

El público preferiría tener como autor a un judío vendedor ambulante de cintas para el pelo[91] porque a él bien lo puede maltratar. Él entretiene y divierte al público con gracia, cuando los dones del espíritu son algo que uno puede comprar con facilidad por un par de táleros,[92] para después pegarle una patada al judío. Por supuesto, nadie más que un autor puede ofrecer la oportunidad de que se le patee en la medida en que él ocupa su lugar mercenariamente como un rastrero —en caso de que él simplemente gane dinero.

Steffens con un prólogo de Schelling], Berlín, 1846, p. xlvii [askb 799]. La obra fue anunciada en el *Adresseavisen*, núm. 146, del 23 de junio de 1846.

[89] En latín: "por esa razón".

[90] *Cfr. Pap.* ii a 508 y *sv* [1] viii , p. 87.

[91] *Cfr.* Adam Oehlenschläger, *Digte [Poemas]*, Copenhague, 1803, pp. 382 y ss.

[92] *Cfr.* Platón, *Apología de Sócrates*, 31 a; *cfr.* también *Pap.* vii [1] b 32 y *sv* [1] ix , p. 124.

#

vii ¹ a 68 / jj:476

La capacidad de un individuo puede medirse por la distancia entre su *entender* y su *querer*. Lo que un hombre puede entender debería también ser capaz de quererlo. Entre entender y querer residen las excusas y evasivas.[93]

#

vii ¹ a 69 / jj:477

¿Por qué Sócrates se compara a sí mismo con un tábano?[94]

Porque él sólo quería tener significado ético. Él no quería ser admirado como un genio que permanece al margen de los otros y en definitiva hace que la vida de los otros sea más fácil, mientras que ellos dicen: "¡sí, dichoso de él; es un genio!". No, Sócrates sólo hizo lo que cualquier hombre puede hacer; sólo entendió lo que cualquier persona entiende. De ahí lo epigramático. Él mordía fuerte lo singular, lo obligaba constantemente y lo provocaba con lo general. Por eso era un tábano que irritaba las pasiones del singular, al cual no le permitía admirarlo ni admirarlo de manera cómoda y afeminada, sino que le exigía un auténtico sí mismo. Cuando un hombre tiene fuerzas éticas, la gente suele convertirlo en un genio para deshacerse de él, porque su vida contiene una exigencia.

#

vii ¹ a 70 / jj:478

Lo excelente de *La República*[95] de Platón es precisamente no poner al Estado por encima del individuo y, menos que todo, hacerlo en el absurdo sentido hegeliano. Para describir al individuo, él describe al Estado; él describe a un demócrata y para hacerlo describe la democracia. Él construye un Estado para el individuo: *unum noris omnes*.[96] Ésa es la idealidad propiamente humana. De lo contrario, tenemos la

[93] *Cfr. Pap.* vii ¹ a 72.

[94] *Cfr. Pap.* vii ¹ b 213 y *sv ¹* ix, p. 124.

[95] *Cfr.* Platón, *La República*, libro 8, 544 d y ss.

[96] En latín: "si conoces a uno, conoces a todos", cita de Terencio, Phormio [Formión], en *Terentii Afri Comoediae Sex* [Seis comedias de Terencio Afro], ed. por M. B. F. Schmieder y F. Schmieder, Halle, 2ª ed., 1819, p. 431 [askb 1291]; traducción danesa, *Terentses Skuespil* [Teatro de Terencio], trad. de F. Hoegh Guldberg, vol. ii, acto 2, escena , p. 264 [askb 1293-1294].

confusión de que muchos, por ser muchos, logran algo completamente distinto de lo que cada uno es.

vii [1] a 71 / jj:479

#

Ninguna escuela de disciplina gradúa para la eternidad.

vii [1] a 72 / jj:480

#

Cuando un hombre no deviene en lo que puede entender, entonces él ni siquiera lo entiende. Sólo Temístocles entendió a Milcíades[97] y por eso también se convirtió en él.

vii [1] a 73 / jj:481

#

El concepto por el cual el cristianismo quizá se diferencie con mayor determinación de la antigüedad es el concepto de lo bueno. Los griegos no podían pensar lo bueno sin lo bello (en sentido exterior). En el cristianismo, la expresión esencial de lo bueno es el sufrimiento (en sentido interior, porque el sufrimiento consiste precisamente en negar el sentido exterior — el pecado del mundo).

vii [1] a 74 / jj:482

#

El hecho de que muchos diálogos de Platón terminen sin resultado, tiene un sentido más profundo del que había pensado. Se trata, en efecto, de una reproducción del arte mayéutico de Sócrates que hace autoactivos al lector o al oyente, y que por tanto no termina en un resultado sino en un aguijonazo. Ésta es una excelente crítica al método moderno de memorización para decirlo todo lo antes posible y de un tirón, cosa que no despierta ninguna autoactividad, sino que sólo logra que el lector recite de memoria.

vii [1] a 75 / jj:483

#

Sin duda, llegará el momento en que resultará tan *abgeschmackt*[98] comunicar un resultado (cosa por la cual nuestra época reclama y

[97] *Cfr. sv* [1] iii, p. 80 y *sv* [1] vii , p. 312. Referencia a la vida de Temístocles (524-459) según Plutarco, en su *Vitae parallelae* / *Vidas paralelas*], en Plutark's Levnetsbeskrivelser, trad. S. Tetens, 4 vols, Copenhague 1800-1811 [askb 1197-1200].

[98] En alemán: "insípido".

berrea) como alguna vez lo fue escribir una *Nutzanwendung*[99] para historias morales. Quien no puede encontrar el resultado con ayuda del camino, no lo encuentra en absoluto, sólo se lo imagina.

#

vii[1] a 76 / jj:484

La sensación es la más mediocre de todas las categorías. Si uno se imaginara a una piadosa mujer cantando un salmo con ferviente interioridad y con tanta claridad que se escuchase cada palabra sin que levantara en absoluto la voz, sino más bien con esa resignación casi de muerte, con esa agonía o sumisión humildemente temblorosa, en tal caso se debería permanecer en completo silencio para escucharla. — Pero la sensación se parece a un bramador sereno[100] que les grita a todos sin la más mínima interioridad. Porque el hecho de tener o no tener una hermosa voz no suma ni quita nada respecto a la interioridad.

#

vii[1] a 77 / jj:485

El hecho de que haya editores, hombres cuya existencia esencial expresa que los libros son mercancías y un autor, un comerciante: eso constituye una situación completamente inmoral. Tan pronto como en una relación espiritual (como ser un autor) aparece la cuestión pecuniaria de ser recompensado, cobrar honorarios, etcétera, entonces quien determina la relación espiritual debería determinar también la relación monetaria, tomar a su cargo lo pecuniario, no con el fin de buscar un mayor beneficio, ¡no, lejos de eso!, sino para que pueda haber un poco de pudor. Convertir la relación monetaria en el medio de vida de otra persona conduciría con facilidad a una insolencia. La insolencia editorial tiene muchos ejemplos. Lo insolente reside en considerar íntegra y absolutamente la producción espiritual como mercancía. El público gana poder sobre el editor en virtud del dinero, el editor gana poder sobre el autor en virtud de la relación pecuniaria, y así quizá alguna vez un autor (que en relación con el dinero debería ser tan tímido y pudoroso como una muchacha en relación con la

[99] En alemán: "aplicación práctica".

[100] En Copenhague, como en la generalidad de los pueblos de Dinamarca, había un cuerpo de serenos que alumbraba las calles, mantenía el orden y alertaba en caso de incendio. En la época de Kierkegaard, los serenos eran criticados por interrumpir el descanso nocturno de los ciudadanos.

venta de su virtud) tome asiento sonrojado, violado, sin capacidad de comprenderse.

Supongamos que existiera la costumbre de que los pastores tuviesen algún administrador para recoger su dinero, diezmos, ofrendas, etcétera; no habría nada que objetar a eso porque el administrador estaría al servicio del pastor. Pero supongamos que dicha administración se convirtiera en una profesión particular, que el administrador recibiera su salario del pastor y que en ese caso especulara y se interesara, por una cuestión monetaria, en que el pastor esté en buenos términos con la congregación. ¿Entonces, qué? En consecuencia, resultaría una costumbre que el pastor, todos los sábados por la noche, al terminar su sermón, visitara al administrador. Y el administrador le diría: "si su Reverencia sigue hablando así, nadie irá a la Iglesia y no ganaré nada con la colecta y tampoco podré dar mucho durante el año, cosa que es de su propio interés. No, Usted debe halagar un poco a la congregación; le diré cómo. Aunque no sé escribir un sermón, conozco perfectamente los tiempos y reclamos de la congregación".

Me imagino que el pastor sonrojaría de vergüenza y diría: "¿Acaso he sido designado maestro para halagar a la congregación a fin de que tú puedas ganar dinero?". Pero el administrador respondería: "la cuestión se está poniendo muy tensa y yo no estoy para estas susceptibilidades. Cada uno es el ladrón de su sustento y mi sustento supone que su Reverencia satisfaga el tiempo".

Así están las cosas entre el pastor y el administrador. Si ya es repugnante el dinero de la colecta que uno debe resoplar durante el sermón, juzgar a éste en términos lucrativos resulta aborrecible. ¿Y acaso el administrador no se sostiene como un editor, cuya contraprestación económica es aceptada por los comerciantes de la prensa periodística?

Pero sin pudor no existe ninguna relación verdaderamente espiritual. Y cómo podría el posible pudor del autor beneficiar al lector cuando debe atravesar el medio de la insolencia: dinero, dinero, dinero, la exigencia del tiempo, dinero, dinero.

vii[1] a 78 / jj:486

#

Se trata de un giro engañoso del obispo Mynster, cuando en sus sermones (ése de "danos el pan de cada día" y aquél sobre los mila-

gros)[101] dice respecto al perdón de los pecados: "*alguna vez* (es decir, en la eternidad) le será dicho al que con arrepentimiento se humilló y creyó: 'tus pecados te son perdonados'". Alguna vez, es decir, en la eternidad. Pero el nudo del perdón de los pecados[102] es precisamente hacerlo efectivo en el tiempo. Ésa es la nueva creación, y cuando el pastor dice en la confesión: "yo te proclamo el misericordioso perdón de tus pecados", ¿se trata de una afirmación meramente futura? Eso significaría volver a usar la inmanencia (ese *alguna vez*) en lugar de la trascendencia.

#

vii [1] a 79 / jj:487

La expresión más espantosa del modo en el cual el cristianismo fue malentendido no es pasar completamente inadvertido,[103] no, sino convertirse en el objeto de la curiosidad irreflexiva del gentío. Así fue que la verdad eterna andaba por la vida y los niños de la calle corrían detrás de ella y la sirvienta salía a la calle –para admirarla–, pero nadie, nadie pensaba en lo que ella era, ni tenía ninguna impresión.

#

vii [1] a 80 / jj:488

La dificultad de la especulación aumenta en relación con el uso existencial que se quiera hacer de lo especulado. Alguien con la conciencia afligida, quien a cada instante pudiera mitigarla por la fe en el perdón de los pecados,[104] si él se pusiera a especular, entonces estaría en apuros. Pero, en general, a los filósofos (tanto a Hegel como a todos los demás) les sucede lo mismo que a la mayoría de los hombres, esto es, básicamente existir día a día en categorías por completo distintas de aquellas sobre las cuales especulan, consolarse a sí mismos con cosas muy distintas de aquellas sobre las cuales hablan con solemnidad. De allí toda esa mendacidad y confusión que hay en la ciencia.[105]

[101] Jakob Peter Mynster, *Prædikener paa alle Søn- og Hellig-Dage i Aaret [Sermones para todos los domingos y días santos del año]*, Copenhague: Gyldendal, 2 vols., 3ª ed., 1837, vol. i, pp. 255-265 y 154-167 [askb 229-230].
[102] *Cfr. Pap.* vii [1] a 123.
[103] *Cfr. Pap.* vii [1] a 144 y *Pap.* iv a 103.
[104] *Cfr. Pap.* vii [1] a 123.
[105] *Cfr. Pap.* vii [1] a 192.

vii [1] a 81 / jj:489

#

En *Isaías* 46 hay una expresión muy profunda sobre la diferencia entre un ídolo y el verdadero Dios. Jehová le dice a Israel: "Él sostiene a su pueblo; en cambio, los adoradores de ídolos deben sostener a sus ídolos".[106]

vii [1] a 82 / jj:490

#

La mayoría de los pensadores sistemáticos se relacionan con sus sistemas como un hombre que construye un enorme castillo y vive al lado, en un granero. Ellos no viven en esa enorme construcción sistemática. Pero en la relación con el espíritu, ésta es y sigue siendo una objeción decisiva. Pero en sentido espiritual, los pensamientos de un hombre deben ser la construcción en la que vive — de lo contrario está equivocado.

vii [1] a 83 / jj:491

#

Resulta inconcebible que a un escritor de salmos como Kingo se le pueda ocurrir componer semejantes salmos, como esas corrupciones históricas de los evangelios en que la rima se presenta en la forma de una molesta estupidez en comparación con los mismos relatos breves y simples de los evangelios.[107]

vii [1] a 84 / jj:492

#

Todo consiste en hacer absoluta la diferencia entre la dialéctica cuantitativa y la cualitativa. Toda la lógica es dialéctica cuantitativa o dialéctica modal, porque allí todo es y esa totalidad es una y la misma. La dialéctica cualitativa pertenece a la existencia.[108]

[106] Isaías 46:3-4; *cfr.* también *sv* [1] viii , p. 344.

[107] Thomas Kingo (1634-1703), obispo danés y escritor de himnos, muchos de ellos basados en historias evangélicas de importancia duradera. *Cfr. Psalmer og aandelige Sange af Thomas Kingo [Salmos y canciones espirituales de Thomas Kingo]*, ed. por P. A. Fenger, Copenhague, 1827, núms. 10-73, pp. 24-206 [askb 203]; *cfr.* también Kingo, *Kirke-Psalmebog [Libro de salmos de la Iglesia]*, Copenhague, 1833 [askb 204].

[108] *Cfr. Pap.* iii b 177 y 179, y *Pap.* iv c 37 y 87.

#

vii [1] a 85 / jj:493

Quien, como yo, haya tenido desde niño una noción polémica de toda la existencia y ahora, durante el último tiempo, se haya ocupado un poco de *El Corsario,*[109] esa persona se puede considerar bien acreditada para la época. Esa clase de cosas cuesta mucho dinero.

#

vii [1] a 86 / jj:494

La vida de campo tiene la ventaja de que hay aproximadamente 10 vacas, 15 ovejas, 2 chanchos, muchos gorriones para cada hombre— de lo cual se sigue que un hombre tiene alguna importancia. En la capital hay 100 hombres por vaca, de lo cual se sigue que una vaca tiene alguna importancia. Pero a pesar de que en la capital la masa de hombres en circulación es mal dinero, nadie parece preocuparse por —*llegar a ser* hombre, sino que, al contrario, la mayoría está loco por casarse y sus respectivos casamientos los mantienen muy ocupados— para poder *llegar a ser* todavía más hombres.

#

vii [1] a 87 / jj:495

Cuando un hombre está muy ansioso por acusar a otro delante de Dios, por presentar el asunto ante el tribunal de Dios, entonces le sucede lo que en su momento le sucedió a un carterista de Copenhague. Él había perpetrado junto con otro un robo importante y en el reparto recibió, entre otras cosas, 3 billetes de 100 táleros. Entonces llevó uno de los billetes a un perista para cambiarlo. El perista tomó el billete e ingresó en otra habitación — como para cambiarlo. Luego volvió, dijo "buen día" e hizo como si nada. El hecho había sucedido en privado con total reparo jurídico, de manera que el perista estaba bastante resguardado. Es probable que el propio carterista lo supiera. Sin embargo, él se enfureció tanto por lo sucedido que fue y lo denunció a la policía. Por supuesto, una policía diligente y celosa hace todo lo posible para que el inocente recupere su derecho o los 100 táleros, pero al mismo tiempo no considera el asunto de manera unilateral sino desde un punto de vista superior. Por tal motivo, le preguntó con toda razón al estafado

[109] En *El Corsario* (núm. 278, 16 de enero; núm. 280, 30 de enero; y núm. 285, 6 de marzo de 1846) tanto Kierkegaard como Frater Taciturnus habían sido equiparados con un loco y enviados a un manicomio municipal.

de dónde había sacado los 100 táleros. ¡Ay! el pobre estafado terminó encima arrestado por ese mismo billete.

vii [1] a 88 / jj:496

#

Resulta muy agradable visitar el campo cuando se está en una edad en la que el anfitrión y la anfitriona sólo desean que uno salga y se ocupe de sí mismo, y sólo cuidan de que uno no se lastime.

vii [1] a 89 / jj:497

#

El mejor modo de traducir "afectación" al danés es "obtener algo mintiendo". El afectado no miente, sino que obtiene algo mediante la mentira, ya sea de manera directa, ya sea haciendo lo contrario, ya sea dejando de hacer algo.

vii [1] a 90 / jj:498

#

Lamentablemente tengo que decir: "mi vida es un desperdicio". Si yo hubiese vivido en otro lugar, no aquí en Copenhague, eso se entendería como si yo hubiese despilfarrado los mejores años de mi juventud en locuras, en confusos estudios, en libertinaje. ¡Ay! No, es al revés. He llegado a ser algo —y por eso se considera que mi vida está desperdiciada aquí en Copenhague, donde uno sólo puede vivir feliz y muy cómodo mientras no sea nada; aquí en Copenhague, donde se llama poco menos que malo a quien sea algo, de lo cual se sigue con claridad que quien es nada puede con orgullo decir: "de mí no se dice nada malo". Cuando aquí en Copenhague uno es estudiante universitario, licenciado, pero no mucho más; secretario copista de una oficina real, joven vendedor, alumno de una academia de arte, pero no más; en ese caso, si hace mucho calor, uno puede sentirse libre y tranquilo de salir con una sombrilla de sol, aunque no se use ni se acostumbre hacerlo. — Pero si, por ejemplo, yo me atrevo a hacerlo, eso es orgullo. Hay un Cerbero[110] de la envidia que vigila cada paso de quien sea algo a fin de explicarlo como orgullo y soberbia.

[110] En la mitología griega, Cerbero era un monstruo de tres cabezas (o dos o cincuenta, según la tradición de que se trate) que vigilaba la puerta del Hades para que nadie abandonara ese mundo subterráneo.

#

vii [1] a 91 / jj:499

En general, es una gran cuestión la de hasta qué punto es válido actuar de manera puramente personal, como cuando se dice, por ejemplo, que uno es salvado de un modo milagroso.[111] En cualquier caso, se evita producir un efecto fantástico. Debe decirse con precisión y determinación en qué consiste el propio error y pecado, o de lo contrario se podría angustiar con facilidad a los inocentes con una horrorosa representación del mal. — Por otra parte, lo opuesto también suele ser peligroso, como cuando un hombre silencia por completo su vida personal, pero en sus descripciones hay tal colorido que sin querer uno saca alguna conclusión sobre la vida de quien habla. Es posible que alguien haya elaborado un conocimiento tan terrible del mal que, por ejemplo, al rezar por él, podrían usarse sin perjuicio tales descripciones, aunque también pudiesen angustiar. Y uno puede bienintencionadamente describir el mal de una manera tan estremecedora que su imagen tiente a un alma joven a la angustia.[112]

#

vii [1] a 92 / jj:500

Es muy cierto que el éxito de *O lo uno o lo otro* se debió en parte al hecho de ser mi primer libro, con lo cual podría creerse que había allí muchos años de trabajo —y concluir que el estilo era bueno y elaborado.[113] Fue escrito de cabo a rabo en 11 meses; a lo sumo una sola página (de "Diapsalmata") existía con anterioridad.[114] Por otro lado, le he dedicado más tiempo a todos los otros libros. La mayor parte de *O lo uno o lo otro* tuvo sólo dos versiones escritas (además, por supuesto, de lo que voy pensando mientras camino, pero eso lo hago siempre). Ahora prefiero escribir tres versiones.[115]

[111] Alusión a Adolph Peter Adler (1812-1869), pastor danés que aseguraba haber tenido una revelación sobre el pecado original y el espíritu del mal. El 19 de enero de 1844 fue suspendido de su función pastoral.
[112] *Cfr. Pap.* ii a 20.
[113] *Cfr. sv* [1] xiii , pp. 569 y s.
[114] *Cfr. Pap.* iv a 221.
[115] *Cfr. Pap.* vii [1] a 106.

vii [1] a 93 / jj:501

#

Todo fenómeno de la naturaleza *tranquiliza*, y tanto más cuanto más tiempo se le vea o escuche. Todo artefacto provoca impaciencia. A fin de cuentas, la ley de los fuegos artificiales es que duren cinco minutos; cuanto menos tiempo, mejor. Pero el soplido del viento y la antífona de la ola y el silbido del césped, etcétera, se intensifican a cada cinco minutos que se les escucha.[116]

vii [1] a 94 / jj:502

#

El Evangelio del buen samaritano[117] podría predicarse en estos términos:

> Sobre los tres que iban "por el mismo camino"[118] — y, sin embargo, cada cual por su camino.

Este "por el mismo camino" son palabras textuales de la Biblia.

vii [1] a 95 / jj:503

#

En este momento hay una exposición de arte en las afueras de Vesterport.[119] El presentador o anunciador dice: "aquí es la exhibición de una feliz nueva estrella, por la cual uno llega a conocer plenamente su edad, así como a su futura novia o novio". Dios mío, uno conoce su propia edad sin necesidad de ningún arte iniciático — pero a su futura novia, eso sí, valdría la pena encontrarla. — Por lo demás, es excelente que el anuncio sobre lo que el asistente descubrirá contenga una declaración tan cualitativamente distinta.

vii [1] a 96 / jj:504

#

Cuando se dice: "mientras tal y cual cosa sucedía, pasaba tal otra", siempre se piensa que la primera dura más tiempo y por eso se le usa como si la segunda ocupara sólo un momento de aquel primer "mientras". Se dice: "mientras Cicerón era cónsul, sucedía tal y cual cosa; mientras

[116] *Cfr. Pap.* vii [1] a 237 y *sv* [1] viii , pp. 271 y s.
[117] *Cfr.* Lucas 10:25-37.
[118] *Cfr. sv* [1] viii , pp. 370 y s.
[119] *Cfr. Flyveposten [El correo volador]*, núm. 224, 26 de septiembre de 1846. Se invitaba a una exposición artística, en la calle Vesterbro núm. 9 (hoy 49), de piezas de Moscú de antes del incendio de 1812 y de la gran inundación del Rin de 1846.

Pitt era ministro, etcétera".[120] Eso produjo un efecto fantásticamente paródico cuando en su momento se leyó en el periódico[121] sobre las festividades de Skamlingsbanken: "*mientras* Grundtvig hablaba, llegó la gente de Fionia". Lo irrelevante es por supuesto la gente de Fionia, pero lo genial y gracioso es la representación que uno se hace de la fantástica extensión del discurso del pastor Grundtvig —*mientras* hablaba (mientras Cicerón era cónsul). Se podría decir, por ejemplo: "*mientras* Grundtvig hablaba, la flota francesa se echó al mar y conquistó Argel".

[120] Referencia a William Pitt (1708-1778), ministro británico, o a su hijo homónimo (1759-1806), también ministro.

[121] *Cfr. Berlingske Tidende*, núm. 180, 6 de julio de 1844.

Informe
1846

Informe

vii ¹ a 97 / nb:3

Marzo – 1846

vii ¹ a 98 / nb:7

d. 9

El *Postscriptum definitivo* salió,[122] he reconocido la seudonimia,[123] en estos días comenzará la impresión de *Una reseña literaria.*[124] Todo está en orden; ahora sólo tengo que quedarme tranquilo, en silencio, confiando en que *El Corsario* tome toda la empresa de manera negativa, tal como lo deseo. En este momento, a la luz de la idea, estoy ubicado en la literatura de la mejor manera posible, incluso cuando una obra se tome como un autor.[125] Considerada en sí misma, la idea de romper con *El Corsario*[126] en el preciso instante en el que, habiendo terminado mi obra literaria y apropiándome de todos los seudónimos, corría el riesgo de convertirse en una especie de autoridad; romper en ese momento para prevenir cualquier acercamiento, fue la idea más afortunada*. Además, en el mismo instante en el que avanzo de forma

[122] *Cfr. Pap.* vii ¹ a 2.

[123] *Cfr. Pap.* vii ¹ a 3. En "Una primera y última explicación", Kierkegaard reconoció ser el autor de los escritos seudónimos. Quiso terminar su carrera literaria con el *Postscriptum.*

[124] *Cfr. Pap.* vii ¹ a 4.

[125] *Cfr. Pap.* vii ¹ a 104 y 123, y *sv* ¹ xiii , pp. 543 y s.

[126] Kierkegaard se refiere a los artículos "La actividad de un esteta itinerante y la manera en la que, a pesar de todo, pagó por la cena" y "El resultado dialéctico de una investigación policial en la literatura". *Cfr. Fædrelandet*, núm. 2078, 27 de diciembre de 1845, y núm. 9, 10 de enero de 1846; y *sv* ¹ xiii , pp. 422 y ss. y 432 y ss.

polémica contra la época,[127] le debo a la idea y a la ironía el haber evitado cualquier confusión con el irónico trago que *El Corsario* sirve en el salón de baile de lo despreciable. Por lo demás, con esto me sucede algo que ocurre muy a menudo cuando, a pesar de toda reflexión,[128] surge un plus, algo que no se debe a mí mismo sino a la Providencia. Cada vez que hago algo tras la mayor deliberación posible, siempre termino por comprenderlo mucho mejor después, tanto por su significado ideal como a que fuera justo lo que debía hacer.

Esta existencia es, sin embargo, agotadora. Estoy seguro de que no hay ni un solo hombre que me comprenda. A lo sumo alguno, incluso un admirador, reconocería que sostengo todo este disparate con una actitud firme, pero que yo desee ser comprendido, eso por supuesto no lo sueña nadie. Por otro lado, sería una precipitada irreflexión humana que, en caso de comprenderse la idea de la doble reflexión por la cual yo lo deseo, de allí se concluyera que, ergo, él no sufre en absoluto, no siente en absoluto ninguna de esas expresiones de crudeza y mentiras descaradas. Como si uno no pudiera con una libre decisión asumir todas las adversidades cuando la idea lo ordena. El artículo contra P. L. Møller[129] fue escrito en gran temor y temblor. Yo usé los días de celebración religiosa para escribirlo, sin dejar de ir a la iglesia ni de leer mi sermón por elaborar la confrontación. Lo mismo vale para el artículo contra *El Corsario*. Además, ellos fueron correctamente escritos, porque si yo hubiese expresado alguna pasión, algunos habrían encontrado allí la oportunidad para una relación directa conmigo. Resultó divertido y psicológicamente excelente ver la rapidez con la que P. L. Møller entendió la señal de retirarse de *El Corsario*. Él vino y se inclinó con reverencia[130] y luego volvió al lugar al que pertenecía.

[127] *Cfr. sv*[1] xiii , pp. 549 y ss.

[128] *Cfr. sv*[1] xiii , pp. 556 y ss. y 561 y s.

[129] Alusión a "En omreisende Æsthetikers Virksomhed, og hvorledes han dog kom til at betale Gjæstebudet." [La actividad de un esteta viajero y como le sucedió pagar la cena], en *Fædrelandet*, núm. 2078, 27 de diciembre de 1845.

[130] Kierkegaard se refiere al artículo de Møller en respuesta a su publicación anterior "Til Hr. *Frater* Taciturnus, Høvidsmand for 3die Afdeling af 'Stadier paa Livets Vei" ["A Frater Taciturnus, jefe de la tercera parte de *Etapas en el camino de la vida*] *Fædrelandet*, núm. 2079, 29 de diciembre de 1845.

Lo que me duele no es, por lo demás, la vulgaridad, sino la oculta participación en ella de los mejores. Yo desearía hacerme comprender por un hombre singular, por mi lector, pero no me atrevo porque defraudaría a la idea. Precisamente cuando triunfo, cuando la crudeza se presenta con mayor descaro, no me atrevo a decirlo. En definitiva, soy responsable de no contribuir al extravío de muchos en razón de mi consecuente imperturbabilidad. De eso se trata. Tengo que callar.

Los últimos dos meses han sido muy ricos en observaciones. Sin embargo, es verdad lo que dice mi disertación, que la ironía manifiesta los fenómenos.[131] Mi irónico salto en *El Corsario* contribuyó principalmente a mostrar con total claridad que *El Corsario* no tiene ninguna idea. Visto desde la idea, él es la muerte, incluso cuando eso le hace ganar un par de miles de suscriptores.[132] Quiere ser irónico y ni siquiera comprende la ironía. Todo este asunto podría ser un buen epigrama de mi existencia si alguna vez se dijera que en su época él fue elogiado por un periódico vulgarmente irónico. ¡No!, ¡momento! —él fue insultado y hasta buscó serlo—. Después, mi irónico salto en *El Corsario* le reveló al mundo su autocontradicción. Todos han pasado y dicho: "no es nada, ¿a quién le importa *El Corsario*?, etcétera". Y lo que sucede cuando a alguien le importa es que él es acusado de imprudencia; se dice que se merece todo eso (ahora "eso" significa también "todo eso") porque él mismo se lo buscó. Ellos ya ni siquiera se atreven a cruzar la calle conmigo —por miedo a salir también en *El Corsario*. Además, la autocontradicción tiene una razón más profunda, a saber, que ellos en el fondo desean con cristiana envidia que el periódico siga existiendo, esperando especialmente que no los ataque a ellos mismos. Sobre el periódico dicen que es despreciable y no significa nada. Les sugieren, a cada uno de los afectados, que no se enojen ni le respondan, ergo el periódico florecería. Y el público tiene primero la motivación de la envidia y luego el descarado placer de cuidar al atacado —de ver si fue afectado**. Y este fenómeno en un país tan pequeño como Dinamarca, este fenómeno que resulta el único dominante ¡no significaría nada! ¡Qué miserable unión de

[131] *Cfr. sv*[1] xiii , pp. 324 y s.

[132] *Cfr. Corsaren*, núm. 270, 21 de noviembre de 1845, p. 14; también, M. A. Goldschmidt, *Livs Erindringer og Resultater*, Copenhague, 1877, vol. i, p. 264.

cobardía y desprecio! Y cuando un día estalle todo, entonces se volverá contra Goldschmidt[133] y será exactamente el mismo público —¡y en qué mundo tan agradable se convierte el mundo!

Además, mis observaciones confirman el modo en el cual, cuando un hombre expresa una idea con consistencia, entonces cada objeción en contra de él contiene la autodenuncia de quien habla***. Se dice que es a mí a quien le importa *El Corsario*. ¿Qué sucede? El *Postscriptum definitivo* estaba terminado y entregado a Luno[134] antes de que yo escribiera en contra de P. L. Møller. En ese libro, especialmente en el prefacio[135] (que por lo demás fue redactado en mayo del 45), se encuentra algo que parece referirse a esta última cuestión. (Lo que mostraría, entre otras cosas, desde cuándo yo lo había anticipado). Si a mí me importara *El Corsario*, entonces habría cambiado algo del prefacio para evitar revelarlo. Yo sé lo mucho que he luchado conmigo mismo por tener que hacerlo, porque me dolía pensar que, por ejemplo, el obispo Mynster dijera que Kierkegaard hasta en un libro se ocupó de tales cosas, pero estaba convencido de no meterme con *El Corsario*. ¿Y qué sucede? Sí, como era de esperarse, en todo lo que escribo se ven alusiones a *El Corsario*. En eso hay una autodenuncia porque son ellos mismos los que tienen *El Corsario in mente*, ya que lo encuentran incluso en lo que fue escrito antes de esa época.

Me importan en especial dos cosas: 1) permanecer, en sentido griego, intelectualmente confiado en la idea de mi existencia, cueste lo que cueste; 2) ser ennoblecido religiosamente por eso todo lo posible. Le pido a Dios por lo último. Siempre he sido un solitario y ahora vuelvo a tener la oportunidad de ejercitarme en eso. Y fíjate que mi solitario secreto no es mi dolor, sino precisamente tener la fuerza para transformar la hostilidad al servicio de mi idea sin que tal cosa sea advertida. Por cierto, esta vida da satisfacciones, pero es también

[133] Meïr Aron Goldschmidt (1819-1887), periodista danés judío; editor, traductor y autor de varias obras, entre ellas *En Jøde [Un judío]. Novelle af Adolph Meyer*, ed. y trad. de M. A. Goldschmidt, Copenhague, 1845 [askb 1547], publicada bajo el seudónimo Adolph Meyer. En octubre de 1840 funda *Corsaren*, del cual se desempeñó como editor hasta octubre de 1846, cuando lo vende y viaja al extranjero. A partir de diciembre de 1847, de vuelta en Copenhague, publica el periódico mensual *Nord og Syg* (*Norte y Sur*).
[134] *Cfr. Pap.* vii [1] a 2.
[135] *Cfr. Pap.* vii [1] a 26.

terriblemente agotadora. ¡Y desde qué triste lado se llega a conocer a la humanidad!, ¡y cuánta melancolía en que lo que visto a la distancia parece bueno, sea siempre incomprendido por el propio tiempo! Pero la religiosidad es siempre lo que salva; ella constituye la simpatía con todas las cosas, <no> esa charlatana simpatía con amigos y partidarios, sino la infinita simpatía con todos —en silencio.

Pero aquello que forma es, sin duda, vivir en una ciudad tan pequeña como Copenhague, como lo hago yo. Trabajar al límite de las fuerzas casi hasta la desesperación, con profundo tormento en el alma y muchos sufrimientos interiores; pagar la edición del libro —y luego no tener literalmente ni diez hombres capaces de leerlo de manera correcta, por su parte, los universitarios y otros autores consideran que escribir un gran libro es prácticamente hacer el ridículo. Y entonces encontrarse con un periódico que cualquiera lee, que además se arroga el abyecto privilegio de atreverse a decir cualquier cosa, las distorsiones más embusteras— y eso no es nada, pero todos lo leen. Y después la entera masa de envidiosos que contribuye diciendo justo lo contrario para, de ese modo, menospreciarlo. Ser una y otra vez objeto de todas las conversaciones y miradas, y entonces el resultado es tener que defenderme de un ataque, cosa que, si hago, termina en un ataque aún peor. Cualquier carnicero cree tener prácticamente el derecho de insultarme por orden de *El Corsario*. Los jóvenes universitarios se burlan y se ríen y gozan de que alguien importante sea humillado. Los profesores sienten envidia y simpatizan en secreto con los ataques y los difunden, añadiendo, por supuesto, que son una vergüenza. Lo más pequeño que yo haga, aunque sea visitar a alguien, es tergiversado con falsedades y desparramado por todas partes. Si *El Corsario* se entera, lo imprime para que sea leído por toda la ciudad. El hombre al que yo visité es puesto en aprietos y casi se enoja conmigo, y no se le puede culpar por ello. Al final, tengo que retirarme y rodearme de quienes no soporto, porque de los otros es casi un pecado hacerlo. Y así están las cosas, y cuando un día me muera, entonces abrirán sus ojos y admirarán lo que yo he querido, a la vez que volverán a comportarse del mismo modo contra un contemporáneo suyo, que probablemente sea justo el único que me comprende. ¡Dios mío! Si el hombre no tuviese una interioridad en la cual olvidar todo eso, ay, olvidarlo por completo con tu compañía, ¡quién podría resistirlo!

Pero, alabado sea Dios, mi actividad como escritor está ahora terminada.[136] Me ha sido concedido aquello por lo cual, casi después de publicar *O lo uno o lo otro*, agradezco a Dios: ponerle fin, comprender cuándo era el momento de terminar. Sé bien y me parece normal que los hombres no consideraran las cosas de ese modo; lo podría demostrar fácticamente con dos palabras. Me ha dolido por ese reconocimiento que yo creí poder esperar: terminemos entonces.

Sólo puedo concentrarme en ser pastor.[137] Allí afuera, en esa tranquila actividad, durante mi tiempo libre, me permitiría alguna pequeña producción y respiraría mejor, por más que la vida actual me satisfaga.

**Al margen*: y antes de que pudiera hacer algo, mi trabajo por la idea exigía todo mi tiempo, cada minuto, y con la mayor tranquilidad posible. En realidad, es excelente que justo cuando alguien cree y quizá hasta goce con maldad que yo vaya a dar un paso precipitado — justo entonces soy en extremo calculador y prudente. Pero el mejor apoyo de cualquier acción es — rezar; ésa es en realidad la verdadera genialidad, entonces uno nunca se queda corto.
***Al margen*: y entonces tiene la ocasión de mentirle, de decirle que está dolido, que puede ocultarlo pero que, sin embargo, se siente afectado. La última fórmula es en particular la más adecuada para difamar.
****Al margen*: de manera que él no habla de otro, sino de sí mismo.

vii [1] a 99 / nb:8 Pero no hay que escribir, ni una sola palabra, no me atrevo. Lo que se escribiera le daría al lector alguna señal y por eso molestaría. No debe suceder que éste llegue a tener algún conocimiento de ese modo. Durante estos días he eliminado varias cosas, no porque estuviesen mal escritas sino porque pueden ser usadas en un sentido completamente distinto.[138]

La forma final que he pensado sería ésta:

[136] *Cfr. Pap.* vii [1] a 4.
[137] *Cfr. idem.*
[138] *Cfr. Pap.* vii [1] b 29-73.

En mi opinión, el editor es el responsable literario cuando no hay ningún autor. En el caso de *El Corsario*, el editor es el señor universitario Goldschmidt, una cabeza brillante,[139] sin ideas, sin estudio, sin concepciones, sin autodominio, pero no sin cierto talento y fuerza estéticamente desesperada. En determinado momento crítico de su vida, él se acercó a mí.[140] Yo intenté indirectamente apoyarlo de manera negativa, lo elogié por la seguridad con la que se posicionaba. Él logró, creo, lo que quería. Yo habría esperado que él hubiese elegido el honorable camino de hacerse un nombre. Honestamente, me duele que en calidad de editor de *El Corsario* siga eligiendo el despreciable camino de ganar dinero. Yo esperaba que, en la medida de lo posible, un hombre talentoso dejara de ser instrumento de la vulgaridad, y de verdad no era mi deseo ser retribuido, de una manera tan vergonzosa, con la inmortalización[141] por un periódico despreciable que jamás debió haber existido y del cual yo sólo puedo esperar injurias. Mi existencia como autor se aviene a ser injuriada; por eso yo lo había deseado y demandado ni bien terminé, porque cuando Frater Taciturnus escribía,[142] Johannes Climacus había entregado el libro a la imprenta hacía varios días.[143] Yo esperaba a la vez beneficiar a otros con ese paso. Ellos no quisieron, y bien, yo sigo reclamando injurias contra mí, porque eso conviene con mi idea y porque la existencia de un periódico tal es beneficiosa. Resulta lamentable ver a un montón de tontos y necios reírse sin tener la menor idea de lo que se ríen. Sólo Dios sabe si no he elevado el juego demasiado alto en relación con mis contemporáneos. Mi idea lo exige. Lo consistente del asunto me satisface indeciblemente — yo no puedo hacer otra cosa. A los mejores, que no son dialécticos ni tienen siquiera los supuestos para

[139] *Cfr. Pap.* vii [1] b 18, 22, 32, 36 y 55.

[140] Después de que *El Corsario* reseñara *Sobre el concepto de ironía*, Kierkegaard encontró a Goldschmidt en la calle, le criticó la composición defectuosa de la reseña y le recomendó dedicarse a lo cómico, sugerencia que humilló a Goldschmidt. *Cfr.* Goldschmidt, *Livs Erindringer og Resultater*, vol. i, pp. 275 y s., 279 y s., y 371 y s.

[141] *Cfr. Pap.* vi b 192 y193.

[142] Alusión al artículo "La actividad de un esteta itinerante...".

[143] Referencia al *Postscriptum*; *cfr. Pap.* vii [1] A 2.

comprender que yo debo manejarme de esa manera, les pido perdón. Y de ese modo, adelante: ojalá que yo sea injuriado. Por significativa o insignificante que sea mi existencia como autor, lo cierto es que soy el único autor danés cuya relación dialéctica es <precisamente> tal que su idea puede convenir con cualquier posible mentira y distorsión y galimatías y calumnia a fin de confundir al lector y así contribuir a su autoactividad e impedirle una relación directa. Ningún otro autor danés que tenga cien lectores puede hacer que las mentiras y distorsiones le hagan ganar mil lectores* Por otra parte, a mí me sirve cada vez que él me propina injurias, cosa que seguramente hará. Él no puede prescindir de mí, y su impotencia para proseguir lo bueno se expresa en el despecho de un amor infeliz y un hacerse oír con invectivas, cosa que no me daña porque lo conozco bien. Su injuria no me concierne; bien puedo estar ausente.

Si <el Sr.> Goldschmidt me respondiese en algún buen periódico bajo su propia firma, lo leeré, pero a *El Corsario* no lo leo más. Tampoco le ordenaría a mi sirviente leerlo,[144] porque no creo que un señor tenga autoridad para ordenar que su sirviente vaya a un lugar indecente.

S.K.

**Al margen*: a ningún otro danés puede servirle que la vulgaridad tenga un órgano de absoluta difusión tal como él lo tiene, cuando eso agrada tanto a un granuja literario.[145]

vii [1] a 100 / nb:8 Una persona de gran entendimiento siempre será considerada por la masa como insensata. Ellos le objetarán que su entendimiento supere el de él, lo cual no es ni más ni menos que una de esas instancias que él mismo ha considerado.

vii [1] a 101 / nb:9 Lo que en realidad me duele de todo esto es ver a esa masa de engreídos que quiere jugar el juego intelectual más elevado, y en tal caso soy

[144] Anders Christensen Westergaard (1818-1867), quien sirvió a Kierkegaard desde 1844.
[145] *Cfr. Pap.* vii [1] b 13, 18, 19 y 24.

prácticamente el único que tiene la formación griega[146] y la independencia necesaria, y también quizá soy quien de verdad desea trabajar en ese asunto, relacionado de manera estrecha con toda mi obra.

Resulta extraño el modo en que los hombres, que en otro caso yo tendría por bonachones y que ni siquiera son mis enemigos, cuando se apasionan por algo, son capaces de decir las más flagrantes mentiras sin casi darse cuenta. Pero la pasión tiene un extraño poder y por eso resulta tan tonta toda esa modernidad de sistemas y sistemas, como si sirvieran para algo. No, la pasión debe ser purificada. En esta época experimento de vez en cuando expresiones al respecto. vii ¹ a 102 / nb:10

¡Oye entonces, pequeño Corsario! ¡Sé por lo menos una vez hombre! Es cosa de mujeres molestar a un hombre con su enamoramiento; es cosa de mujeres andar persiguiendo a alguien para injuriarlo con esa expresión de amor despreciado. Sé hombre y cállate. <Sólo a una mujer, que es el sexo débil, se le puede perdonar el ser traicionada por su impotencia, primero con una inoportuna devoción amorosa y luego, una vez rechazada, con la devoción de una furia terrible. Un hombre debe poder ser sí mismo, debe poder callarse cuando ve que es una concesión a la impotencia seguir ofendiendo, como cuando una mujer corre detrás de un hombre o un mendigo que pide[147] sube y baja la calle persiguiéndolo a uno>. vii ¹ a 103 / nb:11

16 de marzo

Tal como están dadas hoy las cosas en el mundo, ser un autor debería constituir un empleo extraordinario en la vida, un empleo que se sustrae de la dialéctica de lo general (puestos oficiales y esas cosas, medios de vida y esas cosas). No sólo la producción de un autor debería dar testimonio de la idea, sino que la existencia del autor debería corresponder con la idea.[148] ¡Ay! De todas las categorías, la de realidad es la más mediocre. Ser autor es agremiarse, y su relación con la finitud es tan molesta como la de cualquier otro. Se supone que ellos se ayudan vii ¹ a 104 / nb:12

[146] *Cfr. Pap.* vii ¹ a 98.
[147] *Cfr. Pap.* vii ¹ a 122 y vii ³ b 51.
[148] *Cfr. Pap.* vii ¹ a 98.

mutuamente, se critican mutuamente sus escritos, conversan sobre lo que harán, etcétera. Se supone que en especial los más cercanos se benefician con tal relación porque obtienen alguna que otra pequeña noticia con la cual correr: "que ellos mismos han visto el manuscrito, escuchado algo del asunto, hablado con el autor, etcétera".

Yo me abstuve en absoluto de todo eso, sacando ventaja de mi seudonimia. En el sentido de la finitud, eso me ha producido un daño irremediable: he sido insultado por los hombres, me he retirado de mi benéfica tradición de charlar con la gente y he ocultado todas mis aspiraciones bajo la apariencia de la casualidad y la ocurrencia. Incluso si yo mostrara el modo en el cual todo se conecta en virtud de una norma extremadamente estricta, nadie lo creería — porque sería impensable que alguien tuviera semejante plan y pudiera callar. ¡Oh! ¡Necios de ustedes! Sólo quien tiene semejante plan es capaz de callar.

Cuando terminé, intenté hacer algo por los demás. Escribí los dos artículos[149] contra P. L. M. y *El Corsario*. Luego me alegró componer la reseña de *Una historia cotidiana*.[150] Ahora estoy seguro de que la gente terminará creyendo que lo hago para ganar prestigio. Ay, si yo quisiera ganar poder y reconocimiento en la literatura danesa, cosa que fácilmente podría tener, entonces debería hacer justo lo contrario. No debería haber roto de manera tan enfática con *El Corsario*, porque sus constantes disparates influyen sobre el juicio de muchos y el hecho de ser elogiado por él resulta un ingrediente excitante. Yo debería haberme posicionado con rapidez a la cabeza como el esperado, haber efectuado cierta concesión reconociendo a uno que otro joven y haber adoptado una actitud negativa de duda respecto a los mayores: eso hubiera significado un avance general en la literatura danesa, cosa que los jóvenes quisieran; por cierto, quien quiera tener poder, siempre debe apostar a los jóvenes. En lugar de eso, hice justo lo contrario — precisamente porque no quiero ese poder y soy demasiado melancólico para desear el honor y el reconocimiento mundanos. Yo aburro a los jóvenes porque ninguno de ellos es tan elevado para lograr deshacerse de mí. ¿Y qué hago?: me inclino ante los autores mayores. Mi alegría consiste en que, precisamente en el

[149] *Cfr. idem.*
[150] *Cfr. Pap.* VII [1] A 4.

instante en que dejo de escribir, todo permanece igual en la literatura danesa: el Prof. Heiberg es honrado como antes, el obispo Mynster[151] es venerado de la manera más absoluta posible, todo está otra vez en orden. Y entonces soy acusado de tener vanas aspiraciones. Si por lo menos quien me acusa lo pensara antes por un instante. Por ejemplo, *El Corsario* se imagina que tiene gran poder; ¿cómo podría entonces, quien rompe con él, ambicionar poder?

Puedo ver mejor lo fundamentalmente polémica que es mi naturaleza por el hecho de que el único modo en el cual el ataque de los hombres me alcanza es cuando siento nostalgia por su suerte. Mientras lucho estoy intranquilo, pero cuando tengo poder entonces siento melancolía al ver la mezquindad de los hombres, sí, su ser despreciable. En realidad, mi existencia como autor es tan pura como la nieve recién caída, lejana de toda ambición terrenal, al servicio de una idea; en definitiva, esa multitud que en realidad no me comprende también podría tener una feliz impresión de eso. Pero las cosas no son así. Bien, entonces déjalos mentir, déjalos calumniar y distorsionar. Pero lo cierto es que toda generación de autores mayores, en la medida en que desean disfrutar de un inocente y autorizado reconocimiento, siempre desean un sucesor como yo que, al igual que las mujeres, no desea nada para sí mismo, sino que sólo desea ensalzar a los mayores.

Sin embargo, los ataques de todo tipo contra mi persona tienen un curioso pase libre. Se saca una extraña ventaja de mi supuesta inteligencia. Se dice cualquier cosa y, cuando los hechos lo refutan, entonces se dice: "sí, él es imprevisible porque es tan astuto y sutil e inteligente", es decir, tan inteligente que hace lo contrario, pero de todos modos es vanidoso. Se afirma que yo hago esto y aquello por vanidad; los hechos lo refutan y entonces se dice: "sí, él es tan inteligente", es decir, él es tan inteligente que hace lo contrario, pero aun así es vanidoso. ¡Qué extraño argumento! Si hago lo contrario de lo que la vanidad manda, entonces o bien debo ser un tonto o bien, si soy inteligente, no debo ser vanidoso. Luego, se concede que soy inteligente — ergo, no soy vanidoso. Pero, fíjate, se llega al resultado contrario. En última instancia, se trata de que los hombres no pueden comprender cómo alguien inteligente puede no desear honor y poder. Eso se da por hecho

[151] *Cfr. Pap.* vii [1] a 26.

(porque bondad y estupidez son idénticas) y así se llega a la conclusión: él debe ser vanidoso, aunque no podamos probarlo, porque él es tan inteligente — que hace lo contrario de lo que la vanidad manda. Pero el presupuesto del cual se parte implica justamente una autodenuncia.

Y cuántos hombres desperdician su vida en esas funestas habladurías sobre los otros.

vii [1] a 105 / nb:13

#

A lo sumo, hasta los más bienintencionados hallarán mis caminatas por la calle,[152] etcétera, como una excentricidad disculpable. ¡La mayoría las entenderá como vanidad! Mi Dios, como si yo fuese tan tonto para no saber que mucha autoexhibición debilita justamente la importancia de uno mismo, que los hombres aman el espejismo de mantenerse ocultos — porque entonces uno es por cierto alguien. Tan mal habría yo estudiado a mi Shakespeare como para no haber entendido nada y olvidado aquella réplica[153] del viejo Rey a Enrique V, cuando aún era príncipe, con la que lo reprende y le recomienda a otra persona que sólo rara vez se deja ver.— Ésa es la réplica que siempre me ha dado vueltas por la cabeza cuando, puesto al servicio de la idea, yo decidí hacer lo opuesto de lo sagaz despreciando la apariencia de ser alguien y, cosa que Sócrates argumenta con tanta belleza en *La República*[a][154] cuando dice que se debe evitar la apariencia de ser bueno. Pero que todo eso esté al servicio de la idea, ése es mi supremo interés, el esfuerzo artístico que sostiene mi producción, algo en lo que sólo mínimamente me atrevería a iniciar a Spang,[155] el hecho de que mi verdadera legitimación consiste en haber actuado en contra del entendimiento. Sin eso, yo habría sido un fanfarrón como los autores de nuestra época, a quienes jamás se les ocurre realizar un ápice de lo que escriben:

[152] *Cfr. sv* [1] xiii , pp. 545 y ss.

[153] *Cfr. Enrique V*, parte i, acto 3, escena 2. Kierkegaard poseía la versión danesa de "Kong Henrik den Fierde", en *William Shakespeare's Tragiske Værker [Tragedias de William Shakespeare]*, trad. de Peter Foersom y P. F. Wulff, Copenhague, 9 vols., 1807-1825, vol. i, pp. 108 y s. [askb 1889-1896]. *Cfr.* también *sv* [1] x, p. 335.

[154] Kierkegaard probablemente confunde a Sócrates con Glaucón en el pasaje de *La República* en ii 361b y ss. Él poseía la traducción de Friedrich Schleiermacher, "Der Staat", en *Platons Werke von F. Schleiermacher*, Berlín, 6 vols., 1817-18, vol. vi , p. 128 [askb 1158-1163].

[155] *Cfr. Pap.* v a 17.

¡ay! ¡quién piensa en eso! ¡quién no diría que eso es locura o mentira! Déjalos ir, tanto más grande es mi arte. Porque hacerlo y permitir subrepticiamente que la gente lo entienda — eso sería una nueva trampa. Mi producción ha sido mayéutica, mi existencia se ha sostenido por ser la piedra del escándalo. — Sin embargo, hay uno que lo sabe, y hasta cuando mis pensamientos suelen salir furiosamente de mí en un esfuerzo enorme, Él sin embargo lo recuerda, Él rápidamente me lo vuelve a recordar: ¡Dios del cielo!

Al margen: (El pasaje se encuentra marcado en mi ejemplar de la traducción de Schleiermacher, Libro ii).[156]

#

vii [1] a 106 / nb:14

Lo que yo quería hacer era representar en lo posible los distintos estadios de la existencia en una sola obra — y en esos términos considero toda la producción seudónima. Para ese fin, lo importante era mantenerse *uno mismo en inalterable ecuanimidad*[157] de manera que, por ejemplo, lo religioso no apareciera apenas cuando yo fuese viejo y mi estilo hubiese perdido parte de esa exuberancia de la fantasía que tiene lo estético. La intención no era que lo religioso tuviese tal exuberancia, sino que el autor fuese siempre capaz de producirla para dejar en claro que no era casualidad que lo religioso careciera de ella — es decir, porque el autor no era lo suficientemente joven.

Tan pronto como algún otro autor fuese capaz de realizar el mismo trabajo, si él no pudiera hacerlo en el transcurso de 5 o 6 años, entonces no sería capaz de hacerlo. La empresa está por lo tanto muy aislada, no sólo por ella misma sino también por su éxito.

Hay también otro motivo por el cual tuve que apurarme, aunque me obligué a mí mismo con la más estricta disciplina[158] a no descuidar la más mínima coma — las circunstancias de mi patrimonio no me permiten seguir sirviendo a la idea juzgadora-mayéutica en la misma medida en que lo he hecho. Su juicio no ha sido en el sentido directo del trueno, etcétera: — no, sino en el sentido indirecto del actuar, y por lo tanto de escribir epigramas sobre la época.

[156] *Cfr. Pap.* iii b 26 y *Pap.* iv a 124.
[157] *Cfr. sv* [1] xiii , pp. 521 y ss.
[158] *Cfr. sv* [1] xiii , p. 558.

Yo mismo había provocado la ofensa con mi consistencia. Si hubiese sido la mitad de consistente, se me habría comprendido de inmediato, en ese instante. Pero la obediencia es más cara a Dios que la gordura de los carneros[159] y la consistencia es más cara a la idea que el reconocimiento mundano de las habladurías.

Se piensa que yo soy un desorganizado. Sí, tómalo de ese modo. Estoy plenamente convencido de que no existe ningún autor danés que trate la más mínima palabra con el máximo cuidado con que lo hago yo. Dos versiones escritas de todo, de la mayor parte 3 o 4 versiones,[160] y además aquello de lo que nadie tiene ni idea, de mi meditación mientras camino, de que me digo todo en voz alta a mí mismo muchas veces antes de escribirlo — fíjate, ¡eso se llama desorganización! Y, ¿por qué? Porque no se tiene ninguna idea al respecto, porque un autor es alguien que a lo sumo durante ciertas horas al día se sienta en su habitación y escribe, y que por lo demás no tiene nada que hacer con sus ideas. Por eso tal autor, cuando regresa a su casa, necesita tiempo para recuperar el aliento — mientras que yo, en cambio, vuelvo a mi casa con todo pensado y hasta aprendido de memoria con su propio estilo. — Por eso, cuando la gente lee un par de páginas mías, casi siempre se sorprende de mi estilo — pero un gran libro — cómo sería posible — ergo: debe ser un desorganizado. No, cuando se quiere una sola cosa, cuando se quiere sólo una cosa con todo sacrificio y todo esfuerzo, entonces es posible lograrla.

En cierto sentido, me puede repugnar la existencia porque yo sólo deseo un único pensamiento: aquello que un hombre puede ser, si lo quiere — yo realizo un epigrama sobre los hombres porque su juicio sobre mí, su incapacidad para comprender mi consistencia, es la triste prueba de la clase de categorías, la clase de mediocridad en la que ellos tienen su vida.

vii [1] a 107 / nb:15

#

Y, sin embargo, mi alma y mis observaciones irónicas se satisfacían de manera extraordinaria corriendo por las calles y no siendo nada,[161]

[159] *Cfr. Pap.* ii a 422 y *sv* [1] xiii , p. 558.
[160] *Cfr. Pap.* ii a 92.
[161] *Cfr. sv* [1] xiii , pp. 547 y s.

mientras que los pensamientos y las ideas trabajaban en mí; siendo un holgazán, cuando era en absoluto el más diligente de todos los jóvenes; siendo imprudente y "sin seriedad", cuando la seriedad de los otros pasaría por una broma al lado de mi preocupación interior. Esto es lo que se ha perturbado ahora. Se exalta a la multitud, a los aprendices, a los muchachos carniceros, a los alumnos de escuela y toda esa clase de gente. Pero con ese público yo no juego, no tengo nada que hacer allí, él no tiene los presupuestos para que mi ironía se manifieste o alcance el sentido de la idea. Enfrente de tales hombres en virtud de cuya formación yo podría decir que hasta cierto punto son capaces de comprender la profundidad que hay en mí o al menos de tener alguna noción de ella — enfrente de ellos mi ironía se satisface presentándoles ese enigmático problema, mi enojo se satisface viendo cómo me juzgaron negativamente. Pero las clases completamente incultas, los estudiantes y carniceros, por supuesto no poseen ningún presupuesto, son tierra inútil, la ironía no se deja sembrar allí. — Resulta triste ver que, en realidad, los periódicos son escritos por colegiales[162] que fueron introducidos en la confusión de la ambigüedad desde la más temprana edad. Voy a mencionar sólo una situación que es, por lo demás, característica. Ella se refiere al teniente y ayudante de los húsares Barth. Él venía con su pequeño hijo.[163] El padre me agradeció con su habitual y casi excesiva atención, y se hizo a un lado para dejarme la acera, — si el niño no hubiese sabido quién era yo, habría tenido la impresión de que era alguien extraordinario — pero el niño obviamente me conocía, era un lector de *El Corsario*. ¡Qué combinación! Y no debe cualquier niño sufrir un gran daño al ver en un momento en el diario que un hombre es tratado de tal manera que casi parece una invitación a que cualquier colegial le silbe por la calle — y al momento siguiente ve que su padre lo trata de ese modo o lee algunos fragmentos suyos en el libro escolar de literatura danesa.[164]

[162] *Cfr. Pap.* vii [1] b 37-38.

[163] Se trata de Søren Christian Barth (1803-1895), teniente primero de caballería y ayudante de la brigada de caballería, y de Johannes Clausen Barth (1833-1888), graduado politécnico, escritor y maestro de lengua.

[164] *Cfr.* H. J. Thue (Grimstad, 1815-1851), *Læsebog i Modersmaalet for Norske og Danske, tilligemed en Exempel-samling af den svenske Literatur og med* æsthetiske *og literaturhistoriske Oplysninger [Libro de lectura en lengua materna para noruegos y*

Y cuando yo transformo mi apariencia exterior, cuando soy más reservado y me mantengo más en mí mismo, parezco más importante: entonces en ciertos lugares daría la impresión de que he cambiado para mejor.[165] ¡Ay! Pero ellos no contribuyen a mi idea como en aquellos tiempos. Pero ahora sí, mi producción está terminada.[166]

vii [1] a 108 / nb:16

#

Respecto a ella,[167] he decidido no escribir nada. Desconfío del papel, de que pudiera llegar a manos de cualquiera y molestarla justo ahora que todo está bien. En lo que a mí concierne, espero que Dios lo recuerde todo y me recuerde también a mí. No hubo un solo día desde aquel día[168] en el que yo no reflexionara sobre el asunto mañana y noche. Su último pedido,[169] que de cuando en cuando la recordara — no necesitaba hacerlo. Su arriesgada pregunta: "si yo no pensaba casarme algún día", por suerte fue respondida con una broma. Fue espantoso. Yo la podría haber consolado un poco y Dios sabe cuánto habría querido hacerlo, Dios sabe cuánto necesitaba yo mismo atenuar la cosa. Pero estuvo bien que triunfara mi consistencia. Mi respuesta sonó así: "¡Sí! En unos diez años, cuando me haya desahogado y esté cansado, entonces tendré que volver a conseguir una joven muchacha para rejuvenecerme". Fue cruel — sí, fue verdaderamente cruel y fue también cruelmente duro tener que hacerlo. Y si yo no hubiese hecho eso y todo lo demás, ¿ella estaría ahora comprometida? No. Si yo solemnemente le hubiese dicho lo que sentía: "no, jamás me casaré si no es contigo—", entonces ella se habría agarrado de eso —. Entonces, cuando le propusieran un nuevo compromiso, ella habría quedado desconcertada, y si hubiese cedido, lo habría hecho con el

---

daneses, con una colección de ejemplos de la literatura sueca e información estética e histórico-literaria], Kristiania (hoy Oslo), 1846, pp. 486 y ss. Estas *Lecturas en lengua materna para noruegos y daneses* incluían un perfil literario de Kierkegaard y fragmentos de *O lo uno o lo otro* y *Prefacios*.

[165] *Cfr. Pap.* vii [1] a 116.

[166] *Cfr. Pap.* vii [1] a 4.

[167] Alude a Regina Olsen (1822-1904), con quien Kierkegaard estuvo comprometido del 8 de septiembre de 1840 al 11 de octubre de 1841.

[168] El día de la ruptura, 11 de octubre de 1841.

[169] *Cfr. Pap.* iii a 178.

alma hecha pedazos — de este modo, en cambio, lo haría con el alma entera, porque yo la he rechazado.[170]

#

vii [1] a 109 / nb:17

La idea que yo expresé en mi existencia a fin de sostener la producción seudónima era esa misma producción llevada a su última consecuencia.[171] Si con esa enorme productividad yo hubiese vivido retirado, oculto; si rara vez me hubiese mostrado y lo hubiese hecho con aires de profundidad, tal como le compete a un pensador, con cara de profesor, ¡por Júpiter!, entonces cualquier fulano, cualquier tonta doncella o cualquier joven universitario, etcétera, habrían descubierto que yo era profundo. Eso habría significado una enorme inconsistencia en relación con mi productividad pero, ¿qué tonto se preocupa por la consistencia? — ¿y cuántos sabios hay en cada generación? — No niego que fue muy extenuante. Cualquier hombre puede tener momentos de debilidad en los cuales se agarra del consuelo más próximo de la finitud, y, sin embargo, la consistencia es una bendición. Uno gana honor, prestigio, dinero, etcétera, por ser inconsistente — pero en la muerte lamenta haberlo sido. Otra cosa sucede con la consistencia. Así como el zorro engañó a los bichos llevándolos afuera en la punta de su cola y luego sacudiéndoselos lejos,[172] del mismo modo se comporta la consistencia con los estúpidos, que en lugar de querer aprender algo de alguien o enseñar algo a alguien — no tienen para ofrecer más que dinero, consideraciones y hurras. Al principio, parece que ellos estuvieran a la altura de la consistencia, pero luego ella se aleja cada vez más y más de lo profundo y de ese modo ellos caen. Si éstas fuesen mis últimas palabras, yo sabría que la verdad está en mí: cualquiera que *de verdad quiera* algo, siempre encontrará en mí a un admirador o, si fuera necesario, una ayuda. — Pero esos estúpidos, ese gentío, toda esa mezcolanza de hombres y mujeres que sólo quieren desperdiciar su propia vida y ayudar a los otros a desperdiciar la suya, ellos encontrarán en mí a su hombre. Fíjate en el pequeño Goldschmidt;

[170] Regina se comprometió con Johan Frederik Schlegel en la primavera de 1843 y se desposaron el 3 de noviembre de 1847 en la iglesia de Nuestro Salvador en Copenhague.
[171] *Cfr. sv* [1] xiii , pp. 544 y ss.
[172] Fábula de Claudio Eliano (170-235).

él se engañó a sí mismo con la fantasía de ser el elegido por Dios para azotarnos a nosotros, miserables — ¡pero las condiciones lo obligaron a ofender lo que él mismo había inmortalizado! Él lo hizo. Tampoco había en él verdad alguna; su cólera divina era una hipocresía porque de lo contrario él habría confiado en la verdad y perseguido el mal, no lo que él mismo admiró — porque eso no lo admiraría a él.

vii [1] a 110 / nb:18

Sin embargo, lo que los hombres quieren en lugar de acción son tonterías y chismes y disparates; eso les resulta interesante. Goethe cuenta en *Aus meinem Leben*[173] que *Werthers Leiden* causó una sensación tan grande que, desde ese momento, dice él, nunca más volvió a contar con la tranquilidad y la dedicación que había tenido antes, porque desde entonces él se vio envuelto en toda clase de contactos y conocidos. Y, sin embargo, ¡qué interesante y movilizador resulta hablar tonterías! Nada habría sido más fácil que impedirlo, si Goethe hubiese tenido realmente valor, si él realmente hubiese amado más a la idea que a los conocidos. Quien tiene las fuerzas de Goethe puede fácilmente apartar a la gente de sí. Pero, fíjate, él, afeminado y consentido, no lo quiere — sino que prefirió contarlo como un acontecimiento. Pero a los hombres les gusta escuchar porque eso los dispensa de actuar. Si alguien quisiera predicar del siguiente modo: "una vez, en mi temprana juventud, en serena paz, yo tuve realmente fe. Pero luego me convertí en alguien muy ocupado en el mundo, con muchos conocidos, me hice consejero de justicia y desde aquel momento en realidad no he tenido ni el tiempo ni la ocasión de tenerla" — Entonces los hombres encontrarían su discurso conmovedor y desearían escucharlo. El secreto de la vida, cuando uno quiere pasarla bien, consiste en exhibir una hábil charlatanería sobre lo que se quiere y en la manera de impedirlo — y entonces no emprender ninguna acción.

Un día, el consejero de Estado Molbech[174] estaba en mi casa. Él elogió mis excentricidades y mi peculiar modo de vida, porque eso

[173] *Cfr.* Goethe (1749-1832), "Aus meinem Leben. Dichtung und Wahrheit" [De mi vida. Poesía y verdad], en *Goethe's Werke. Vollständige Ausgabe letzter Hand [Obras de Goethe. Edición completa según su última versión]*, Stuttgart, 60 vols., 1828-1842, vol. xxvi , libro 13, parte iii , pp. 219, 227, 229 y ss., 236 y ss. [askb 1641-1668].

[174] Christian Molbech (1783-1857), escritor, crítico, historiador y lingüista danés. Desde 1823 fue secretario de la Biblioteca Real y, a partir de 1829, profesor de Historia de la

beneficiaba mi trabajo. "Yo también quisiera hacerlo", dijo. Luego comentó que esa misma noche debía ir a una cena y "tengo que beber vino y no lo tolero, pero no me puedo liberar de eso porque entonces de inmediato se empezaría: oh, un pequeño vaso, Sr. Consejero de Estado, le vendrá bien". Le respondí: "Nada es más fácil que evitarlo. Usted no les diga ni una palabra sobre que no puede tolerar el vino, porque entonces usted mismo provoca esos entrometidos comentarios. Usted siéntese a la mesa y luego, cuando se le sirva el vino, lo huele y dice o da a entender con algún gesto que el vino no es bueno. De ese modo el anfitrión se molestará y no lo obligará a tomarlo". Molbech respondió: "No, no puedo hacer eso. ¿Por qué debería meterme con esa gente?". Le respondí: "para hacer lo que usted quiere. ¿No es razón suficiente?". Pero las cosas son de ese modo: primero, hablar pavadas de mí mismo por una hora y burlarme de mí mismo con semejante alharaca. Luego, ir a la cena y hablar tonterías y beber. Entonces, volver a casa y sentirse mal por eso — y volver a hablar simplezas sobre el asunto con su esposa durante toda la noche: eso es vivir y ser interesante.

#

vii [1] a 111/ nb:19

Así como resulta desagradable estar en contacto todos los días con un loco, resulta mucho más repugnante ser contemporáneo de un hombre que de una vez por todas se ha vendido a lo deleznable. Esa completa imprevisibilidad, esa repugnante falta de límites, porque alguna vez él se ha despreciado a sí mismo y no tiene absolutamente nada que perder.

#

vii [1] a 112 / nb:20

Era un principio griego[175] lo que yo expresé en mi existencia y ahora está distorsionado. ¿Y qué lo ha distorsionado? El hecho de usar la prensa en gran escala. La prensa es en realidad lo que aniquila toda personalidad, que un cobarde desgraciado pueda sentarse a escondidas y escribir y publicar para miles. Toda conducta personal y todo poder personal debe fracasar allí. Me resultaría indescriptiblemente interesante hablar con Sócrates sobre este tema.

Literatura en la Universidad de Copenhague. El 28 de junio de 1845 fue nombrado consejero de Estado.

[175] Referencia al método mayéutico de Sócrates; *cfr. Pap.* vii [1] a 74.

vii [1] a 113 / nb:21

#

En la anteúltima escena de *Hamlet*,[176] cuando Hamlet muere, su dolor, hasta casi la desesperación, es que nadie llegue a conocer su vida. Es muy cierto que quien ha tenido una única idea, pero la ha ocultado bajo la forma del engaño con un esfuerzo desesperado,[177] sienta precisamente en el instante de morir esa contradicción; por eso ahora, a punto de morir, se anima a hablar, y entonces la muerte llega de repente. Hay también algo lamentable, algo verdaderamente trágico en el hecho de que un hombre tal, que durante su vida ha soportado el arduo peso de la incomprensión, deba llevar la misma vida después de la muerte, y que muy probablemente cualquier chapucero que se haya dado cuenta de que él era algo, lo retrate, ay, y el retrato se le parezca no más de lo que ese chapucero se parece al difunto.

Sin embargo, quien haya querido soportar tal martirio para servir a la idea de verdad, jamás debería ser inconsistente, ni dar a la gente una información subrepticia. Cuanto más consistente él sea en este sentido, tanto más fiel es a su idea, que lo recompensará en bienaventuranza interior. Como en la vida él ha renunciado al honor del mundo, también debería hacerlo en la muerte, y después de su muerte seguir siendo un enigma como lo fue durante su vida. Precisamente en eso reside el nervio epigramático de su existencia, y justo en eso, su fidelidad a la idea.

Pero lo único que se puede decir en realidad es que los hombres de esta época no tienen idea ni de actuar, ni de pensar, ni de actuar pensando de manera consistente hasta el fin. Incluso un comienzo en apariencia consistente termina siempre en pavadas.

vii [1] a 114 / nb:22

#

Como he dicho, lo único que en realidad me duele es que a alguien se le ocurra vincular el fin de mi carrera como autor[178] con estos últimos disparates. Mientras obedecí a mi idea, mi alegría fue sostener mi trabajo sin entrar en ninguna relación personal con nadie, sin involucrarme

[176] *Cfr.* Shakespeare, "Hamlet", acto 5, escena 2, en *William Shakespeare's Tragiske Værker*, Copenhague, 9 vols., vol. i, pp. 228-229 [askb 1889-1896].
[177] *Cfr. sv* [1] xiii , pp. 540 y ss.
[178] *Cfr. Pap.* vii [1] a 4.

en nada terrenal, sirviendo sólo a la idea. Y por eso me resultaba tan importante que el final fuese como el principio, que supiera parar y abandonar todo ese tipo de actividad. Lo logré absolutamente. Quizá, sin embargo, habría sido perjudicial que la gente lo hubiese comprendido bien, y de allí, entonces, dejar que imaginasen alguna mezquina intención que pudiera moverme.

#

vii [1] a 115 / nb:23

Los contemporáneos sacan provecho del hombre sobresaliente por el hecho de que él también es hombre y se parece más o menos al resto y quizá hasta carezca de algunas habilidades que los otros tienen, con lo cual él puede resultar parecido a ellos. Un empleado de comercio bien arreglado y un genio son iguales para su época. Un hombre notable está tan por encima de cualquier otro en casi todas las cosas que sus contemporáneos se excitan por olerlo, por hablar de él, por arruinar toda su existencia espiritual, por hacerle repugnante su propio nombre sólo por estar en la boca de cualquier burro.

#

vii [1] a 116 / nb:24

Mientras viva, nunca seré ni podré ser reconocido precisamente porque uso la mitad de mis fuerzas para impedirlo. En el mismo momento en que, viviendo, empiezo a ser reconocido, en ese mismo instante comienzo a convertirme en una autoridad y entonces, en ese mismo momento, mi misión está terminada.[179] Sí, y no sólo la misión presente, sino incluso la anterior podrían resultar por completo arruinadas. Sin duda, nadie comprende mi resignación. Algunos porque no tienen el tiempo o la ocasión o las ganas de pensar en esas cosas. Otros porque no podrían entenderlas, aunque quisieran.

#

vii [1] a 117 / nb:25

Y, sin embargo, aquí en mi país sufro una gran injusticia porque mi entera producción no puede lucirse realmente en un teatro tan pequeño, mientras que una contemporaneidad necia y curiosa y envidiosa y obstinada en el fondo quiere obligarme a ello porque piensa que soy presa de los límites del lenguaje: en efecto, el pequeño tamaño del país tiene

[179] *Cfr. Pap.* vii [1] a 107.

de bueno que todo el dramatismo de mi actividad de escritor durante estos 4 ¼ años parece algo completamente distinto. En Alemania eso no podría suceder porque el país es demasiado grande; a nadie allí se le ocurriría ser la *empleada multiservicio*. Es precisamente en el recuerdo, en el recuerdo poético donde mi producción se aprecia mejor, y llegará el tiempo en que las muchachas se sonrojarán de emoción cuando algún poeta les cuente todos los pormenores de mi existencia.

vii 1 a 118 / nb:26

#

La época contemporánea no tiene ningún ojo para mi producción. Si *O lo uno o lo otro* estuviese dividido en cuatro o seis partes publicables cada una por separado, su impresión llevaría seis años: eso hubiese sido lo indicado. Pero que cada sección de *O lo uno o lo otro* sea sólo una parte de un todo, y que *O lo uno o lo otro* sea a su vez una parte de un todo, eso es cosa de locos para el filisteísmo contemporáneo.

vii 1 a 119 / nb:27

#

Si yo viviera en una ciudad netamente comercial, las cosas serían aún peores. En el fondo, la situación es que la mayoría posee la oculta certeza de que yo soy sin duda ese hombre en cuestión, pero creen que, si ellos se reunieran para tomarme el pelo, entonces yo cedería. Semejante conspiración negativa sólo es pensable en un pequeño país.

En un pequeño país también hay una clase especial de envidia basada en que todos se conocen mutuamente y casi sin quererlo se piensan en comparación con el otro. Ellos no pretenden privarme de todo, sino de un poco — como si fuese injusto privar a un hombre hasta de lo más elemental.

vii 1 a 120 / nb:28

#

Sin embargo, es posible que a pesar de toda mi humildad delante de Dios, humillado en mi persona por las ofensas que personalmente realicé, a pesar de eso yo sea "un don de Dios"[180] para mi pueblo. Dios sabe que ellos me han tratado muy mal; sí, que me han despreciado como un niño desprecia un regalo caro.

[180] Platón, *Apología*, 30d-e.

#

vii [1] a 121 / nb:29

El arte de toda mi sostenedora existencia no sólo consistió en no hablar de lo que me ocupaba infinitamente o de esos libros en los que de a poco centraba mi búsqueda, sino sobre todo en estar siempre dispuesto a hablar de cualquier cosa posible, bromas, chistes, etcétera, precisamente como quien en su ociosidad goza de un tiempo infinito.

#

vii [1] a 122 / nb:30

La tiranía de la literatura periodística es la más vil, la más mezquina de todas las tiranías. Es una tiranía *suplicante,*[181] — como un mendigo a quien se le dice "no" y lo sigue a uno corriendo por arriba y abajo de la calle hasta obligarlo a darle algo. Si se pensara en un autor tan eminentemente polémico como no haya existido jamás, y se le comparara con un periodista, aquél saldría perdiendo, a menos que quisiera publicar un periódico, en cuyo caso también habría perdido, porque descendería de ser un autor a ser un periodista (que es tanto como descender de ser filósofo a ser sofista). Y así comienza la disputa: aquel eminente polemista golpea fuerte y el propio periodista no registra que el golpe es moral y decisivo. La poca responsabilidad del periodista muestra el abismo infinito que hay entre ellos. Sin embargo, el periodista se siente completamente seguro; él razona del siguiente modo: "no se puede reconocer a un autor que vuelve sobre el mismo asunto constantemente; por lo tanto, él terminará — y entonces yo comienzo. Lo voy a mantener todas las noches o una noche a la semana, eso es seguro. Cuanto más tiempo prosiga, tanto más disparatada resultará la cosa, y poco a poco el público olvidará aquel artículo del autor y yo habré ganado el juego. No se puede reconocer a un autor que aparece de repente con un nuevo artículo sobre el mismo tema, y entonces lo tengo en mi poder". Así es como se comportan todos esos chapuceros y portaestandartes despedidos y carpinteros y universitarios de medio pelo. Lo más divertido, después de todo, es que cada periodista, por sí mismo, en su periódico, se arroga siempre gran importancia, pero si no se ponen de acuerdo entre ellos, entonces no dan ni cuatro chelines por el honor o la capacidad del otro — ¿Y por qué? Porque, por supuesto, los periodistas conocen mejor que cualquier otro las

[181] *Cfr. Pap.* vii [1] a 103 y vii [3] b 195, 198 y 211.

capacidades que ellos le esconden al público, a la opinión pública, etcétera: su "ancho trasero".

vii [1] a 123 / nb:31

#

Parece algo completamente olvidado que ser autor es una acción.[182] De allí que nadie se anime a ir despacio, porque cada autor se considera a sí mismo como si estuviera presentando examen; teme que alguien crea que él no sabe lo que viene después. Dado que la existencia misma es dialéctica, resulta importante que cada momento sea afirmado de manera tal que cause impresión. En orden a aprehender el perdón de los pecados,[183] lo primero y principal es tener la impresión de la conciencia del pecado por medio de su confesión. Lo importante aquí es insistir en el valor de esa impresión y no decir ni una sola palabra más. Pero el orador o el pensador tienen miedo, se avergüenzan de que alguien crea que ellos no saben lo que viene después y por eso lo pronuncian de inmediato, con lo cual se debilita toda impresión.

vii [1] a 124 / nb:32

#

Lo injusto de las pequeñas comparaciones en Dinamarca es la obstrucción y la igualdad que ellas despliegan. Por supuesto, un país pequeño como Dinamarca sólo puede tener en cada dominio particular una sola persona esencialmente notable. Pero esa persona notable vive en constante contacto, intercambio e *item*[184] en constante colisión literaria entre su nombre y otros varios nombres insignificantes — que guardan algún parecido. Chr. Winther es un poeta lírico, Holst también lo es, Barfod también.[185] Quizá los tres escriban su propia canción para alguna festividad: ergo los tres son poetas. El que sale perdiendo con la comparación y sufre injusticia es Chr. Winther. Dinamarca es un país tan pequeño que ser el más grande en un dominio particular en esta tierra no puede ser la expresión esencial de algo esencialmente notable. Chr. Winther también sobresaldría en Alemania, mientras que los

[182] *Cfr. Pap.* vii [1] a 98.

[183] *Cfr. Pap.* vii [1] a 78, 80, 130, 141, 143, 167, 192 y 223; también *Pap.* iv a 104.

[184] En latín: "también".

[185] Christian Winther (1796-1876), poeta, traductor y editor danés. Hans Peter Holst (1811-1893), escritor y poeta danés. Poul Frederik Barfod (1811-1896), escritor y político danés.

otros desaparecerían. Ser el filósofo más grande de Dinamarca está en el límite de la sátira — casi como ser la más grande — sí, pensémoslo — la más grande de todas las compañías de teatro itinerante que se hayan visto — en Odense. O bien, como cuando P. L. Møller[186] elogió mi polémica con Heiberg: "que eso fue lo más cómico de todo lo que se haya escrito contra Heiberg". ¡Ay! Mejor ni preguntarle a Heiberg por su medida de comparación, porque usar como medida a quienes han escrito contra Heiberg es sin duda burlarse de mí. En ese sentido, una vez el *Frisindede* (Sr. Rosenhaab)[187] me enseñó que yo debía ser tan popular como ese profundo filósofo, a saber, H. C. Ørsted.[188] *Pro dii inmortales,*[189] sólo "en la montaña"[190] sería posible tomar en serio semejante afirmación.

#

vii [1] a 125 / nb:33

Copenhague es la ciudad más agradable que uno se pueda imaginar para que viva cualquiera que sea nada o menos que nada, porque todos nosotros somos iguales y nadie es más grande; eso es de avanzada. Cuando yo era joven y no era nadie, disfrutaba de mi libertad, me animaba a vivir como quería, andaba solo en mi coche, me permitía cerrar las ventanas en lugares públicos: nadie se daba cuenta de eso. Pero ahora, ahora la envidia vigila cada uno de mis pasos para decir: "es soberbia, es orgullo, es vanidad". Lo gracioso es que dudo que se encuentre en algún país alguien que viva de una manera tan estable como he vivido yo desde que era estudiante; por eso el cambio <no> anida en mí, como si yo pretendiera algo de él — no, yo actúo invariablemente de la misma manera, pero ahora la envidia ha puesto

[186] *Cfr. Gæa*, 1846, p. 174. El texto elogia la comicidad y la elegancia con que Kierkegaard critica a Heiberg.

[187] *Cfr. Den Frisindede [El espíritu libre]*, núm. 58, 19 de mayo de 1846. El artículo de Caspar Claudius Rosenhoff (1804-1869), "S. Kierkegaard og hans Recensenter" [S. Kierkegaard y sus reseñadores], respondía a una carta anónima que consideraba a Kierkegaard como uno de los autores más incomprendidos de la época. Rosenhoff pensaba que la incomprensión de Kierkegaard se debía a su vanidad irónica. *Cfr.* también *Pap.* ii a 728.

[188] Hans Christian Ørsted (1777-1851), físico danés, profesor de la Universidad de Copenhague.

[189] En latín: "por los dioses inmortales".

[190] Alusión a la comedia de Ludvig Holberg *Erasmus Montanus eller Rasmus Berg*. *Cfr. Pap.* vii [1] a 19.

sus ojos en mí. Por qué se le permitiría ir en coche solo, dice algún vendedor bien adornado, yo bien podría ir con él. Todo eso es orgullo. Por supuesto, a nadie se le ocurre pensar por qué vivo como vivo. No, con descaro e insolencia y urgencia se me quiere forzar en la medida de lo posible a llevar conmigo al vendedor.

#

vii[1] a 126 / nb:34[191]

#

Así es como me he comprendido a mí mismo en toda mi actividad de escritor.

Yo soy, en el sentido más profundo, una individualidad infeliz. Desde mi más temprana edad he estado firmemente clavado a uno u otro sufrimiento extremo que linda con la locura y que debe tener su más profunda raíz en cierta disrelación entre mi alma y mi cuerpo. Porque (y éste es un extraño y a la vez infinito estímulo) él no guarda ninguna relación con mi espíritu, que por el contrario, quizá debido a esa tensa relación entre alma y cuerpo, ha soportado una inusual tensión.

Un viejo, él mismo inmensamente melancólico (no describiré el modo), tiene en la vejez un hijo que hereda toda esa melancolía — pero que tiene además tal de espíritu que le permite ocultarla, a la vez que, por otra parte, justo porque su espíritu es esencial y eminentemente sano, su melancolía no tiene poder sobre él, aunque tampoco su espíritu es capaz de superarla, sino a lo sumo de soportarla.

Una joven muchacha (que con juvenil arrogancia delata enormes fuerzas y me deja divisar una salida a lo que había comenzado con un doloroso error, una salida que elimina un compromiso porque ella antes me permitió suponer que era tan fuerte como para no preocuparse en lo más mínimo de eso) que en el instante más solemne impone un asesinato sobre mi conciencia, un padre preocupado que repite la solemne afirmación de que eso significará la muerte de la joven.[192] Si ella decía tonterías, no me importa.

Desde aquel instante, consagré mi vida, con todas sus humildes capacidades, al servicio de la idea.

[191] *Cfr. sv*[1] xiii , pp. 564 y ss.
[192] *Cfr. Pap.* iv a 107.

A pesar de no tener amigos confidentes, a pesar de ser reacio a hablar con otros de mi intimidad, creo y he creído que es deber de un hombre no evitar la instancia de dejarse aconsejar por otro hombre, siempre y cuando eso no se convierta en una superficial confidencialidad, sino en una comunicación seria y profesional. Por eso he hablado con mi médico[193] sobre si él pensaba que yo podría superar esa disrelación en mi constitución entre lo físico y lo psíquico para poder realizar lo general. Él dudó. Le pregunté si creía que el espíritu fuese capaz, a fuerza de voluntad, de recrear o transformar tal disrelación fundamental. Él dudó. Ni siquiera me aconsejó poner toda mi fuerza de voluntad en juego porque consideraba que yo podría hacer que todo estallara.

En ese instante, yo elegí. Entendí aquella penosa disrelación junto con sus sufrimientos (que sin duda habrían llevado al suicidio a la mayoría de quienes tuviesen espíritu suficiente para comprender toda la miseria de esa agonía) como mi espina en la carne,[194] mi límite, mi cruz. Pensé que ése era el elevado precio al cual el Dios de los Cielos me había vendido una fuerza de espíritu tal que no se compara con la de mis contemporáneos. Pero eso no me engrandece porque estoy destrozado; mi deseo se ha convertido en amargo dolor y humillación cotidianos.

Sin atreverme a invocar revelaciones o cosas semejantes, me he entendido a mí mismo como quien intenta, en una época deformada y desmoralizada, afirmar lo general y convertirlo en algo valioso y accesible a todos los que sean capaces de realizarlo, pero que son inducidos engañosamente por la época a perseguir lo poco común, lo extraordinario. Como la de una persona infeliz que, sin embargo, ama a los hombres y por eso desea ayudarlos a alcanzar la felicidad, así he comprendido mi tarea.

Pero ya que mi tarea también era para mí un pío intento por hacer con total humildad algo bueno para reparar lo que había transgredido, he velado especialmente por que mi esfuerzo no estuviese al servicio de la vanidad, por no servir a la idea y la verdad de manera

[193] No está claro si Kierkegaard se refiere a Oluf Lundt Bang (1788-1877) o a Ditlev Andersen von Nutzhorn (1800-1865).
[194] *Cfr. 2* Corintios 12:7.

tal que obtuviera de eso ventajas terrenales y temporales. Por eso soy consciente de haber trabajado con verdadera resignación.

A lo largo de mi trabajo, he creído comprender cada vez mejor la voluntad de Dios para conmigo: sostener la agonía por la cual Dios ha tomado las riendas sobre mí y quizá entonces realizar algo extraordinario.

Si yo debiese describir en detalle la íntima comprensión de mi vida en su particularidad, me llevaría una hoja entera, que sólo unos pocos tendrían la capacidad y la seriedad de entender. Pero tampoco tengo tiempo de describir algo así.

Realmente puedo decir que mis fuerzas residen en la fragilidad y la debilidad. Jamás me habría sucedido, por ejemplo, tener que abandonar a una muchacha si hubiese estado seguro de que lo arriesgaría todo para ganarla; nunca me hubiese sucedido no ser capaz de las cosas más sorprendentes si hubiese estado seguro de arriesgarme a efectuarlas. En esto último reside mi miseria; en aquello primero, el casi sobrenatural sentimiento de mis fuerzas. Para la mayoría de los hombres la situación es al revés: ellos temen la resistencia de afuera y no conocen el terrible sufrimiento de la resistencia interior. Yo, en cambio, no conozco el temor de resistencias exteriores, pero conozco una resistencia interior cuando Dios quiere hacerme sentir la espina que me atraviesa — ése es mi sufrimiento.

vii[1] a 127 *Al margen de vii[1] a 126:*
Mi servicio a la literatura será siempre el de haber presentado las determinaciones decisivas de todo el ámbito existencial con tal agudeza dialéctica y de manera tan original como no lo ha logrado en lo más mínimo, hasta donde sé, ninguna literatura y ningún escrito de los que he podido consultar. Luego, mi arte de la comunicación, su forma, su consistente realización. Pero no hay nadie que tenga tiempo de leerla con seriedad y estudiarla. En este sentido, hasta ahora, toda mi producción está desperdiciada, como cuando se les sirven platos muy finos a los campesinos.

vii[1] a 128 / nb:35 #
Parece que el destino me ha reservado no ser nunca comprendido por los otros en los momentos decisivos de mi vida. Nadie se imaginaría

lo que es determinante para mí. Cuando se vive de una manera tan extenuante como la mía, la incomprensión total resulta en cierto sentido una agonía.

Cuando la dejé, ¿cuál fue la razón? Nadie lo imaginaría.

Cuando ahora dejo de ser un autor,[195] todos estarán informados a la perfección como para explicar que se debe a que sentí miedo y malestar por todos esos disparates. Sí, tómalo de ese modo. Cuando en su momento, antes de que empezaran todos los disparates, decidí terminar mi carrera con el *Postscriptum definitivo* (cosa que decidí por muchas razones, entre ellas también pecuniarias), yo quería tener la satisfacción de ser un autor que podía trabajar en gran escala y luego concluir sin haber intercambiado nunca ni diez palabras con nadie sobre mi intención. Cuando comenzaron todos esos disparates, me di cuenta de inmediato de que se les relacionaría con mi retiro. Eso me ofendió, es verdad. Si me atreviese a darme algún consejo a mí mismo, sería el de seguir escribiendo incondicionalmente por algún tiempo más. Pero, fíjate, justo porque las cosas son así, precisamente por eso no me atrevo a revocar mi decisión, porque entonces sería un cobarde. Pero quién podría entenderlo más que yo.

Y qué lamentable resulta tener que mezclarse en lo más insignificante con esa chusma de hombres (quienes, por lo demás, pueden ser buenos y honestos y amables, siempre y cuando no pretendan jugar con pensamientos ni a ser un pensador), incapaces de pensar dos ideas juntas y sólo capaces de comprender todo lo bajo y miserable.

#

[195] *Cfr. Pap.* vii [1] a 4.

Apuntes de Berlín
5-13 de mayo de 1846

Berlín, 5-13 de mayo '46[196] vii [1] a 129 [-]

†

vii [1] a 130 [-][197]

Una *providencia* no es en absoluto más fácil de entender (de comprender) que la *redención:*[197] ambas sólo pueden ser creídas. La idea de una providencia es que Dios se preocupa del singular y de lo más singular que hay en él, cosa que a lo sumo puede sostenerse de manera fantástica (en la abstracción) como la congruencia eterna de la inmanencia entre lo infinito y lo finito — pero no en el devenir. La redención es *esa providencia continuada* por la que Dios se preocupa del singular y de lo más singular en él a pesar de haberlo perdido todo. Sin embargo, la redención es una transición εις αλλο γενος,[198] y en este sentido es también dialéctica en cuanto al signo por el que se le conoce, porque la providencia no es conocida por un signo tal como el signo de la muerte de Cristo (el signo de la cruz).

Providencia y redención son categorías de la desesperación, es decir, yo debería desesperar si no me atreviera, sí, si no debiera creer.

[196] *Cfr. Flyve-Posten*, núm. 104, 6 de mayo de 1846, y núm. 113, 18 de mayo de 1846.
[197] *Cfr. Pap.* vii [1] a 123.
[198] En griego: "a otro género".

Por eso ellas no son lo que hace desesperar sino lo que aleja de la desesperación.

Lo histórico de la redención debe estar firme y ser cierto en el mismo sentido que lo comúnmente histórico, pero no más que eso, porque entonces las esferas se confundirían. La así llamada certeza de los hechos históricos debería ser o bien la autopsia de un contemporáneo o bien la de alguien posterior que tuviese el testimonio de un hombre confiable. Pero cuando esto se sobrevalora, entonces se debilita la esencia de la fe. En relación con una providencia, yo no tengo (nada sensible a lo que atenerme) ni siquiera un hombre al cual atenerme, y además está en mi contra toda esa preocupante consideración de la existencia con toda su visible miseria: así es como creo en una providencia. El presupuesto de los hechos históricos respecto a la redención sólo debe mantenerse firme como el de cualquier otro hecho histórico, pero la pasión de la fe debe decidir el asunto en el mismo sentido en que lo hace con la providencia.

La fe en la reconciliación del perdón de los pecados elimina la determinación intermedia de la angustia ante lo devastador de que toda su relación con Dios deba atravesar el castigo de esa determinación intermedia.

vii [1] a 131 1)

[-] ¡Padre Celestial! Tú le hablas a un hombre de muchas maneras; Tú, el único a quien le pertenecen la sabiduría y el entendimiento, quieres, sin embargo, hacerte comprensible para él. ¡Ay! Y hasta cuando callas, hablas con él, porque habla también quien calla para probar al alumno, habla también quien calla para probar al amado, habla también quien calla para que el momento del entendimiento sea más íntimo cuando llegue. ¡Padre Celestial, acaso no es así! Oh, en tiempos de silencio, cuando un hombre está solo y abandonado, cuando no escucha tu voz, entonces le parece como si la separación fuera para siempre. Oh, en tiempos de silencio, cuando un hombre desfallece en el desierto sin escuchar tu voz, entonces le parece como si todo hubiese desaparecido, Padre Celestial, pero sólo se trata del instante de silencio en la intimidad de la charla. Haz que también ese silencio sea bendecido como cada una de tus palabras al hombre; haz que él nunca olvide que Tú le hablas también cuando callas. Dale el consuelo, si confía en Ti,

de que Tú callas por amor, que Tú hablas por amor, que calles o hables eres el mismo Padre, la misma paternidad, sea que guíes con tu voz o que eduques con tu silencio.

#

vii [1] a 132

2) [·]

¡Padre Celestial! Grande es tu reino infinito. Tú, que sostienes las esferas del cielo y gobiernas las fuerzas del mundo en el inmenso espacio. Incontable como la arena es el número de los que sólo por Ti viven y son. Tú escuchas el grito de todos, incluso el del hombre que Tú formaste especialmente, sin confundirlos ni hacer diferencia entre ellos. Tú no escuchas sólo la voz de quien es responsable por muchos, en cuyo nombre podría implorarte como si estuviera más cerca de Ti por tener una posición elevada; ni tampoco sólo la voz de quien ruega por los que ama, como si pudiera llamar más tu atención, él, que goza la feliz ventaja de tener a quienes amar. No, al hombre más miserable, al más abandonado, al más solo. — Tú lo escuchas en el desierto, en la multitud. Y si el olvido lo ha separado de todos los demás, si él es irreconocible en la multitud*, Tú lo conoces, Tú no lo has olvidado, Tú recuerdas su nombre, Tú sabes dónde se esconde en el desierto o pasa inadvertido en la multitud. Y si él se hunde en las tinieblas más terribles de la angustia con pensamientos espantosos, abandonado por los hombres, abandonado hasta por el lenguaje que hablan los hombres, Tú, sin embargo, no lo olvidas; Tú entiendes su lenguaje; Tú sabes encontrar rápidamente el camino hacia él, tan rápido como la velocidad del sonido y la luz. Y si te demoras, no es lentitud sino sabiduría; si te demoras, no es lentitud porque sólo Tú conoces la rapidez de tu ayuda; si te demoras, no es cicatera mezquindad sino economía paterna que guarda lo mejor para su hijo en el lugar más seguro y el momento oportuno. ¡Señor, Dios nuestro! A Ti grita un hombre en el día de la tribulación, a Ti te agradece en el día de la dicha. Oh, qué hermoso es agradecer cuando un hombre comprende con facilidad que Tú das dones buenos y perfectos, cuando el mismo corazón carnal está listo para entender y el mismo entendimiento terrenal consiente con prisa. Sin embargo, más bienaventurado es agradecer cuando la vida se convierte en un discurso oscuro, más bienaventurado agradecer cuando el corazón está inquieto, cuando el ánimo se turba, cuando

el entendimiento es traicionado por la ambigüedad y la memoria es engañada por el olvido, cuando el amor propio retrocede estremecido de horror, cuando la sabiduría se opone, si no a pesar suyo, en su desánimo —. Es más feliz entonces agradecerle a Dios, porque quien agradece de ese modo ama a Dios y se atreve a decirle: "Tú, Omnisciente Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo".

*Sí, no como un hombre más, sino meramente como un número de un censo.

vii ¹ a 133

3)

[-] ...Sálvame de ser tan necio que no quiera aceptar tu castigo, un necio tan obstinado que no quiera aceptar tu castigo, un necio que no quiera aceptarlo para su bendición, un obstinado necio que quiera aceptarlo para su perdición.

vii ¹ a 134

4)

[-] ...Así es como a uno Dios le da grandes alegrías en esta vida y lo hace mudo, y a otro Dios le niega la alegría de esta vida y lo hace elocuente: ¿eso acaso no es igualdad? A uno Dios lo hace grande en el mundo, pero envidioso, y a otro lo hace humilde en el mundo, pero bendito: ¿eso acaso no es igualdad? A uno Dios le concede una amada, pero ella perturba la idea, y a otro le niega una amada, pero le permite permanecer con la idea: ¿eso acaso no es igualdad? A uno le da los honores del mundo y, fíjate, él se los apropia, y a otro le da el desprecio del mundo y, fíjate, él "el despreciado" honra a Dios: ¿eso acaso no es igualdad? Sin embargo, quizá alguno diga: "no lo es, eso no tiene que ver con la igualdad; hasta en la voz de quien habla está en juego la melancolía". Por cierto, hay en ella melancolía y debe haberla, porque cualquier discurso sobre la vida humana en la Tierra que no ponga en juego la melancolía carece de sonido o suena falso. Sí, por cierto, hay en ella melancolía, porque quien habla también ha soñado su aventura de juventud, esa vieja, conocida historia que se le cuenta a los niños por la noche, que allá a lo lejos, en el bosque, vio un viejo castillo en el que vivía una princesa — y es verdad que él no la encontró en el mundo, pero tampoco encontró la igualdad en el cuento.

En el lenguaje común de la juventud, todas las palabras comparten el género que dice lo mismo; la diferencia es sólo el género. vii [1] a 135 [-]

6) vii [1] a 136 [-]

¡Padre Celestial! Así como un padre envía a su hijo al mundo, así Tú has puesto al hombre sobre la Tierra. Él está separado de Ti como por un mundo, él no te ve con sus ojos, no escucha tu voz con sus oídos terrenales. Él se encuentra ahora en el mundo y el camino está delante suyo — tan lejos en ese débil instante del desánimo que se dará tiempo, tan intransitable en el angustiante instante de la impaciencia que no le dará tiempo. Concédele entonces, a tu hijo, coraje en el vasto mundo; coraje cuando los falsos caminos parezcan multiplicarse, y el camino correcto sea muy difícil de encontrar; coraje cuando la angustia y la preocupación parezcan triunfar en la perversa mezcla de los elementos, en el horror de los acontecimientos, en la frustrante miseria humana. Entonces, dale coraje para recordar y creer que, como un padre envía a su hijo al mundo, así Tú has puesto al hombre sobre la Tierra. ¡Dios misericordioso! Así como cuando el hijo pródigo[199] volvió y encontró que todo había cambiado, incluso el ánimo de su hermano; todo menos su padre, cuyo amor lo recibió de vuelta en casa con un banquete, cuya paternidad lo animó a la celebración, del mismo modo, cuando un hombre se vuelve hacia Ti, dale coraje en el camino de la conversión porque su retorno seguramente no resulta tan feliz como el de un hijo amado que vuelve a casa, sino tan pesado como el de un ser pródigo. Él no es tampoco tan esperado por un padre amoroso que se alegra de recibir a su amado hijo. Ay, que él tenga el coraje de creer que el Padre Misericordioso lo espera y teme con preocupación su perdición.

7) vii [1] a 137 [-]

¡Padre Celestial! Bien sabemos que Tú estás presente en todas partes. Si alguien te invoca en este momento quizá desde su lecho de muerte, si alguien te llama en el profundo peligro de un naufragio o en el aún más profundo peligro del pecado, sabemos que Tú estás cerca para escucharlo. Pero Tú también estás cerca, aquí en tu casa, aquí donde se reúne tu comunidad, donde muchos quizá huyen de los oscuros

[199] *Cfr.* Lucas 15:11-32.

pensamientos que ellos mismos persiguen o de los oscuros pensamientos que los acompañan, pero donde muchos también lo hacen de una tranquila y austera vida cotidiana; quizá alguno venga también en cumplimiento de un deseo guardado en ese corazón agradecido y envuelto de felices pensamientos — todos vienen, sin embargo, con la necesidad de buscarte, oh Dios. Tú, amigo de quienes agradecen en bendita confianza; Tú, consuelo de los débiles en un intercambio fortalecedor; Tú, refugio de los angustiados en secreta reparación; Tú, compañero de quienes lloran mientras cuentas sus lágrimas; Tú, el último junto al lecho de muerte cuando recibes el alma de quien perece. Déjate encontrar entonces, oh Dios, también en esas horas; Tú, que eres el Padre de todas las cosas, déjate encontrar con los buenos dones del testimonio por cada uno según su particular necesidad. Que quien es feliz tenga el coraje de alegrarse contigo por tus buenos dones; que el afligido tenga el coraje de recibir contigo tus dones perfectos. Porque para nosotros los hombres hay diferencia entre esas cosas, entre las cosas de la alegría y las del dolor, pero para Ti, oh Dios, no hay ninguna diferencia entre esas cosas: todo lo que viene de Ti es un don bueno y perfecto.[200]

vii ¹ a 138

8)

[-] ...Porque cuando uno se encuentra en el instante de un peligro mortal puede hacer muchas cosas que de otro modo no haría, como cuando uno se encuentra en circunstancias decisivas y solemnes tiene pensamientos que en otro caso no tendría — sin que de eso pueda demostrarse que sean lo correcto, lo que debería hacerse incluso cuando la situación fuese otra, la de la vida habitual. Pero de eso tampoco se sigue que el punto de vista de las grandes decisiones no sea esencial para la existencia. Sólo se debe estar advertido sobre el apresuramiento temporal y sensible de la realidad, en el cual reside la posibilidad de caer en el error o de hacer algo completamente insignificante y casual, y por lo tanto advertido sobre ese postergar la concepción decisiva de la vida para cuando lo decisivo ya haya pasado. Si, en cambio, se tiene la posibilidad de experimentar la impresión esencial de la decisión (cuando ya no hay ninguna distracción, ninguna evasiva, ninguna

[200] *Cfr.* Santiago 1:17.

oportunidad de escaparse y mezclarse entre los hombres, de reunirse en sociedad y consolarse con ser como los otros, o bien de inventar un nuevo proyecto para pasar el tiempo — porque el peligro mortal consiste precisamente en que el tiempo se haya acabado), eso es entonces lo correcto. Cuando en un peligro de muerte real, en el instante más decisivo, sólo hay un nombre que alguien desearía pronunciar, el nombre de Cristo; un solo consuelo que alguien quisiera buscar, Jesús Cristo; una única visión en la cual anhelara poner toda su confianza, ésa es la prueba de que era lo correcto. Y además es la prueba de que toda comprensión y especulación y concepción son algo inesencial, porque esa clase de cosas corresponde a los buenos tiempos. Pero la concepción decisiva de la vida debe ser precisamente la que pueda satisfacer cuando ya no queda más tiempo. Cuando el ladrón en la cruz recoge toda su alma en un único deseo, que Cristo se acuerde de él en su Reino,[201] ésa era la decisión eterna de la interioridad que justo no necesita el largo tiempo de la comprensión y mucho menos cuando ese largo tiempo de la comprensión es un engañoso invento. La tarea es mantener esa decisión en el tiempo, sosteniendo la impresión de la decisión.

+

vii [1] a 139
[-]

Desde el punto de vista de la inmanencia (en el medio fantástico de la abstracción), Dios no existe, Él es: sólo para un existente Dios existe, es decir, Él puede existir en la fe. Una providencia, una redención, etcétera, sólo existen para un existente. Cuando todo está cumplido, la providencia descansa en su cumplimiento; cuando todo está cumplido, la redención reconcilia en la igualdad, pero ellas no existen. Por eso la fe es la anticipación de lo eterno que une los momentos, la separación de la existencia. Cuando un existente no tiene fe, entonces Dios no es, ni tampoco existe, aunque se entienda eternamente su eternidad.

#

vii [1] a 140
[-]

La razón por la cual el así llamado pensamiento inmanente se ha puesto tan de moda casi hasta entre los cerveceros, es que, en el existente, él favorece maravillosamente la falta de pensamiento a la vez que la adula

[201] *Cfr.* Lucas 23:42.

muy alto. A veces se piensa a una distancia fantástica, en un engaño de la abstracción *sub specie æterni*[202] que elimina todas las diferencias — mientras que en la vida cotidiana se existe en categorías animales (se vegeta bien, se conversa alguna cosa apenas sensata con los vecinos de al lado y de enfrente, etcétera). Sin embargo, cuán infinitamente lejos de su existencia no está el así llamado pensamiento de la mayoría de los hombres en general. Cuán raro resulta que tan sólo uno alcance en su existencia pensante cierta transparencia reflexiva. Cuán raro incluso que alguno se dé cuenta de eso.

#

vii [1] a 141

9)

[-] La redención del pecado[203] no puede producirse de manera tal que Dios de un solo golpe elimine toda culpa, suprima todas sus consecuencias. Un deseo tal es un mero deseo mundano que no sabe bien lo que significa la culpa. Sólo la culpa es perdonada; la remisión de los pecados no significa más que eso. No se trata de convertirse en otro hombre en circunstancias más felices, sino de ser un hombre nuevo por medio de esa reconfortante conciencia de que la culpa está perdonada, incluso si las consecuencias de la culpa persisten. El perdón del pecado no debe entenderse como los proyectos fantásticos de un soñador que, después de haber experimentado muchas cosas, termina por querer transformarse en un hombre totalmente distinto y por quererlo al azar en virtud de la redención del pecado. No, sólo quien comprende que la culpa es algo completamente distinto y mucho más terrible que las consecuencias de la culpa (consideradas como desgracia, sufrimiento), sólo él se arrepiente sin fabular tales cosas.

vii [1] a 142

10)

[-] ¡Padre Celestial! Incomprensible Tú eres en tu creatura, Tú vives lejos en una luz que nadie puede penetrar, y aunque te haces conocer por tu providencia nuestro conocimiento es débil y oscurece tu claridad, Tú, que eres incomprensible por tu claridad. Pero aún más incomprensible eres en tu gracia y tu misericordia. ¿Pues qué es un

[202] En latín: "bajo la forma de lo eterno".
[203] *Cfr. Pap.* vii [1] a 123.

hombre para Ti, Tú, el infinito, que te acuerdas de él? — Y aún más, ¿qué es para Ti el hijo de la especie caída, Tú, el Santo, que quieres visitarlo? Sí, ¿qué es un pecador para que tu Hijo decidiera venir al mundo no para juzgarlo, sino para salvarlo; no para que su morada fuera conocida por quien está perdido y la busca, sino para buscar a quien está perdido, sin tener ni un lugar para descansar como hasta un animal lo tiene, sin tener dónde apoyar la cabeza, hambriento en el desierto, sediento en la cruz? ¡Dios y Padre misericordioso! ¿Qué puede hacer un hombre para corresponderte? Ni siquiera es capaz de agradecerte <—> sin Ti. Enséñanos entonces el humilde discernimiento de la correcta comprensión, para que así como quien está destrozado suspira bajo la culpa y "en su dolor" dice: "es imposible que Dios, es imposible que Dios se apiade", del mismo modo, quien en la fe se apropia de eso, pueda decir en su alegría: "es imposible".[204] Si sólo la muerte parecía poder separar a los amantes y ellos se volvieran a tener mutuamente, en el instante de ese reencuentro el primer grito sería: "es imposible". Y "de la alegría" (este feliz) mensaje de tu misericordia, Padre Celeste, — sí, aunque un hombre desde su más temprana infancia lo escuchara: ¡eso no lo haría menos incomprensible! Aunque un hombre día tras día reflexionara sobre ello: ¡eso no lo haría menos incomprensible*! ¿Sería entonces la incomprensibilidad de tu gracia como la de un hombre que alguna vez resultó incomprensible, pero desaparecía con un conocimiento más cercano? ¿Sería como la felicidad de los amantes, que alguna vez en los viejos tiempos resultó incomprensible pero ya no lo es? ¡Oh, lento discernimiento humano! ¡Oh, engañosa sabiduría terrenal! ¡Oh, lánguido pensamiento de una fe adormecida! ¡Oh, miserable olvido de un frío corazón! — ¡No, Señor, conserva a quienes creen en Ti en el humilde discernimiento de la verdadera comprensión y líbralos del mal!

*Debería entonces la incomprensibilidad de tu gracia ser como la de un hombre.

[204] *Cfr. Pap.* vi b 163 y *sv*[1] x, p. 112.

vii ¹ a 143 10)
[-]

... Se dice: Dios es inmutable. La redención[205] nos enseña que Dios ha cambiado — todo eso es una idea antropopática insostenible para el pensamiento.

Eso significa: por el pensamiento abstracto de la abstracta inmutabilidad de Dios, un hombre pretende crearse a sí mismo. Pero supongamos que un hombre no sea capaz de eso. La gran obra consiste en que un hombre, por el pensamiento abstracto, pretenda hacerse a sí mismo tan *inalterable* cuanto Dios es inmutable. La expresión de la redención como respuesta a la objeción es, por lo tanto, la que enseña que Dios ha permanecido inmutable mientras que el hombre cambia, o bien, la que le *proclama* al hombre, cambiado por el pecado, que Dios es inmutable. Cualquier objeción ataca en especial a la última afirmación, que el hombre ha cambiado por el pecado, pero aparenta con astucia hablar sobre la primera afirmación, que Dios debería cambiar. Toda la cuestión se transforma en una fantástica controversia sobre los predicamentos divinos en lugar de preguntar sin más al objetor si él ha cambiado respecto de lo que se suponía que eternamente debía o no debía ser. Si en efecto él ha cambiado, entonces el anuncio de la inmutabilidad de Dios le resulta *eo ipso*[206] de extrema necesidad. Para que haya reconciliación no es necesario en absoluto que cambien las dos partes involucradas, porque cuando una de las partes tiene razón, entonces sería una locura que cambiara. Pero si su inmutabilidad (como se anuncia en la reconciliación) fuese algo abstracto, entonces no se trataría de una reconciliación porque una de las partes no sería en absoluto una parte sino algo abstracto y entonces la relación entre ellas sería impersonal. En ese caso, la redención sería algo tan absurdo como adorar al sol. Si, por ejemplo, en un país pagano donde se adora al sol de repente éste se oscureciera, entonces, después de que los hombres lo apaciguaran <y> volviera a brillar y ellos creyeran que está reconciliado, eso sería un absurdo porque la inmutabilidad de un fenómeno natural es inconmensurable con un acercamiento personal. Por eso, respecto a un fenómeno natural, un hombre no puede cambiar de manera tal que ese cambio tenga

[205] *Pap.* vii ¹ a 123.
[206] Véase nota 97.

alguna relación con dicho fenómeno. Que un hombre sea pecador no es un cambio compatible con el vínculo con el sol o la luna. La relación debe darse entre las dos partes reconciliadas, y el cambio de una de ellas (el pecado del hombre) se relaciona con la inmutabilidad de la otra parte (Dios). Aquí vuelve a verse que la importancia del cambio del pecado y su realidad son especialmente lo que debe sostenerse, si no se quiere confundirlo todo.

En la inmediatez se da la conciencia y ella acentúa al infinito la diferencia entre el bien y el mal. Se podría suponer (en el caso de que la objeción* significase algo) que por el pensamiento abstracto un hombre fuera capaz de hacerse tan abstracto que ya no tuviera conciencia alguna, o que lo ético se evaporara del todo y él fuese metafísicamente volatilizado. Pero eso no es posible. Así como Dios ha limitado al hombre en sentido sensible, así también le ha puesto un límite en sentido espiritual, si no por otra cosa, por el hecho de que el hombre es creado y no se ha creado a sí mismo. Un hombre puede, con una fantástica imaginación, ver a la distancia de millones de millas, pero su ojo sensible no puede ver tan lejos, y por más que siga complaciéndose en esa fantástica imaginación, su ojo nunca llega a ver más allá. Así sucede también con la inmediatez. Un hombre quiere transformarse a sí mismo por medio de su pensamiento fantásticamente abstracto (cuando, en realidad, si esa autocreación tuviera éxito significaría su aniquilación), pero al mismo tiempo continúa existiendo, deviniendo, por lo cual jamás podría lograrlo. Ni siquiera la abstracción más obstinada de un hombre podría negar por completo la inmediatez; al contrario, él se hace cada vez más consciente de ella, si no por otra cosa, sí por el hecho de negarla. La inmediatez es su punto de apoyo, y aunque él siga flotando en licenciosas fantasías, jamás podría soltar por completo su punto de apoyo. — Esa descripción es, después de todo, el descarrío más extremo, y a fin de impedirlo la ética llega lo más pronto posible y ordena que el hombre siga la inmediatez moral de la conciencia — y así comienza lo religioso. Sería una locura que alguien, fantaseando con ver infinitamente lejos, se pinchara los ojos "porque no valía la pena ver tan poca cosa". Pero si alguien, considerando que Dios es inmutable, quisiera abandonar su inmediatez moral (es decir, intentar abandonarla), entonces la ética lo juzgaría como pecador. Él no lo lograría, aunque muy bien podría pincharse los ojos, porque los ojos son sólo

algo particular. En cambio, la inmediatez moral es el hombre mismo en el sentido de límite, pero también en el sentido de raíz y fundamento.

*Por eso, la objeción en general procede de lo que uno podría llamar las individualidades explosivas, las que se han mareado con lo infinito (por ejemplo, Adler,[207] que cree no poder distinguir entre la voz de Dios y la voz del diablo).

vii ¹ a 144

11)

[-] ...Sí, ciertamente es magnífico ser niño: dormirse en el pecho de la madre y despertarse viendo a la madre, ¡ser niño y no conocer más que a la madre y el juguete! Alabamos la felicidad de la infancia, cuya visión nos mitiga con su sonrisa*. Quien haya experimentado esa felicidad, con los años no la olvida, pero, alabado sea Dios, eso no significa que ella sea lo más alto.[208] Se puede prescindir de ella sin perder lo más alto, se le puede perder sin haber perdido lo más alto. Sin duda, es hermoso ser joven: no poder dormir por la inquietud de felices pensamientos; aún dormido, levantarse temprano con el canto de los pájaros ¡para perseguir la alegría! Nosotros alabamos la felicidad de la juventud, nos alegramos con su alegría, deseamos que la juventud sea agradecida por su felicidad y por el futuro, deseamos ser agradecidos por el pasado, pero "alabado sea Dios" eso no significa que esa felicidad sea lo más alto. Se puede prescindir de ella sin perder lo más alto, se le puede perder sin haber perdido lo más alto. Sin duda, es una bendición amar: tener un solo deseo, incluso cuando todo el resto está dado o negado; un solo deseo, la amada; un solo anhelo, la amada; una sola posesión, ¡la amada! Nosotros alabamos la felicidad del amor — oh, que el afortunado sea fiel al reconocimiento cotidiano de la vida doméstica y quien fue feliz sea fiel al reconocimiento continuo del recuerdo, pero, alabado sea Dios, eso no significa que ella sea lo más alto. Se puede prescindir de ella sin perder lo más alto, se le puede perder sin haber perdido lo más alto. — ¿Por qué será que la Sagrada Escritura, por qué será

[207] *Cfr.* Adolph Peter Adler, *Studier [Estudios]*, København Copenhague: C. A. Reitzel 1843, pp. 70 y s.; *Nogle Prædikener [Algunos sermones]*, Copenhague: C. A. Reitzel, 1843 [askb *U9*].

[208] *Cfr. sv* ¹ viii , pp. 204 y s.

que cualquier consideración piadosa tiene predilección por los cojos y lisiados, por los ciegos y leprosos?[209] ¿Será porque la divinidad sólo quiere participarse en ellos? ¿Será porque la divinidad se considera tan pobre que sólo quiere ser una parte, algo que no es para todos? ¿Será porque la divinidad es envidiosa de los dichosos? Ay, no, porque entonces la divinidad estaría dividida en sí misma; sería injusta porque en lugar de retribuir a quienes sufren les negaría lo mejor, lo único realmente bueno. No, la razón es que quien posee cosas buenas se consuela fácilmente con ellas y por eso le resulta difícil darse cuenta de lo eterno. Entonces, esos hombres son muy reacios, no sólo cuando se encuentran en algún baile o alguna fiesta, sino incluso en la Iglesia; son muy reacios a escuchar sobre tales cosas.

Imaginémonos a un tal infeliz de nacimiento. Ay, él no ha tenido una infancia feliz porque, si bien es cierto que el amor materno es fiel y afectuoso, sin embargo una madre es un ser humano: él se apoyaba sobre el pecho de la madre y la veía triste; ella no parecía contenta, sino que él la veía triste — cuando se despertaba, a menudo la veía llorando. Entre la gente mayor sucede que cuando están todos tristes y aparece alguno felizmente dotado, de espíritu brillante y ánimo alegre, que dice: "aquí estoy", entonces comienza la alegría — desaparecen las nubes de la tristeza. Una persona así dotada es algo raro, pero de qué sería capaz hasta el mejor dotado en comparación con el niño, cuando en medio de los terribles dolores de parto él abre la puerta y dice: "aquí estoy" y entonces comienza la alegría. ¡Oh, felicidad de la infancia! <ser bienvenido de ese modo>. Así, él crecía durante los días de su juventud, pero no jugaba, y cuando alguien le preguntaba: "¿por qué no quieres jugar con nosotros", él respondía: "ya lo sabes, no me entristezcas preguntándolo". Y entonces se apartaba, pero no para morir, porque todavía era joven. — Luego llegó la edad del enamoramiento, pero nadie se enamoró de él. Por cierto, había algunos pocos que lo querían — pero por empatía y compasión. — De ese modo se hizo hombre, pero no asistía a reuniones sociales. — Así murió, aunque nadie lo echó de menos. En el pequeño grupo que formaba el séquito de luto, todos decían: "es una suerte que Dios se lo haya llevado" –y el pastor decía lo mismo–. Así murió y así fue olvidado**. No hubo dicha

[209] *Cfr. sv* viii , p 206.

ni júbilo cuando él nació, sino un terrible espanto; no hubo pena ni dolor cuando murió, sino una silenciosa y melancólica alegría. De ese modo transcurrió su vida, o, mejor, de ese modo transcurre, porque, oyente mío, lo que estoy contando no es la vieja historia de lo que le sucedió a alguien en el pasado, sino lo mismo que les sucede a muchos todos los días, a pesar de que la frivolidad y la sensualidad, a pesar de que la sagacidad de la vida pretendan ignorarlo. Él participó de la vida — viviendo, pero su vida no conoció lo que produce la dicha de todas las situaciones de la vida, tales como el goce del amor: la reciprocidad.[210] — Él jamás la alcanzaría y nunca podría darla, porque él era un doliente objeto de empatía y compasión. Él jamás logró reciprocidad alguna, como tampoco de pequeño lograba alegrar a su madre cuando algún otro la había entristecido, aun cuando lo único que necesitaba para ponerla contenta era despertar sonriendo. Jamás logró reciprocidad alguna, porque amaba a su compañero de juego de una manera diferente. No, él jamás logró ninguna reciprocidad y por eso tampoco tuvo una esposa. Como hombre, no podía corresponderle y por eso se quedó solo en su casa. Tampoco logró reciprocidad alguna en la muerte: ser echado de menos como él echaba de menos a sus seres queridos. Él murió, y entonces el cortejo fúnebre y el pastor dijeron: "Alabado sea Dios". Pero no por eso él fue excluido de lo más alto. Al contrario, su vida nos enseña lo más alto. Cuando los padres de un niño son tan severos que no le dan permiso para visitar a otros niños y de repente aparece un viejo amoroso que se apiada del pequeño y le dice: "ven conmigo, mi niño, jugaremos juntos", sí, a primera vista parece una pobre compensación, pero resulta que ese viejo amoroso sabe cautivar al niño poco a poco hasta que al final éste desea jugar con él, sólo con él, y con más fuerza que con la que el niño pudiera desear a sus compañeros de juego. Del mismo modo ocurre con lo religioso. Tampoco lo religioso significa participar en el sentido de la compasión, sino que es la primera y verdadera igualdad entre los felices, los ricos, los poderosos, y los lisiados, los ciegos y los leprosos.

Oyente mío: tú te llamas cristiano. Ése por el cual te nombras cuando te llamas con tu nombre más importante, ése fue de quien

[210] Traducción figurada del danés *Lige for Lige*. En sentido literal, "lo mismo por/a cambio de lo mismo".

un gobernador romano dijo para también despertar la compasión y la empatía: "¡He aquí el hombre!".[211] ¿Sería posible pensar algo que el hombre sensual detestara más que esas palabras pronunciadas para despertar la compasión: "¡He aquí el hombre!"? Observa lo abandonado que está; Él, que quería reconstruir el templo en tres días; Él, cuyas grandes palabras ahora se convierten en una burla. Observa lo abandonado que está; Él, que se llamaba un rey. Observa el desvalimiento de quien quería ayudar a los otros. Qué objeto de burla, cuando quien quería salvarlo no pudo pronunciar otra cosa en su defensa que esas pobres palabras de compasión: "¡He aquí el hombre!". No pretendo hacerte reflexionar <oyente mío> sobre lo que ya sabes de la pasión y la muerte, sino más bien sobre su vida anterior: ¿había en ella la más minúscula cosa que el ánimo mundano pudiera desear? No sólo en la muerte fue clavado en la cruz, sino que también en la vida soportó la dura cruz de la incomprensión. Una incomprensión tal que banalizaba toda su vida, como si Él hubiese venido al mundo en vano y su muerte no tuviera ningún sentido. Él, que cargó con el pecado del mundo en el dolor de una humanidad caída — Él es aclamado por una curiosa multitud: ¿podría pensarse en una incomprensión más terrible que ésa, la curiosidad, el ajetreo popular — y esa seriedad de la eternidad?[212] Él iba de ese modo, solo y abandonado; abandonado por los hombres, abandonado por quienes precisamente lo aclamaban con curiosidad a Él, abandonado por los hombres durante su vida, así como en la muerte fue abandonado incluso por Dios. Él, que trajo sólo una cosa, pero la única necesaria; de Él, que quiso ser sólo una única cosa, lo que era, lo único necesario; de Él se pretendía obtener cualquier otra cosa, comida, bebida y vino de bodas — por Él se pretendía hacerlo todo posible***. Él desconocía la amistad porque no es por cierto amistad que uno ame y ame al extremo mientras que el amigo cambia, cae en la hora de la necesidad, se duerme en la hora de la tribulación, lo niega en el momento del ultraje. Porque eso fue en serio un ultraje. Que tu memoria no lo olvide fácilmente porque tú sabes quién era Él. No, en serio fue un escarnio aquella vez, cuando nadie quiso reconocerlo, ni siquiera ese individuo singular que lo sabía quiso reconocerlo. Fue algo

[211] Juan 19:5.
[212] *Cfr. Pap.* vii [1] a 79.

serio cuando el escriba se le acercó escondido en la noche[213] porque sabía que a los ojos de todo el mundo se trataba de un despreciable camino prohibido y él mismo corría el riesgo de convertirse en objeto de desprecio.

*_Al margen_: de sonrisa en sonrisa.
**_Al margen_: y todos sus inútiles sufrimientos.
***_Al margen_: un rey, un malhechor.

vii ' a 145 [-] Resulta difícil comparar diferentes épocas, y el orador que suele hacerlo fácilmente se confunde, porque la ventaja de la elocuencia le permite resaltar lo singular y por eso con facilidad se enreda en contradicciones. Sin embargo, a menudo también pueden conocerse sin dificultad algunas características. Si te fijas en cómo se habla de la muerte en la actualidad, verás un gran cambio respecto a una época anterior. En general, escucharás decir que lo deseable es una muerte repentina y rápida. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que se pretende sacar de encima el pensamiento de la muerte e incluso poner a la misma muerte lo más fuera posible de la vida. Se quiere vivir como si la muerte no existiera y, cuando tenga que llegar, que llegue rápido y de repente, casi como si no existiera. Curiosa inteligencia de la vida humana, como si te las ingeniaras para burlar a la muerte — y de qué terrible manera sabes engañarte a ti mismo — porque la eternidad no es ni rápida ni repentina. Al contrario, en una vieja oración de la Iglesia[214] que incluso hoy es precepto, el creyente pide que Dios lo libre, entre muchos otros males, también de una muerte imprevista. Eso ayuda bastante a quien debe emprender un largo camino. Sí, en relación con lo que se realiza en un instante, a veces quizá lo mejor sea cerrar los ojos y saltar — pero en relación con el comienzo de lo más largo que todo, la eternidad, la astucia del salto no sólo es una locura, sino también el más terrible autoengaño.

[213] *Cfr. Pap.* v a 22.
[214] *Forordnet Alter-Bog for Danmark [Libro de la liturgia establecida para Dinamarca]*, Copenhague, 1830, pp. 223, 229 y 237 [askb 381].

12) vii [1] a 146 [=][215]

...Sí, sin duda la virtud y el bien tienen su recompensa — es cierto, eternamente cierto, nada es tan cierto y nada más cierto, ni siquiera la existencia de Dios, porque son lo mismo. Ellos tienen su recompensa, pero cuándo y cómo —por cierto, no en sentido terrenal. Porque, fíjate, la virtud tiene por recompensa la ingratitud. Pero ésa no es la recompensa de la que hablamos cuando decimos que sin duda la virtud tiene su recompensa, sino que la recompensa de la ingratitud viene primero. La virtud tiene su recompensa — es recompensada con la muerte. Pero ésa no es la recompensa de la cual hablamos cuando decimos que sin duda la virtud tiene su recompensa, aunque ésa es una recompensa de la virtud y viene primero.

[215] *Cfr. Pap.* vii [1] a 149.

Diario

7 de septiembre de 1846 / 24 de enero de 1847

#

vii [1] a 147 / nb:36

d. 7 de sept. '46.

Informe Resultado

1

Lo realmente vulgar de esa abyección literaria[216] que hay entre nosotros no consiste tanto en *lo que* se escribe sino en *para quién* se escribe. Si un periódico tal como *El Corsario* pudiera asegurarnos que sólo es leído por los 200 mejores intelectuales del país, entonces no haría ningún daño. Y, sin embargo, para ironizar a una persona notable es necesario que quien lo haga esté a la vez, sobre todo intelectualmente, dotado para evaluar y posea el patetismo suficiente para poder entusiasmarse: sólo así la ironía logra burlarse de la suerte de uno, de la figura de algún autor, etcétera. Pero cuando tales cosas son escritas por la clase más baja, por jornaleros y niños, por criadas y coquetas mujeres, etcétera, entonces lo que *eo ipso*[217] se encuentra es brutalidad y rebelión de esclavos. En esa clase de hombres no puede haber ni la más remota idea capaz de evaluar o comprender algo. Para ellos un autor existe como cualquier otro hombre, meramente *qua*[218] animal, y su valoración de un hombre consiste en si es fuerte y puede luchar, etcétera.

[216] *Cfr. Pap.* vii [1] a 12.
[217] Véase nota 97.
[218] En latín: "en cuanto que".

Incluso cuando tales cosas se escriben para una clase social en sí misma honorable y valerosa, pero simple y sin la formación suficiente, eso resulta una brutalidad. Lo simple reside precisamente (y eso es lo bello en cierto sentido) en no poder pensar una duplicidad dialéctica. Respecto de alguien sobresaliente, el hombre simple piensa que es sobresaliente y no debe decirse nada malo de él. Si se trata de un filósofo sobresaliente, entonces no se le debe insultar. Dado que la persona simple no es capaz de juzgar por sí misma si se trata de un filósofo sobresaliente, entonces resulta totalmente lógico que esa persona, en caso de que alguien escriba para ella, llegue a la conclusión: "*ergo* ese hombre no es un gran filósofo".

Pero lo despreciable de toda esa abyección literaria se produce cuando esos autores, que hasta cierto punto podrían ser decentes, aunque ocuparan un lugar inferior, rayan en la vulgaridad para vengarse y dañar y confundir y manchar.

2

Lo irónico de mi parte, cuando escribía los seudónimos, era vivir en las calles y callejuelas.[219] Lo irónico consistía en que yo, perteneciendo *qua* autor a una esfera totalmente distinta, me la pasara en calles y mercados. La ironía apuntaba contra esas potencias hegelianas intelectualmente retorcidas que tenemos o teníamos por aquí. En cambio, tan pronto como desde el otro lugar, el de la vulgaridad literaria, se intenta aparentar que efectivamente yo vivo en la calle, entonces lógicamente la ironía desaparece y yo *exciperer forum*.[220] — Si al menos Goldschmidt se hubiese dado cuenta de eso y me hubiera jugado una broma, entonces él habría sido alguien. Pero yo mismo tuve que incitarlo a hacerlo — y lógicamente lo hice ni bien terminé.[221] Si el artículo de P. L. Møller hubiese salido un mes antes, él no habría tenido ninguna respuesta. En ese momento yo no hubiera podido ni omitir la situación ni tampoco correr el riesgo de exponerme a los inconvenientes que pudieran seguirse de esos disparates, porque yo estaba en plena producción.

[219] *Cfr. Pap.* VII[1] A 105 y 107.
[220] En latín: "salgo de escena".
[221] *Cfr. Pap.* VII[1] A 98 y 104.

Lo que hace que mi vida sea tan agotadora, pero a la vez tan rica casi hasta en sus expresiones más insignificantes, es que yo necesito siempre contar con una idea para todo, mientras que, en cambio, el resto de los hombres no parece tener en absoluto "ni siquiera" la más mínima necesidad de eso. Pero siendo así, yo también poseo <la> ventaja de que en medio de todos esos disparates nunca tomo partido, porque mi placer de observador me mantiene en cierta medida como un tercero.

3

Toda la *Geschichte*[222] de la última mitad del año me ha confirmado esta afirmación: *mundus vult decipi*.[223] Si alguno les preguntara a los partidarios de la vulgaridad literaria: "¿pero por qué se le ataca a Kierkegaard?", responderían como me respondió uno de ellos (que era, por lo demás, una persona de rango): "no debe haber autoridad". Ahora, veamos. Un autor, en esencia formado por Sócrates y los griegos,[224] que ha comprendido la ironía y emprende una enorme actividad de escritor, precisamente él no pretende ser una autoridad y por lo tanto considera del todo lógico que su continuo vagabundeo por la calle deba necesariamente debilitar la impresión de sí mismo. Y por cierto que en cualquier círculo distinguido en el que haya autoridades, será juzgado por toda autoridad posible. Entonces, sucede que la vulgaridad se revuelca sobre él y lo obliga, en conformidad con la idea, a hacer aquello que, por otra parte, él también quería, retirarse un poco de la escena.[225] Si se le permitiera vivir apartado tan sólo medio año, entonces él resultaría una autoridad.[226] Pero, sin embargo, su prestigio es tan grande que él mismo era el único que en realidad podía debilitar la impresión de sí mismo. ¿Y quién le ayudó a convertirse en una autoridad? Precisamente quienes comenzaron su discurso y su acción en razón de que "no debe haber autoridad".

[222] En alemán: "historia".
[223] *Cfr.* Pap. vii [1] a 148, nota. En latín: "el mundo quiere ser engañado". Frase frecuentemente usada por Kierkegaaard, suele ir seguida de "por lo tanto que sea engañado" (*decipiatur ergo*).
[224] *Cfr. Pap.* vii [1] a 98.
[225] *Cfr. Pap.* vii [1] a 156 y 157.
[226] *Cfr. Pap.* vii [1] a 116.

4

¿En qué consistió para mí lo incómodo, lo molesto? Por supuesto, no en *lo que* se dijo (porque hasta yo mismo a menudo lo he dicho en broma de mí mismo) sino en *a quién* se le dijo, en habérseme metido en medio de una turba callejera con la que no tengo ni puedo tener nada en común. En compañía de negociantes judíos, empleados de comercio, prostitutas, colegiales, carniceros, etcétera, no puedo realmente reírme de lo que me reiría con ganas en compañía, por ejemplo, de Carl Weis.[227] En efecto, cuando nos reímos juntos de mis piernas flacas, confirmo con eso que compartimos esencialmente la misma formación intelectual. Cuando, en cambio, me río de ellas con la turba, se debería suponer que compartimos cierta base. Justo porque tal es la situación, resulta que curiosamente el único del país que con ironía y comicidad podría tratar problemas dialécticos como el de ironizar un talento, justamente él no puede ofrecer ninguna defensa — y esa única persona soy yo mismo. De verdad, me comprometo a escribir artículos sobre mí mismo y mis piernas mucho más cómicos que los que puede escribir Goldschmidt, pero entonces la turba no podría entenderlos.

vii [1] a 148 / nb:37

#

En el fondo, el mundo es siempre igual de inteligente, es decir, igual de tonto. Cuando un hombre incomprendido, burlado, perseguido, blasfemado, despreciado por sus contemporáneos ha luchado por una verdad, la generación siguiente descubre su grandeza — y lo admira. Y si entonces, en la generación siguiente, aparece algún entusiasta que realmente comprende al difunto, lo comprende de manera tal que va y hace lo mismo, resulta que ese entusiasta es a su vez perseguido, blasfemado, despreciado, etcétera. Por lo tanto, primero quien sobresale es despreciado por sus contemporáneos; luego sucede que el admirador de quien sobresale es despreciado por sus contemporáneos, los que son la segunda generación que, como se dice, admira al difunto. *Mundus vult decipi*[228] y el mundo es siempre burlado, en especial cuando admira algo, porque para admirar hay que eliminar

[227] Carl Mettus Weis (Aarhus, 1809-1872), autor de *Staten og dens Individer. Indledning i Rets-videnskaben*, Copenhague, 1845 [askb 922].

[228] Véase nota 224.

siempre lo mejor — y entonces lo admira, pero desprecia a quien *de verdad* admira lo mejor del sobresaliente difunto.

#

vii [1] a 149 / nb:38

La verdadera magnanimidad jamás puede ser recompensada en este mundo por el simple hecho de que, si se trata de una gesta magnánima tal que los contemporáneos puedan comprender de inmediato que es magnánima, entonces no se trata de la verdadera magnanimidad en sentido elevado, ya que tiene su recompensa.[229] La verdadera magnanimidad también incluye ser incomprendida y, sin embargo, hacer lo correcto, lo magnánimo. El honor y la admiración de los hombres son un premio tanto como lo son el dinero y la posición elevada.

#

vii [1] a 150 / nb:39

De *El libro sobre Adler*

...Cosa que Frater Taciturnus probablemente sepa "de manera estética y artística", dado que él mismo utilizó un estilo completamente distinto e hizo que el Quidam del experimento se expresara en él; algunos ejemplos de eso en modo salvaje hay en Adler. Construir de manera retórica sobre ciertos supuestos y hacer que la afirmación principal resulte una nada, un abismo a partir del cual el lector estremece de nuevo los supuestos. Lanzarse a una carrera como si esa riqueza nunca se agotara y en ese mismo segundo interrumpirla, cosa que se parece a la hazaña de detenerse cuando la carrera está en su máxima velocidad (la mayoría de los jinetes caería: en general, uno primero galopa y luego trota). Frenarse y girar cuando se va a la cabeza de una caballería de predicadores, de los cuales uno es más audaz y veloz que otro; el salto en la modulación; la inversión del concepto en una única palabra; esa detención inesperada, etcétera. Como en todas las naciones del sur (en especial, por ejemplo, los judíos), el órgano de todas las naciones apasionadas es tal que la voz continuamente se quiebra; así como habla cualquier persona apasionada, así también es posible producir ese efecto con estilo.

[229] *Cfr. sv* [1] xiii , p. 498, nota.

Pero eso me llevaría demasiado lejos, y cuántos son los hombres que tienen una somera idea del modo en que la prosa puede ser usada líricamente y en el cual me comprometo a producir una prosa con un efecto líricamente más fuerte que en verso, cuando la gente aprende a leer y exige que cada palabra contenga un pensamiento, mientras que el verso siempre contiene algún relleno. Yo lo interrumpo; eso sólo les interesaría a los autores. En este sentido, todos los seudónimos contienen un valor lingüístico incondicionado para cultivar la prosa líricamente. Adler aprendió también algo de ellos, se nota claramente. Porque no es verdad lo que su lisonjero reseñador dice en *Kirketidende*[230] sobre que él comenzó más o menos al mismo tiempo que los seudónimos, sino que comenzó después. Y el estilo de sus últimos cuatro escritos "es" notablemente distinto del estilo de sus prédicas, en las que no había una influencia tan fuerte. Por lo tanto, es verdad lo que aquel reseñador afirma sobre que a menudo se encuentran pasajes en Adler (en sus últimos cuatro libros) que recuerdan absolutamente a los seudónimos, pero yo no veo ningún mérito en copiar a otro o en olvidarse de que uno mismo, por el hecho de haber tenido una revelación,[231] debe pensar en otras cosas más que en ejercicios de lenguaje.

vii [1] a 151 / nb:40

#

Pascal dice:[232] "es muy difícil creer porque es muy difícil escuchar".

vii [1] a 152 / nb:41

#

En definitiva, la mayoría de los hombres también aquí en la ciudad (como un norteamericano cuenta con total ingenuidad sobre sus contemporáneos norteamericanos, *cfr. Theol. Maanedsskrift* por

[230] *Cfr.* F. Helweg, "*Mag.* Adlers senere Skrifter" ["Los últimos escritos del Mag. Adler"], en *Dansk Kirketidende [Periódico de la Iglesia Dinamarquesa]*, ed. por Fenger y Brandt, núms. 45, 19 de julio, y 46, 26 de julio de 1846. Los libros referidos son *Nogle Digte, Studier og Exempler, Forsøg til en kort systematisk Fremstilling af Christendommen in dens Logik [Estudios y ejemplos. Ensayo de una breve presentación sistemática del cristianismo según su lógica]* y *Theologiske Studier [Estudios teológicos]*, publicados en Copenhague en 1846 por Reitzel. *Cfr.* también *Pap.* v a 94.

[231] *Cfr.* A. P. Adler, *Nogle Prædikener*, Copenhague 1843, prólogo.

[232] Referencia a un prefacio anónimo de los *Pensamientos. Pascals Sämmtliche Schriften* über *Philosophie und Christenthum [Obras completas de Pascal sobre filosofía y cristianismo]*, trad. de K. A. Blech, Berlín, 2 vols., 1840, vol. i, p. 82 [askb 712-713].

Grundtvig y Rudelbach, vol. xiii , pp. 7 y ss.)* [233] considera que filosofar, pensar sobre la existencia, la cientificidad son una especie de locura y pérdida de tiempo. La razón por la cual no se considera, por ejemplo, de ese modo a Sibbern[234] es que él se ha ganado la vida como profesor de filosofía, lo cual significa que, cuando la filosofía es el medio de vida de uno, entonces se puede filosofar como cualquier otro, por ejemplo, como un deshollinador. Pero si uno es un particular y efectivamente filosofa por filosofar (cosa que Sibbern por cierto hace, pero que la gente en realidad no registra), entonces se le considera tan loco como un hombre <independiente> que quisiera deshollinar chimeneas. Es decir, deshollinar chimeneas por deshollinar chimeneas es algo absurdo: ergo, también filosofar por filosofar es absurdo.

La consideración de los medios de vida[235] juega un papel decisivo en el mundo. Dondequiera que esa determinación intermedia está ausente, la gente queda desconcertada. Los cristianos titulares, que no tienen en absoluto ninguna impresión de lo cristiano, no se molestan para nada por que un pastor predique la doctrina ortodoxa. ¿Y por qué no lo hacen? Porque ése es su medio de vida. Ellos no se molestan en absoluto por que ese pastor en el sermón enuncie estrictas exigencias de vida. ¿Y por qué no? Porque eso corresponde a su medio de vida, como cuando <un> oficial escrudiña o un policía golpea. En cambio, cuando un hombre particular es religioso en el sentido más estricto y expresa su religiosidad, entonces es tenido por loco. ¿Y por qué? Porque ahí falta la determinación intermedia del medio de vida.

Cuando uno vive como un hombre independiente y es tenido por tal, entonces la gente se complace en decirle: "si yo estuviera en tu lugar, sabría perfectamente cómo organizar mi vida". Y luego salen con alguna cosa por la cual se ve que no tienen idea de nada, mientras que para vivir se hacen verduleros, deshollinadores, artistas, pastores, etcétera.

[233] Referencia al artículo "Enkelte Træk til Skildringen af Nord-Amerikas videnskabelige, religiøse og kirkelige Tilstand" ["Características para un esbozo de la condición científica, religiosa y eclesiástica de Norteamérica"] de Ch. Siddons, en *Theologisk Maanedsskrift [Revista teológica mensual]*, ed. por N. F. S. Grundtvig y A. G. Rudelbach, Copenhague, 1828, vol. xii , pp. 7-9 [askb 346-351]. *Cfr.* también *Pap.* i a 60.

[234] Frederik Christian Sibbern (1785-1872), profesor de Filosofía en la Universidad de Copenhague entre 1813 y 1870; tuvo entre sus alumnos a Kierkegaard.

[235] *Cfr. Pap.* vii [1] a 165 y 178.

Al margen: además se cuenta que en las escuelas primarias y secundarias norteamericanas se utilizan compendios que suelen incluir unas 20 ciencias — ...en compendio.[236]

vii [1] a 153 / nb:42

#

De *El libro sobre Adler*

Es absolutamente increíble la confusión que la filosofía hegeliana ha producido en la vida personal — triste consecuencia de que un filósofo se convierta en un héroe y que en lo puramente personal sea un filisteo y un pedante. Hegel siempre ha evitado una cosa, lo que es vivir; él sólo supo *reproducir* la vida, y si en eso es un maestro, lo cierto es que contrasta de la manera más palmaria con un mayéutico.

Entre los filósofos poshegelianos que se apropiaron del método hegeliano, los ejemplos sorprenden. Un tal filósofo escribe un nuevo libro y lo interpreta como momento de una aspiración que comenzó con su primer libro. Pero eso no es suficiente, porque su aspiración total (que todavía no existe) es interpretada como momento de una aspiración filosófica poshegeliana total, que a la vez es interpretada como momento de Hegel y Hegel mismo como momento de un proceso histórico-universal que avanza desde la antigüedad y pasa por China, Persia, Grecia, el judaísmo, el cristianismo, la Edad Media. Pero cómo sería eso posible. Acaso estaría bien que un *privat-docent*,[237] al vernos tan sorprendidos, nos dijera lo que aclaró un pastor al ver muy conmovidos a sus oyentes: "no lloren, niños; podrían ser todas mentiras".

Ese desafortunado gusto por concebirlo todo como momentos se ha convertido en una idea fija. La concepción de la ética: la aspiración, y de la metafísica: concebir según momentos, luchan entre ellas a vida o muerte. Cualquier viviente que no sea por completo irreflexivo o tan distraído tiene que elegir, pero si elige lo metafísico, entonces comete propiamente un suicidio en sentido espiritual.

[236] *Theologisk Maanedsskrift*..., p. 9.

[237] Profesores doctorados que enseñaban en la universidad de manera independiente, sin una designación oficial.

La envidia humana terminará por abolir toda determinación esencial y por poner en su lugar el dominio de la arbitrariedad. Si alguien, humilde delante de Dios, pero con un noble orgullo, fuese nada más y nada menos de lo que es y además quisiera serlo, entonces la envidia caería sobre él. En cambio, si alguien comenzara con la concesión "soy un sujeto despreciable", entonces parecería posible reconocer su talento, ya que se le podría subestimar. De aquí que no resulte impensable que Adler de repente tuviera éxito, ya que él en realidad comienza con esa concesión: "yo estoy medio loco", por lo cual es posible reconocerle algún talento. Él jamás podría ser peligroso porque está medio loco. Así se fomenta todo ese miserable juego sucio. Se escribe una comedia para estudiantes,[238] se emplea esa libertad de camaradería para promover a algunas personas. Y, claro, no sería muy amable si alguno objetara. Pero entonces la obra recorre las provincias,[239] donde, sin embargo, no es representada para estudiantes, y termina interpretada en el Teatro Real.[240] Esa itinerante semioficialidad es lo que le gusta a la gente. Pero lo que se presenta con la exigencia y la conciencia de ser algo determinado, eso despierta envidia, mientras que lo semiprivado y semipúblico halagan al público. La andrajosa obra de un poeta funciona porque lo que más le gusta al público es que haya algo privado entre él y ellos, que él no sea propiamente un poeta sino alguien *en famille*.[241]

[238] Se refiere a *Gjenboerne [Los vecinos de enfrente]*, de Jens Christian Hostrup, escenificada originalmente por la asociación de estudiantes en el Teatro de la Corte los días 20 de febrero y 9 de marzo de 1844. En ella aparece la figura de cierto teólogo llamado Søren Kirk, cosa que hirió mucho a Kierkegaard, aunque Hostrup declaró que su intención no había sido ofenderlo sino representar a un estudiante seguidor apasionado de Kierkegaard, así como había otros tantos estudiantes apasionados por Hegel. *Cfr.* Hostrup, *Erindringer fra mn Barndom og Ungdom [Memorias de mi infancia y juventud]*, Copenhague, 1891, pp. 142 y ss.

[239] *Gjenboerne* fue representada en Odense el 19 y el 26 de diciembre de 1845, y el 1, 11, 18 y 28 de enero, el 23 de febrero y el 9 de marzo de 1846.

[240] *Gjenboerne* fue puesta en escena en el Teatro Real el 27 y el 30 de junio, y el 2 de julio de 1846.

[241] En francés: "en la familia".

vii ¹ a 155 / nb:44

#

Sí, es cierto que soy un aristócrata (cosa que es y ha sido cualquiera que realmente sea consciente de querer lo bueno, porque de esos siempre hay pocos), pero quiero andar por la calle, en medio de la gente, donde están el peligro y la resistencia. Yo no quiero vivir (*à la* Martensen, Heiberg, etcétera) como cobarde y afeminado, en la distancia de la excelencia de círculos exclusivos, cubierto por la ilusión (porque la gente rara vez los ve y por eso se imagina que ellos son algo). Es cierto que el mundo quiere ser engañado y cuando rara vez ve a alguien, cree que es algo, pero yo no quiero engañar ni tampoco necesitar alguna ilusión. Eso nunca lo hizo ninguno de los nobles que de verdad querían el bien de la gente; ellos jamás vivieron una vida de excelencia, apartada, afeminada, en círculos aristocráticos.

vii ¹ a 156 / nb:45

#

De ese modo me he comprendido a mí mismo. Mientras era seudónimo, tanto la idea de mi producción como su ilusión me exigían disponer mi conducta exterior tal como lo hice. Era absolutamente importante para mí hacer todo a fin de sostener la ilusión de que no era un autor. El hecho de que a pesar de eso la gente me considerara un autor, no era mi problema. Los hombres son así; ellos no tienen ningún sentido de las ideas sino sólo el de trastornar las ideas. Pero mi idea era que, entre otras cosas, eso no me perturbara. Por el contrario, desde el instante en que me hice cargo de mi obra literaria,[242] debí tener la delicadeza de mostrarme menos. En ese sentido, está bien que todos esos disparates me ayudaran a hacerlo.

Toda la producción seudónima y su relación con mi existencia se dio en clave griega.[243]

Ahora debo descubrir la forma de la existencia propiamente cristiana.

[242] *Cfr.* "Una primera y última explicación", en *sv* ¹ vii, pp. 545 y ss.; M. Goldschmidt, *Livs Erindringer og Resultater*, vol. i, p. 428; también y *Pap.* vii ¹ a 98.
[243] *Pap.* vii ¹ a 98.

#

vii [1] a 157 / nb:46

Quizá alguno que otro piense que me muestro menos que antes por dependencia, porque me cansé de hacerlo o porque no quiero exponerme a provocaciones. Pero qué sería entonces la independencia. Si por miedo a ser considerado dependiente por el hecho de mostrarme poco, me mostrara más seguido, entonces seguro sería dependiente, mi entorno ejercería poder sobre mí. Por supuesto, habrá mucha gente que no entienda porque no es lo suficientemente dialéctica.

#

vii [1] a 158 / nb:47

Una nota a *El libro sobre Adler* que no fue utilizada[244]

Joh. Climacus fue reseñado, como veo, en un número de la Revista de Scharling y Engelstoft.[245] Se trata de una de esas típicas reseñas por centavos, escrita "en un muy buen lenguaje", con el punto y la coma en el lugar correcto. Esta clase de doctor en teología o de graduado, que, por lo demás, carece completamente de competencia para conversar, copia más o menos el contenido y luego añade su calificación, que en este caso es aproximadamente la siguiente: que J. C. está justificado por utilizar la dialéctica de ese modo, pero (y entonces viene la sabiduría) por otro lado no debe olvidar la mediación. J. C. está "históricamente" situado así: él comenzó después del hegelianismo. Sin duda, J. C. conoce la mediación tan bien como cualquier doctor en teología. A fin de escapar en lo posible del maleficio de la mediación, contra la cual lucha constantemente, J. C. lleva el problema al extremo decisivo gracias al esfuerzo de la dialéctica cualitativa (cosa que de ninguna manera puede hacer cualquier doctor en teología o graduado o escritor de reseñas por centavos) — y el libro es reseñado en esos términos,

[244] Primera parte de una larga nota en el capítulo 2 de *El libro sobre Adler*; *cfr. Pap.* vii [2] b 235.

[245] Referencia a una reseña de las *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*, firmada por el seudónimo 80, a saber, el licenciado en teología J. F. Hagen, en *Theologisk Tidsskrift. Ny Række [Revista Teológica. Nueva serie]*, ed. de C. E. Scharling y C. T. Engelstoft, Copenhague, 1846, vol. iv, núm. 1, pp. 175 y ss. *Cfr. Pap.* iv b 59 y *Pap.* vi a 92. La reseña habría sido escrita en octubre de 1845, y apareció inicialmente en el *Adresseavisen*, núm. 107, 7 de mayo de 1846.

es decir, es aniquilado, revocado, descartado con ayuda de la torpeza de un reconocido reseñador. Y el escritor de la reseña se hace incluso importante para sí mismo. Parece casi fantástico que un escritor de reseñas esté "de ese modo" por encima del autor — con la ayuda de un miserable texto de prueba. El reseñador es tan insignificante que apenas sería capaz de escribir una reseña si se le quitara el libro, porque él copia con sospechosa ansiedad. Semejante reseñador cobra mucha importancia en la conclusión. Pero un autor tiene que trabajar del siguiente modo: optimizar su tiempo, su dedicación, esforzarse por poner el problema en primer plano, para que luego un reconocido reseñador venga a contribuir al asunto y haga retroceder el libro a una vieja mezcolanza. Y el autor no es leído, pero el reseñador atrae la atención sobre sí mismo[246] y la reseña es leída y el lector debe creer de manera incondicional en la reseña porque es algo apreciado, esa reseña que en virtud de su apreciación ha aniquilado a un libro. *Mundus vult decipi.*[247] Pero eso es consecuencia de que ser "efectivamente" un autor resulta una existencia sacrificial y de que se ha formado un cuerpo intermedio de violinistas (los reseñadores por céntimos), cuya empresa florece. Y dado que uno se acostumbra al tono de muchacho callejero más crudo y más grosero de los periódicos, entonces el reseñador quizá piense que <cuando> él, a pesar de todo, es tan bueno que acredita el libro — entonces tranquilamente puede convertirlo en chismerío. Johannes Cl. probablemente diría: "No, gracias, yo pediría más bien ser injuriado". Ser injuriado no le hace ningún daño *esencial* al libro, pero ser apreciado de ese modo significa ser aniquilado en la medida en que puede hacerlo el reseñador, ese afable y simpático, aunque algo estúpido, reseñador. A un autor que efectivamente se comprenda a sí mismo, le sirve más no ser leído en absoluto o tener cinco lectores en serio, que ser ayudado por el reconocimiento de un afable reseñador que no hace sino propagar todavía más confusión en torno a la mediación con la ayuda de su propio libro, que precisamente fue escrito para luchar contra la mediación. Pero ese concepto: el autor, ha sido degradado en nuestra época de la manera más inmoral.

[246] *Cfr.* la reseña de Hagen en *Theologisk Tidsskrift...*, pp. 175 y 177.
[247] *Cfr.* Pap. vii [1] a 148, nota xx.

#

vii [1] a 159 / nb:48

Si la cicatería con respecto a los logros *ubi plurima nitent*[248] descubre y destaca cada pequeño error particular, entonces, respecto a una total falta de gusto, la cicatería toma y realza cada feliz idea en particular. Toda crítica debería idealizar, o bien pasando por alto pequeños errores en comparación con la excelencia, o bien pasando por alto un par de pasajes felices en comparación con una total imperfección.

#

vii [1] a 160 / nb:49

Bajo el título

Evangelio de los sufrimientos[249]

me gustaría componer una colección de sermones. Los textos deberían ser tomados en parte de la historia del sufrimiento de Cristo; en parte de algunas frases fuertes como las de los apóstoles cuando, después de ser azotados, se fueron felices agradeciendo a Dios por haberles concedido un poco de sufrimiento;[250] o como las de Pablo cuando llama a sus cadenas una cuestión de honor[251] o cuando le dice a Herodes Agripa:[252] "desearía que cada uno de ustedes fuera como yo, a excepción de estas cadenas". O los tantos pasajes de las cartas a los Corintios, donde hay un oxímoron tras otro: "como pobres, aunque enriquecemos a todos".[253] O "alegraos", y *de nuevo* digo, "alegraos."[254] *Item*[255] ese pasaje de la carta de Santiago[256] según el cual debemos alegrarnos de ser puestos a prueba con toda clase de sufrimientos.

[248] En latín: "donde la mayor parte brilla". Cita de Horacio, "De arte poetica" [*Sobre el arte poética*], v. 351 y ss., en las *Q. Horatii Flacci opera [Obras de Quinto Horacio Flaco]*, Leipzig: Sumtibus Librariae, 1828, p. 284 [askb 1248].
[249] *Cfr. Pap.* vii [1] b 218 y *sv* [1] viii , p. 299.
[250] *Cfr.* Hechos 5:17-42, en especial los versículos 40 y 41, los que, por otra parte, son la base del séptimo discurso de "El evangelio de los sufrimientos", publicado en los *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*. *Cfr.* también *sv* [1] viii , pp. 285 y 404.
[251] *Cfr.* Efesios 3:13, Filipenses 1:12-18 y *sv* [1] viii , pp. 285 y 406.
[252] Hechos 26:29. *Cfr. sv* [1] viii , p. 411.
[253] *2* Corintios 6:9-10. *Cfr. sv* [1] x, p. 127.
[254] Filipenses 4:4. *Cfr. Pap.* iii a 192.
[255] En latín: "lo mismo".
[256] *Cfr.* Santiago 1:2.

A continuación, deberían seguir tres discursos breves pero hermosos:

Lo que aprendemos de los lirios del campo
y de las aves del cielo.[257]

Al respecto, hay una hoja en la vieja caja de mi Biblia.[258]

#

vii [1] a 161 / nb:50

#

En definitiva, la Navidad es en realidad una fiesta para niños, y toda esa complaciente idea sobre la ventaja de la niñez en relación al devenir cristiano tiene su origen en esa festividad, artificialmente emotiva y sentimental. Agrada observar que la fiesta de la Navidad fue introducida por primera vez en el siglo iv del cristianismo,[259] de manera que a los viejos cristianos no se les ocurrió en absoluto celebrarla porque su concepción de la vida culminaba en la muerte como nacimiento a la vida.[260]

Respecto a cuestiones históricas, *cfr. Kirkenjahr* de Lisco, i, <p.> 9, §§ 17 y 18.[261]

Pero tal como lo he afirmado en el *Postscriptum definitivo*:[262] "se ha distorsionado todo lo cristiano con esa *ortodoxa* sentimentalidad".

vii [1] a 162

#

Al margen de vii [1] a 161:

Podría decirse que el cambio es el siguiente: el cristianismo, en lugar de hacerse consciente de su carácter combativo, se puso cómodo, se instaló en una existencia cómoda y agradable. Cuando así sucede, entonces la Navidad se convierte en la "festividad más bella".

#

[257] Kierkegaard pensaba incluir estos tres discursos, inspirados en Mateo 6:24-34, en los "Escritos menores", que finalmente constituyeron la segunda parte de los *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*. *Cfr. Pap.* vii [1] b 213 y 218, y *sv* [1] viii, p. 245.

[258] *Cfr. sv* [1] viii, p. 248.

[259] *Cfr.* Fr. Gustav Lisco, *Das christliche Kirchenjahr. Ein homiletisches Hülfsbuch beim Gebrauche der epistolischen und evangelischen Pericopen [El año eclesiástico cristiano. Un manual de homilías para usar según las epístolas y evangelios]*, Berlín, 2 vols, 3ª ed., 1843, vol. i, p. 9, § 17 [askb 629-630].

[260] *Cfr. ibidem*, pp. 9-10, § 18.

[261] *Cfr. ibidem*, p. 12, § 20.

[262] *Cfr. sv* [1] vii, pp. 518 y ss.

#

vii [1] a 163 / nb:51

En nuestra época, casi la única forma de aristocracia que queda es la furtiva. El aristócrata se escabulle por las calles, y no quiere existir para los hombres sino para su camarilla y, en algunas raras y grandes ocasiones, para la multitud admirada. Pero eso en realidad significa tomar su excelencia en vano. Se debe existir para todos los hombres en lugar de buscar el propio beneficio con un egoísmo de casta. Hasta cuando se es injuriado por la multitud, hasta eso es justamente un recordatorio. El aristócrata furtivo en realidad posee la tácita convicción de que la mayoría de los hombres son chapuceros y están perdidos. El aristócrata furtivo ni siquiera incita a la multitud como lo hacían aquellos viejos aristócratas que con orgullo se mostraban ante ella. No, éste comete la traición en completo silencio. Sabe Dios cómo lo justificará en la eternidad.

#

#

vii [1] a 164 / nb:52

Como se dice a menudo, "lo que yo había deseado para satisfacción de mi libertad y autodominio era que, renunciando a ser un autor,[263] pudiese dar a los otros la impresión de llevar una existencia de autor que cumplía por completo sus propias leyes". Tal era por cierto la situación, pero la desgracia es que, con todos estos últimos disparates, la charlatanería de la gente se apoderó de mí. Lo que me habría hecho extraordinariamente feliz, saber cuándo terminar, el triunfo de mi libertad, lo que he logrado — todo eso ahora está distorsionado, mancillado por las lamentables circunstancias de mi vida.[264] Y, por otro lado, lo que me habría gustado hacer en virtud de la resolución más elevada de mi libertad, precisamente eso estoy tentado de no hacerlo, cuando no sólo alguno que otro miserable, sino la entera miserable vida de una ciudad, lo distorsiona.

[263] *Cfr. Pap.* vii [1] a 4.

[264] Referencia a los ataques de *El Corsario*.

vii [1] a 165 / nb:53[265]

#

Lo que en realidad se tiene por serio es cierto adiestramiento, esa adiestrada habilidad para ser esposo, funcionario, etcétera. Si uno empleó su tiempo al servicio de la idea más elevada con enorme diligencia y todos los sacrificios, y otro invirtió sus días en lugares de baile y bares y malgastó su fortuna, ambos son considerados lo mismo por esos funcionarios petrificados. Ser copista es algo serio, y si uno no es copista resulta completamente indiferente, completamente indiferente quién sea él.

vii [1] a 166 / nb:54

#

De un pequeño libro, *Fürst Wladimir und dessen Tafelrunde: alt-russische Heldenlieder,* Leipzig, por Brockhaus 1819, en especial la núm. 4, "Dobrüna", pp. 49 y ss., y la núm. 8, "Swetlana" y "Mstislaw", p. 91, merecen atención y ser releídas con cuidado.

La pequeña colección contiene un bello lema:

Tief ist die Fluth im Dnieperfluss
Breit ist die Woge des blauen Meers,
Weit das Gefilde die Welt entlang–
Aber die Vorzeit ist reich and That![266]

#

vii [1] a 167 / nb:55

#

Desde el punto de vista heterodoxo, se debe decir: la conversión precede y condiciona el perdón de los pecados.[267] Desde el punto de vista ortodoxo, se debe decir: el perdón de los pecados precede y fortalece a los hombres para convertirse de verdad.

[265] *Cfr. Pap.* vii [1] a 152.

[266] En alemán: "Profundas son las aguas del río Dniéper / grande es la ola del azul mar / amplia es la llanura a lo largo del mundo — / pero el pasado es rico en su profundidad", en *Fürst Wladimir und dessen Tafelrunde. Alt-russische Heldendlieder* (*El príncipe Vladimir y su mesa redonda. Antiguas canciones heroicas rusas*), Leipzig: Brockhaus, 1819 [askb 1499].

[267] *Cfr. Pap.* vii [1] a 123.

#

vii [1] a 168 / nb:56

¿Qué ayuda en realidad a tener un gran espíritu cuando sólo se tiene un débil cuerpo? ¿Qué les importa el espíritu a los hombres? La mayoría de los hombres son y serán de manera incondicional creaturas animales. Ellos, en realidad, sólo respetan a algún fantástico fulano capaz de golpear y blasfemar y perjurar. La clase de modestia y pudor que se asocia siempre al espíritu resulta para ellos una jugarreta. En el fondo, ellos tienen la oscura representación de que los mayores dones espirituales son finas construcciones — y por eso casi se alegran de hacerse conscientes de su fuerza bruta en contraste con esa debilidad.

#

vii [1] a 169 / nb:57

5 nov. 46

Quizá — no digo más porque sé bien lo difícil que es juzgarse *in abstracto* a sí mismo cuando uno quiere juzgarse de verdad — yo habría podido interrumpir mi producción[268] y concentrarme en lograr algún cargo oficial si todo hubiese sido como debía haber sido. Entonces habría quedado claro que esa decisión era obra de mi libertad. Ahora ya no es posible hacerlo. Me resulta muy difícil hacerme pastor;[269] si lo hiciera, correría el riesgo de fracasar otra vez como me sucedió con el compromiso.[270] Por otro lado, vivir alejado en el campo en completa tranquilidad me habría resultado difícil, por ejemplo, porque mi ánimo está un tanto amargado y por eso necesito la magia de la producción para olvidar todas esas cicateras mezquindades de la vida.

Cada vez tengo más claro que estoy constituido de manera tal que no logro realizar mis ideales, mientras que, en otro sentido, humanamente hablando, soy mucho más que mis ideales. Los ideales de la mayoría de los hombres son tan grandes, tan extraordinarios que ellos nunca los alcanzan. Yo soy demasiado melancólico para tener tales ideales. Mis ideales harían reír a cualquier otro hombre. Es cierto que mi ideal era casarme y vivir enteramente sólo para estar casado. Y fíjate, cuando desesperé por alcanzarlo me convertí en autor y quizá hasta en un autor de rango. Mi siguiente ideal fue hacerme pastor

[268] *Cfr. Pap.* vii [1] a 4.
[269] *Cfr. Pap.* vii [1] a 4 y 98.
[270] *Cfr. Pap.* vii [1] a 222.

de algún pueblo de campo, vivir en un lugar tranquilo, integrarme a un pequeño círculo que me rodeara. Y fíjate, cuando desesperé por hacerlo, se presentó la posibilidad de realizar otra vez algo que parece mucho más grande.

Cuando el obispo Mynster me aconsejó[271] hacerme pastor de algún pueblo de campo, claramente no me entendió. Es cierto que yo quería eso, pero nuestras premisas eran por completo distintas. Él supone que de uno u otro modo yo quiero avanzar por ese camino, que quiero ser algo, y justamente el problema está en que yo quiero ser lo menos posible; tal es la idea de mi melancolía. Por eso me produce cierta satisfacción el hecho de que me consideren medio loco, aunque eso sea sólo una forma negativa de ser algo fuera de lo común. Y es muy posible que éste sea en realidad mi modo de existir, de manera que nunca logre esa bella, serena, tranquila existencia de ser muy poco.

Lo que siempre he sabido de mí mismo y por lo cual nunca he hablado con ningún hombre de mis asuntos personales, lo he vuelto a confirmar conversando con el obispo Mynster: no conduce a ningún lado, porque ni puedo ni me atrevo a hablar de lo que de manera total, esencial y más íntima constituye mi existencia, por lo cual la conversación sería casi un engaño de mi parte. En relación con un hombre como Mynster, me resulta muy doloroso porque lo respeto mucho.

vii [1] a 170 / nb:58[272]

#

Cualquiera que exista con una perspectiva diferente a la del instante, debe cuidarse sobre todo de no mantener ninguna relación próxima con el instante. Tan pronto como uno vive junto a extras y coristas, los cuales, valga observar, son olvidados ni bien mueren, las cosas parecen muy decepcionantes. Pero, visto a la distancia, quien sobresale está solo y el coro se ha ido.[273] Si él se involucra con el coro, se encuentra en una posición fatal. Como cuando una danza que debe ser bailada

[271] *Cfr. Pap.* vii [1] a 221.

[272] *Cfr. Pap.* vii [1] a 171-173 y *sv* [1] xiii , pp. 581 y s.

[273] El coro tenía un papel esencial en el drama clásico, en especial en las tragedias y las comedias de la antigua Grecia, en las que dialogaba con los personajes principales o comentaba acerca de ellos. En el teatro moderno, el coro a menudo representa a la opinión pública.

por dos lo es sólo por uno, él se encuentra de ese modo. Sus palabras, su declaración conciernen al coro, pero el coro ha muerto y se ha ido.

Lo que a la distancia luce mejor es que todo haya sido dispuesto para dejar en claro que la época contemporánea ha sido burlada.

#

vii [1] a 171 / nb:59

El hombre.

El romano lo tomó de la tierra (*homo*),[274] pero el griego lo levantó (ανθρωπος).[275]

#

vii [1] a 172 / nb:60[277]

Cualquier "hombre" sería infinitamente fuerte si no necesitara usar 2/3 partes de sus fuerzas para descubrir su tarea. Por eso el niño tiene tanta fuerza, porque el padre le pone la tarea y él sólo debe obedecer. Lo dialéctico de la tarea es en realidad lo extenuante.

#

vii [1] a 173 / nb:61[278]

Toda época parece confiar en sus hombres reales (consejeros de justicia y sacristanes y vendedores y etcétera). Pero los hombres reales son engañosos. Esos hombres reales se escabullen, se van a la tumba — y entonces, entonces no queda nadie que sepa de su existencia. Si la persona superior se acomoda a ellos, se ridiculiza a sí misma porque entonces, entonces todos esos hombres reales se van y él se queda.

#

vii [1] a 174 / nb:62[279]

No obstante, resulta elevado y edificante pensar lo impotente que es la época actual, es decir, el modo en el cual trabaja contra sí misma. Ella persigue, blasfema a la persona que es superior, pero cuanto más lo hace tanto más convierte al superior en inmortal. Ser perseguido es de suyo una marca de distinción, y alguien completamente insignificante

[274] Referencia a la antigua aserción etimológica según la cual *homo* procede de *humus*. *Cfr.* Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, Gredos, Madrid 1992, ii 140.
[275] Posible etimología griega de *ánthropos* como "el que mira hacia arriba". *Cfr.* Platón, *Cratilo*, Gredos, Madrid 1992, 399 c.
[276] *Cfr. Pap.* iv a 149.
[277] *Cfr. Pap.* vii [1] a 170.
[278] *Cfr. idem.*

podría hacerse inmortal con sólo ser perseguido con mezquindad por su tiempo. Por eso sería una réplica igualmente irónica y patética de la persona superior que es perseguida si le respondiera a su propia época: "te lo agradezco; gracias a esas burlas mi nombre será inmortal para la próxima generación. Si ustedes tuvieran la bondad de matarme, entonces mi nombre sería absolutamente inmortal".

vii [1] a 175 / nb:63

#

Se ha dicho que hoy en día nadie podría ni siquiera ser perseguido, pero eso no es verdad. La razón es que las personas notables no saben incitar. Si ellas sufren alguna injusticia, se lamentan, culpan a hombres, pero eso significa concentrarse en quienes uno reprende y por lo tanto no liberarse de ellos. No. Cuando se habla el idioma cortesano[279] de la idea con la elegancia de aquél, en tal caso llegará la persecución. Cuando uno es burlado, entonces pelea y dice: "tengo el honor de ser burlado",[280] lo cual significa: ustedes son en definitiva despreciables, y precisamente por eso es un honor ser burlado por ustedes. Si se tiene el honor de ser azotado, el honor de ser ejecutado, todas las exclamaciones de dolor no expresan nada en comparación con ese elegante idioma cortesano de la idea.

vii [1] a 176 / nb:64[282]

#

A la dedicatoria:[282]

"Aquel individuo singular"

al *Discurso de ocasión*[283] se le debería haber añadido el siguiente escrito.[284]

[279] *Cfr. Pap.* vii [1] b 88.
[280] *Cfr. Pap.* vii [1] b 160.
[281] *Cfr. sv* [1] xiii, pp. 591 y ss.
[282] *Cfr. sv* [1] viii , p. 116.
[283] Referencia a la dedicatoria de "Un discurso de ocasión" en los *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo.*
[284] Texto publicado póstumamente como nota de uno de los apéndices de *El punto de vista de mi actividad como autor, sv* [2] xiii , pp. 633-641.

¡Queridos!

Reciban esta dedicatoria. Ella es ofrecida como a ciegas, pero también por eso sin las molestias de alguna consideración, ¡con sinceridad! No sé quién eres, no sé dónde estás, no sé cuál es tu nombre, ni siquiera sé si existes, o si quizá has existido y ya no lo haces, o si es posible que tu tiempo llegue alguna vez. Y, sin embargo, tú eres mi esperanza, mi alegría, mi orgullo, mi honor en medio de la incertidumbre porque si yo te conociera personalmente, con certeza terrenal, eso sería mi vergüenza, mi culpa, y mi honor estaría perdido.

Me consuela que tú, querido, tengas la oportunidad para eso; esa oportunidad por la cual reconozco haber trabajado honradamente. Ya que si se hiciera costumbre leer lo que yo escribo o fingir haberlo leído con la esperanza de ganar alguna cosa de este mundo, entonces se trataría de la oportunidad de *mi* lector, porque en ese caso habría triunfado el malentendido — sí, habría sido una deshonestidad no haber impedido con todas mis fuerzas que algo así sucediera —. Por el contrario, haber hecho todo para impedirlo es haber actuado honestamente. No cuando leer lo que escribo se convierte en un bien dudoso (y si contribuyo a eso gracias al talento recibido, entonces actúo honestamente), o mejor aún, cuando se convierte en una locura o una ridiculez, o mejor aún, cuando se convierte en algo despreciable que nadie se animaría a reconocer, entonces ésa es la oportunidad de *mi* lector. En ese caso él busca tranquilidad; en ese caso él lee no por mí, no por el mundo, sino por él mismo; en ese caso lee de manera tal que no busca mi conocimiento, sino que lo evita — y de ese modo es *mi* lector.

A menudo me imagino en el lugar de un pastor.[285] Si una multitud acudiese a escucharme, si la bóveda de la iglesia no pudiera contener semejante número y hasta quedaran afuera algunos oyentes, sí, honor y alabanza a la persona tan talentosa que tiene ganas de hacerlo, que es capaz de hablar con entusiasmo; entusiasmada ante la vista de la multitud, porque donde está la multitud debe estar la verdad; entusiasmada con la idea de que cada uno debe tener un poco de verdad, porque donde hay tantos que tienen un poco de verdad se convierten sin duda en la verdad: ¡tal cosa sería imposible para mí! Pero si fuera un domingo

[285] *Cfr. Pap.* vii ¹ b 86.

por la tarde, si el tiempo estuviera feo y desolador, si una tormenta de invierno vaciara las calles y todos los que tuviesen una habitación con calefacción dejaran a Dios esperando en la iglesia hasta que el tiempo mejore, si en esa iglesia vacía se sentara un par de mujeres pobres que no tuviesen ninguna calefacción en su habitación y a quienes les diera lo mismo helarse en la iglesia,[286] entonces de verdad les daría calor a ellas y a mí mismo hablándoles. A menudo me imagino junto a una tumba. Si todos los hombres notables y gloriosos se juntaran en el séquito, si la celebración abarcara a una numerosa multitud, sin duda que el honor y la alabanza acompañarían a la persona tan talentosa que pudiera enriquecer la celebración comportándose como intérprete de la multitud, expresando la verdad de su dolor: ¡yo no podría hacerlo! Pero si se tratara de un pobre coche fúnebre al que nadie sigue; si sólo una pobre mujer estuviera a su lado, la esposa abandonada por el difunto que por primera vez sale a la calle sin que su marido la lleve — si ella me lo pidiera, por mi honor le daría un discurso fúnebre como cualquier.[287] — A menudo me imagino en la decisión de la muerte. Si la situación fuera muy grave y corrieran a preguntar por mí — creo que no podría morir, que mi vieja vena combativa se volvería a despertar y volvería a luchar contra los hombres. Pero si yo yaciera aislado y solo, tengo la esperanza en Dios de que moriría tranquilo y en paz.

Hay una concepción de la vida que supone que donde está la multitud está también la verdad, que es una necesidad de la verdad misma tener a la multitud de su lado. Hay otra concepción de la vida que presume que en cualquier lugar donde está la multitud está la mentira, de manera que aun cuando cada individuo singular poseyera la verdad para sí mismo y en silencio, tan pronto como se juntara con una multitud (de manera tal que la multitud tuviera alguna importancia decisiva, electoral, ruidosa, audible) de inmediato allí estaría presente la mentira. Pero quien se reconoce en la última concepción (cosa que rara vez se declara, porque en general sucede que un hombre cree que la multitud está en la mentira, pero que tan pronto como

[286] En la época de Kierkegaard, por lo común las iglesias no tenían calefacción.

[287] A pesar de que según el ritual eclesiástico de Dinamarca y Noruega no se oraba junto a la tumba, en los tiempos de Kierkegaard se acostumbraba pronunciar alabanzas en el cementerio.

acepte su opinión todo estaría bien) admite ser débil e impotente. ¡¿Cómo podría un individuo singular oponerse a la multitud?!, ¡¿quién tendría ese poder?! Él ni siquiera querría que la multitud estuviera de su lado: eso sería burlarse de sí mismo. Pero si la última concepción es un reconocimiento de debilidad e impotencia, y quizá parezca por eso muy poco atractiva, lo bueno que tiene es ser igualitaria, no ofender a nadie, ni a uno solo; no hacer ninguna diferencia, ni con uno solo. La multitud está formada por individuos, y por eso debe estar en poder de cada individuo seguir siendo lo que él es: un individuo singular. Nadie, nadie, nadie está excluido de ser un individuo, excepto quien se excluye a sí mismo — para ser muchos. Por el contrario, convertirse en multitud, reunir a la multitud alrededor de uno mismo es el carácter diferencial de la vida. Incluso la persona mejor intencionada que hable sobre eso puede con facilidad insultar a un individuo. Pero entonces la multitud vuelve a tener poder, influencia, prestigio y dominio — ése es también el carácter diferencial de la vida, el cual, dominante, pasa por alto lo singular como lo débil e impotente.

#

vii [1] a 177 / nb:65

Creer es precisamente hacerse liviano con la ayuda de un peso considerable que uno asume; hacerse objetivo es hacerse liviano tirando la carga. Creer es como volar, pero se vuela con ayuda de la gravedad que ejerce una fuerza inversa; hace falta una gravedad considerable para que uno sea lo suficientemente liviano para que pueda volar. Cuando quiero levantar algo en alto, entonces lo levanto con ayuda del peso; por consiguiente, lo levanto gracias a la gravedad. Por eso los cuerpos celestes flotan, porque tienen una enorme fuerza de gravedad; flotan con ayuda de la gravedad. Lo mismo sucede en relación con lo elástico: se gana altura en proporción de la presión. Por eso se puede decir que la liviandad de la fe es un peso infinito y que su altura es resultado de una presión infinita.

vii [1] a 178 / nb:66 [289]

#

La mayoría de los hombres cree que lo serio es conseguir algún puesto, estar atentos a si de pronto queda vacante algún puesto más alto que andaban buscando y entonces ver cómo cambiarse y qué hacer para organizar las cosas. La mayoría cree que lo serio es asistir a reuniones distinguidas; se preparan para una cena en lo de Su Excelencia mejor que para la santa comunión, y cuando uno los ve dirigirse hacia allí <ellos> parecen tan serios que espantan. Mira, yo puedo entender muy bien todo eso; lo único que no logro entender es que, si eso es de verdad lo serio, entonces la eternidad es puro comercio. Porque en la eternidad no hay ni progreso ni promoción, y tampoco hay días de mudanza ni cenas en casa de Excelencias.

vii [1] a 179 / nb:67

#

No sólo se trata de que los hombres eliminen de sus cabezas todas las ideas y los pensamientos elevados, sino de que cuando no lo logren por completo entonces actúen con malicia contra quien quiere seguir lo superior. Mientras él vive, ellos no lo soportan porque como contemporáneo su existencia les dice: ustedes deberían hacer lo mismo. Cuando él muere, lo adoran — y siguen igual de estúpidos.

vii [1] a 180 / nb:68

#

Hay algo a la vez muy humillante para un individuo singular e infinitamente elevado en el hecho de que Dios se preocupe por igual, absolutamente por igual, de lo más pequeño como de lo más grande. Pero a nosotros los hombres nos gusta vivir de una ilusión. Ay, es justo por eso que la grandeza y el prestigio son una trampa tan peligrosa (tan peligrosa como la riqueza en el sentido de perder la fe en que la Providencia cuida a cada uno), porque ser objeto de la atención de mucha gente, tener entre las manos el destino de mucha gente, puede conducir con facilidad a la falsa conclusión de ser más importante para Dios.

vii [1] a 181 / nb:69

#

Toda la cuestión sobre la relación de la omnipotencia y la bondad de Dios con el mal quizá se pueda (en lugar de esa distinción según la cual

[289] *Cfr. Pap.* vii [1] a 152.

Dios produce el bien y sólo permite el mal) resolver de una manera muy simple. Lo absolutamente más elevado que puede hacerse por un ser, incluso más alto que todo aquello en lo que puede convertirse, es hacerlo libre. Poder hacerlo le corresponde precisamente a la omnipotencia. Parece extraño, ya que justo la omnipotencia debería hacer dependientes. Pero si se reflexiona sobre la omnipotencia, se verá que debe contener también la determinación de recrearse a sí misma como expresión de su omnipotencia, por lo cual lo que existe ciertamente en virtud de la omnipotencia puede ser independiente. Ésa es la razón por la que un hombre no puede hacer a otro del todo libre, porque él es prisionero del poder que tiene y por eso siempre está en una falsa relación con quien quiere hacer libre. Sucede además que todo poder finito (talento, etcétera) implica cierto amor propio finito. Sólo la omnipotencia puede recrearse a sí misma mientras se da y esa relación constituye justo la independencia de quien recibe. De aquí que la omnipotencia de Dios sea su bondad, porque la bondad es dar por completo, pero de manera tal que al recrearse a sí misma hace independiente a quien recibe. Todo poder finito hace dependiente, sólo la omnipotencia puede hacer independiente, producir de la nada lo que por ese acto subsiste en sí mismo, porque la omnipotencia constantemente se recrea a sí misma. La omnipotencia no consiste en la relación con otra cosa, porque no hay ninguna otra cosa con la cual relacionarse; no, ella puede dar sin ceder lo más mínimo de su poder, es decir, ella puede generar independencia. Lo incomprensible es que la omnipotencia no sólo sea capaz de producir lo más imponente de todo, la totalidad del mundo visible, sino que además sea capaz de producir lo más frágil de todo, un ser independiente frente a la omnipotencia. Por lo tanto, la omnipotencia, con su mano terrible, puede aferrar el mundo con una fuerza enorme y a la vez puede hacerse tan liviana que lo existente tenga independencia. — Es sólo una idea miserable y mundana de la dialéctica del poder pensar que éste sea tanto mayor cuanto más pueda forzar y generar dependencia. No, Sócrates fue quien mejor comprendió que el arte del poder es precisamente hacer libre.[289] Pero en la relación de hombre a hombre no es posible hacerlo jamás, y aunque resulte siempre necesario insistir una y otra vez en

[289] Referencia al ejercicio de la mayéutica.

que eso es lo más elevado, sólo la omnipotencia es de verdad capaz de hacerlo. Por eso, si el hombre tuviera la más minúscula existencia independiente delante de Dios (en el sentido de la *materia*),[290] entonces Dios no podría hacerlo libre. La creación de la nada es otra expresión de la capacidad de la omnipotencia para hacer independiente. Ése a quien le debo absolutamente todo, mientras lo conserva absolutamente todo, me hace independiente. Si por el hecho de crear al hombre Dios perdiera algo de su poder, no podría hacer al hombre independiente.

vii [1] a 182 / nb:70

#

La dialéctica de la inmediatez o del sentimiento a la más elevada potencia — en relación con la ciencia

Si me imaginara a una muchacha profundamente enamorada y a un hombre que quisiera usar toda su inteligencia y conocimiento para burlarse de esa pasión, sí, entonces casi no podría decirse que la muchacha enamorada tuviera opción entre mantener su tesoro y ser burlada. Pero si se tratara de un hombre enormemente frío y tranquilo que con toda tranquilidad le dijera a esa joven muchacha: "te explicaré lo que es el amor" y la joven muchacha admitiera que todo lo que él le explicó era por completo correcto, ¿querría ella elegir su pobre sensatez en lugar de su tesoro? O acaso la joven muchacha no le diría: "es del todo cierto lo que dices, puedo comprenderlo muy bien, pero hay una cosa que no logro entender: no logro entender cómo puedes hablar con tanta frialdad y tranquilidad sobre algo que me conmueve desde lo más profundo. En la medida en que produce un efecto tan distinto, no debe tratarse de lo mismo". Honrada sea la joven muchacha por esa respuesta tan conmovedora en su boca y tan irónica en la boca de aquel sabio que se opone al entendimiento y a la relación del entendimiento con el entusiasmo. Se comprende con facilidad que cuando el así llamado entendimiento (iluminación, especulación, etcétera) pone algo vergonzoso en lugar de la fe y la inmediatez, entonces se ha perdido absolutamente el entendimiento por elección; eso es fácil de comprender. Incluso cuando parece que el entendimiento quiere ofrecer lo mismo, aunque cambiando la forma,

[290] Aquí, la palabra latina *materia* es entendida como "sustrato material preexistente".

resulta una gran pérdida. Allí la cuestión es una elección: se puede elegir no dejarse enfriar por el entendimiento, elegir permanecer en el entusiasmo, en la fe, en la confianza.

Aquí podría parecer que se presenta una dificultad en la medida en que la ciencia, el afán por entender, ha entusiasmado a sus cultores y partidarios, y en la medida en que pareciera que el entendimiento y el entusiasmo no son contrarios el uno del otro. Sin embargo, se debe observar que un hombre de especulación, por ejemplo, un investigador de la naturaleza <etcétera> que esté en realidad entusiasmado por comprender y entender, no se da cuenta de que él mismo continuamente afirma lo que pretende suprimir. Él está entusiasmado por entender todo de todas las cosas, pero él mismo no logra entender que él mismo está entusiasmado, es decir, no logra concebir su <propio> entusiasmo, aunque en ese entusiasmo esté entusiasmado por concebir todo lo demás.

Lo que sucede es una de dos: *o bien* quien conceptualiza se ha convertido en alguien frío, con lo cual toda su conceptualización resulta una pérdida en comparación con el entusiasmo, incluso cuando su concepción sea correcta, *o bien* él está entusiasmado con su aspiración a comprender, en cuyo caso él mismo pone ese entusiasmo como la última cosa inexplicable que lo sostiene.

En nuestra época, lo peligroso son particularmente las ciencias naturales. La fisiología intenta abarcar tanto que absorbe a la ética. De hecho, ya hay signos de una nueva aspiración: tratar a la ética como física,[291] con lo cual toda la ética se convierte en una ilusión y lo ético de la humanidad se reduce al tratamiento estadístico del número promedio o al mismo cálculo con el que se computan las oscilaciones de la ley natural.

Un fisiólogo se encarga de explicar al hombre entero. En esto vale primero y principalmente lo de *principiis obsta*:[292] ¿qué debo hacer con eso?, ¿para qué necesito saber sobre la circulación nerviosa centrífuga y centrípeta, sobre el torrente sanguíneo, sobre el estado microscópico del hombre en el útero? *La ética me da bastante trabajo.*

[291] *Cfr. Pap.* vii [1] a 15.

[292] En latín: "objeción de principios". La expresión está tomada de Ovidio, *Remedios contra el amor*, Gredos, Madrid 1995, v. 91.

¿O acaso necesito saber cómo funciona la digestión para poder comer? ¿O necesito saber cómo funciona el sistema nervioso — para creer en Dios y amar a los hombres? Y si alguno respondiera: "no, en realidad no se necesita", le preguntaría: "¿pero entonces no debilitaría toda mi pasión ética convertirme en un observador de la naturaleza? ¿Acaso todo ese variado conocimiento sobre analogías, anormalidades, sobre una y otra cosa, no me haría perder cada vez más la impresión de lo ético: tú debes, eres tú, tú no tienes que ver con ningún otro hombre, aun cuando el cielo y la tierra colapsaran, tú debes? ¿Eso no significaría valerme de una masa de escurridizas evasivas y excusas? ¿No sería desviar la vista de lo importante si yo me permitiera comenzar con la fisiología — en lugar de renunciar a toda la fisiología y decir: comienzo?".

Pienso en un fisiólogo brillante (porque esos meros carniceros que creen poder explicarlo todo con la ayuda de un cuchillo — y, por lo tanto, con ayuda de un microscopio,[293] me resultan abominables): ¿qué hace entonces? Él admite primero y en principio que todo pasaje es un salto; admite que no puede explicar cómo existe la conciencia o cómo la conciencia del mundo exterior se convierte en autoconciencia, en conciencia de Dios.[294] Él admite que por más que sea capaz de explicar el sistema nervioso, no puede explicar lo que propiamente lo constituye: la idea. Un fisiólogo brillante admite que no hay ninguna analogía entre animales y hombres; admite, en una palabra, la dialéctica cualitativa. Él admite, por lo tanto y en definitiva, que en realidad no puede explicar nada. ¿Qué hace entonces? Él arma esqueletos, disecciona, mete su cuchillo tanto como puede para mostrarnos ¡que no puede! Si él sabe que, a pesar de deshojar todos los pétalos de la flor y diseccionar el tallo y observar cada una de sus partes con el microscopio, él no podrá explicar lo que constituye la planta ¿por qué lo hace entonces? ¿No mantiene con eso al alumno en una errónea autocontradicción? En lugar de decir lisa y llanamente: "no lo puedo explicar", carga al alumno con una masa de detalles y conocimientos

[293] El microscopio, inventado por Zacharias Janssen, un holandés fabricante de lentes alrededor de 1590, en las décadas de 1830 y 1840 se fue perfeccionando hasta colocarse como uno de los mayores avances tecnológicos de la época.
[294] *Cfr. Pap.* vii [1] c 5.

muy encantadores y cautivantes, que, sin embargo, siempre terminan con que de todos modos no pueden dar la última explicación. Pero justo el hecho de entretenerse con tantos conocimientos hace que se pierda la expresión puramente ética. En lugar de comenzar a comer cuando se tiene hambre, en lugar de comenzar entusiasmado con lo ético sin la molestia de algunos conocimientos sobre el sistema nervioso y el sistema de ganglios y la circulación de la sangre, etcétera, en lugar de eso uno se esfuerza por conocer la digestión y a pesar de todo ese *quasi* conocimiento al fin y al cabo no puede dar la última explicación.

Tomemos el problema de la libertad y la necesidad. Dejemos que el fisiólogo comience a explicar toda esa cuestión sobre cómo el torrente sanguíneo influye de tal y tal modo, y la presión nerviosa hace tal y tal cosa, etcétera, etcétera. En última instancia, él no puede explicar por qué la libertad es una imaginación. Después de haber escrito sus 4 volúmenes de folios llenos de números y rarezas, debe decir: "pero al final uno se detiene en el asombro". ¿Para qué, entonces, todo ese conocimiento? ¿No es eso estafar a un hombre?, ¿no lo es engañar poco a poco su entusiasmo y mantenerlo en la ilusión de que, sin embargo, algún día logrará descubrir con ayuda de un microscopio aún más grande que la libertad era una ilusión, que todo es una función natural?

Todo conocimiento tiene en sí algo cautivante, pero por otro lado también transforma el estado anímico de quien conoce. La objetividad, la falta de interés con la que un fisiólogo toma las pulsaciones y estudia los nervios no tiene ninguna relación con el entusiasmo ético".[295] Y entonces, cuando ese fisiólogo ha escrito los curiosos, sumamente curiosos 4 volúmenes de folios llenos de las observaciones más sorprendentes, entonces él admite, si es de verdad sincero y brillante, que él no ha llegado a la última explicación: que es el comienzo y fin de la ética. Y cuando ese lector haya leído los 4 volúmenes de folios y admirado al fisiólogo, su estado de ánimo habrá cambiado poco a poco. Por eso no se dice que lo ético sea turbio, oscurantista, etcétera, no, sino que lo ético es el enemigo de un conocimiento que, después de haber absorbido toda la vida de un hombre, termina con que al fin y al cabo no puede explicar lo más importante.

[295] *Cfr. Pap.* vii [1] a 183.

Pensemos en el mayor criminal que haya vivido jamás y supongamos que la fisiología de su tiempo tuviera sobre sus narices el par de gafas más gloriosas que hayan existido hasta entonces con las cuales podría explicarle al criminal que todo era una necesidad natural, que su cerebro era demasiado pequeño, etcétera. Qué terrible semejante absolución de las consiguientes acusaciones en comparación con el juicio del cristianismo sobre él: que irá al infierno si no se convierte.

vii [1] a 183 *Al margen de vii [1] a 182:*
*Esa admiración científica por la ingeniosidad de la naturaleza respecto de la fisiología de la vida humana es completamente heterogénea; sí, es una herejía en relación con lo ético, que no tiene nada que ver con la admiración sino sólo con esto: tú debes.

vii [1] a 184 / nb:71 #
De verdad, yo creía comprender un poco a los hombres, pero cuanto más vivo más me doy cuenta de que no nos entendemos en absoluto. Si yo quisiera hacerles daño, ellos me rendirían honor y respeto, y me agradecerían como si lo único que yo quisiera fuese beneficiarlos. Allí hay un joven dispuesto a inclinarse delante de mí de manera incondicional. Él quiere, como seguidor mío, salir al mundo y proclamar mi honor — y eso es precisamente lo único que yo no quiero. Yo quisiera decirle, y es lo único que le quiero decir: "vete a tu casa, cierra tu puerta y rézale a Dios; así tendrás infinitamente más que lo poco que podrías recibir de segunda mano por mí". Allí hay una joven muchacha. Ella sólo desea una cosa: postrarse con adoración a mis pies[296] — y eso es precisamente lo único que yo no quiero. Yo quisiera decirle: "entra en tu habitación, cierra la puerta, rézale a Dios y tendrás infinitamente más que la miserable migaja de admirarme". Fíjate, por eso me llaman egoísta.

vii [1] a 185 / nb:72 #
Si una criada le preguntase a un astrónomo qué hora es, él le respondería, por ejemplo: "son las 12". Si un hombre de negocios le preguntara lo mismo, él le diría: "justo ayer, cuando icé la bandera, puse en hora

[296] Probable alusión a Regina Olsen. *Cfr. Pap.* iv a 97 y *sv* [1] vi, pp. 291 y s. También es posible aluda a Lucas 7, 38; Marcos 7, 25; Juan 12, 3.

mi reloj; por eso sé que son las 12 exactas". Pero si otro astrónomo le preguntara lo mismo con el propósito de hacer alguna observación, él le diría: "son las 12, 1 minuto, 37 segundos y algunas décimas". En cualquiera de los tres casos diría la verdad. Lo que le dijo a la criada no era en absoluto falso. Así es como se relaciona la simplicidad con la cientificidad. Cuando sólo se dice: "el que plantó la oreja, ¿no ha de oír?"[297] significa totalmente lo mismo que la reconstrucción de la idea de Dios como <una> conclusión a partir de la observación teleológica del mundo y del fin del mundo y de la finalidad.

#

vii [1] a 186 / nb:73

La mayor parte de lo que hoy en día florece con todas sus fuerzas bajo el nombre de ciencia (en especial las ciencias naturales) no es en absoluto ciencia, sino curiosidad. — *En última instancia, toda corrupción vendrá de las ciencias naturales.* — Muchos admiradores (*un sot trouve toujours un autre sot qui l'admire*)[298] creen que las investigaciones hechas con microscopio suponen seriedad científica. Estúpida superstición del microscopio. No, con la ayuda de la observación microscópica la curiosidad sólo se hace más cómica todavía. Cuando un hombre dice con simplicidad y profundamente: "no puedo ver a simple vista cómo surge una conciencia" está en lo cierto. Pero cuando un hombre se pone el microscopio delante de los ojos y mira y mira y mira — y sin embargo no logra verla, eso es cómico. Y lo particularmente ridículo es que eso deba ser algo serio. Si se considera la invención del microscopio como algo divertido, como un pasatiempo, está bien, pero considerarlo como algo serio resulta infinitamente estúpido. Incluso el arte de imprimir libros es un invento casi satírico porque, mi Dios, se ha dejado en claro que mucha gente en realidad no tiene nada que comunicar. Por lo tanto, ese inmenso descubrimiento ha contribuido a esparcir todas las estupideces que de otro modo morirían al nacer. — Si Dios caminara con un

[297] Salmo 94:9; *cfr. sv* [1] viii , p. 172.

[298] En francés, "un tonto siempre encuentra otro tonto que lo admire". Citado de F. C. Eilschov, *Philosophiske Breve Over adskillige nyttige vigtige Ting [Cartas filosóficas sobre varias cuestiones útiles e importantes]*, Copenhague, 1748, p. 126 [askb 475]. *Cfr. Pap.* iv a 69.

bastón en la mano, las consecuencias las pagarían en especial esos serios observadores que se ayudan con el microscopio. Dios sacaría su bastón y le daría un golpe a toda la hipocresía de ellos y de los investigadores de la naturaleza. La hipocresía consiste en que se dice que las ciencias naturales conducen a Dios. Por cierto, ellas conducen — *por excelencia* a Dios, pero es en realidad una impertinencia. Que el investigador de la naturaleza sea un hipócrita es algo de lo que se puede estar fácilmente convencido. Si uno le dijera que todo hombre ya tiene bastante con una conciencia y el pequeño catecismo de Lutero,[299] entonces el científico natural frunciría la nariz. Él quisiera convertir a Dios en una tímida belleza, en un artista de Satanás que nadie puede comprender — ¡Alto ahí! Lo divino y simple consiste en que nadie, absolutamente nadie, lo puede comprender; en que hasta el más sabio debe atenerse con humildad a lo mismo que el hombre sencillo. — En eso reside lo profundo de la ignorancia socrática, en *abandonar* con plena pasión cualquier curioso conocimiento para ser simplemente ignorante de Dios; en abandonar esa idea brillante, que entre los hombres significa algo, de realizar observaciones con ayuda del microscopio. — En cambio, Goethe, que no era un espíritu religioso, se aferró cobardemente a ese conocimiento diferencial.[300]

Pero toda esa cientificidad se vuelve especialmente peligrosa y corruptora cuando pretende entrar en los territorios del espíritu. Dejemos que plantas y animales y estrellas sean tratados de ese modo, pero tratar así al espíritu humano es una blasfemia que no hace más que debilitar la pasión por lo ético y lo religioso. El hecho de comer es ya mucho más razonable que especular microscópicamente sobre la digestión. Y adorar a Dios no es, por cierto, al igual que comer, algo inferior a esas observaciones, sino lo absolutamente más elevado.

Por lo tanto, aprendemos por la fisiología el modo en que lo inconsciente es lo primero y luego lo consciente,[301] pero cómo, a fin

[299] El *Pequeño catecismo* de Lutero fue publicado en alemán en 1529 y traducido al danés inmediatamente después de la Reforma dinamarquesa, en 1536. J. P. Mynster lo tradujo en 1814 y Kierkegaard tuvo un ejemplar de la edición de 1849 [askb 189].

[300] Referencia a las investigaciones de Goethe sobre las ciencias naturales, manifestadas en su novela *Las penas del joven Werther*.

[301] *Cfr.* Carl Gustav Carus, *Psyche. Zur Entwicklungsgeschichte der Seele [Psique, Hacia una historia del desarrollo del alma]*, Pforzheim, 1846, pp. 96 y ss., y 195 y ss. [askb 459].

de cuentas, la relación se invierte y lo consciente ejerce una parcial influencia transformadora sobre lo inconsciente. Y entonces el fisiólogo se convierte en alguien estéticamente sentimental: él habla sobre la noble expresión de una personalidad cultivada, sobre la figura, la actitud, etcétera.[302] Dios mío, ¿qué es todo eso? Un poco de mezquindad y a lo sumo un poco de paganismo. (*Das Innere ist das Aussere, das Aussere das Innere*).[303] Pablo no habla de embellecerse rezando y predicando, etcétera. Sólo deja que el hombre exterior se corrompa y el interior crezca en gloria.[304]

La fisiología materialista es cómica (por el hecho de matar cree encontrar el espíritu vivificador). La fisiología moderna más ingeniosa es sofística. Ella misma reconoce que no puede explicar el milagro y, no obstante, pretende existir; se hace cada vez más voluminosa y todos esos volúmenes tratan de lo mismo, de algo grandioso y muy curioso que, sin embargo, no puede explicar el milagro.

Entonces, la fisiología sofística afirma que es un milagro que la conciencia exista,[305] un milagro que la idea se convierta en alma, que el alma se convierta en espíritu (en breve, las transiciones cualitativas). Si se le toma absolutamente en serio, termina toda esa entera — esa ciencia que es sólo una broma. Su tarea específica es el milagro, pero no lo puede explicar. ¿De qué sirve entonces que aclare todo lo demás? La fisiología se comporta de ese modo a fin de darle una oportunidad a la sofística o, más bien, para llegar a ser una ciencia de sólidos volúmenes. Ella afirma que la transición (de la falta de conciencia a la conciencia, etcétera) es un milagro, pero que sin embargo ocurre *almählig*,[306] es decir, poco a poco. Desde el punto de vista dialéctico, es fácil ver lo sofístico. Claro que no se pregunta si pasa mucho o poco tiempo antes de que algo emerja, sino que, si cuando emerge, lo hace como un prodigio. El sofisma consiste en que toda la ciencia sea un paréntesis. El prodigio no es ni mayor ni menor porque haya pasado mucho o

[302] *Cfr. ibidem*, pp. 350 y ss.

[303] En alemán: "lo interior es lo exterior; lo exterior, lo interior". Alusión a la lógica hegeliana. *Cfr. Pap.* iii b 187 y *Pap.* i c 28.

[304] *Cfr. 2* Corintios 4:16-18.

[305] *Cfr.* C. G. Carus, *Psyche...*, pp. 96 y ss., y 115 y s.

[306] En alemán: "gradualmente, poco a poco". Referencia al libro de Carus, *Psyche*, donde se indica que la conciencia se abre poco a poco a la idea (pp. 96-97).

poco tiempo antes de que algo emerja. Por lo tanto, se ve el completo acuerdo entre esa ciencia y lo que un médico escribía sobre la historia de la trepanación dividiéndola en dos partes, la primera de las cuales trataba del tiempo en el que todavía no se conocía la trepanación. Toda la fisiología trata en realidad de lo cualitativamente irrelevante. Pero llamarla una ciencia es un sofisma. — Ese "*Almählige*"[307] sólo puede significar algo específico en relación con diferentes lugares: puede significar el reino vegetal, el reino animal; puede significar los 6 000 años del mundo; puede significar la estadística sobre la procreación; y sabe Dios todo lo que puede significar*. Pero en sentido total, cualitativo, no significa nada en absoluto, absolutamente nada en cuanto sostiene con firmeza que, sin embargo, no puede explicar el milagro. Todo es aproximación: casi, casi, tanto como, casi como, casi, etcétera, y de eso tratan los muchos volúmenes en los que se usa el microscopio.

Así, se logra saber por la fisiología sofística que "la clave del conocimiento de la vida anímica consciente reside en lo inconsciente" (Carus).[308] Pero si no es posible explicar la transición de la falta de conciencia a la consciencia, ¿qué se quiere decir con "la clave"? La transición es precisamente un salto (al cual responde el asombro)[309] que ninguna clave puede abrir. — Entonces uno se entera de que en especial "*das Gesetz des Geheimnisses*"[310] ayudará — a explicarlo. Pero esa ley no puede hacer otra cosa más que precisamente instituir el milagro — y, por lo tanto, ¿qué explica? Desde el punto de vista dogmático, se entiende que el milagro es milagro y no se le puede entender, pero una ciencia exacta no puede comportarse de ese modo. Ella pretende entonces guardar las apariencias de que, no obstante, pudiera casi y tanto como, igual que, a lo sumo, muy cerca — explicar el milagro.

De ese modo, la fisiología avanza sobre el reino vegetal y el reino animal, muestra analogías y analogías que, sin embargo, no serían tales analogías puesto que la vida humana desde su primer germen es cualitativamente diferente del reino vegetal y el reino animal.[311] Pero ¿para

[307] *Cfr.* C. G. Carus, *Psyche*..., pp. 96 y s.
[308] *Ibidem*, p. 98.
[309] *Cfr. Pap.* vii [1] a 34 y *Pap.* v a 74.
[310] En alemán: "la ley del misterio", en C. G. Carus, *Psyche*..., pp. 98 y 174.
[311] *Cfr. ibidem*, pp. 112 y ss.

qué entonces todas esas analogías y, en particular, todo ese enorme detalle de las analogías mediante observaciones microscópicas?

¡Oh, espantosa sofística, que se extiende de manera microscópica y telescópica en folios y, sin embargo, en última instancia, cualitativamente entendida, no aporta nada, nada más que burlarse de la admiración y el asombro simples, profundos, apasionados de los hombres que promueven lo ético!

La única certeza es ético-religiosa. Ella dice: cree — tú debes creer. Y si alguien me preguntara si eso siempre me hace danzar sobre un lecho de rosas, le respondería: no, sin embargo, sin embargo me da esa indescriptiblemente bienaventurada certeza de que todo es bueno y Dios es amor. O soy culpable de que las cosas salgan mal — a pesar de lo cual Dios es amor, o las cosas salen bien y se ve que el mal ha tenido su significado — pero también entonces Dios es amor. — Preguntémosle sólo en broma al sentimentalismo histérico: ¿acaso la cuestión no es que tú no has ido de vientre? Pero también sepamos bromear con esa insignificante seriedad microscópica.

Y cuando al fin y al cabo estamos allí, en medio de la realidad y del devenir, ¿qué sabe verdaderamente el fisiólogo y qué sabe el médico? Es bastante fácil, por medio de la observación (por lo tanto, en medio de la fantasía, donde todo está en calma), explicar que el alma y el cuerpo no son opuestos[312] sino una idea que se desarrolla a sí misma y cuya relación consiste entonces en un *in-einander*.[313] Pero en la situación de la realidad, ¿dónde se debe comenzar? El que sufre, ¿debe tomar primero la medicina o debe primero creer? ¡Oh, tú, magistral sátira repetida a menudo sobre un médico que, sin embargo, no sabe qué es qué! Pero el ético dice: "cree, tú debes creer". Sólo el ético se atreve a hablar con entusiasmo; el médico no cree ni en los medicamentos — ni en la fe. El ético dice con entusiasmo: "en cierto sentido, toda la ciencia del médico es una broma". La broma de salvar la vida de un hombre por unos pocos años es una mera broma: ¡lo serio es morir bienaventurado!

[312] *Cfr. ibidem*, pp. 32 y ss.
[313] En alemán: "el uno en el otro".

Al margen: por eso, uno suele contradecirse. *Cfr.* Carus, *Psyche*, pp. 156 y 159, anotado en mi ejemplar.[314]

vii [1] a 187 / nb:74

#

Es bastante fácil explicarlo todo de ese modo — huyendo de todo, como, por ejemplo, el joven Fichte lo hace ahora. Él explica todo el cristianismo, pero admite que no puede explicar cómo llegó al mundo.

Cfr. su recién publicada *Speculative Theologie*, p. 178, lín. 14, desde abajo.[315]

Si se supiera que una carta divina cayó desde el cielo[316] acompañada por ángeles y entonces algún exégeta explicara el contenido de la carta celestial, ¿él habría explicado la carta celestial? Precisamente lo más difícil fue omitido.

vii [1] a 188 / nb:75

#

Por eso me repugna tanto cuando un investigador de la naturaleza, después de haber demostrado alguna que otra ingenuidad de la existencia natural, dice con engreimiento que eso le recuerda aquel gran dicho de que Dios ha contado todos los cabellos de la cabeza.[317] ¡Oh! Ese tonto y su ciencia. Él jamás ha sabido lo que es la fe. La fe cree eso sin toda su ciencia y sería de suyo repugnante leer todos sus folios si se supusiera que ellos –obsérvese– condujeran a la fe, al fortalecimiento de la fe, etcétera.

vii [1] a 189 / nb:76

#

De todas las ciencias, la ciencia natural es la más insípida, y me divierte pensar cómo año tras año se trivializa lo que alguna vez despertó asombro, porque tal es siempre el destino de los descubrimientos

[314] No se cuenta con el ejemplar anotado por Kierkegaard, por lo cual no es posible identificar las contradicciones a las que se refiere.

[315] *Cfr.* Immanuel Hermann Fichte, *Grundzüge zum Systeme der Philosophie* [Lineamientos fundamentales para un sistema de filosofía], vol. iii , *Die speculative Theologie oder allgemeine Religionslehre* [*Teología especulativa o la doctrina general de la religión*], Heidelberg, 1846 [askb 509]. Según la factura de Reitzel, Kierkegaard habría comprado dicho volumen el 17 de noviembre de 1846.

[316] Escrito religioso del que se decía que era enviado por Dios.

[317] *Cfr.* Mateo 10:30.

de la mala infinitud. Qué sensación no produjo el estetoscopio.[318] Y entonces, tan pronto como se llega al punto de que cualquier barbero lo usa, entonces él le pregunta a uno, después de haberlo afeitado: "¿te gustaría quizá también ser auscultado por el estetoscopio?". Luego se descubrirá un instrumento para escuchar los latidos del cerebro. Éste despertará una enorme sensación hasta que a los 50 años cualquier barbero lo pueda usar. Entonces, después de que en alguna peluquería uno se haya cortado el pelo, afeitado y auscultado con el estetoscopio (porque para ese tiempo será algo completamente común), el barbero le preguntará: "¿te gustaría quizá también que yo escuche los latidos de tu cerebro?".

#

vii [1] a 190 / nb:77

Es simple y bello y conmovedor que un amante mire enamorado a su amada, pero es excelente mirarla con un pequeño telescopio. Y así como el dandi usa el pequeño telescopio, el investigador de la naturaleza usa el microscopio, sólo que lo usa para con Dios.

#

vii [1] a 191 / nb:78

Si mediante la investigación de la naturaleza se pudiese lograr algo respecto a la determinación "espíritu", en tal caso yo sería el primero en tomar un microscopio y persistiría a pesar de cualquier cosa. Pero dado que es fácil observar, mediante la dialéctica cualitativa, que, cualitativamente entendido, el mundo no avanzó en absoluto ni un solo paso en cien mil años, entonces deseo hacer justo lo contrario, conservar mi alma y no perder ni un solo segundo de mi vida en curiosidades. Cuando algún día esté a punto de morir, entonces me consolaré diciendo: "es cierto que no he entendido ni lo más mínimo de ese tipo de cosas, ni siquiera entendí un poco más que mi Anders[319] o que una criada, aunque quizá me he asombrado más a menudo y le he rezado a Dios

[318] El estetoscopio fue inventado en 1824 en Dinamarca por Oluf Lundt Bang (1788-1877), pero su uso se extendió después de la publicación de S. M. Triers *Anviisning til at kjende Lunge- og Hjerte- Sygdomme ved Percussion og middelbar Auscultation* [*Instrucciones para detectar enfermedades cardiacas y pulmonares por medio de percusión y auscultación intermedia*], Copenhague, 1830, prologada por el propio Bang.

[319] Anders Christensen Westergaard (1818-1867), sirviente de Kierkegaard desde mayo de 1844.

con veneración". Por supuesto, puedo entender que es Dios quien le ha dado al hombre esa clase de perspicacia que le permite hacer descubrimientos con instrumentos y otras cosas semejantes, pero también entiendo que es Dios quien le ha dado al hombre la razón que le permite llegar a ver, mediante la dialéctica cualitativa, la autocontradicción que hay en esos descubrimientos "casi" cuantitativos, aproximativos. Por lo tanto, el hombre debería piadosa y humildemente renunciar a la curiosidad, renunciar a esa clase de calma necesaria para efectuar observaciones microscópicas a fin de, en su lugar, adorar a Dios y relacionarse con él sólo mediante la ética.

vii [1] a 192 / nb:79

#

Lo que Lutero dice[320] es excelente, lo único necesario y lo único esclarecedor: que toda esa doctrina (sobre la reconciliación y, en el fondo, todo el cristianismo) debe atribuirse a la lucha de una conciencia angustiada. Quita la conciencia angustiada y entonces puedes cerrar las iglesias y convertirlas en lugares de baile. La conciencia angustiada comprende el cristianismo. Así como un animal que está hambriento entiende cuando le pones una piedra y un pan delante suyo: el animal entiende que uno es para comer y el otro no, del mismo modo la conciencia angustiada entiende el cristianismo. Cuando antes de comer se debe demostrar hambriento, entonces se trata de glotonería.

Pero tú dices: "yo no puedo concebir la reconciliación". Aquí yo debería preguntarte en qué sentido, si en el sentido de la conciencia angustiada o en el sentido de la especulación indiferente y objetiva. Si alguno deseara sentarse en su estudio a fin de especular con tranquilidad y objetividad, ¿cómo podría entender la necesidad de la reconciliación? Porque la reconciliación sólo es necesaria para la conciencia angustiada. Si estuviese en poder de un hombre vivir sin la necesidad de comer, ¿cómo podría entender la necesidad de comer que tan fácilmente entiende quien tiene hambre? Lo mismo sucede en sentido espiritual. Un hombre puede lograr cierta indiferencia

[320] *Cfr.* Lutero, *En christelig Postille, sammendragen af Dr. Morten Luthers Kirke- og Huuspostiller [Un libro cristiano de homilías, recogidas de las apostillas de la iglesia y casa de Dr. Martín Lutero]*, trad. de Jørgen Thisted, Copenhague, 1830, punto 1, pp. 15-30 [askb 283].

que haga superflua la reconciliación. El hombre natural se encuentra justamente en ese estado, pero en tal estado ¿cómo puede entender la reconciliación? Por eso resulta coherente que Lutero[321] enseñe que el hombre sólo aprende por medio de una revelación cuán profundamente está en pecado, que la conciencia angustiada no es algo que se siga de la naturaleza, como estar hambriento.

#

vii [1] a 193 / nb:80

Lo que Sócrates más temía era estar en el error.[322] Si fuese posible esperar alguna iluminación de la fisiología y la ciencia natural sobre el concepto de "espíritu", ¿cómo podría abstenerme de estudiarlo? Pero aquel simple Sócrates consideraría con razón que toda esa ciencia es un error (una ciencia aparente) y, temiendo estar en el error, se abstendría de comenzar por allí; sí, renunciaría a ella para no terminar viviendo una vida entera malgastada en aproximaciones imaginarias y incansables aproximaciones ocupadas.

#

vii [1] a 194 / nb:81

Si las ciencias naturales hubiesen estado en la época de Sócrates tan desarrolladas como ahora, todos los sofistas habrían sido investigadores de la naturaleza. Alguno habría tenido un microscopio colgando fuera de su *boutique* para atraer a los clientes, algún otro habría tenido un cartel que dijese: "aquí se ve por medio de un microscopio gigante cómo piensa un hombre"*, "aquí, cómo crece el pasto". Excelentes motivos para un Aristófanes, en especial si incluyera a Sócrates y lo hiciera mirar por un microscopio.

**Al margen*: y entonces, cuando Sócrates hubiese leído el cartel, habría dicho: "por el aviso se ve cómo se conduce un hombre que no piensa".

#

vii [1] a 195 / nb:82

Toda la ciencia natural, como toda la ciencia de los tiempos modernos, es sofística. Ello se prueba con la ayuda de la simple pregunta de

[321] *Cfr.* Lutero, *En christelig Postille...*, punto 2, pp. 11-20.
[322] *Cfr.* Platón, *Apología*, 21c.

Sócrates: "¿la ciencia natural sabe algo o no sabe nada?"[323]. No se puede responder ni sí ni no, porque todo su secreto es que ella sabe casi, y tanto como, y no mucho más que casi, como si supiera que sabe algo.

vii [1] a 196 / nb:83

#

Así como la naturaleza es sofística (toda su grandeza y hermosura cautivan como si fueran la explicación, aunque la explicación de esa grandeza y hermosura es, en cambio, lo invisible que no se puede ver sino sólo creer), así también la ciencia natural es sofística. Su explicación consiste sólo y exclusivamente en instituir la invisibilidad cualitativa del milagro, pero en lugar de hacerlo (en lugar de colapsarse y terminar como la esfinge ante la pregunta) engaña, como si ese enorme aparato científico fuese la explicación. Así como Proteo se transformaba para impedir que alguno se fijara en él, del mismo modo lo hace la ciencia natural: ella cautiva, interesa, eleva, fascina, instruye, enriquece, tienta, persuade, <etcétera> con el conocimiento sobre las estrellas, o sobre algún extraño y pequeño pájaro, o sobre alguna deliberación, o alguna enigmática profundidad, etcétera. Por medio de todos estos artilugios ella impide que el hombre piense de manera dialéctica. Y como en cada generación hay muy pocos dialécticos y cada vez habrá menos, entonces la ciencia natural dominará a toda la humanidad.

vii [1] a 197 / nb:84

#

De las ciencias naturales procederá la más lamentable diferencia entre la gente simple que simplemente cree y el ilustrado o medio ilustrado — que ha visto a través del microscopio. Uno ya no se arriesga, como en los viejos tiempos, a dirigir con claridad su discurso hacia las cosas más elevadas y simples a todos, todos, todos los hombres por igual, sean negros o verdes o tengan cabeza grande o pequeña: lo primero que se debería observar es si tienen suficiente cerebro — para creer en Dios. Si Cristo hubiese conocido el microscopio, habría primero examinado a los apóstoles.

[323] Véase el *motto* de *El concepto de la angustia* sobre la distinción entre lo que Sócrates sabía y no sabía.

#

vii [1] a 198 / nb:85

Admitiré con gusto que el libro de Carus es excelente, y si él quisiera hacer cualitativamente lo correcto y preciso, entonces yo aceptaría agradecido algunas buenas observaciones psicológicas suyas. Él hace lugar en todos los puntos decisivos a lo absoluto — al milagro, al poder de Dios creador, a la expresión absoluta de la adoración, y dice: "nadie puede hacerlo, nadie lo comprende, ninguna ciencia ni ahora ni nunca".[324] A continuación, comunica las cosas interesantes que conoce. Pero entre esas dos determinaciones no debe haber ninguna proximidad; ellas no deben de ninguna manera ser puestas en esa peligrosa proximidad que resulta sofística. Bajo tales condiciones, yo no leería ni compraría ni una sola de sus observaciones psicológicas; es demasiado caro.

#

#

vii [1] a 199 / nb:86[326]

En líneas generales, la extravagancia de las ciencias naturales sería un motivo excelente para una comedia.

Era el día de feria de los sofistas y entonces cada uno llegaba e instalaba su puesto, y una multitud acudía curiosa al lugar.

Se escuchan tres golpes de trompetas; luego viene un heraldo delante de una especie de carro triunfal que lleva al gran científico. El heraldo anuncia: "aquí se nos demuestra con necesidad cómo dentro de mil años vivirá un astrónomo español que con necesidad predecirá que en mil años aparecerá una 'nueva' estrella". Que eso vaya a suceder puede ser demostrado en términos especulativos, pero está tan lejos que tardará mucho tiempo. Esa notable representación, damas y caballeros, es notable también por el hecho de que su Majestad el Sr. Rey de Francia se ha dejado convencer al respecto y ha declarado que es lo más notable que escuchó jamás — y lo mismo el Papa.

La pieza podría terminar con la sublevación de una parte de los artesanos que arrancan todos los puestos y hacen pedazos todo. Tal fue el caso. Un hombre había inventado un microscopio gigante que debía superar todo lo admirable visto hasta entonces, ya sea si se consideraba

[324] C. G. Carus, *Psyche. Zur Entwicklungsgeschichte der Seele*, p. 125.
[325] *Cfr. Pap.* vii [1] a 194.

el microscopio en sí mismo o si se miraba a través suyo. Pero para eso era necesario un enorme aparato en el cual se había trabajado durante seis meses e invertido una suma enorme. Aún quedaban tres meses de trabajo. Pero sucedió que justo ese día llega la noticia de que ese mismo día en China (porque, respecto a los muchos notables descubrimientos, la comunicación se produce a una velocidad asombrosa) se había descubierto un microscopio aún más potente, que se podía armar con total facilidad. En consecuencia, el microscopio gigante había perdido todo valor (antes de estar terminado), el empresario estaba arruinado y los trabajadores, muertos de hambre.

Esa demencial velocidad con la cual un descubrimiento sustituye a otro.

vii ¹ a 200 / nb:87

Involucrarse con las ciencias naturales no sirve para nada. Uno queda allí indefenso y no puede controlar nada. El investigador comienza de inmediato por distraerlo a uno con sus particularidades, y entonces resulta que debe irse ya a Australia, ya a la luna, ya a descender una caverna en el interior de la Tierra, ya al diablo,[326] ya a buscar un gusano en las tripas, ya a usar el telescopio, ya el microscopio: ¡que Satanás lo aguante!

Pero, bromas aparte, hablemos con seriedad. Lo confuso consiste en que nunca se aclara de manera dialéctica qué es qué, cómo la filosofía debe hacer uso de la ciencia natural. ¿Es todo eso una ingeniosa imaginería (que por lo tanto uno bien podría ignorar), es un ejemplo, una analogía? ¿O acaso es importante que la teoría se configure en relación con eso?

Para un pensador no puede haber nada más terriblemente agónico que tener que vivir en tensión mientras se acumulan detalles que siempre parecen no llegar nunca a la idea, a la conclusión. Si el investigador de la naturaleza no sintiese esa agonía, no sería un pensador. ¡Ese terrible dolor tantálico de lo intelectual! Un pensador está como en el infierno en tanto no haya encontrado la certeza espiritual: *hic*

[326] Adaptación libre de Ludvig Holberg, *Mester Gert Westphaler eller Den meget talende Barbeer*) [Maestro *Gert Westphaler o el barbero muy conversador*] (1723), acto 2, escena 3. *Cfr. Pap.* iii b 1 y *sv* ¹ v, p. 48.

Rhodus, hic salta,[327] la esfera de la fe, en la cual lo que vale, por más que el mundo estallara o los elementos se disolvieran, es que tú debes creer. Aquí no han de esperarse ni noticias oficiales por correo postal ni noticias enviadas por barco. Esa certeza del espíritu, la más humilde de todas, la más humillante para el ánimo vanidoso (porque resulta muy distinguido mirar con el microscopio, etcétera) es la única certeza.

La objeción principal, la objeción total contra las ciencias naturales puede formularse de manera formal, simple y absoluta del siguiente modo: no es posible pensar que a un hombre, que infinitamente haya reflexionado sobre sí mismo como espíritu, se le ocurriese elegir las ciencias naturales (con sus cuestiones empíricas) como tarea a la cual aspirar. Un investigador que observe la naturaleza debe o bien ser un hombre de talento e instinto (porque lo característico del talento y el instinto es justamente que no son dialécticos en el sentido más profundo, sino que sólo pueden olfatear, ser ingeniosos, pero no entenderse a sí mismos)*, o bien ser un hombre que desde su más temprana juventud se haya convertido, de manera medio inconsciente, en un investigador de la naturaleza y que entonces, por hábito, estuviese acostumbrado a vivir de ese modo — el modo más espantoso de vivir: fascinar y sorprender al mundo entero con sus descubrimientos e ingenuidades sin llegar a comprenderse a sí mismo. Que un tal investigador de la naturaleza tenga conciencia, es de suyo; él tiene conciencia en la medida de su talento, una perspicacia quizá asombrosa, el don de la combinación, una casi mágica asociación de ideas, etcétera. Pero la situación, a lo sumo, será la siguiente: un talento tan eminente, completamente único por su inteligencia, explica toda la naturaleza — pero no se entiende a sí mismo. Él no deviene transparente a sí mismo en su determinación espiritual, en la apropiación ética de su talento, etcétera. Pero esa relación es precisamente escepticismo, cosa que se ve con facilidad (porque el escepticismo consiste en que una *x* desconocida pueda explicarlo todo. En efecto, cuando todo es explicado por una *x* que no

[327] Proverbio de la fábula de Esopo número 33, citado por Hegel en "Grundlinien der Philosophie des Rechts" ["Elementos de filosofía del derecho"], en *Georg Wilhelm Friedrich Hegel's Werke, Vollständige Ausgabe* [*Obras de Georg Wilhelm Friedrich Hegel, edición completa*], ed. por Eduard Gans, Berlin: Duncker und Humblot, 19 vols., 1832-1845, vol. viii , 1833, p. 19 [askb 551].

es explicada, entonces, visto en su totalidad, no se explica nada). Si eso no es escepticismo, es superstición.

Al margen: y poder vivir felizmente de ese modo, sin sentir ningún pesar, porque la decepcionante diversidad de observaciones y descubrimientos oculta siempre esa total oscuridad.

#

vii [1] a 201 / nb:88

#

Precisamente porque Dios no puede ser objeto del hombre, porque Dios es el sujeto, precisamente por eso lo contrario se muestra como absoluto: cuando uno niega a Dios, no le hace ningún daño a Dios, sino que se aniquila a sí mismo; cuando uno se burla de Dios — entonces se burla de sí mismo.

Cuanto más puro es un hombre, tanto menos puede convertirse en objeto en relación con otros hombres. Aunque, por supuesto, aquí siempre se da una diferencia cualitativa infinita.

vii [1] a 202 / nb:89[329]

#

En estos días he vuelto a sentir algo que a menudo he sentido: lo difícil que me resulta entender a los otros. Una furiosa pasión me lanza sobre un libro, y cuando lo leo me parece que sólo encuentro cosas ya conocidas, y cuando lo cierro me parece que debí haber pasado por alto alguna cosa. Por otro lado, también me parece que descubro ideas que nunca he tenido, pero que no puedo retener o recordar. Tan pronto como intento pensar en una cosa u otra, me aseguro de comprobar si la he leído o no.

Yo no sé cómo proceden los demás. Probablemente ellos no tengan una necesidad tan grande de pensarse a sí mismos y por eso pueden aprender de memoria con mayor facilidad. Además, me he desarrollado tanto como poeta que mi propia productividad contiene para mí el más rico de los placeres.

Con cuántas ganas no leería y leería. Eso me resultaría una especie de atajo. Y, sin embargo, creo que con paciencia llegaría más lejos — por el largo camino de pensarme a mí mismo.

[328] *Cfr. Pap.* ii a 26.

#

vii [1] a 203 / nb:90

La fe siempre se relaciona con lo que no se ve; está en una relación natural (en oposición a lo sensible) con lo invisible, en una relación espiritual (espiritualmente) con lo improbable.

#

vii [1] a 204 / nb:91

...Wenn die Freiheit in diesem Alles wollen bestünde, dann wäre an keine Pflicht, an kein Recht, an keine Verbindlichkeit zu denken. Ist das die Meinung der Liberalen unserer Tage, dann passt die Definition, dass sie die seien, welche lieber Alles wollen, auf sie während die Servilen doch nur sehr vieles wünschen.

Cfr. Daub, *theologiske Moral. Samtl. Skr.*, vol. 4, p. 197 a la mitad.[329]

#

vii [1] a 205 / nb:92

Uno bien puede comer lechuga antes de que se haya formado el cogollo,[330] pero la fina corteza y los deliciosos pliegues del cogollo son completamente distintos de las hojas. Lo mismo sucede en el mundo del espíritu. El hecho de que un individuo esté muy ocupado hace que rara vez logre formar un corazón; por otra parte, el pensador, el poeta, el hombre religioso que realmente han formado un corazón no son nunca populares, no porque sea difícil serlo, sino porque formar un corazón pertenece a una silenciosa y prolongada ocupación en el trato con uno mismo y también al alejamiento. Incluso cuando yo pudiera levantar la voz y decir algo que todos aprobaran, si se tratara de algo de índole religiosa no lo diría, porque el hecho de gritar fuerte es ya es un tipo de indecencia religiosa, cuando lo religioso consiste precisamente en conversar suavemente con uno mismo. Ay, la cuestión

[329] En alemán, "Si la libertad consistiera en querer todas las cosas, entonces no sería pensable ningún deber, ningún derecho, ninguna responsabilidad. Si ésa es la opinión de los liberales de hoy en día, entonces les ajusta la definición de ser quienes prefieren querer todas las cosas, mientras que los serviles sólo desean bastantes cosas". *Cfr.* Carl Daub (1765-1836), "System der theologischen Moral" *[Sistema de teología moral]*, en *Carl Daub's philosophische und theologische Vorlesungen [Lecciones filosóficas y teológicas de Daub]*, ed. por Marheineke y Dittenberger, Berlín, 1840, vol. iv, pt. 1, p. 197 [askb 472-472g].

[330] *Cfr. La repetición*, *sv* [1] iii, p. 181.

está invertida: en lugar de que la religiosidad consista en que cada singular vaya solo o ingrese a su habitación privada para hablar sólo consigo mismo, se cree que consiste en hablar muy alto.

vii[1] a 206 / nb:93

#

"No teman a quienes sólo pueden matar el cuerpo".[331]

Desde el punto de vista sensible, vale que un hombre pueda caer en manos de otro. Desde el punto de vista espiritual, vale que un hombre sólo puede caer en sus propias manos — nadie puede corromperlo, excepto él mismo.

El mal no corrompe el alma en el mismo sentido en que la enfermedad corrompe el cuerpo, el que finalmente termina cuando muere de esa enfermedad. El alma sigue existiendo. Sobre eso, como se sabe, Sócrates basó una de las pruebas de la inmortalidad del alma.[332]

vii[1] a 207 / nb:94

#

La fe es nuestra victoria sobre el mundo:[333] —"sí, hacemos más que vencer", como dice el Apóstol.[334] En efecto, cuando la lucha en la que ingresa el luchador vale para él por todo lo real, entonces él en realidad lucha, y por más espléndida que sea su victoria, no puede hacer algo más que vencer. Pero cuando la lucha no tiene para él el valor de todo lo real, entonces pelear esa lucha es para él lo más alto, y en ese caso él puede más que vencer, es decir, el *discrimen*[335] de la lucha le resulta algo subordinado, un chiste en relación con una lucha mucho más elevada. Así es la seriedad de la fe, cuya lucha real es con Dios — pero la lucha con el mundo, su tristeza y su alegría, son como un chiste. Por eso la fe es la victoria que vence al mundo, sí, más que vencer; es decir, ella reduce toda esa batalla a algo inferior. El hombre de mundo no conoce nada más alto que la lucha del mundo y por eso no puede nunca hacer algo más que vencer; sólo el creyente puede

[331] Mateo 10:28.

[332] *Cfr.* Platón, *La República*, 10, 610e-611a y 608d-610c; también *sv*[1] x, p. 108 y *sv*[1] xi, p. 134.

[333] *1* Juan 5:4.

[334] *Cfr. sv*[1] ix, pp. 37 y 316.

[335] En latín: "división", "separación", "intervalo", "diferencia", "peligro", "crisis", "momento decisivo".

más que vencer. Si yo considero a mi adversario como mi *ebenbürdige*[336] enemigo, entonces no puedo hacer más que vencer, pero si él es para mí tan poca cosa que la batalla no implica para mí ningún peligro verdadero, entonces yo puedo más que vencer.

#

#

vii [1] a 208 / nb:95

En el mundo de la naturaleza, la imitación es lo que menos vale: la imitación de los diamantes no tiene ningún valor. En el mundo del espíritu sucede lo contrario. Hay una esperanza original, la esperanza de la juventud: ella no es lo más alto, porque lo más alto es la esperanza de la fe. Y todo el mundo esencial del espíritu es precisamente el mundo de la imitación, incluso mucho más magnífico.

#

vii [1] a 209 / nb:96

Lutero dice en algún lugar que cuando se quiere ser cristiano hay que llevar también el traje de la corte (la cruz).

se encuentra citado en mi concordancia
bajo el artículo *Kreuz* § 7.[337]

#

#

vii [1] a 210 / nb:97

El hecho de que uno no quiera ceder ni cambiar en pequeñas cosas está lejos de parecer independencia; más bien parece dependencia. El objeto resulta indiferente; por lo tanto, el cambio también lo es y, por lo tanto, en el fondo la razón por la cual uno no quiere cambiar es que debe resultar muy importante mostrar a los otros o a algún otro que uno no quiere cambiar. Pero precisamente el hecho de que resulte muy importante *demostrar* su independencia, es justo dependencia.

[336] En alemán: "igual".

[337] *Cfr. Gottfried Büchner's biblische Real- und Verbal-Hand-Concordanz oder Exegetisch-homiletisches Lexicon [Concordancia bíblica de tópicos y palabras o Diccionario exegético-homilético de Gottfried Büchner]*, ed. por Heinrich Leonhard Heubner, Halle: Schwetschke, 1840, p. 857 [askb 79]; *cfr.* también *sv* viii , p. 394.

vii [1] a 211 / nb:98

#

Cuando era joven y veía que un hombre era atacado, y a la vez veía que muchos corrían para evitarlo, pensaba (cuando era joven): "¡santos cielos! Debe tratarse de un ataque peligroso". Después me hice un poco más viejo, y cuando ahora veo que un hombre es atacado y a la vez veo que muchos corren para evitarlo, entonces pienso: "ah, el ataque no debe ser peligroso porque hay muchos para evitarlo". Cuando en mi juventud escuchaba que el hombre atacado decía sobre el ataque: "es una bajeza, una mezquindad", pensaba (en mi juventud) que el hombre apenas soportaba el ataque. Pero cuando escuchaba que el atacado decía del ataque: "no es nada",[338] entonces pensaba (en mi juventud) que el atacado era capaz de soportarlo con facilidad. Ahora pienso exactamente al revés. Sólo cuando un hombre sabe que está seguro admite la dimensión del ataque, mientras que cuando está más asustado niega el ataque. Cuando está seguro de ser el más fuerte, entonces dice: "es un vil ataque"; cuando se siente débil dice: "no es nada", es decir, lo elude.

vii [1] a 212 / nb:99

#

Es muy cierto que cuando uno se reduce a vivir en ciertos círculos distinguidos vive muy tranquilo, lejos del gentío, etcétera. ¿Pero hay derecho a vivir así? ¿Vivió así Cristo? ¿Ha vivido así algún hombre realmente noble? O acaso no es más que un abominable amor propio no querer reconocer que uno es un hombre como cualquier otro.

vii [1] a 213 / nb:100

#

Todo ese discurso sobre agradecerle a Dios porque uno no anda penando, porque vive días buenos, etcétera, puede, sin embargo, engañar con mucha facilidad. En realidad, ese discurso convierte a Dios en un comerciante que hace diferencia entre sus clientes o no tiene precios fijos, sino que a algunos les vende por detrás productos muy buenos y baratos. Por otro lado, uno se engaña fácilmente a sí mismo viviendo en la fantasía de poseer lo más alto a pesar de haber sido relevado de la carga. Alguien que reza de ese modo claramente no está en completo

[338] *Cfr. Pap.* vii [1] a 98.

acuerdo consigo mismo sobre que lo más alto sea tan bueno que sea lo más alto a cualquier precio.

#

#

vii [1] a 214 / nb:101

Enero 1847

Lo que yo desapruebo de todo ese disparate de la abyección literaria[339] no es, por supuesto, su ataque y provocación (yo mismo lo demandé), ni tampoco el comportamiento de quienes hasta ahora disfrutan de esa bajeza. No, ésa es su mezquindad, por la cual, dado que ellos no comprenden la situación, han querido ser listos y juzgarme por tener un paso apresurado, etcétera.[340]

Sin embargo, se acerca el tiempo en el que todos esos cobardes pensarán que ya no necesitan mentir más. Tan pronto como el peligro acabe, se animarán a decir que yo tenía razón. ¡En qué mezquindad vivimos! Es muy típico el hecho de que justo ahora, cuando Goldschmidt está de viaje[341] y P. L. Møller parece estar cansado, ellos comenzaron a apreciar mi conducta. Y éstos son esos valientes periodistas que, cuando conviene reprender a un pobre policía que se ha sobrepasado, asumen el lenguaje de la audacia: ¡ay de los hipócritas! Éstos son los fieles sostenedores del gobierno, estos audaces periodistas que atacan a los liberales por cualquier insignificancia — ¡cuando no hay ningún peligro! Pero en caso de haber el menor peligro (más o menos como el bombero que en tiempos de paz es el único que se siente en peligro) no insinúan ni una sola palabra.

Pero justo eso hace que quienes debieron haber simpatizado en relación con mi proceder, en el fondo estén en un aprieto conmigo. Quizá les gustaría decir, ahora que el peligro ha pasado, lo que antes no

[339] *Cfr. Pap.* vii [1] a 12.

[340] *Cfr. Pap.* vii [1] b 69 y 72.

[341] Goldschmidt renunció a la redacción y edición de *El Corsario* después de publicar el número 315, el 2 de octubre de 1846. El 7 de octubre tomó el buque de vapor Christian VIII rumbo a Kiel, iniciando así su viaje por Alemania e Italia. Regresó a Copenhague en el otoño de 1847. *Cfr. Corsaren*, núm. 316, 9 de octubre de 1846, p. 12; *Flyve-Posten*, núms. 235 y 238, 9 y 13 de octubre; *Berlingske Tidende*, núm. 234, 8 de octubre; y Goldschmidt, *Livs Erindringer*..., vol. i, pp. 430 y 432.

se animaban a decir. Pero ellos tienen una mala conciencia en relación conmigo, sienten que yo los adivino por completo y hasta casi les da miedo que, dada la oportunidad, yo, con renovada desconsideración y de verdad con buenas razones, les haga pagar esa mezquindad.

#

vii [1] a 215 / nb:102

#

Por eso una convicción se llama una convicción, porque está *por encima* de la prueba.[342] Para una afirmación matemática se da una prueba, pero tal que no puede pensarse ninguna contraprueba. Precisamente por eso no se puede tener una convicción respecto a lo matemático. Pero respecto a cualquier afirmación existencial, toda prueba tiene también algo así como una contraprueba, hay un *pro* y un *contra*. Quien está convencido no es consciente de eso; él sabe muy bien lo que la duda puede tener para decir *contra*. Pero a pesar de eso o, más bien, precisamente por eso, él está convencido, porque con decisión y voluntad se balancea más alto que la dialéctica de las pruebas y está convencido.

#

vii [1] a 216 / nb:103

#

Que Poul Møller haya experimentado toda clase de dudas, a menudo se ve por una pequeña observación completamente casual. En un aforismo[343] él se refiere a esos pastores fanáticos que hablan fogosamente sin notar que toda su religiosidad consiste en una circulación sanguínea potenciada. ¡Ay! ¡Ahí está precisamente el nudo de la cuestión! ¿Cuántos hombres viven de manera tan transparente para saber en realidad lo que cada cosa es? Ellos piensan en categorías completamente diferentes de las que viven; hablan de categorías de la religiosidad y viven en las de la sensualidad, que son categorías del bienestar inmediato.

[342] Juego de palabras en danés entre *overbeviisning* (literalmente, "sobreprueba") y *beviisningen* ("prueba").

[343] *Cfr.* Poul Martin Møller, *Efterladte Skrifter [Escritos póstumos]*, Copenhague, 3 vols., 1843, vol. iii, p. 241 [askb 1574-1576]; y *Pap.* iii a 95.

Al margen de vii¹ a 216: vii¹ a 217

Por eso, cuando parece que alguien que sufre tiene fe, entonces la fe debe mostrarse contemporánea con quien sufre. Pero cuando poco a poco el dolor, la infelicidad, las adversidades se van, es que él entonces comienza una nueva vida más sana y alegre desde el punto de vista mundano — y piensa que eso se debe a la ayuda de la fe, cuando se trata, en realidad, de la ayuda de la vitalidad restaurada de la inmediatez.

#

vii¹ a 218 / nb:104

Esto puede considerarse a la vez como un epigrama y como una prueba de que hoy en día ya no se escriben libros para la eternidad: hasta el papel en que se imprimen es tan frágil que se deshará en el curso de cincuenta años.

#

vii¹ a 219 / nb:105

Imagínate un pintor, un genio de verdad, que vivía en un pueblo, y supongamos, porque de otro modo la imagen no cuadraría con un pequeño país donde los libros son restringidos a los límites del lenguaje — supongamos que se le hubiera prohibido pintar. Él trabajaba con diligencia día y noche y terminó una, no, dos grandes pinturas históricas. Pero, fíjate, a los habitantes no les gustaron; ellos querían que él pintara carteles. Como no quiso, entonces ellos se reunieron para burlarse de él. También había un par de individuos que, en realidad, tenían suficiente agudeza para valorar sus talentos y sus producciones, pero eran envidiosos y por eso se aliaron con los otros. — Fíjate, ésta pronto será la situación de Dinamarca respecto de cualquier talento que no quiera hacer pandilla.

#

vii¹ a 220 / nb:106

Alguna vez tengo que usar este tema

1 Ts. 4,11

"buscar el honor en una vida tranquila"[344]

#

[344] 1 Tesalonicenses 4:11; *cfr. Pap.* vii¹ b 231.

Siempre me atrajo y estuvo en el fondo de mi alma ese deseo de ser alguna vez pastor rural.[345] Me ha atraído tanto como un idílico deseo comparado con una existencia agotadora, y también, desde el punto de vista religioso, como una penitencia que me permitiera encontrar tiempo y tranquilidad para llorar por las ofensas que personalmente pude haber cometido. En aquel momento, yo creía que como autor me estaba convirtiendo en un éxito y por eso pensaba que lo correcto era concluir de ese modo. Sin embargo, estaba bastante claro que *la situación del país era cada vez más confusa*. Respecto a si la situación literaria, social y política necesitaba una persona extraordinaria, la cuestión era si alguien en todo el Reino estaba más a la altura que yo, cosa que me animaría a sostener delante del trono de Dios. En consecuencia, yo renuncié a todo deseo de vivir una buena vida, por lo cual personalmente me juzgué cualificado para soportarlo *todo*. Aquí reside un presupuesto ético. Luego, ingresando a determinado cargo oficial del Estado como profesor de religión, me obligo a ser otro de quien soy. Yo cargo con una culpa que hace que a cada instante tenga que estar preparado para ser atacado desde esa dirección.[346] Si yo fuera clérigo, entonces la confusión sería lamentable porque habría callado algo al ingresar en ese estado. Como autor la situación es distinta. Y no asumo ninguna relación personal con ningún hombre que quiera tomarme como ejemplo a mí o a los antecedentes de mi vida. Soy tan independiente de mi entorno que, cuando Dios quiera, puedo ser arrojado afuera sin la más mínima consecuencia para ningún otro hombre. Éste es el segundo presupuesto ético, que es aún más importante. En lo concerniente a lo intelectual, los talentos, los conocimientos, la edificación espiritual no hay ninguna duda de que estoy absolutamente bien dotado, y sería una gran responsabilidad si rechazara semejante tarea. Porque es muy cierto que parece más humilde retirarme y hacerme pastor, pero si lo hiciera también podría haber en eso algo de vanidad y orgullo, que con orgullo yo rechazara

[345] *Cfr. Pap.* vii [1] a 4.
[346] *Cfr. Pap.* vii [1] a 6.

alguna vanidad y orgullo, que por orgullo rechazara el esplendor. Y, por otro lado, a partir de ahora debo considerar que ser autor es idéntico a estar a merced del desprecio y la burla. Pero seguir ese camino no es algo que depende de mí porque era mi vocación; toda mi constitución estaba dispuesta para eso.

No cabe ninguna duda de que yo, en cuanto autor de estricta autodisciplina moral en un tiempo como el nuestro, sería un gran beneficio. Por supuesto, de eso no se sigue de ninguna manera que yo triunfe; más bien significa que estoy preparado para sucumbir. Las tareas que se me presentarían como pastor rural no constituyen en absoluto algo esencial para mí. Por eso siempre he pensado en limitarme a expresar lo general, cuyo significado ético consistiría en preferir eso antes que el esplendor. Entonces, a partir de ahora, mi carrera como autor realmente no será esplendorosa. Está bastante claro que me he convertido en la víctima. Los aristócratas seguirán callados de manera cobarde y envidiosa, dejándome avanzar y haciéndome luego caer como una víctima delante de la plebe para terminar beneficiándose con el asunto. Esto significa que mi obra, humanamente hablando, no tendrá premio. Pero yo tampoco exijo otra cosa. Que en un instante pueda despertarse la impaciencia de mi alma no demuestra nada, porque a cada buen instante yo estoy dispuesto a sacrificarlo todo y espero que Dios me dé fuerzas para soportarlo todo.

Si yo no adorara el orden establecido *à la* Mynster (y en eso consiste la herejía de Mynster) y, celoso de la moralidad, terminara confundiéndolo con filisteísmo; si yo no quisiera abolir del todo la categoría de lo extraordinario y, de nuevo *à la* Mynster, sólo entendiera que tales personas han existido, las entendiera sólo en retrospectiva, entonces yo mismo no podría rechazar lo que de manera tan clara se me ha encomendado como tarea.

A pesar de que Mynster tiene cierta buena voluntad para conmigo, en su fuero íntimo, quizá aun más de lo que admite, está claro que me considera una persona sospechosa y hasta peligrosa. Por eso quiere tenerme fuera, en el campo.[347] Él incluso considera que las cosas han

[347] Mynster había sugerido a Kierkegaard conseguir un cargo como pastor rural, cosa que Kierkegaard no objetó, aunque por motivos diferentes a los de Mynster. *Cfr. Pap.* vii [1] a 169.

salido bien, pero que de un hombre de carácter hay que temerlo todo, en especial respecto a todo ese sistema de redes en el cual él quiere aprisionar la existencia. Su consejo, por completo consecuente con él, también es, desde su punto de vista, bienintencionado para conmigo en la medida en que no considera de cerca si la constitución íntima de un hombre sufre algún daño al beneficiarse, como él piensa, en el mundo. Mynster siempre ha estado a unas 70 000 brazas[348] y enseñado a esa distancia. Él siempre ha estado sujeto al orden establecido y ahora se ha fusionado completamente con él. Esto es lo magnífico suyo. Yo jamás lo olvidaré, siempre lo honraré, siempre pensaré en mi padre cuando piense en él y no es necesario más. Pero Mynster no me entiende. Tampoco me habría entendido cuando él tenía 36 años de edad;[349] se habría endurecido para no entenderme, para no fallar en la carrera de su vida, y ahora ya no puede entenderme.

Pero Dios es capaz de todo. Humanamente hablando, de ahora en más debería decirse que yo no sólo corro hacia algo incierto, sino que marcho hacia una destrucción segura — confiando en Dios que ésa sea precisamente la victoria. Así entendí la existencia cuando tenía 10 años y de allí la inmensa polémica de mi alma, así la entendí cuando tuve 25 años, así la entiendo ahora que tengo 34 años. Por eso Poul Møller me llamó el hombre más polémico.

vii [1] a 222 / nb:108

#

Sólo cuando produzco me siento bien. Entonces me olvido de todos los disgustos de la vida, de todos los sufrimientos; entonces estoy como en casa, con mis pensamientos y feliz. Si dejo de escribir sólo por un par de días, de inmediato me enfermo, me siento abrumado, fastidioso, con la cabeza pesada y agobiada. Semejante deseo tan abundante, tan inagotable, que hasta ahora he sostenido día tras día durante cinco o seis años y sigue fluyendo igual de rico, ese deseo es, por cierto, también un llamado de Dios. Si toda esa abundancia de pensamientos que todavía hay en mi alma se reprimiera, se convertiría

[348] *Cfr. Pap.* vi b 18.

[349] En 1811, a los 36 años, Mynster fue investido con la capellanía de la iglesia de Nuestra Señora, y en 1812 fue designado docente de psicología pastoral en el Seminario Pastoral. Es posible que Kierkegaard asistiera a ambos nombramientos.

en un tormento, un martirio, y yo, en alguien totalmente inútil. ¿Y por qué debería reprimirse? ¡Porque yo he tenido la idea de martirizarme a mí mismo con la penitencia de obligarme a algo para lo que en el fondo sé, en la verdadera comprensión de mí mismo, que no sirvo! No, Dios no lo permita. Y Dios no lo haría sin un testigo incluso exterior.[350] ¡Qué pesado y deprimente gastar el propio dinero para poder trabajar con mayor diligencia y más esfuerzo que cualquier otro hombre del reino! ¡Qué pesado y deprimente, con todo ese trabajo, terminar perseguido por la cobarde envidia de los aristócratas y los insultos de la multitud! ¡Qué pesado y deprimente que la perspectiva sea ésa: cuanto con mayor esfuerzo trabaje, peor! Pero estaré contento y satisfecho de encontrarme con todo eso si así pudiera ganar mi seguridad interior, porque mi deber no ha de obligarme a un martirio autoelegido ingresando a una posición que yo en cierto sentido podría desear, pero que, con todo, no podría ni cumplir ni darme felicidad. En cambio, ser escritor no es algo autoelegido, sino algo que está en conformidad con toda mi individualidad y sus necesidades más profundas.

Que Dios me dé mucha felicidad y asistencia, y sobre todo un espíritu seguro, un espíritu seguro contra las tentaciones que proceden de mi interior, porque contra el mundo es muy fácil luchar.

Esta vez me sucedió como en su momento con mi compromiso. La diferencia es que, alabado sea Dios, ahora no soy injusto con nadie, no rompo ningún compromiso asumido. Lo similar es que otra vez tengo que ingresar en alta mar, vivir en gracia y en desgracia por completo a la voluntad de Dios. Claro que es más tranquilizador tener una posición estable en la vida, algún cargo; eso no es ni de lejos tan extenuante — pero en nombre de Dios, lo otro es, en virtud de Dios, aún más seguro. Pero para que lo sea, es necesaria la fe a cada instante. Ésa es la diferencia. La mayoría de los hombres vive una vida demasiado segura y por eso conoce tan poco a Dios. Ellos tienen cargos estables, nunca se esfuerzan al máximo, viven plácidamente con sus esposas y sus hijos. Nunca me cansaré de hablar de esta felicidad, pero creo que mi tarea es prescindir de todo eso. ¿Y por qué no estaría permitido, tal como se lee una y otra vez el Nuevo Testamento? Pero la desgracia

[350] *Cfr.* Hechos 14:17.

es que los hombres ignoran por completo lo que es el cristianismo y por eso yo carezco de simpatía, por eso no comprendo en absoluto.

#

vii [1] a 223 / nb:109

#

Ahora tengo que elaborar la idea del perdón de los pecados de manera retórica.[351]

vii [1] a 224 / nb:110

#

El siguiente pasaje fue suprimido del prefacio de *El evangelio de los sufrimientos:*[352]

Éstos son discursos cristianos porque la expresión de la vida por medio de un discurso es, tal como lo entiendo, la forma esencial y esencialmente correspondiente al cristianismo, que es asunto de fe y convicción. El cristianismo es por cierto un hecho, pero precisamente un hecho tal que sólo puede ser creído, de donde se sigue que sólo puede ser pronunciado en un discurso o una predicación. Aquello de lo cual se da testimonio no es la verdad (porque el testimonio se da en la relación de la sabiduría mundana con sus diversos objetos), sino que se testimonia sobre lo que uno *cree* que es verdad.

vii [1] a 225 / nb:111

#

El amor es el cumplimiento de la ley.[353]

a) La ley es el esqueleto, el sistema óseo, lo seco. El amor es la plenitud.
b) El amor no es la falta de cumplimiento de la ley — predilección — sentimentalismo — no, él cumple realmente la ley y más aún.

vii [1] a 226

Al margen de vii [1] a 225:

La ley es un discurso difícil (μογις λαλων)[354] (el endemoniado que estaba mudo), pero el amor habla con claridad.

[351] *Cfr. Pap.* vii [1] a 123.

[352] Se refiere a la segunda parte de los *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*; *cfr. Pap.* vii [1] b 190 y192.

[353] *Cfr.* Romanos 13:10 y *sv* [1] ix, p. 90.

[354] En griego: "difícil de decirse refiere a la curación de Jesús de un sordomudo". *Cfr.* Marcos 7, 31-37; Mateo 9:32-34.

#

vii ¹ a 227 / nb:112

"Nosotros aspiramos a ganar hombres"[355]
Pero delante de Dios nos manifestamos.
En la medida de lo permitido.

#

vii ¹ a 228 / nb:113

Las palabras al centurión de Capernaúm, "Que te suceda tal como has creído",[356] son por cierto palabras consoladoras, felices, pero que a la vez suponen el juicio: "¿tú realmente tienes fe?". Por eso podría decirse de tales palabras lo siguiente:

el juicio y la alegría de que siempre le suceda a un hombre según su fe.

#

vii ¹ a 229 / nb:114

24 Ene.

Alabado sea Dios por todos los ataques de la vulgaridad que me han acontecido. Ahora he tenido bastante tiempo para aprender en mi intimidad y cerciorarme de que era una melancólica idea la de querer vivir afuera en una parroquia rural para hacer penitencia en apartamiento y soledad.[357] Ahora estoy completamente decidido, más que nunca, a quedarme en este lugar. Si la rabia por ser burlado no se hubiese apoderado de mí, entonces me habría perseguido continuamente esa melancólica idea porque cierto tipo de éxito abona precisamente ideas melancólicas. Por ejemplo, si con toda mi disposición a la melancolía yo no hubiese tenido una gran fortuna, nunca habría sido tan melancólico como por momentos he llegado a serlo.

[355] *2* Corintios 5:11; *cfr. sv ¹* ix, p. 347.
[356] Mateo 8:13; *cfr. sv ¹* ix, pp. 358 y s.
[357] *Cfr. Pap.* vii ¹ a 221.

Papeles sueltos
1845 / 1847

Esa tranquila elevación cuando se sale en coche al comienzo del atardecer y se ve una estrella en medio de la oscuridad que cae cada vez más, y uno ve más y más estrellas (porque ellas ya eran visibles, pero la luz las ocultaba) hasta que toda la sociedad estelar se hace visible — y entonces se cuentan las estrellas. vii ¹ a 230 [-]

Situación: vii ¹ a 231
Detrás de mí, el órgano; mi lugar en el banco de la iglesia de El Salvador; en primer plano, una ventana; fuera, un árbol con sus ramas en movimiento y su abanico estival. [-]

En el cementerio[358] vii ¹ a 232
...Y cuando tú salgas temprano por la mañana, cuando el sol despunta vívido entre las ramas, entonces encontrarás todo engalanado. Las pequeñas familias tienen cada una su pequeño terreno, casi iguales de tamaño. Porque si durante la vida suele suceder que una familia tiene que achicarse, en la muerte todas tienen que hacerlo. Durante la vida uno puede expandirse enormemente, pero en la muerte todos deben reducirse. No obstante, alguna pequeña diferencia subsiste, chistoso recuerdo de aquella diferencia que en el mundo fue tan grande. Si vale aquí alguna diferencia, es la de un codo o medio codo de tierra que uno tiene más que el otro. Tener una flor sobre la tumba ya es una gran [-]

[358] *Cfr. Pap.* vii ¹ a 57, vii ¹ b 228 y *sv* ¹ ix, p. 328.

diferencia y tener un árbol al lado es una fortuna. — Ay, así se repite la vida en la muerte. Porque también durante la infancia tener una flor ya era mucho y tener un árbol era algo extraordinario.

Hasta en medio de una seria consideración de la muerte uno se debe reír, no de la igualdad entre todos sino más bien de la pretendida diferencia.

vii ¹ a 233
[-]

Réplica y situación

(se puede usar en una opereta idílica)

Una figura burlesca (una especie de mozo desaliñado no en el peor de los sentidos) se sienta afuera en una posada, junto a una mesa bien servida. *El maestro* del lugar se acerca:

Maestro. Pero ¿de qué parte del mundo has venido y qué haces aquí? <Te sientas y vives como el rico del evangelio>.
Personaje. No lo sabes. Tú eres un maestro y está bien que vengas para que yo pueda acordar algo contigo. Yo estoy afuera en nombre de la sociedad de la templanza.
Maestro. Entonces te muestras precisamente como miembro digno y mantienes tu juramento.
Personaje. Claro que no, yo no soy miembro de una sociedad de la templanza;[359] eso sería un infierno. Tú bien sabes que desde aquellos días de nuestra juventud yo siempre he tenido la piel serpentina de un Satán y entonces la sociedad de la templanza me ha comprado para andar viajando por ahí y ganar partidarios para la sociedad. Y debo elogiar a la sociedad con ese fin. Yo escribo todo a cuenta de cuatro aguardientes por día y dos vasos de ponche por cada día que mantengo edificantes reuniones y una copa extra por cada juramento que yo gano para la sociedad. Contribuyo a la sociedad con mi talento y la sociedad contribuye a mi talento con esas incontables *peticiones*

[359] La Sociedad Danesa de la Templanza fue fundada en Copenhague el 8 de octubre de 1843 en un encuentro inaugurado por el pastor Visby. *Cfr. Pap.* vi b 182; *Fædrelandet*, núms. 1320, 1377 y 1382, 1843; y *sv ¹* v, pp. 31 y ss.

formales de ponche.[360] — Y tú deberías escuchar mi discurso. Sí, en realidad me entusiasma la sociedad; cada vez que hablo siempre pienso en los cuatro aguardientes.
Maestro. Pero ¿para qué te sirve la sociedad?
Personaje. ¿Por qué no? Cuando uno quiere juntar dinero, siempre debe oler la plata.[361] ¿Y qué importa la grasa de la que es alimentada la col? Además, la sociedad todavía tiene un predicador, ese modelo de virtud itinerante. Él viene detrás de mí y convence a todos los que son ganados por mi discurso. Pero yo no actúo así para la sociedad; es mucho sacrificio — ahora vayamos al asunto. Y si tú tienes un vaso de ponche, entonces yo soy el hombre que puedes tratar.

Cuando un rico va en carro durante la noche oscura con los faroles encendidos ve cualquier pequeña cosa mejor que un pobre hombre que anda a oscuras — pero no ve las estrellas porque los faroles de su coche se lo impiden. Del mismo modo sucede con el entendimiento mundano: ve bien de cerca, pero carece de la visión infinita. vii ¹ a 234 [-][363]

Es correcta la afirmación de Protágoras: el hombre es la medida de todas las cosas.[363] Interpretada en sentido griego, se le puede encontrar un paralelo con la ocurrencia de aquel suboficial de la plaza de armas que, cuando la mesera no encontraba la medida y justo sonaba la orden de marchar y no había tiempo que perder, entonces le dijo: "dame toda la botella; tengo la medida en mi boca". vii ¹ a 235 [-]

No olvidemos nunca que no cualquiera que no haya perdido el entendimiento demuestra con eso poseerlo indiscutiblemente. vii ¹ a 236 [-]

[360] *Cfr. Pap.* ii a 707 y Jens Baggesen, "Labyrinten eller Reise giennem Tydskland, Schweitz og Frankerig" [El laberinto o viaje por Alemania, Suiza y Francia] en *Jens Baggesens danske Værke [Obras Danesas de Jens Baggesen]*, ed. por Casper Johannes Boye y los hijos del autor, Copenhague, 12 vols., 1827-1832, vol. viii, p. 203 [askb 1509-1520], donde aparece la expresión "por incontables mandatos formales de ponche de huevo".
[361] *Cfr. sv ¹* ix, p. 306.
[362] *Cfr. sv ¹* viii, p. 388.
[363] Frase mencionada por Platón en el Teeteto, Gredos, Madrid, 1988, 152a; *Pap.* v b 88,4; *Pap.* vi a 18; *sv ¹* iv, p. 205; y *sv ¹* ix, p. 348.

vii ' a 237 #

[-] Que el tiempo (ese uno tras otro, la sucesión) es o puede ser el peor enemigo del hombre es curiosamente expresado en muchos dichos típicos del lenguaje: "matar el tiempo", "vencer el tiempo", o viceversa, que "el tiempo es terriblemente largo".

> Ése podría ser un alegato psicológicamente correcto de algún suicida en el último instante antes de pegarse un tiro: "con este disparo mato el tiempo", "venzo el tiempo".

vii ' a 238 #

[-] Que se le pueda ocurrir a alguno, *qua* idílico poeta,[364] identificarse o ser un hombre de vida animal (ese idilio según el cual los patos, los gansos, las vacas son el prototipo de una vida feliz y perfecta) me resulta inconcebible. El hecho de considerar a los animales de manera puramente humorística es muy placentero; uno puede pasarse días enteros mirándolos. Lo humorístico aumenta cuanto más tontos son los animales, en especial, por ejemplo, los patos, los gansos, los chanchos, las vacas.

vii ' a 239 *El Evangelio sobre el hijo único de Naím.*[365]

[-] Él fue resucitado. Cristo dijo: "levántate".

Pero a la vez está en el Evangelio que la gente dijo: "Dios ha *resucitado* a un gran profeta entre nosotros".

También: "el muerto *resucitó* y por eso un profeta fue *resucitado* entre la gente".

vii ' a 240 Una figura tal como la Sra. Păthau[366] podría servir para un discurso

[-] fúnebre o nupcial de Mynster.

[364] *Cfr.* H. V. Haalunds, "Fabler for Børn" [Fábulas para niños], Copenhague 1845 [askb 1572].

[365] Lucas 7:11-16.

[366] Se refiere a Laura Augusta Conradi-Păthau (nacida en 1820), hija del restaurador Johan Gotfred Conradi-Păthau (muerto en 1847). Según el censo del 1° de febrero de 1845 y el directorio de Copenhague de 1847 (con suplemento) vivía en la esquina de la Nueva Plaza Real y la Callecita del Rey núm. 3. Hasta su muerte fue propietario del restaurant en Kongens Nytorv. *Cfr.* Danmark, iii. Calendario de 1888, p. 160.

Ella era callada, modesta (doméstica); era todo para sus padres,
Y en la muerte fue todo lo que ellos perdieron. <Quien quizá críticamente rechazó lo que se llama excelente de la vida, permaneció, sin embargo, en esa tranquila, oculta, humilde incorruptibilidad>

En el caso de una novia, la colisión se produciría de otro modo.

Si alguna vez escribiera sobre el matrimonio, debería tomar en cuenta a Fischart — vii [1] a 241 [-]

Encontré algo suyo citado en la *Gesch. der komischen Literatur* de Flögel, vol. 3, p. 339 ss.[367]

Cuando un campesino llega al mercado con sus productos limpios y envueltos con cuidado, es repulsivo ver que los primeros que se acercan no son los compradores, quienes por cierto tratarían muy bien la mercadería, sino algunos bribones que tiran y maltratan los productos. Eso mismo les sucede a los autores en relación con los lectores: los primeros que se arrojan sobre ellos son los críticos. — vii [1] a 242 [-]

El Evangelio sobre la moneda del tributo[368] — vii [1] a 243 [-]

Tema:

La imagen de Dios en nosotros
y
la imagen del César en la moneda.

En la epístola del mismo día (Fil. 3) dice: "nuestra ciudadanía pertenece al cielo".[369]

Según la palabra apostólica, un cristiano debe vivir de manera tal que su vida exprese que él realmente sería el más desdichado de todos si no hubiese una inmortalidad. Pero si hemos ganado honores y dinero, — vii [1] a 244 [-][370]

[367] Karl Friedrich Flögel (1729-1788), historiador alemán de literatura. *Cfr. Geschichte der komischen Litteratur* [*Historia de la literatura cómica*], Legnica-Leipzig: David Siegert, 4 vols., 1784-1787, vol. iv, p. 198 [askb 1396-1399]; y *Pap.* ii a 373.
[368] *Cfr.* Mateo 22:15-22.
[369] Filipenses 3:20.
[370] *Cfr. Pap.* vii [1] b 229 y vi a 48.

si nos hemos embarcado en una gran empresa y disfrutado de la vida, entonces no se puede decir que seríamos los más desdichados de todos en caso de que no hubiese una inmortalidad. Pero si hemos renunciado a todo, entonces sí es cierto que seríamos los más desdichados si después de haber renunciado a eso no hubiese nada más.

vii ' a 245
[-]

Una obra de naturaleza muerta

Los dos hermanos

Había una vez dos hermanos. Ellos eran iguales, con la única diferencia de que el paraguas de seda negro de uno de ellos tenía en el mango un botón de madreperla más que el del otro. Los hermanos eran completamente iguales; los paraguas, casi iguales. Si hubiesen perdido sus paraguas, se habrían igualado por completo.

vii ' a 246
[-]

El uno tiene en abundancia; un otro es como si sobreabundara.
Uno tiene en abundancia; un otro sobreabunda.[371]

vii ' a 247
[-]

Conversación[372]

A. ¿Cómo es que tú hablas con ese hombre del cual te distanciaste?
B. Sí, ¿por qué no? Yo hablo con todos, y además con él estoy en familia
A. ¿En razón de qué cosa estás en familia con él?
B. Bueno, no pertenezco a su familia más cercana. La cuestión es muy simple. Tú bien sabes que yo estaba enamorado de Juliane Madsen, con quien rompí.
A. ¡Sí!
B. Bueno, ella ahora está enamorada del hijo de él: ergo, estamos de alguna manera en familia.
A. Satán estaba emparentado con lo diabólico.[373]

[371] *Cfr. sv '* viii , p. 247.
[372] *Cfr. sv '* vi , pp. 55 y s.
[373] *Cfr.* la novela de Thomasine Gyllembourg, *Slægtskab og Djævelskab [Parentesco y diablura]*, en *Noveller, gamle og nye, af Forfatteren til* "En Hverdags-Historie" [Novelas, viejas y nuevas, de la autora de "Una historia de la vida cotidiana"], ed. J. L. Heiberg, 2 vols, Copenhague 1835, vol. 2, p. 83. También *Kjøbenhavns flyvende Post*, 1830, núms. 27 y ss.

B. Sí, yo no cuento para un parentesco más próximo; sin embargo, entre los familiares formamos ángulos adyacentes.

Así como el Evangelio de los lirios[174] contiene una advertencia a los pobres sobre la preocupación por la comida, así también contiene una alusión a ese tipo de preocupaciones que suelen tener los ricos y a la cual se responde: "Nadie puede añadir un codo a su estatura". Esa hipocondría, esa preocupación por que el corazón de uno no late correctamente, por no evacuar, etcétera. vii ¹ a 248 [-]

En un ejemplar del *Postscriptum definitivo* los siguientes subrayados en lápiz y destacados: vii ¹ a 249 [-]

sv vii, S. 90 Lin. 15 ff. en qué sentido la categoría es abreviación de la existencia, sobre si el pensamiento lógico es abstracto ***respecto de la existencia*** *o abstracto sin relación alguna con la existencia*

sv vii, S. 220 Lin. 23 f. se deben usar todos esos dones para evitar precisamente *la relación directa*

sv vii, S. 371 Lin. 33 ff. con la esquina inferior de la hoja doblada: *porque sabe que la tarea no es del individuo hacia la especie, sino que el individuo por medio de la especie (lo general) alcance al individuo*

sv vii, S. 372 Lin. 14 f. La ventaja del discurso religioso *es dificultar el camino*

sv vii, S. 399 Lin. 4 ff. con la esquina superior de la hoja doblada: aunque, por lo demás, me gustaría hacer ese discurso religioso *en la medida en que es el órgano de la visión religiosa de la vida; sin embargo, yo puedo tomar en consideración* ***de pasada*** *a la naturaleza fáctica de nuestro tiempo*

...Jam dudum enim res eo pervenit, ut neminem fere, quisnam sit, num scilicet Christianus, Turca, Judæus vel Ethnicus noscere possis, nisi ex vii ¹ a 250 [-]

[174] *Cfr.* Mateo 6:25-34, *Pap.* vii ¹ a 160 y *sv* ¹ x, pp. 69 y ss., y 248.

corporis externo habitu, et cultu, vel quod hanc aut illam ecclesiam

frequentat, vel denique quod huic aut illi opinioni addictus est, et in verba alicujus magistri jurare solet.

Spinoza, *Præfatio tractatus theologico-politicus*, p. 85.[375]

vii [1] a 251 [-]

Esa concepción desmoralizante de que la ética es cuestión de usos y costumbres, exigencias del tiempo,[376] etcétera, se expresa en la vieja afirmación sofística το δίκαιον το αισχρον ου φυσει αλλα νομω,[377] porque por νομος[378] se entendía aquí el momento de la finitud, los usos y las costumbres adoptados por la ciudad, donde, en una palabra, se vivía la trivial adoración de una mayoría y una opinión, una mayoría no meramente simple, como se dice, sino mezquina. Como cuando se habla en estos tiempos de lo que satisface al público (*Cfr.* Ritter, *Ges. d. alten Ph.*, Tomo i, p. 581).[379]

[375] En latín: "hace tiempo que las cosas han llegado a tal extremo que ya no es posible distinguir quién es quién –si cristiano, turco, judío o pagano– a no ser por el vestido y por el comportamiento exterior, o porque frecuenta esta o aquella iglesia o porque, finalmente, simpatiza con tal o cual opinión y suele jurar en nombre de tal maestro". *Benedicti de Spinoza opera philosophica omnia* [*Obra filosófica completa de Baruch Spinoza*], ed. por A. F. Gfrörer y J. Colerus, Stuttgart: Mezler, 1830 [askb 788].

[376] *Cfr. Pap.*, vii [1] A 50.

[377] En griego: "lo justo y lo vil no son por naturaleza, sino por ley".

[378] En griego: "ley".

[379] *Cfr.* Heinrich Ritter, *Geschichte der Philosophie alter Zeit*; y *Pap.* vi a 18. En el original Kierkegaard escribe mal "alter", pone "alten".

Papeles B
1845 / 1846

Artículos relacionados con *El Corsario*
1845 / 1846

La actividad de un esteta itinerante[380]

vii [1] b 1 [-]

Aunque los verdaderos pregoneros de Año Nuevo extienden cada vez más el tiempo de su actividad, la cual se restringe en estricto sentido al día de Año Nuevo, aun así dicha labor no va más allá de los ocho días.[381] Es un asunto muy distinto en el caso de nuestro enérgico y emprendedor literato, el señor P. L. Møller,[382] en su papel de pregonero de Año Nuevo. Con gran anticipación, va deambulando de un lado para otro, expresando sus buenos deseos y recogiendo generosas donaciones para su brillante regalo de Año Nuevo (*Gæa*[383]); en efecto,

[380] Borrador del artículo "La actividad de un esteta itinerante y la manera en la que, a pesar de todo, pagó por la cena", publicado en el núm. 2078 de *Fædrelandet*, 27 de diciembre de 1845. Ese mes, P. L. Møller había publicado el anuario *Gæa*, que incluyó la pieza "Una visita en Søro", en la que Møller comentaba algunas obras de Kierkegaard, en especial *Etapas en el camino de la vida*. El filósofo, bajo el seudónimo Frater Taciturnus, escribió su artículo como respuesta al de Møller; al final del texto estableció de forma directa el vínculo entre Møller y *El Corsario*, lo que daría inicio a la famosa polémica entre Kierkegaard y la publicación satírica.

[381] Estos pregoneros, *Nytaarsgratulanter*, literalmente "felicitadores" de Año Nuevo, eran empleados civiles que recorrían sus respectivos distritos deseándoles un feliz Año Nuevo a los ciudadanos, por lo cual recibían un sueldo y algunas propinas. Por ello, era natural que desearan extender el plazo de su labor.

[382] Peder Ludvig Møller (1814-1865), escritor y crítico danés. Entre 1845 y 1847 editó el anuario estético titulado *Gæa* y fue un colaborador asiduo de *El Corsario*, la famosa publicación satírica.

[383] Cfr., *supra*, n. 381.

incluso viaja a lo largo del país. Si no obtiene nada, o sólo muy poco, o si, por lo demás, a su regalo de Año Nuevo le falta sustancia, ese contenido lo obtiene de las conversaciones sostenidas en sus viajes por el país. En el fondo, se trata de una forma muy económica de viajar que jamás se me había ocurrido —yo que siempre pensé que viajar era demasiado costoso—, y que tal vez nunca se les ocurriría a muchos otros además del señor P. L. Møller, y es que, Dios mío, no cabe duda de que uno también puede exagerar con la cuestión del ahorro. Uno viaja a Søro,[384] como en esta ocasión lo ha hecho el señor P. L. M. (según la edición de *Gæa* de 1846); uno visita al profesor Hauch[385] y es recibido por este insigne poeta con hospitalidad danesa; uno le echa mano a los platos y, mientras que por lo regular una persona mezquina se embolsa algo de comida –un trozo de asado en el bolsillo, algo de pastel en el sombrero–, el señor P. L. M. es a tal punto voraz que se lleva consigo la conversación completa, la hace imprimir y cobra por ella, y de hecho la cobra muy bien, pues a uno la cena no le ha costado nada, ha sido pura ganancia. Si Trop[386] hubiera tenido noticia de esta forma de viajar, sin duda no habría sufrido tanto por las carencias. Ningún vendedor itinerante es capaz de hacer un viaje tan lucrativo, pues sólo puede llevar consigo sus encargos; en efecto, no hay un cobrador de diezmos tan voraz que pueda lograr una mejor ganancia, y el señor P. L. M. tiene la ventaja de que ni una sola palabra se desperdicia: todo aparece en el regalo de Año Nuevo.

Mi obra también se comentó en la conversación que tuvo ahí nuestro esteta itinerante.[387] De este modo, también yo contribuí con mi granito de arena al regalo de Año Nuevo, ofreciéndole la ocasión de parlotear un poco luego de la cena. Que le aproveche; en el fondo, mi contribución es muy irrelevante, ya que todo lo que afirma él no sólo

[384] Søro es una pequeña ciudad al suroeste de Copenhague, famosa en aquel entonces por su Academia, en la cual se reunían varios de los intelectuales más importantes de la Edad de Oro de Dinamarca.

[385] Johannes Carsten Hauch (1790-1872), poeta y zoólogo danés. Hauch fue profesor en la Academia de Søro entre 1827 y 1846.

[386] Trop, un estudiante sexagenario sumido en la miseria, es el personaje principal del vodevil de Johan Ludvig Heiberg *El reseñador y el animal* (1826).

[387] De acuerdo con "Una visita en Søro", se habló de varios de los libros seudónimos de Kierkegaard, en particular de *Etapas en el camino de la vida*, publicado el 30 de abril de 1845.

resulta confuso", sino que además está plagado de falsedades fácticas con relación a las cuestiones más decisivas; en realidad, no podría afirmar que es de mi libro del que habla de no ser porque menciona su nombre, algo que con satisfacción me recuerda su profético lema: "*solche Wercke sind Spiegel, wenn ein Affe hineinguckt, kann kein Apostel heraussehen*" (Lichtenberg).[388] Si algo hay de desagradable en el proceder del señor P. L. Møller es más bien la ofensa en contra de un poeta como el profesor Hauch y su vida privada. El hecho de que la escena tenga lugar en la casa del señor profesor Hauch y el que éste participe en la conversación es algo que, desde luego, le proporciona un cierto interés. Sin embargo, resulta algo impertinente el recibir un pago de esta forma por –sí, ¿por qué?– haber sido recibido con hospitalidad. Por fortuna, no aparece ahí una sola palabra del señor profesor respecto a mi obra, algo que me alegra tanto por mí como por el profesor. Una palabra suya, favorable o desfavorable, tiene siempre su importancia y no merece desacreditarse ni ponerse en duda por culpa de la ambigüedad, de forma que uno sea incapaz de saber qué es qué, porque el señor profesor bien pudo haber dicho algo, pero no en *Gæa*, y P. L. Møller pudo haber dicho algo y, sin embargo, no haberlo dicho, ya que en *Gæa* lo único que dice es que el señor profesor Hauch dijo algo en su sala de estar.

Ahora, en cambio, todo está en orden; yo, desde luego, no he tenido nada que objetar, ni a que el señor P. L. M. haya dicho algo –porque eso, después de todo, lo sabrá mejor él mismo–, ni a que esas palabras sean un reflejo de su verdadera opinión, la cual no me inspira la más mínima curiosidad. Si decimos que la verdadera opinión del señor P. L. M. era sobre un esfuerzo orientado a la doble dialéctica de la religiosidad en el punto límite de una crisis de transición, tal defensa siempre me parecerá satisfactoria. Una retractación de dicha opinión no significaría tanto para mí como la solemne aseveración de que su opinión es, en realidad, sumamente desfavorable.

[388] En alemán: "Una obra de esta clase es como un espejo: si un simio lo mira embobado, no hay forma de que un apóstol le devuelva la mirada". Es el lema, perteneciente a Georg Christoph Lichtenberg (1742-1799), científico y filósofo alemán, colocado al comienzo de la primera parte, "In vino veritas", de *Etapas en el camino de la vida*.

La conversación relacionada con mi obra se llevó a cabo entre el señor P. L. M. y, cosa extraña, "un hombre sensato". A decir verdad, no puede hablarse de una conversación, sino más bien de dos discursos. Uno casi se siente tentado a creer que el señor P. L. M. se había preparado para pronunciar tal discurso, pues en una conversación resulta un poco rígido hablar por tres páginas de corrido. Bajo este supuesto, su viaje ha de considerarse como menos lucrativo. Quizá él mismo juzga como un sacrificio el haber viajado a Søro y el haber competido con "un hombre sensato" en casa del señor profesor Hauch, después de la cena, en torno a alguna cuestión importante de carácter estético [*Tachado con lápiz*: tal vez piensa que es un pago el haber tenido el cuidado de "leer en la mesa [*læse fra Bordet*]"[389] (pues el banquete concluye precisamente con estos dos discursos), algo que, por cierto, se acostumbra en algunas partes de Jutlandia: que los vendedores ambulantes, los obreros, etcétera, coman a cambio de leer en la mesa]**. Pero siempre hay una ganancia. Imaginemos que un personaje de lo más insignificante tuviera el honor de hablar con el zar de Rusia.[390] Dios sabe que no diría más que tonterías, pero aun así tendría un cierto interés por haber hablado en una audiencia en el palacio del zar. Lo mismo sucede aquí con el discurso del señor P. L. M. El interés proviene única y exclusivamente de la casa del profesor Hauch, del hecho de que ha tenido lugar en la sala de este hombre. Si el señor P. L. M. hubiera dirigido el mismo discurso a un cochero en un carruaje, es evidente que no tendría el mismo interés. Éste reside en la contradicción entre el discurso y el lugar, en el hecho de que se lleve a cabo en un sitio tan inapropiado; frente al cochero carecería de cualquier interés, pues se daría en un lugar adecuado.

El discurso contiene la verdadera opinión del señor P. L. Møller, ni más ni menos. De forma curiosa, el hombre sensato también concluye su discurso con las siguientes palabras: "Al menos, esto es lo que a mí me parece", lo que resulta muy extraño viniendo de la boca de "un

[389] Nos encontramos aquí con un juego de palabras intraducible. La antigua expresión danesa *Læse fra Bordet*, literalmente "leer desde la mesa" o "leer en la mesa", se refiere al acto de dar las gracias o de pronunciar una oración de gratitud después de una comida. En este pasaje, cuando Kierkegaard dice que Møller tuvo el cuidado de "leer en la mesa" se refiere, desde luego, a que leyó el discurso que tenía preparado.

[390] En aquel tiempo el zar de Rusia era Nicolás I.

hombre sensato". Dicho de otro modo, no es extraño cuando, por ejemplo, el señor Petersen,[391] que es un hombre sensato, dice algo por el estilo, pero cuando no se es más que "un hombre sensato" puramente *abstracto*, un hombre sensato entre comillas, entonces difícilmente cuadra "*a mí* me parece", ya que esta fórmula parece suponer la validez del carácter accidental de lo *individual*.

El asunto, por lo tanto, es completamente irrelevante, y tan sólo resulta desagradable en lo que toca al profesor Hauch; con todo, esto tiene además para mí un aspecto casi ventajoso que destacaré a continuación. Cuando un experimentador [*Experimentator*] a[392] (el que, por lo demás y gracias a Dios, se encuentra muy bien, y sólo aquél que de forma irreflexiva lo confunde con el Quidam del experimento, lo que sería como confundir al doctor con el paciente, a Jean Paul con Schmelze,[393] a Cervantes con el licenciado,[394] sólo alguien así podría pensar otra cosa; y sólo aquél que de manera descuidada hojea un texto podría pensar que la Quædam[395] del experimento no se encuentra bien, ya que el objetivo de todo el experimento consiste precisamente en salvarla) vive en una época en la que todos han dudado

[391] Se trata de un personaje imaginario.

[392] El experimentador es Frater Taciturnus, el seudónimo detrás del experimento psicológico titulado "¿Culpable? – ¿No culpable?" en *Etapas en el camino de la vida*, en el cual inventa a Quidam, personaje que está al borde de la locura aunque su orientación es hacia lo religioso.

[393] En "Una visita en Søro", el "hombre sensato" señala acerca de Frater Taciturnus, autor de "¿Culpable? – ¿No culpable?": "Se parece al pastor Schmelzle en Jean Paul, quien no se atrevía a moverse de su sitio porque siempre temía dispararse a sí mismo. ¿Acaso esta extraordinaria cobardía puede ser verdadera religiosidad?". *Cfr.* Jean Paul, "Des Feldpredigers Schmelzle Reise nach Flätz", [El viaje del capellán del ejército a Flätz] en *Jean Paul's sämmtliche Werke* [*Obras completas de Jean Paul*], Berlín: G. Reimer, 60 vols., 1826-1828, vol. 1, 1827, p. 33 [askb 1777-1799]. La comparación sería aplicable a Quidam, el objeto del experimento, no a su creador, Frater Taciturnus.

[394] También en "Una visita en Søro", el narrador hace la siguiente comparación respecto al autor de "¿Culpable? – ¿No culpable?": "Se ha vuelto transparente, justo como el licenciado (en la novela de Cervantes), quien pensaba que estaba hecho de vidrio y hacía que lo cubrieran de paja, como si fuera una botella, no vaya a ser que se quebrara. De hecho, la semejanza es más profunda, pues en el caso de nuestro autor la transparencia parece ser el resultado de un envenenamiento". Se alude a la novela ejemplar *El licenciado Vidriera*, de Miguel de Cervantes (1613).

[395] Quædam es la protagonista femenina de "¿Culpable? – ¿No culpable?". Al igual que Quidam, es una figura diseñada por Frater Taciturnus para su experimento psicológico.

sobre todo, en la que se ha superado la duda y se ha perseverado en la reflexión, en la que se ha descubierto la mediación y se ha dejado atrás la religiosidad como algo superado –probablemente haciendo a un lado sus terrores–, entonces el experimentador abre muy bien los ojos y piensa: aquí algo no marcha bien. ¿Y qué es lo que hace? Se conserva sano y fresco, come, bebe, monta a caballo, viaja, es amigo de la broma y la jovialidad, y es que de otro modo no sería apto para realizar experimentos. De forma paralela a todo esto elabora un experimento, parecido al que yo he hecho, en el que estira la reflexión un poquito, sólo un poquito. Así, pues, él desearía saber, desde un punto de vista estrictamente psicológico, si esto ha dado resultado; quisiera tener una declaración de algún lector para ver si no ha sido injusto con los hombres al no creerles que han perseverado en la reflexión, pues, si lo han hecho, entonces el mencionado estiramiento de la reflexión será para ellos pan comido, o eso es lo que él supone. En este punto, el señor P. L. Møller ofrece su propio comentario. No obstante, un experimentador es un hombre sosegado y audaz, y aunque se alegre por la posibilidad de lograr un resultado deseado, se fija en primer lugar en el estado de aquél que con sus comentarios revelará algo, no sea que una indisposición puramente accidental vaya a debilitar la importancia del experimento. He aquí al señor P. L. Møller: en buen estado de salud física, ha viajado en carruaje a Søro y está descansado y revigorizado por el aire campestre. Avancemos. ¿Se encontrará hambriento o demacrado, de suerte que debamos temer algún desmayo? No, pues ha comido bien en casa del profesor Hauch. En efecto, entonces todo está en orden. Pero ¿no será que comió demasiado? No, después de todo, debía estar atento a la conversación para hacerla imprimir y, por consiguiente, en esta ocasión debía importarle, como invitado, no comer demasiado ni sobrecargarse el estómago. En efecto, entonces todo está en orden. Pero ¿qué sucede? La sola idea del libro hace que se sienta desvanecer, que se sienta indispuesto y enfermo. Y no sólo eso, aquí hay una circunstancia que debería refrenarlo: se encuentra en compañía, acaban de comer. Pero no, se indispone. Es un hecho: este hombre no ha perseverado en la reflexión, aunque una vez más pretenda hacerlo.

Si tan sólo el señor P. L. Møller hubiera sido una persona un poquito más relevante y si en realidad se tuviera la certeza de que había

leído el libro, entonces yo habría tomado en cuenta el fenómeno y argumentado a partir de él.

Expreso, por último, un deseo: ojalá que pronto yo aparezca en *El Corsario*. En verdad es difícil para un pobre escritor el que se le destaque de este modo en la literatura danesa como el único en no ser injuriado ahí. En efecto, Victor Eremita incluso ha tenido que soportar un ultraje hasta ahora inaudito: el ser atacado***, no, el ser inmortalizado por *El Corsario*.[396] Pues bien, ¿no sería más deseable que no existiera en absoluto esta ruindad de la literatura; que ninguna obra literaria, prostituyéndose, pretendiera ganar dinero? Pues ¿qué es la belleza de una mujer si está a la venta****? ¿Qué es una pizca de talento cuando está al servicio de una ganancia mala*****? Pero existe. En este caso, es más deseable estar en compañía o en armonía con aquello que uno admira, aunque se desaprueben algunos elementos particulares, que sentarse en el puesto de honor en medio de gente despreciable.

**Al margen*: (un intento muy débil y hasta cierto punto estúpido de parafrasear la dificultad de la misión, algo que el libro mismo ha enfatizado con mucha más fuerza, a fin de convertirla en una objeción al modo de resolver la misión.)

a. Al margen: El experimentador [*Experimentator*] dice: estableceré un último límite a la locura. Él mismo dice que se trata de una desviación, pero que la lleva a cabo para estudiar lo normal en ella. Considera que es una labor sumamente agotadora mantenerse en este punto extremo sin volverse loco, pero estando al borde de ello. Aquí aparece la objeción: esto es prácticamente locura, son las primeras señales de demencia. No obstante, dicha objeción es, de hecho, un reconocimiento, y constituye además la única forma en la que probablemente el señor P. L. M. podría llegar a reconocer una labor de

[396] En el número 269 (14 de noviembre de 1845) de *El Corsario*, se alaba a Victor Eremita, editor seudónimo de *O lo uno o lo otro*, comparándolo con el político liberal Orla Lehmann, con quien Kierkegaard había polemizado en su juventud: "Vayamos un paso más allá y pongamos a un escritor como Victor Eremita por encima del abogado Orla Lehmann (lo cual sin duda es adecuado, pues Lehmann morirá y será olvidado, pero Victor Eremita jamás morirá)". El insulto que significaba ser alabado por *El Corsario* será fue un punto recurrente en la polémica entre Kierkegaard y el periódico.

esta clase... sin ser consciente de ello, sino imaginándose alegremente que la ataca.

**_Al margen_: tal vez lo considera como un pago, algo que habría resultado más claro si hubiera ocurrido un poco más temprano, a saber, que el señor P. L. M. hubiera tenido el cuidado de leer en la mesa reconociendo eso que es una costumbre en algunas partes de Jutlandia, que los vagabundos, etcétera, coman a cambio de leer en la mesa.

***_Al margen_: es un honor.

****_Al margen_: sin un talento de escritor así.

*****_Al margen_: sin la belleza de una prostituta.

vii ¹ b 2 [-] *Añadido a vii ¹ b 1:*

El ataque es un reconocimiento. No niego que esto significa poco, pues se trata del reconocimiento del señor P. L. M., aunque, por otro lado, esto quizá sea algo superlativo para él. Probablemente sólo sería capaz de reconocer una labor dialéctica tan crucial y decisiva como mi experimento si, después de la cena, tuviera la dicha de imaginarse que la está atacando. La ataca después de la cena y, observen, al mismo tiempo la defiende; no niego que se trata de una defensa pobre, pues se trata del señor P. L. M., aunque para él no dejará de ser un punto máximo alarmante el que la cólera de su ataque constituya una defensa.

vii ¹ b 3 [-] *Añadido a vii ¹ b 1:*

Un autor que es consciente de la dificultad y severidad de su misión dialéctica no tiene más remedio que esperar pocos lectores, y también lo quiere así, no afirmándolo con disimulo y coquetería en un prólogo, sino reconociéndolo en su interior, y emplea, en consecuencia, incluso su propio yo, no sólo à la Andersen,[397] sino más bien un poco al estilo socrático, a fin de alejar, con un tono bromista, a la gente. Él se contenta con pocos lectores, ya que se conforma con el hecho de ser un escritor*. La dialéctica existencial, en especial bajo la forma de la doble reflexión, no puede ser comunicada de modo directo. Si me diera

[397] Alusión a Hans Christian Andersen (1805-1875), el famoso cuentista. En *De los papeles de alguien que todavía vive* (1838), Kierkegaard reseñó de forma poco favorable la novela de Andersen *Sólo un músico* (1837). Una de las críticas más importantes era que Andersen transfería de forma muy directa su propia personalidad a la de los personajes, de modo que éstos terminaban siendo un mero reflejo de su autor.

la gana afirmar que toda mi obra es un sinsentido, aquél que fuera mi lector debería ser absolutamente capaz de no dejarse confundir por ello y más bien tendría que reproducir los movimientos dialécticos por sí mismo; tampoco debería dejarse confundir, como tampoco a mí me confundiría, si al mundo entero le diera la gana declarar que es un sinsentido: él debe resolver esta cuestión por sí mismo. Por lo tanto, un escritor de esta clase no puede tener nada en contra de que un convidado parlanchín**, al publicar su discurso, contribuya posiblemente a alejar lectores. Lejos de ello; más bien se trata de algo bueno. En consecuencia, tampoco le he contestado. Aquél cuya cabeza persevera en la tensión dialéctica puede mantenerse imperturbable con facilidad. El genuino lector del experimento descubrirá sin dificultad que lo que he escrito aquí es de otra naturaleza; es algo que, dicho en pocas palabras, puede ser leído por cualquiera. Una interpretación del viaje a Søro de P. L. Møller no es complicada desde un punto de vista dialéctico; tampoco debe dársele tantas vueltas, porque justo ésa es la forma de llegar a un malentendido. Pero aunque encuentro una dicha infinita en las actividades del pensamiento y soy consciente de que tal dicha se debe a que me contento con ella, aun cuando nadie quiera compartirla conmigo, de cualquier modo no renuncio a la familiaridad psicológica con las personas de carne y hueso, alguien como P. L. M., pues él es un verdadero cazafortunas de la literatura***. Y, por lo tanto, me parece que una pequeña interpretación de este tipo podría leerse en un diario. En verdad creí que con esto podía beneficiar a alguien, si bien no pido un agradecimiento por ello, mucho menos en el sentido de que alguien, debido a eso, tenga que leer algo de mi escrito o comprar una copia, pues, como dije en el prólogo, "la entrada a estas representaciones no se adquiere en un solo pago",[398] y lo mismo repito aquí sin resentimiento. En efecto, ¿por qué sentiría enojo quien ha visto satisfecho su deseo de infinitud, quien ha descubierto aquello que lo mantendrá ocupado día y noche aunque Dios quisiera aumentar la duración del día en doce horas? Aquél que se siente cautivado por aquello que lo cautiva de forma eterna, no se sentiría perturbado aunque le faltara muchísimo por obtener, y del mismo

[398] La frase aparece en la "Carta al lector" de Frater Taciturnus en *Etapas en el camino de la vida*.

modo repito las palabras de despedida: satisfecho con lo que se me ha concedido y con la esperanza de que algo superior me acontezca, me siento dichoso con la existencia, me siento dichoso con este pequeño mundo que puedo llamar mío.

*con el divino goce del pensamiento
**que en relación con un texto que en virtud de su carácter dialéctico sólo puede, por esencia, tener pocos lectores, un tipo charlatán cuenta siempre con una ventaja, si es que se le puede llamar ventaja, cuando el asunto se lleva frente al gran público.
***Aunque es molesta, me parece que una pequeña interpretación de este tipo podría ser adecuada para leerse en un diario.

vii [1] b 4 [-] *Añadido con lápiz a vii [1] b 1:*
El viaje a Søro
Mulas, comida y bebida
El cochero en el carruaje

vii [1] b 5 [-] *Añadido con lápiz a vii [1] b 1:*
ubi spiritus ibi ecclesia
ubi P. L. M. *ibi El Corsario*[399]

[399] "Ahí donde está el espíritu, ahí está la Iglesia". Se trata seguramente de una alusión a una frase de san Ireneo en su obra *Contra los herejes*: "Ahí donde está la Iglesia, ahí también está el espíritu de Dios; y ahí donde está la gracia de Dios, ahí están la Iglesia y la gracia toda". De este modo, la segunda frase se traduciría: "Ahí donde está Peder Ludvig Møller, ahí también está *El Corsario*". Con este gesto se sugería de forma poco sutil el vínculo entre Møller y *El Corsario*, lo que en última instancia llevaría al famoso conflicto entre Kierkegaard y dicha publicación satírica.

Añadido a vii[1] b 1: vii[1] b 6 [-]

Hilarius Bogbinder,[400] mi comandante, ha sido elogiado en *El Corsario*.

Frater Taciturnus
Jefe de la tercera parte de
"Etapas en el camino de la vida"

Añadido a vii[1] b 1: vii[1] b 7 [-]

¿Lo ves, mi buen *Corsario*? Si siempre pudieras escribir piezas tan divertidas... pero a quién le importa semejante talento, que hoy es y mañana se marchita,[401] ¿quién puede saberlo? Aunque si cada vez que escribieras estuvieras tan convencido de que era algo merecido, de que era algo justo; si estuvieras tan convencido de que esto representara para ti casi un acto sagrado, en tal caso publicarías poco –pues, gracias a Dios, no existen muchos de esta naturaleza en Dinamarca–, pero jamás harías daño. Porque no lastimas al hombre que se alza orgulloso: lastimas, quizá, a la esposa. No lastimas a quien atacas: lastimas, quizá, a su familia entera, la cual carga con su apellido.

Añadido a vii[1] B1: vii[1] b 8 [-]

Y, en consecuencia, he apartado mis propias obras por un instante. Es innegable que puedo dedicarme mejor a ellas desde la distancia, de modo que, tal vez, me sea posible volverle a ser de utilidad a uno que otro pronunciando una palabra que tal vez haga falta* (y es que las circunstancias pueden complicarse en más de una manera y no es poco común que una persona se enrede en contradicciones consigo misma al mostrarse más fuerte de lo que es), una palabra que, a pesar de todo, nadie está dispuesto a decir.

Lo mismo sucede con *El Corsario*.

[400] Se trata del editor seudónimo de *Etapas en el camino de la vida*. Como se ha señalado antes, fue Victor Eremita, no Hilarius Bogbinder, el objeto de las alabanzas de *El Corsario* (véase la nota 397).
[401] *Cfr.* Mateo 6:30.

¿Te das cuenta, mi buen *Corsario*? Si cada vez pudieras escribir piezas tan divertidas... pero a quién le importa semejante talento, que hoy es y mañana se marchita, igual que la belleza de una mujer. A propósito, ¿por qué el hombre debería tener alguna ventaja sobre la mujer?

Si esto sucediera, entonces *El Corsario* publicaría poco, ya que, gracias a Dios, no hay mucho de esto en Dinamarca. Ocurriría además otra cosa: *El Corsario*, en su estado actual, ya no carecería... de un editor. En tal caso, uno no leería a un judío** que de forma zalamera nos cuenta que es un judío, reprendiendo de este modo a otros judíos por su torpeza y concluyendo, con disimulada solemnidad, con la siguiente aseveración: que los judíos en Dinamarca deben ser cautelosos en su lucha por ganarse el *respeto*.[402] Porque el camino de *El Corsario*, sin importar a dónde conduzca, no conduce a su editor al respeto; después de todo, es bien sabido que un periódico como *El Corsario* lo que gana es... dinero. ¿Acaso Goldschmidt, contento con lo que se ha logrado con el libro que ha tenido el honor de publicar, se atendrá a los actos que le preservan el respeto, incluso cuando todo mundo se lo niega?

*y que la visita en Søro del señor P. L. M. con su ataque de corsario en contra de hombres pacíficos y respetables que, en su honesto anonimato, han acudido a su llamado; en contra de hombres que nada han hecho para tornarse ridículos.
**en *El Corsario*.

vii ¹ b 9 [-]

La dialéctica de lo despreciable

Cuando en el instante urgente de la acción se tienen que adquirir los principios de la manera en que hay que actuar, ya es demasiado tarde:

[402] Alusión a la novela de Goldschmidt, *Un judío*, escrita bajo el seudónimo Adolph Meyer. Goldschmidt, *en En Jøde. Novelle af Adolph Meyer [Un judío. Novela de Adolph Meyer]*, ed. y trad. por Meïr Aron Goldschmidt, Copenhague, 1845 [askb 1547]. Meïr Aron Goldschmidt (1819-1887), editor, periodista y novelista danés de ascendencia judía. Goldschmidt había sido un ferviente admirador de la obra de Kierkegaard, quien reconocía el talento del joven periodista. Sin embargo, Kierkegaard pensaba también que Goldschmidt desperdiciaba su talento literario en su puesto de editor de *El Corsario*. La polémica de *El Corsario* terminaría por romper la relación entre los dos escritores.

así no se consiguen ni los principios ni la acción. Es por tal motivo, de hecho, que el joven se inicia en muchas reflexiones hermosas sobre la vida cuando todavía no tiene necesidad de ellas. Él se ejercita en la manera de utilizar, de forma puramente ideal, muchos consejos para ser audaz y muchos remedios indulgentes* para sufrir, cosas para las cuales no tiene** aún ninguna necesidad. De este modo, el deseo del maestro y de los adultos bienintencionados es que llegue a emplear el consejo de la forma correcta, con la misma serenidad que en aquella hermosa época de la reflexión cuando el joven comprendía con entusiasmo lo sublime.

De forma parecida, ahora también yo pensaré o meditaré acerca de la dialéctica de lo despreciable, y es que, después de todo, soy un joven que se encuentra lejos de haber experimentado algo como el convertirse en objeto de persecución por parte de lo despreciable; yo, que vivo dichoso en casa de mi padre, cautivado por un hermoso recuerdo, sin haber sido ofendido por nadie ni haber sufrido calumnia alguna. Sin embargo, no es nada imposible –como me lo han advertido los adultos– que exista la ruindad en el mundo; no es nada imposible, aunque me estremezca tener que salir a un mundo semejante, que, en algún momento, tal vez dentro de muchos años, me convierta en objeto de muchas calumnias murmurantes, de odiosos e hirientes comentarios o incluso de la clamorosa y cobarde persecución total de lo despreciable, pues esto se lo he escuchado decir a un anciano varón. Esto es sin duda posible, aunque me resulte casi imposible creerlo, lo cual es precisamente la razón por la que el anciano también me dijo: "mi joven amigo, esto es *demasiado* cierto", con lo que sin duda quería expresar que él tampoco deseaba creerlo. Pero señaló que había hombres que tenían que vivir año tras año conscientes de toda la maldad que se decía sobre ellos, de cómo sus personas eran atacadas y sus talentos convertidos en objeto de envidia; y esto, dijo el anciano, era el mal menor, pues aunque fuera algo censurable también era a veces disculpable. No obstante, a veces la ruindad es capaz de elegir de forma directa y *ex professo* a una persona como su presa. Miren: todo esto tengo que considerarlo para que, en la medida de lo posible, en medio de los comentarios malignos y constantes, día tras día y en el curso de los años, en algún momento, en la urgencia del peligro sea capaz de pensar en la dialéctica de lo despreciable con la

misma serenidad con la que ahora lo hago, yo, un joven que, al igual que una muchachita, no tiene conocimiento alguno del mundo real.

Si alguien dice: "es vergonzoso que tenga que dejarme injuriar por una persona despreciable", y esto lo dice con enojo, quizá él mismo piensa que sus palabras son muy razonables y muchos de quienes lo oyen tal vez estarían de acuerdo con él. No obstante, lo que dice es en realidad una tautología y equivale, de hecho, a nada. Porque ser injuriado por alguien despreciable no tiene nada de vergonzoso. Para el injuriado esto no representa ninguna vergüenza; por otro lado, el que injuria, en su carácter despreciable, no tiene vergüenza. En consecuencia, no puede afirmarse por su parte que sea vergonzoso, pues sólo sería una manifestación más que confirma su carácter despreciable. En cambio, sí sería algo vergonzoso si se tratara de un hombre respetable; escucharíamos algo así: "Es vergonzoso que un hombre honrado como éste quiera injuriarme de este modo, ya que soy inocente. Es vergonzoso para mí, pues justo se trata de un hombre que en general es honrado, y es vergonzoso para él, pues justo se trata de un hombre que en general es honrado". Había muchos que estaban afligidos por la muerte de Sócrates, pero Jantipa gritó de forma clamorosa: "¡Que un inocente deba sufrir de este modo!". Sócrates le respondió: "¿Entonces preferirías que fuera culpable?".[403] Lo mismo sucede con la cuestión de ser injuriado por alguien despreciable o por alguien que en general es honrado.

De esta manera, si la ruindad no puede ofender por medio de la injuria, ¿entonces no puede ofender en absoluto? No puede, a menos que exista algo opuesto a la injuria; pero si algo así existe, entonces podría, de forma completamente congruente, ofender mediante eso. ¿Qué es eso opuesto? Es elogiar, alabar, admirar.

Por lo tanto, si un hombre dijera: "Es vergonzoso tener que dejarme elogiar por una persona despreciable", y esto lo dijera con serenidad, entonces tal vez muchos pensarían que se trata de una afirmación extraña. Quizá también lo parecería si me imaginara tal situación en medio de la confusión y el ajetreo de la realidad. Ahora

[403] Jantipa fue esposa de Sócrates. *Cfr. Diogen Laërtses filosofiske Historie* [*Historia filosófica de Diógenes Laercio*], trad. de Børge Riisbrigh, Copenhague: Schubothe, 2 vols., 1812, vol. i, p. 72 [askb 1110-1111].

bien, la cuestión de si seré capaz de pensar y decir lo mismo que digo ahora en el caso de que algo así me llegara a ocurrir en realidad (y a menudo he escuchado decir a los adultos que la realidad lo transforma a uno mucho, que esto se ve muy fácil para el joven en sus reflexiones o para la muchachita en su entusiasmo, pero que la realidad no es así de sencilla), ése es el único asunto del que puedo hablar de forma congruente, y me convenceré a mí mismo una vez más reflexionando sobre el tema en una situación imaginaria. De lo que estoy seguro es que voy a convencer a todos de ello con una convicción tan grande como la mía cuando no haya nada*** que perturbe el movimiento dialéctico.

*_Al margen_: contra las crisis espirituales de la vida.
**_Al margen_: en realidad.
***_Al margen_: ninguna realidad.

La dialéctica de lo despreciable, un remedio casero para uso interno como una cura suave. vii [1] b 10 [-]

...a pesar de que esto sólo lo hago –de una forma puramente dialéctica– por el pensamiento y por un futuro posible.

Continuación de vii [1] b 10: vii [1] b 11 [-]
Imaginemos una ciudad en la que se acostumbraba que las prostitutas injuriaran una vez por semana a las jovencitas decentes. Pero había una jovencita que nunca había sido insultada; por el contrario, era aplaudida y elogiada. Así, la jovencita, como suelen hacer las jovencitas, se arroja llorando al cuello de su madre y le dice: "Oh, madre, ¿por qué no me insultan? Mis amigas me miran con suspicacia debido a que soy objeto de elogios". Pero entonces la madre, como suelen hacer las madres, la amonesta con paciencia y le dice: "Querida niña, nuestros deseos no siempre se cumplen; es frecuente que los buenos no sean apreciados en el mundo, como a ti te sucede ahora en la ciudad en la que vivimos al no ser insultada por esas mujeres". Pero, al final, la madre, como suelen hacer las madres, escucha el deseo de la jovencita y se dirige a las prostitutas para que su hija también pudiera ser insultada, ya que en el mundo normal no es* algo bueno ser objeto de insultos, y en esta ciudad tampoco era algo bueno recibir insultos

por parte de cualquiera. Oh, no, en los sitios donde las matronas respetables censuran la conducta de las jovencitas, ahí no era nada bueno recibir reprimendas; ¿cómo iban a degradarse de ese modo las respetables matronas? No, es terrible la sola idea de convertirse en el objeto de la más mínima censura. Sin embargo, de las prostitutas era deseable recibir insultos. En cambio, resultaría incongruente por parte de las prostitutas el que se enfadaran con la jovencita, ya que deberían comprender que fueron ellas las que invirtieron la situación y que la jovencita, lejos de creerse con la autoridad para derrocarlas, más bien buscaba acomodarse en el orden establecido de las cosas con relación a este asunto en la mencionada ciudad, en la que, como se dijo, por lo regular no era algo honroso recibir insultos o sencillamente ganarse reprimendas, pero sin duda lo era en esta situación entre las prostitutas y la jovencita.

Lo mismo ocurre con esto. Pero ¿no será posible que en realidad esto tenga otro aspecto para la reflexión serena de un joven que no conoce el mundo y cuya mente no ha sido perturbada por ninguna ofensa o ultraje? No, es imposible. Pero ¿no podría haber ahí algo engañoso? Sí, eso sin duda es posible.

Por ejemplo, si lo despreciable tuviera talento. Muchas veces le he escuchado al anciano decir que sería inconcebible** que un talento sustancial pudiera hundirse tan bajo como para ponerse al servicio de lo despreciable; sería inconcebible también porque lo despreciable tendría que vivir en una ilusión desproporcionada que sólo la ira, la impotencia y un entendimiento ofuscado podrían sostener: la ilusión de que su ataque es, en realidad, un insulto. Lo despreciable tendría que querer ser ultrajante y, al mismo tiempo, ser lo bastante estúpido para creer que esto es un insulto. Se trata de una extraña especie de locura, distinta a la del demente que en silencio se imagina que es el emperador Napoleón, y es que la locura de lo despreciable es doble: él piensa, además, que todo mundo está de acuerdo con su ilusión. Pero supongamos que se trata del talento más grande posible en lo referente a ponerse al servicio de lo despreciable. ¿Qué sucede entonces? ¿Cambiaría esto la dialéctica de lo despreciable? De ningún modo; no haría más que hacer de esta ruindad algo incluso más detestable. Pues bien, la honorabilidad no puede darle talento a una persona, pero la ruindad puede y debe hacerle a uno olvidar que la persona ruin posee

talento, pues la ruindad se relaciona con lo esencial, mientras que el talento lo hace con lo accidental. La castidad, sin duda, no puede hacer que una jovencita sea hermosa, pero la belleza es incapaz de hacer que la prostituta sea hermosa, justo porque ésta no es hermosa de forma esencial, mientras que la jovencita casta no es bella sólo de modo accidental. Y mientras que aquellos que estiman a la jovencita dicen: "es casi un pecado que no sea hermosa"***, de la misma manera podría decirse sobre la otra mujer: "ojalá que no fuera hermosa".

¿Qué sucedería si lo despreciable tuviera dinero? Esto es algo que, según las palabras del anciano, ocurre con frecuencia. ¿Qué pasa entonces? ¿Acaso la riqueza y los ropajes finos y los grandes banquetes pueden trastornar la dialéctica de lo despreciable? De ningún modo; lo único que logran es acentuarla de forma más intensa, ya que en la pobreza lo despreciable se oculta detrás de una máscara, por así decirlo, y tiene la protección de una excusa, pero en la riqueza se encuentra completamente desnudo****.

¿Qué sucedería si lo despreciable inspirara temor y tuviera poder? Pues bien, el anciano ha dicho que nunca se ha llegado a tanto en el mundo. Sin embargo, yo puedo imaginármelo sin preocuparme lo más mínimo de alguna situación real que me impida pensar esto con cabalidad; yo puedo imaginar un caso extremo, aunque me alegra el hecho de que algo así nunca ocurrirá. Entonces, ¿dicho poder transformaría de alguna manera, aunque sea mínima, la dialéctica de lo despreciable? De ningún modo, pues cuando sufre opresión y es perseguido lo despreciable, casi podría decirse que puede defenderse, pero cuando tiene poder carece totalmente de excusas*****.

Esto es lo que he pensado sobre el tema. Conozco bien las palabras del anciano: que cuando un joven, alejado de la realidad de la vida, se pone a pensar cosas semejantes, todo parece muy fácil, pero ocurre algo completamente distinto en la confusión de la vida, cuando las pasiones se agitan. Por eso es bueno que me ponga a pensar en estas cosas cuando estoy a tiempo, antes de ser puesto a prueba padeciendo una experiencia así****** año tras año, o antes de que la revuelta de lo despreciable lo haga completamente necesario, pues entonces difícilmente tendré la tranquilidad que ahora tengo en mi desconocimiento del mundo; difícilmente tendré la tranquilidad para ponerme a reflexionar de esta manera y plasmar mis pensamientos.

No, entonces tendré que ponerme a leer lo que he escrito. ¡Ay!, una tristeza inunda mi alma cuando pienso que, en algún momento, tal vez dentro de muchos años, sacaré este trozo de papel y leeré algo que en ese momento no sólo sea incapaz de escribir, sino incluso de comprender. Pero apartemos esta triste preocupación por el futuro lejano; todavía soy un joven que vive dichoso en la paz del hogar paterno, feliz de nunca haber sido injuriado por nadie... que yo sepa.

Pero ¿si esto pasara? ¿Me reiría también de las bromas mediocres de lo despreciable? No, tal honor sólo se le concede al ingenio puro, inocente y fundamental, aunque esté dirigido en contra de uno. ¿Sería más consciente de ello, en un sentido esencial, si fuera cómplice? No. Pienso aquí en el principio socrático: ¿qué importa que la gente te calumnie en tu ausencia? Por cierto, son bienvenidos a venir a golpearme... en mi ausencia.[404] Respecto al asunto de ser objeto de roces, aprenderé mi lección de Holberg: para el hombre sensato siempre hay una salida, un camino de sabiduría que ignora el bufón obstinado que se queda inmóvil: quitarse de en medio.[405] Y para hablar de cosas que son peores que un bufón, sé bien que no hay nadie que esté tan convencido de su puesto en la acera como la prostituta; ella disfruta tal reconocimiento. Si yo fuera elogiado como aquella jovencita en la mencionada ciudad, ¿lo toleraría? No, juzgaría como una traición a todas las personas decentes que han sido víctimas de injurias el que alguien que respete el honor del bien tolerase semejante confusión.

Sí, es fácil para un joven mantener la serenidad mental, pues él no conoce el mundo. Por este mismo motivo él se inicia en muchas reflexiones hermosas y en muchos consejos instructivos. Lo mismo he hecho yo ahora. ¡Oh! ¡Todo me resulta tan claro! Ahora le pondré fecha a este documento, 7 de enero de 1846, para que, en algún momento, dentro de muchos años, cuando llegue mi turno de que se hable mal de mí*******, de que se me acuse de cualquier cosa, o incluso

[404] Søren Kierkegaard, *Postscriptum no científico y definitivo a las Migajas filosóficas*, trad. de F. Nassim Bravo Jordán, México: Universidad Iberoamericana, 2008, p. 554, nota.
[405] Ludvig Holberg (1648-1754), comediógrafo danés. Según una conocida anécdota, un día, mientras paseaba en las calles de Copenhague, Holberg se encontró con un oficial y un dandi que exclamaron: "No nos haremos a un lado por un bufón", a lo que Holberg respondió: "Entonces, yo me haré a un lado por dos bufones".

de que la clamorosa ruindad quiera acabar conmigo, entonces pueda recordar esto.

Un joven

Este manuscrito lo encontré ayer en la calle; tal vez le pueda interesar a alguien leerlo. Si en algún momento sucede que el joven, ya en una edad más madura, se ve obligado a aplicar la dialéctica de lo despreciable al servicio de la realidad, ojalá que pueda utilizarla. En tal caso, de hecho, será irrelevante si no es capaz de hacerlo –algo que él consideraba muy difícil– con la tranquilidad mental y con la hermosa e imperturbable reflexión sobre lo dialéctico de la juventud; si no es capaz de meditarlo como Arquímedes, perdido en sus ponderaciones dialécticas, pero no como él, perdido en sus ponderaciones dialécticas en medio de un peligro mortal, rumiando en silencio, concentrándose en lo dialéctico.[406] El joven no puede hacer esto último, no puede quedarse en la caldera en la que el calderero martillea, no puede perderse en silencio en ponderaciones dialécticas.

**Al margen*: en términos generales,
***Al margen*: y algo que nunca se ve en la realidad.
****Al margen*: esta encantadora jovencita.
*****Al margen*: y justo como Platón detectó el orgullo en los andrajos de Diógenes, del mismo modo la ruindad se observa mejor en un entorno de riqueza.[407]
******Al margen*: Y así como Tácito descubrió el despreciable servilismo en el alma del rey judío Agripa debido a que ejercía un poder tiránico,

[406] Se trata de Arquímedes de Siracusa (287-212 a. C.), famoso matemático griego. Cuando los romanos, al mando de Marcelo, tomaron Siracusa durante la segunda Guerra Púnica, un soldado se encontró a Arquímedes reflexionando sobre un problema matemático. El soldado le ordenó que se reportara con el general Marcelo, pero Arquímedes le respondió que lo haría en cuanto terminara de resolver su problema. El soldado, enfurecido, lo mató.

[407] *Cfr. Diogen Laërtses filosofiske Historie, eller: navnkundige Filosofers, Levnet, Meninger og sindriger Udsagn, i ti Bøger [Historia de la filosofía de Diógenes Laercio, o la vida, opiniones y sabios dichos en 10 vlúmenes,]*, trad. B. Riisbrigh, ed. B. Thorlacius, 2 vols, Copenhague 1812 [askb 1110-1111], vol. i, pp. 233 y 240-241.

del mismo modo lo despreciable siempre se observa mejor cuando tiene poder.[408]

******Al margen*: o incluso recibiendo un ataque

*******Al margen*: año tras año

vii [1] b 12 [-] El grave resultado de una operación de la policía literaria

———

Todo ataque de un diario que sólo cuenta con el privilegio de lo despreciable para decir lo que desee y el talento de la ruindad para el dinero; todo ataque de un diario que, como *El Corsario*, se ha topado hasta ahora con la única respuesta adecuada, un silencio de desprecio, sin importar si el afectado es o no el posible talento superior del diario. Ahora bien, que ésta sea la única respuesta adecuada es algo que también debería expresarse en algún momento de forma literaria; sí, en algún momento, para cerrar este asunto a fin de que a nadie que haya leído algo en *El Corsario* se le vaya a ocurrir esperar una respuesta de la otra parte. Puesto que nadie más ha querido encargarse de esto, entonces lo hago yo "con la intención de hacerle a alguien un servicio con esto". No hay expresión más elocuente de lo anterior que el hecho de que la persona que ha sido elogiada e inmortalizada por este diario[409] (que es la única afrenta que lo despreciable puede ocasionar) exija que se le insulte, y esto no puede ratificarse del modo más contundente sino por el hecho de que el diario sencillamente lo hizo, pues la consecuencia de ser despreciado más la aceptación de que ello se hace con justicia equivale, en pocas palabras, a despreciarse a sí mismo.

De esta manera, todo está en orden. No obstante, el que tal vez se encuentra más involucrado en esto se ha alegrado con lo conseguido en la novela que el señor Goldschmidt ha tenido el honor de publicar;[410] el que, a pesar de todo, ha tenido los ojos bien abiertos –haciéndolo de buena voluntad– en cuanto a los aspectos buenos del libro y a los detalles en ocasiones extraordinarios de sus descripciones; el que con simpatía se ha regocijado con el uso saludable que el libro hace de la

[408] *Cfr. Cajus Cornelius Tacitus* [*Gayo Cornelio Tácito*], trad. de Jacob Baden, Copenhague, 3 vols., 1773-1797, vol. iii, p. 474 [askb 1286-1288].

[409] Victor Eremita. Véase la nota 397.

[410] Véase la nota 133.

ilusión; él no puede ver sin tristeza a este mismo Goldschmidt presentarse de forma regular cada semana, para vergüenza suya, como editor de *El Corsario*[*], como el único a quien, en consecuencia, este diario puede volver despreciable al ocultarse de su responsabilidad frente a la ley detrás de una dotación de payasadas y al eludir la polémica literaria por medio de la ruindad de su diario. Y cuanto más me he alegrado con su novela y, en mi dicha, he estado dispuesto a olvidar el detestable y desafortunado desenlace, el cual, sin lugar a dudas, revela una gran inmadurez; cuanto más me he alegrado por la recepción de la novela entre el público lector, el cual una vez más ofrece su testimonio –para honra de la bondad danesa, que de forma transigente olvida todo lo pasado– cuando se trata de algo bueno; y cuanto más me he alegrado –y esto probablemente lo saben varios–, más importante ha sido para mí[**] (después de todo, se me identifica de forma constante con los otros seudónimos) el no admitir en absoluto ningún posible malentendido cuando se trata de una simpatía remota o de una defensa de un diario despreciable, cuyo talento –o ausencia de él– no puede ni debe ser examinado desde un punto de vista estético mientras haya una acusación por parte de lo ético en contra de él. En efecto, es una señal de debilitamiento ético estar dispuesto a reñir acerca de la belleza de una prostituta, es decir, a olvidar de una manera frívola que se trata de una prostituta; es un signo de debilitamiento moral considerar la cuestión sobre los perjuicios y las ventajas de la riqueza en relación con la fortuna de un usurero, es decir, olvidar de forma mundana que la usura es lo que tienen en común. De igual modo, es una señal de debilitamiento moral reconocer o no reconocer un talento al servicio de una ganancia mal habida, es decir, olvidar que está al servicio de una ganancia mal habida. No debe haber una polémica ingeniosa o estética en contra de *El Corsario*. En consecuencia, he suavizado diligentemente un capricho que se coló en esto que aquí escribo, con lo que ni siquiera podrá decirse que el artículo del que aquí se habla es mediocre. No importa que eso se diga en la ciudad y cuando el tema aparezca en las conversaciones; en el ámbito de la literatura no habrá ningún juicio estético sobre *El Corsario*.

Así queda esto decidido. Que el elogio establecido de *El Corsario* sea que es despreciable. Que la respuesta oficial, ahora y siempre, sea que no hay respuesta; que ésta sea la explicación definitiva del silencio

durante los seis o siete años de existencia de *El Corsario*, en los cuales ningún escritor danés de valía se ha dignado a responderle, en los que ningún individuo privado agredido de forma mentirosa se ha dignado a ofrecerle una réplica.

*_Al margen_: un diario cuya dialéctica es la siguiente: ser insultado en sus páginas es un honor; ser elogiado en ellas, una afrenta; ser su editor, lo único despreciable.
**_Al margen_: que en muchos sentidos soy un escritor polémico.

vii ¹ b 13 [-] *Añadido a vii ¹ b 12:*
Esto quizá debió haber ocurrido hace mucho tiempo, y muchas personas particulares que no podían expresar su aversión mediante la literatura (algo que en lo privado y con superioridad moral tienen derecho a sentir) tal vez pensaron en silencio que era una deslealtad el que ningún escritor danés le diera la palabra a dicha aversión. El hechizo de la alarma y del pánico crece. El hecho de que nunca nadie responda es algo que se malentiende con facilidad en medio del chismorreo de la ciudad, algo que *El Corsario* plagia y reinterpreta diciendo que nadie se atreve a responder. *El Corsario* se vuelve cada vez más insolente. Sin tener ninguna noción o profundidad para comprender cuál es la diferencia entre París y Copenhague; que lo que aquí puede terminar en una transgresión de lo que es por completo privado y que en nuestra modesta condición tendría que ser algo intolerable, en París tiene su importancia como un ataque envidioso y humorístico, aunque bienintencionado, en contra de los hombres que poseen influencia sobre los asuntos de Europa y que, desde esa posición, no se percatan del ataque; sin tener idea de esto, *El Corsario* ataca a un individuo privado que está ausente y desprevenido. Dado que nuestra condición es demasiado modesta para tener personalidades públicas de importancia, se lucra de la forma más vergonzosa con las personas privadas. Éstas, a su vez, son injuriadas y a continuación se les abandona como objeto de las miradas curiosas, si es que logran captar su atención. En la vida burguesa se juzga a una mujer sólo porque hace el ademán de pedir –o da la apariencia de pedir– una limosna. En la literatura es diferente. Un hombre consigue un abrigo nuevo y un vagabundo literario se percata de ello. "¡Qué atrevimiento!", piensa él, "adquirir un abrigo nuevo y no

darme el antiguo". No se atreve a robarlo para empeñarlo con un usurero, de modo que escribe en *El Corsario* un artículo sobre el abrigo nuevo: pide prestados cinco táleros por el abrigo con el usurero en la oficina de *El Corsario*, donde, por lo demás, no se compra oro viejo, plata o chucherías plateadas, sino basura jocosa y otras cosas por el estilo. En esa oficina, donde el editor, ese diablillo perverso, se sienta con semblante de soberano y es servido por bribones; en esa oficina, es decir, en la entrada del sótano, pues aunque la oficina se encuentra en el primer piso es en la entrada del sótano* donde se compran los trapos viejos... no para hacer papel con ellos, sino para hacer escritos. El vagabundo consigue los cinco táleros por el abrigo. ¡Honorarios! ¡Sí, porque *El Corsario* ofrece honorarios![411] Se pensaría que esto es imposible. El hecho de que pague más que cualquier editor danés es, después de todo, un asunto distinto: una mujer decente puede derrochar dinero, mientras le dure, lo mismo que una mujer de la mala vida. Pero lo cierto es que ofrece honorarios. En este diario hay uno que, reconociéndose como judío, les advierte a lo demás judíos daneses que sean cautelosos al **luchar por ganarse el respeto** en Dinamarca. Así, todo se invierte. *El Corsario* habla una lengua extraña, una jerga modernizada que ningún danés o judío respetable es capaz de comprender. Todo queda invertido, algo que también expresé en la dialéctica del diario y que por sí mismo se hace manifiesto una vez más. Porque *El Corsario* representa, en efecto, una revuelta judía en contra de los cristianos (lo opuesto a una guerra judía) y en contra de los demás judíos que no quieren aceptar la doctrina de *El Corsario* acerca del respeto; con la ayuda de *El Corsario*, un judío –que es paradigma para el resto de los judíos– pretende luchar por ganarse el respeto abriendo un refugio para cualquier vagabundo literario y un basurero para cualquier ingeniosidad violenta y despreciable fruto del apasionamiento. Hasta ahora, es verdad, sólo ha tenido éxito con el dinero. Pero no es que lo mendigue: lo obtiene a la fuerza, eso sí que puede hacerlo. Observa: ahí en la puerta del sótano se encuentra la idea de *El Corsario*, el mismísimo soberano, el que ejerce la violencia, el guardián de la oficina, el hombre del sótano, el príncipe de los vagabundos, el judío prestamista o como uno quiera llamarlo; el desconocido

[411] *El Corsario* pagaba de uno a tres táleros por columna.

que, aunque nadie lo ha visto, todo mundo sabe que en las ocasiones solemnes y decisivas tiene por costumbre permitir, a la manera de un monarca, que se hable en representación de su elevada persona, sólo que quienes lo representan son unos bribones. Observa: él amenaza en su periódico, y amenaza así: "éste y aquél van al periódico, y ése otro sentirá mi terrible cólera". Mira cómo amenaza y grita: "¡Venganza! ¡Venganza!". [*Al margen*: ¡La ruindad exige venganza en contra de los demás! Una vez más todo se invierte**.] Él amenaza, y sólo aquél con quien muestra clemencia es librado del castigo, el cual, por cierto, es considerado en su imaginación como algo terrible por la ira y la impotencia. [*Tachado con tinta*: Cuando un habitante de Copenhague viaja a Odense, lo primero que pregunta es si hay mucho *Resches*[412] en la ciudad, es decir, si será perseguido por los judíos.] Él amenaza, sí, y hace un ejemplo de sus víctimas, ¡y tiene el descaro de proclamar como venganza el recibir insultos en *El Corsario*!

El legítimo soberano de la literatura danesa, el profesor Heiberg,[413] no ha querido hacer nada en contra de esta mala costumbre, no ha querido hacer lo único que puede hacerse en este caso: denunciarlo de una vez por todas. Sin duda, le ha parecido algo por debajo de su dignidad, y lo es, aunque este bandolerismo es comparable a los cazafortunas literarios[414] que él destruyó en su momento. Pero así como es

[412] *Resches* o *Risches* es un hebraísmo en el danés que se refiere al odio a los judíos y al judaísmo. En Dinamarca, como en otras partes de Europa, el antisemitismo era por desgracia un fenómeno común. Un ejemplo de *Risches* fueron los disturbios antisemitas a lo largo del país en 1819 –año en el que, por cierto, nació Goldschmidt–. En este pasaje, Kierkegaard invierte el significado de *Risches* y lo emplea para referirse de forma indirecta a la virulencia de Goldschmidt, un judío, en contra de los ciudadanos privados de Copenhague.

[413] Johan Ludvig Heiberg (1791-1860), poeta, dramaturgo, filósofo y crítico literario danés. Había alcanzado la fama en Dinamarca gracias a sus vodeviles –género que importó de Francia–, lo que le valió el nombramiento como dramaturgo oficial y traductor del Teatro Real de Copenhague. Desde esta posición, Heiberg se convirtió en el árbitro supremo en cuestiones literarias en el mundo de las letras danesas, de manera que, para Kierkegaard, tenía la responsabilidad de denunciar los abusos de *El Corsario*.

[414] La palabra que emplea Kierkegaard es *Stüverfængeri*, la versión germanizada del término propiamente danés, *Styverfængeri*. La forma sustantivada, *Styverfænger*, se refiere a una persona que está dispuesta a hacerlo todo a cambio de una ganancia monetaria –es decir, un cazafortunas–, incluso cuando esa ganancia sea mínima. En el ámbito de la literatura, es el escritor mercenario que malbarata su escritura o que concibe, de forma mediocre, su escritura como un negocio. Kierkegaard utiliza esta

comparable, también es diferente, justo porque ese mismo Goldschmidt, quien ha publicado un buen libro, es un editor, y no es correcto dar pie a la confusión de que *El Corsario* debería beneficiarse de algún modo de algo que al editor del libro le resultaría bastante perjudicial si se tratara de un pueblo menos bondadoso que el danés. Ahora bien, asimismo es posible que uno se preocupe demasiado por su dignidad y, por otro lado, que se acoja en el mundo literario a un caballero de la industria al cual la policía ha intentado en vano encerrar en un calabozo.[415] [*Tachado con tinta*: Inmediatamente después del soberano soy yo el que, guardando una reverente distancia, se encuentra de turno como escritor polémico en prosa.[416]] Aunque esto sin duda me conviene, también me he sentido impulsado a dar este paso porque yo, acostumbrado a las pérdidas económicas en el ejercicio literario,[417] soy el más capaz, no sólo en cuestión de calidad, sino también debido a mi posición de aislamiento (algo que se logra con una relación por completo indirecta y casi polémica con mi posible lector), de soportar cualquier consecuencia que se presente. De hecho, se ha visto antes que un ermitaño era el mejor capacitado para llevar a cabo algo que nadie más podía hacer***. Todo mi empeño dialéctico me aleja cada vez más del gran público. Entiendo bien que alguien piense que esto es extraño y que, justo por simpatía, se enoje conmigo por aislarme en lugar de buscar una ganancia. No hay que precipitarnos con este juicio. Después de todo, no es imposible que sepa bien qué es lo que estoy haciendo. Con este paso, tal vez puedo hacer algo por alguien más;

---

palabra para referirse a Peder Ludvig Møller (*cfr.* vii ¹ b 3) y, desde luego, interpreta su propia actividad literaria como opuesta a la de un *Styverfængeri*.

[415] Goldschmidt podía tener problemas con la autoridad debido a su papel como editor de un periódico incendiario como *El Corsario*, de manera que procuraba mantener un perfil discreto, con lo cual también cuidaba su reputación. Sin embargo, eso no le impedía, como observa Kierkegaard, que acogiera bajo su cuidado a un "mercenario literario" como Peder Ludvig Møller.

[416] Kierkegaard podía presumir con cierta legitimidad que él era, después de Heiberg, el mejor polemista en prosa de Dinamarca. Aunque hoy en día podría argumentarse que Kierkegaard es quizá el mejor prosista en danés de todos los tiempos, en aquella época ese puesto probablemente estaba reservado para figuras como H. C. Andersen, Grundtvig o el mismo Heiberg.

[417] Después de *O lo uno o lo otro*, ninguna obra de Kierkegaard tuvo una buena acogida entre el público lector. Era bien sabido que el propio Kierkegaard tenía que correr con los gastos de edición de sus libros.

con este paso, con el cual no se obtienen honor –como cuando se lucha con héroes– ni el favor de las mujeres –como en un duelo de ingenios–, sino sólo [*Al margen*: (sí, yo he hablado de lo deseable que sería esto si es que *El Corsario* continúa existiendo)] el ser ultrajado ahí****. Con todo, me alegra poder ser de utilidad para alguien más. Y aquél que de forma personal carga quizá con una grave responsabilidad que, en lo personal, tenía bien merecida –aunque en realidad lo hizo *qua* autor–, él tiene la conciencia más pura y más ligera. La única petición de aquél que ha sufrido pérdidas año tras año y cuyo empeño ha crecido día tras día ha sido la de poder ocuparse de sí mismo y permitírsele colocar sus escritos en la literatura danesa. Justo él cuenta, a pesar de todo, con la energía para enfatizar el elemento ético de lo que significa ser un escritor. Y justo aquél que ha sido elogiado en este periódico; que ha tenido la ventaja, aunque también la exigencia, de lidiar con esto, algo que incluso aquellos de más frágil entendimiento pueden constatar, que lo predominante aquí no ha sido la cólera ni la susceptibilidad ni tampoco el carácter enfermizo del autor ofendido, sino la aversión y la indignación de un escritor que ha sido objeto de adulación y que por este medio, para tener una mayor regularidad, expresa en la representación de otros lo que todo mundo ha dicho: que no se le debe responder a *El Corsario*, ya que es una publicación despreciable. De este modo, todo está en orden. Pero no si el desprecio silencioso jamás se decreta mientras que *El Corsario* se vuelve cada vez más insolente; mientras que la policía busca en vano salvaguardar la seguridad pública y con su rigurosidad intenta incluso protegernos de los aspavientos –poco ofensivos, a decir verdad– de un miserable mendigo; mientras que los necios querrían imaginar que es susceptibilidad el expresar una aversión frente al ataque de la desvergüenza literaria en contra de lo privado; mientras que los ayudantes del ayudante del cazafortunas literario diseminan, por interés profesional, el rumor insidioso de que en Copenhague, donde uno se atreve a hablar con libertad acerca del rey, el Estado y la autoridad, nadie se atreve a hablar sobre una molesta insolencia privada que pretende introducir un terrorismo de tal naturaleza que el angustiado individuo privado casi se considera dichoso por no aparecer en *El Corsario* y el desdichado individuo privado observa, no sin cierto estremecimiento, que hay alguien lo

bastante congruente y sereno para buscar la compañía de la gente buena al suplicar que se le insulte en *El Corsario*.

*_Al margen_: con bribones afuera como guardias de honor.
**_[En el texto, rayado con tinta_: o arenga contra nosotros, desdichados ciudadanos de Copenhague. Si el vigilante no puede contenerlo, será preciso instaurar una nueva colecta, y es que se trata del mismísimo diablo en Laxegaden.†[418]]
[_Al margen, rayado con tinta_: † y se arroja sobre el dinero; al menos uno tiene que comprar una suscripción.]
***_Al margen_: de igual forma, también es el que mejor puede –o uno de los que mejor pueden– soportar las consecuencias sin sentirse perturbado, pues lo único que podía perturbarlo era recibir elogios.
****[_En el texto, rayado con lápiz_: insistir en aceptar eso que la sabandija intentará hacer, pues no es razonable esperar que deje de existir.]

Añadido a vii [1] b 12: vii [1] b 14 [-]
Ojalá que ahora ninguna cabeza acelerada quiera tomarse el trabajo de señalar: "¡Pero si esto no es un artículo gracioso!". No. A decir verdad, tampoco tendría por qué hacerlo: eso sería un descaro. ¿Cómo es que lo ético se permite juzgar al pobre empleado que trabaja en la tienda por tomarse la libertad de hacer chistes? Lo ético no es un enemigo de las bromas; por el contrario, cuando hay un buen entendimiento con la parte involucrada, escucha y se alegra con benevolencia por la juventud y la jovialidad de lo estético. Cuando hay un buen entendimiento con la parte involucrada, lo ético estira la cuerda del arco con la fuerza eterna de la verdad, de modo que la flecha de la sátira, desde un punto de vista literario, da mortalmente en el blanco. Pero esto no es así cuando emite su juicio*. Esto he querido expresarlo desde mi actividad general como escritor danés; he querido expresar la aversión de un hombre danés contra todo este bandolerismo. Un danés no tiene por esencia un carácter dialéctico; es alguien apacible y lento para la ira. Sin embargo, cuando se indigna también puede manifestarse de

[418] Tal vez se trata de una alusión al poema *El diablo en Laxegaden* de Peter Conradsen (1826).

forma enfática. ¡Pero nada de bromas! ¿Qué escritor danés querría que se supiera que él era el autor de una broma relacionada con *El Corsario*? ¿Y qué escritor danés no escucharía con orgullo y tranquilidad que lo anterior se interpretaba como que el don del ingenio le había sido negado? En efecto, una jovencita no querrá bailar en la pista de baile a menos que sienta orgullo al constatar que aquellos en la pista interpretan esto como una incapacidad suya para bailar. Y así como con el baile de la jovencita, lo mismo sucede con el verdadero ingenio; éste ama la elevación de la danza y, en consecuencia, baila para la gloria de Dios con la agilidad de un corazón inocente. El ingenio accidental baila de manera despreciable, a cambio de dinero y sobre una pista de baile. Sin embargo, eso que una jovencita no sabe, sí lo sabe cualquier escritor danés por el hecho de ser hombre: que es un defecto y una falla en el ser humano el no poder indignarse, que es una deficiencia inexcusable para un escritor el ser ingenioso en el sitio incorrecto; él sabe que la indignación constituye justamente la serenidad dentro de la pasión, algo que se revela de manera óptima en nuestra época, en la que la búsqueda generalizada y obsesiva de ingeniosidades hace necesario que aquél que renuncia al uso del ingenio deba contar con serenidad.

**Al margen*: desde una perspectiva puramente ética.

vii [1] b 15 [-] *Añadido a vii [1] b 12:*

Posdata

En realidad, no puedo hacer más por mis conciudadanos, los individuos privados, con cuya suerte respecto a los ultrajes recibidos simpatizo en el más alto grado. Ni mi tiempo ni mis circunstancias ni el asunto mismo me permiten continuar escribiendo más artículos.[419] En cuanto a mí, probablemente no he logrado nada con este paso. Debería suponerse que, con tal paso, como suele decirse sobre las instituciones de asistencia pública, he invertido, de una vez por todas, una suma tan considerable en el Instituto de Demolición e Injurias de *El Corsario*

[419] El artículo ya escrito es, por supuesto, "La actividad de un esteta itinerante y la manera en la que, a pesar de todo, pagó por la cena".

que podría atreverme a esperar el ser ultrajado por el resto de mi vida –si es que *El Corsario* dura tanto– o, en su defecto, por muchos años antes de que sea necesario realizar una nueva inversión por... haber sido una vez más elogiado.

Frater Taciturnus

El grave resultado de una operación de la policía literaria

vii [1] b 16
[–][420]

———

———

Todo ataque de un periódico sin privilegios que sólo cuenta con el privilegio de la ruindad para decir lo que desee y el talento de la ruindad para el dinero; todo ataque de un periódico como *El Corsario*, se ha topado hasta ahora con la única respuesta adecuada, un silencio de desprecio, sin importar si el afectado es o no es el posible talento superior del periódico. Ahora bien, que ésta sea la única respuesta adecuada también debe expresarse en algún momento de forma literaria; sí, en algún momento, para cerrar este asunto a fin de que a nadie que haya leído algo en *El Corsario* se le ocurra esperar una respuesta de la otra parte. Puesto que nadie más ha querido encargarse de esto, entonces lo hago yo "con la intención de hacerle a alguien un servicio con esto". No hay expresión más elocuente de lo anterior que el hecho de que la persona que ha sido elogiada e inmortalizada por este periódico[421] (que es la única afrenta que lo despreciable puede ocasionar) exija que se le insulte, y esto no puede ratificarse del modo más contundente sino por el hecho de que el diario sencillamente lo hizo así, pues la consecuencia de ser despreciado más la aceptación de que ello se hace con justicia equivale, en pocas palabras, a despreciarse a sí mismo.

De esta manera, todo está en orden. No obstante, el que tal vez se encuentra más involucrado en esto se ha alegrado con lo conseguido en la novela que el señor Goldschmidt ha tenido el honor de publicar.[422] Aquél que, sin envidia de escritor, ha tenido los ojos bien abiertos en cuanto a los aspectos positivos de la novela, él no puede

[420] *Cfr.* vii [1] b 12.
[421] Victor Eremita. Véase la nota 397.
[422] Véase la nota 133.

ver sin tristeza a este mismo Goldschmidt presentarse de forma regular cada semana, para vergüenza suya, como editor de *El Corsario*, como el único a quien, en consecuencia, este periódico puede volver despreciable al ocultarse de su responsabilidad frente a la ley detrás de una dotación de payasadas y al eludir la polémica literaria por medio de la ruindad de su diario. Y cuanto más me he alegrado con su novela y más he estado dispuesto a olvidar con alegría todas sus deficiencias, a saber, su carencia absoluta de una visión de vida,[423] y tal vez cuanto más es sabido por muchos que me he alegrado por la novela* y viendo a G.[424] ocupar un puesto de honor como editor, más importante ha sido para mí (después de todo, siempre se me identifica con los otros seudónimos) el no admitir en absoluto ningún posible malentendido respecto a una simpatía remota o a una defensa de un periódico despreciable, cuyo talento –o ausencia de él– no puede ni debe ser examinado desde un punto de vista estético mientras haya una acusación por parte de lo ético en su contra. En efecto, es una señal de debilitamiento ético estar dispuesto a reñir acerca de la belleza de una prostituta, es decir, a olvidar de manera frívola que se trata de una prostituta; es un signo de debilitamiento moral considerar la cuestión sobre los perjuicios y las ventajas de la riqueza en relación con la fortuna de un usurero, es decir, olvidar de forma mundana que la usura es lo que tienen en común. De igual modo, es una señal de debilitamiento moral reconocer un talento al servicio de una ganancia mal habida, es decir, olvidar que está al servicio de una ganancia mal habida. No debe haber una polémica ingeniosa o estética en contra de *El Corsario*. En consecuencia, incluso he suavizado con esmero una ingeniosa ocurrencia que se coló en esto que aquí escribo. No, no habrá ninguna valoración estética. Ni siquiera podrá decirse que el artículo del que aquí se habla es mediocre. No importa que eso se diga en la ciudad y cuando el tema surja en las conversaciones; en el ámbito de la literatura no habrá ningún juicio estético sobre *El Corsario*.

Así queda esto decidido. Que el elogio establecido de *El Corsario* sea que es despreciable. Que la respuesta oficial sea, ahora y siempre,

[423] Es la misma crítica que Kierkegaard le hizo a Hans Christian Andersen en *De los papeles de alguien que todavía vive*. Véase la nota 398.
[424] Es decir, Goldschmidt.

que no hay respuesta; que ésta sea la explicación definitiva del silencio durante los seis o siete años de existencia de *El Corsario*, en los cuales ningún escritor danés de valía se ha dignado a responderle, en los que ningún individuo privado agredido de forma mentirosa ha ofrecido una sola palabra de aclaración.

**Al margen*: me he alegrado con la benevolencia propia del danés que con indulgencia lo olvida todo cuando hay algo bueno.

Continuación de vii [1] b 16: viii b 17 [+]

El soberano legítimo de la literatura danesa, el profesor H.,[425] no ha querido dar este paso, de modo que lo haré yo, que soy, después de él –aunque guardando las proporciones–, el escritor polémico de prosa en turno; yo, que he sido, con el respeto que le debo, el más activo por varios años o, para utilizar la expresión de las jovencitas –algo que yo deseaba señalar–, he tenido mi momento. Aunque esto me viene bien, igualmente me he sentido impulsado a dar este paso porque yo, acostumbrado a las pérdidas económicas en la literatura, soy el más capaz, no sólo en cuestión de calidad, sino también debido a mi posición de aislamiento (algo que se logra con una relación por completo indirecta y casi polémica con mi posible lector), de soportar cualquier consecuencia que pudiera seguirse de este paso. Todo mi empeño me aleja cada vez más del gran público. Entiendo bien que alguien piense que esto es extraño y que, justo por simpatía, se enoje conmigo por aislarme en lugar de buscar una ganancia. No hay que precipitarnos con este juicio. Después de todo, es posible que sepa bien qué es lo que estoy haciendo. Con este paso, tal vez puedo hacer algo por alguien más*. Eso me alegraría. Aquél que de forma personal carga tal vez con una grave responsabilidad por algo que, en lo personal, tenía bien merecido –aunque en realidad lo hizo *qua* autor– y ahora sufre por ello, él posee la conciencia más pura y más ligera; la única petición de aquél que ha sufrido pérdidas año tras año y cuyo empeño ha crecido día tras día ha sido la de poder ocuparse de sí mismo y permitírsele colocar sus escritos en la literatura danesa. Precisamente él cuenta,

[425] Es decir, Johan Ludvig Heiberg. *Cfr.* vii [1] b 13.

a pesar de todo, con la energía para enfatizar el elemento ético de lo que significa ser un escritor.

Al margen: con este paso, con el cual no se ganan honores ni laureles, como cuando se lucha contra hombres, ni tampoco el favor de las mujeres, como en un duelo de ingenios, sino tan sólo pestes, de las que hay que hacerse cargo como cuando se lidia con sabandijas.

———————

vii [1] b 18 [-][427]

Continuación de vii [1] b 17:

Ojalá que ahora ninguna cabeza acelerada quiera tomarse el trabajo de señalar: "¡Pero si esta respuesta no es ingeniosa!". No. A decir verdad, tampoco tendría por qué hacerlo: eso sería un descaro. ¿Cómo es que lo ético se permite juzgar al pobre empleado que trabaja en la tienda por tomarse la libertad de hacer chistes? Lo ético no es un enemigo de las bromas; por el contrario, cuando hay un buen entendimiento con la parte involucrada, escucha y se alegra con benevolencia por la juventud y la jovialidad de lo estético. Cuando hay un buen entendimiento con la parte involucrada, lo ético estira la cuerda del arco con la fuerza eterna de la verdad, de modo que la flecha de la sátira, desde un punto de vista literario, da mortalmente en el blanco. Pero esto no es así cuando emite su juicio. Esto he querido expresarlo y, en consecuencia, he negado por completo mi carácter de escritor, el cual no tiene nada que ver con este asunto*. He querido expresar la aversión de un hombre danés contra todo este bandolerismo. Un danés no tiene por esencia un carácter dialéctico; es alguien apacible y lento para la ira. Sin embargo, cuando se indigna sus manifestaciones no están carentes de energía.

No obstante, a fin de que todo quede bien claro y para que los más curiosos, que no hacen sino preguntar por los chistes, y no precisamente por su calidad, puedan ver cuáles de estos talentos son los que espantan desde sus escondrijos, para eso intentaré una vez más hacerles un servicio a mis conciudadanos. Por lo tanto, obliguemos a la redacción de *El Corsario* a que salga de su escondite; veamos qué clase de genios habita ahí. En efecto, ¿qué es la oficina de la redacción

[427] *Cfr.* vii [1] b 14.

de *El Corsario* con sus apoderados? Un grupo de bribones. ¿Qué es sino una casa de empeño [*Sætte-Kjelder*][427] en la que un judío prestamista, en lugar de comprar, como es la costumbre, baratijas de oro, chucherías plateadas u otras cosas por el estilo, compra, en su mayoría, ocurrencias graciosas**, despojos extravagantes, chistes viejos y, en pocas palabras, todo aquello que puede emplearse en su profesión? ¿Qué es esta oficina de redacción sino el umbral de un sótano en el que se compran trapos y remiendos, no para hacer papel con ellos, no, sino para producir escritos? En este punto, aparece algún gracioso que hace una observación, un bribón lo oye y corre a la oficina para cobrar un rescate a cambio, y es que *El Corsario* paga de forma espléndida. ¿Qué editor puede pagar tanto? ¿Qué clase de criada puede ir vestida también como una prostituta? Ahora se escucha algo en los sitios públicos. Ahora llegan esquelas a la oficina. El grueso del contenido no sirve, pero hay una ocurrencia particular que podría funcionar. Ahora alguien le habla a una persona que quizá de forma demasiado benevolente le regala una advertencia a ese extraviado. Si tan sólo pudiera seguir su consejo. No. Se va a casa y convierte este fragmento tergiversado en un artículo para *El Corsario*. Todo tiene que ver con el dinero***. Si un hombre adquiere un abrigo nuevo y un vagabundo literario se entera, éste piensa: "No me atrevo a robárselo, pues la policía me arrestaría. Pero es preciso que también yo tenga algo". Escribe un artículo en *El Corsario***** y se embolsa un dinero. Decimos que son honorarios. Imagínense: *El Corsario* paga honorarios. Luego aparece un nuevo diseño, una nueva forma de polemizar que a nadie se le da la gana utilizar, etcétera.

Hablemos, pues, de estos talentos y veamos cuál es su valor. Que escriban en las condiciones en las que escriben los demás autores, uno contra uno, firmando con su nombre*****, sin escabullirse en su sótano, y entonces le dedicaré incluso algunas horas a tal polémica. ¿Quién es, entonces, este hombre de ingenio? ¿Goldschmidt? Bueno, hablemos entonces de él. Yo, que pensaba que G. –al que jamás

[427] El término danés *Sætte-Kjelder* puede traducirse de forma literal como "bodega" o "sótano". Considerando que también se refiere al despacho, usualmente subterráneo u oculto (a la manera de un sótano), en el que operan los prestamistas y usureros, traducimos aquí el término como "casa de empeño".

confundiría con P. L. M.,[428] quien, dicho sea de paso, se presenta como autor de *El Corsario* en el artículo redactado por él mismo en la enciclopedia de escritores–[429] era un joven no desprovisto de talento y cuyas aspiraciones hubieran resultado mejor en una época más sana, podía concebir que él necesitara un poco de orientación y consejo para llegar a ser algo más grande, y especialmente para alejarse del peligro en el que, por pasión, se había extraviado. Pero jamás me hubiera imaginado que, de forma repentina, yo tendría que empezar de nuevo****** y que tendría que jugarme el respeto o mi nombre en una pequeña polémica con G. ¡Pero dejemos eso! Coloquémoslo en otro diario, con su nombre de frente, y entonces yo también expondré el mío, sin la posibilidad de poner a un bribón en mi lugar cuando los matones vacilen******* y sin la ayuda de la oficina de renovaciones literarias. Pongámoslo ahí y entonces veremos. Acostumbrado a terrores completamente distintos a la consternación pueril de ser señalado por *El Corsario*, tengo la esperanza, desde luego, de poder sobreponerme a las bromas y el ridículo, y, si no es el caso, entonces glorifiquemos su talento, si es que se deja ver, pero *El Corsario* seguirá siendo igual de despreciable********.

Y, por lo demás, hay un solo recurso en contra de *El Corsario*: dejar de leerlo y dejar de suscribirse. *El Corsario* es una industria y el dinero es lo único que le preocupa. Por lo que a mí respecta, le solicitaré a cada uno de ustedes –aunque no me vean con buenos ojos– que no sean tan malvados como para alegrarse por el ataque de *El Corsario* en mi contra, pues si realmente quisieran reconocer su animadversión hacia mí, tendrían que desear que alguien superior y con autoridad me atacara. No exijo agradecimiento alguno por ser un escritor en la literatura danesa ni tampoco por el hecho de haber perdido dinero en esta situación. Lo exijo por haber dado este paso; pido que todo buen danés me lo agradezca en su interior, ya que este paso no me resulta provechoso en ningún sentido, no enriquece mi pensamiento, no arroja luz sobre mis ideas, no me gratifica con el recreo de la reflexión

[428] Es decir, Goldschmidt y Peder Ludvig Møller, respectivamente.

[429] *Cfr.* Thomas Hansen Erslew, *Almindelig Forfatter-Lexicon for Kongeriget Danmark med tilhørende Bilande, fra 1814 til 1840* [*Diccionario general de autores del Reino de Dinamarca y sus correspondientes dependencias, de 1814 a 1840*], Copenhague: Forlagsforeningen Forlag, 3 vols., 1841-1853, vol. ii.

ni me beneficia como si fuera un rival de *El Corsario* que pretendiera suplantarlo; no, lo único que me produce son molestias. Pero se preguntarán: ¿qué otro escritor en prosa en la literatura danesa tendría que dar este paso, si el soberano profesor Heiberg no quiere hacerlo? Y entonces se alegrarán en su interior al constatar que aquél que, estando al servicio de la mentira, se hubiera beneficiado más por la existencia de *El Corsario*, puesto que había sido elogiado en dicho diario;[430] que precisamente él diera este paso; que justo él hubiera aprovechado esta ventaja –la que, por lo demás, nadie más tenía– para dar este paso, para algún día pisotear con desdén a la sabandija.

Añadido a vii [1] b 18: vii [1] b 19 [-]

Estoy acostumbrado a terrores distintos a la consternación pueril de ser señalado por algo que se ha referido con mucha frecuencia en el pasado, las piernas angustiosamente delgadas de un conocido filósofo;[431] piernas a las que corresponde, como también se sabe, una cabeza que reconoce, con una ligereza poco usual, que lo angustioso para un pensador no es la delgadez de sus piernas, sino más bien de los pensamientos; una cabeza que, en una controversia fundamentalmente de ingenios, permite también, con dignidad, que se expresen semejantes ocurrencias, aunque le parezcan un poco pobres, y se ríe de ellas, pero que con sobrada dificultad se toma la molestia de realizar un artificio de esta naturaleza frente al intento de un cazafortunas literario de ganarse un par de céntimos. Porque también es curioso que alguien se sienta comprometido a reírse cuando es importunado por la insolencia pública de *El Corsario*. Éste querría recibir un trato distinguido como aquel inmenso poder del Estado; *El Corsario* puede exigir este poder que todos temen casi como si se tratara de un diablo en Laxegaden.[432] En efecto, en relación con el ingenio esencial, como cuando el profesor Heiberg polemizaba en su época, era de sentido común considerar como una cuestión de honor el ser objeto de una broma y uno podía reírse también. Pero hay mercenarios estéticos que,

[430] Es decir, el mismo Kierkegaard.

[431] Cuando Goldschmidt se sintió acorralado por Kierkegaard, publicó en *El Corsario* una serie de caricaturas en las que ridiculizaba la delgadez de las piernas del filósofo.

[432] Véase la nota 419.

como los vagos que cobran por mostrar regiones y panoramas que cualquiera puede ver, piden dinero por exhibir gente en un periódico.

Y yo estoy a acostumbrado a terrores distintos, a sobreponerme a las bromas y al ridículo.

Al margen: con el cual creo que les hago un servicio a mis conciudadanos, algo que sé que hago.

**Al margen*: auténticas vulgaridades.

***Al margen*: pues *El Corsario* es una revuelta popular, o algo que es incluso más cómico: una revuelta judía.

****Al margen*: pide un préstamo por el abrigo.

*****Al margen*: y para ser cautelosos con las firmas de dos autores responsables, él escribe sobre sí mismo.

******Al margen*: y sin nada.

*******Al margen*: o haciendo que un polemista embista contra la ruindad del periódico mientras que éste ataca el honor del otro.

********Al margen*: con un saludo de obediencia al profesor Heiberg en su papel de escritor gracioso. Sé que yo gozo del reconocimiento como escritor gracioso; eso también lo sabe *El Corsario*.

vii [1] b 20 [-] *Continuación de vii [1] b 12, rayado con lápiz*:

Tal vez esto debió haber ocurrido hace mucho tiempo, y muchos individuos privados que no estaban en posición de incursionar en la literatura quizá consideraron en su interior como una deslealtad el que ningún escritor danés hubiera hecho nada. El hechizo de la alarma ciega y del pánico se vuelve cada vez más intenso. No hay respuesta, no hay respuesta. Pronto esto se interpreta como que nadie se atreve a responder. *El Corsario* se torna cada vez más insolente. Se consuela al agraviado y se le aconseja que no responda, que espere a su partida, que comprenda que se metería en problemas si se arriesgara a responder. *El Corsario* se torna cada vez más insolente. Uno siente compasión por el agraviado y con ello se le ofende todavía más; se convierte en objeto no sólo de un ataque, sino de la atención de los curiosos, si es que se sienten impresionados. Cualquiera que vaya a comparecer ante una asamblea, en especial si se trata de una que paga con el favor o la desaprobación del instante, prácticamente se vuelve dependiente de un periódico de esta clase. El clero de la ciudad, los artistas en nuestro

teatro, los hombres del Consejo, los funcionarios públicos en servicio, todos ganan dinero con esto. No vislumbra ni cuenta con la profundidad necesaria para comprender cuál es la diferencia entre París y Copenhague; que lo que aquí puede terminar en una transgresión de lo que es por completo privado y que en nuestra modesta condición tendría que ser algo intolerable, en París tiene su importancia como un ataque envidioso y humorístico, aunque bienintencionado, en contra de los hombres que poseen influencia sobre los asuntos de Europa y que, desde esa posición, no se percatan del ataque; sin tener idea de esto, *El Corsario* ataca a un individuo privado que está ausente y desprevenido. Tiempos grises se aproximan y *El Corsario* lleva la batuta. Un judío* sermonea en este periódico a otros judíos** para que sean cautelosos en su intento por conquistarse el respeto en Dinamarca. Es lo único que faltaba. Se concede que *El Corsario* le arrebate su dinero a la gente, ¡pero el respeto! Los escritores más jóvenes se sienten fastidiados y malhumorados, pierden el deseo de producir o lo hacen de mala gana porque publicar algo equivale a recibir ultrajes en *El Corsario* por parte de un judío mordaz que pretende inspirar espanto con su talento. Los escritores de más edad se sienten hartos de ser pisoteados hasta la muerte por unos gansos.[433] El editor de *El Corsario*, Goldschmidt, se ha convertido ahora en el autor de un libro; por lo tanto, se presenta como el autor de un libro en el mismo grupo de los demás escritores de la literatura danesa. ¡Y es el mismo Goldschmidt! Sin embargo, ser un escritor en la literatura danesa es un asunto de honor desde un punto de vista ético, y tiene que ser así. Cualquiera que en su papel de escritor o editor se inserta en ese grupo tiene que saber que se encuentra entre gente de pundonor. Los daneses saben que ser escritor en Dinamarca es un oficio mal remunerado. Por consiguiente, se aprecia todavía más que sus escritores y poetas (de los cuales ninguno, con la excepción de Oehlenschläger,[434] ha hecho fortuna, y de los que ninguno, ni siquiera Heiberg –quien hubiera podido tener una posición brillante en

[433] En el lenguaje coloquial danés, un ganso (*Gås*) es una persona –por lo regular una mujer– sin modales, frívola y egoísta.

[434] Adam Oehlenschläger (1779-1850), poeta danés, quien, junto con Henrik Steffens, introdujo el romanticismo en Dinamarca. A diferencia de otros escritores daneses que fueron rechazados o ignorados por sus contemporáneos en Dinamarca, como H. C. Andersen y el mismo Kierkegaard, Oehlenschläger fue inmensamente popular. Sin

el extranjero–, ha vivido con desahogo, ni siquiera el autor de "Una historia de la vida cotidiana",[435] Christian Winther o Herz,[436] todos los cuales quizá hubieran sido remunerados de forma espléndida en el extranjero), se aprecia, pues, que los escritores emulen al pueblo y al idioma en su austeridad. Pero que el autor de un libro se dedique a un ambiguo oficio literario que consiste en arrojarle suciedad a la gente, aun cuando dicho oficio produce por sí mismo suciedad de sobra, eso no debe tolerarse. ¿Ser escritor en Dinamarca equivale a ser pobre? Muy bien. Pero con este oficio sucede como si un marido, a fin de vivir de forma holgada, estableciera un burdel para vivir de sus ingresos. La fuente de ingresos de *El Corsario* es de este tipo, ambigua –y, en consecuencia, doblemente escandalosa–, porque el nombre de Goldschmidt está ahí, por un lado, entre los escritores y, por otro, entre los bribones. *El Corsario* se torna cada vez más insolente. Del modo más vergonzoso, vende a individuos privados a cambio de dinero, pues nuestra circunstancia es demasiado modesta para proporcionar las suficientes personalidades públicas. Se turnan para ser ultrajados; las esposas se lamentan por más que el esposo desprecie el ataque; los niños, en una dolorosa condición, no pueden comprender por qué su padre, insultado, se indigna en silencio; y una gran familia de muchas ramificaciones sufre debido a que su nombre se encuentra a merced de *El Corsario*.

**Al margen*: él mismo afirma serlo.
***Al margen*: (entre ellos el usualmente respetado mercader Nathanson).[437]

---

embargo, en la época que nos ocupa su estrella ya estaba en descenso y el escritor más reconocido era Heiberg.

[435] Se refiere a Thomasine Gyllembourg (1773-1856), mejor conocida como madame Gyllembourg, novelista danesa y madre de J. L. Heiberg. Debido a las convenciones de la época, publicaba sus novelas bajo un seudónimo, "el autor de *Una historia de la vida cotidiana*". *Una historia de la vida cotidiana* había sido el título de su primera novela.

[436] Se trata de los poetas daneses Christian Winther (1796-1876) y Henrik Herz (1797-1870).

[437] Mendel Levin Nathanson (1780-1868), comerciante danés y editor del diario *Berlingske Tidende*; como señala Kierkegaard, era de ascendencia judía.

Continuación de vii [1] b 12: vii [1] b 21 [-]

Tal vez esto debió haber ocurrido hace mucho tiempo, y muchos individuos privados que por sí mismos no estaban en posición de pronunciar decretos en la literatura quizá pensaron en su interior que era una deslealtad el que ningún escritor danés le diera la palabra a este resentimiento. El hechizo de la alarma ciega y del pánico crece. El hecho de que nunca nadie responda es algo que se malentiende con facilidad en medio del chismorreo de la ciudad, algo que *El Corsario* imita y presenta como si nadie se atreviera a responder y se torna cada vez más insolente. No vislumbra ni cuenta con la profundidad necesaria para comprender la diferencia entre París y Copenhague; que lo que aquí puede terminar en una transgresión de lo que es por completo privado y que en nuestra modesta condición tendría que ser algo intolerable, en París tiene su importancia como un ataque envidioso y humorístico, aunque bienintencionado, en contra de los hombres que poseen influencia sobre los asuntos de Europa y que, desde esa posición, no se percatan del ataque; sin tener idea de esto, *El Corsario* ataca a un individuo privado que está ausente y desprevenido. Dado que nuestra condición es demasiado modesta para tener personalidades públicas de importancia, se lucra de la forma más vergonzosa con las personas privadas. Éstas se turnan para ser ultrajadas y a continuación se les abandona como objeto de las miradas curiosas, si es que logran captar su atención. En la vida burguesa se juzga a una mujer sólo porque hace el ademán de pedir –o da la apariencia de pedir– una limosna. En la literatura es diferente. Un hombre consigue un abrigo nuevo y un vagabundo literario se percata de ello. "¡Qué atrevimiento!", piensa él, "adquirir un abrigo nuevo y no darme el antiguo". No se atreve a robarlo para vendérselo al usurero, de modo que escribe para *El Corsario* un artículo sobre el abrigo nuevo: pide cinco táleros por el abrigo al usurero en la oficina de *El Corsario*, en la cual, por lo demás, no se compra oro viejo, plata o chucherías plateadas, sino desperdicios graciosos y otras cosas por el estilo. En esa oficina, donde el editor, ese diablillo perverso, se sienta con semblante de soberano y es servido por bribones; en esa oficina, es decir, en la entrada del sótano, pues aunque la oficina se encuentra en el primer piso es en la entrada del sótano donde se compran los trapos viejos... no para hacer papel con ellos, sino para producir escritos. El vagabundo consigue

los cinco táleros por el abrigo. ¡Honorarios! ¡Sí, porque *El Corsario* ofrece honorarios! Se pensaría que esto es imposible. Es un asunto distinto, después de todo, el que pague más que cualquier otro editor danés. Una mujer decente también puede derrochar el dinero, mientras le dure, lo mismo que una prostituta. Pero lo cierto es que ofrece honorarios. En el periódico hay alguien que, afirmando que es judío, les advierte a los demás judíos daneses que sean cautelosos en su **lucha por ganarse el respeto** en Dinamarca. De este modo, todo se invierte. *El Corsario* habla una lengua extraña, una jerga modernizada que ningún danés o judío respetable es capaz de comprender. Todo queda invertido, algo que también expresé en la dialéctica del diario y que por sí mismo se vuelve a hacer manifiesto. Porque *El Corsario* es, en efecto, una revuelta judía en contra de los cristianos; se trata de un judío que pretende, con la ayuda de los judíos, *obtener por la fuerza* el respeto. Hasta ahora lo cierto es que sólo ha tenido éxito con el dinero. ¡Obtener a la fuerza! ¡Que Dios guarde a los pobres daneses! En efecto, él arroja sus amenazas en su periódico, que éste o aquél aparecerán en el diario, y sólo aquél de quien tenga misericordia quedará exento de ese abominable castigo que la ira considera en su imaginación como el más terrible.

El legítimo soberano de la literatura danesa, el profesor Heiberg, no ha querido hacer nada en contra de esta mala costumbre. Sin duda, le ha parecido algo por debajo de su dignidad, y lo es, aunque este bandolerismo es comparable al tráfico literario que él destruyó en su momento. Pero así como es comparable, también es diferente, justo porque ese mismo Goldschmidt, quien ha publicado un buen libro, es un autor, y no es correcto dar pie a la confusión de que *El Corsario* debería beneficiarse de algún modo de algo que al autor del libro le resultaría sumamente perjudicial si se tratara de un pueblo menos bondadoso que el danés. Ahora bien, asimismo es posible que uno se preocupe demasiado por su dignidad y, por otro lado, que se preserve la dignidad mientras la literatura acoge a un caballero de la industria al cual la policía ha intentado de forma infructuosa encerrar en un calabozo. Inmediatamente después del soberano soy yo el que, guardando una reverente distancia, se encuentra de turno como escritor polémico en prosa. A pesar de que esto es lo que más me acomoda, también me he sentido impulsado a dar este paso porque

yo, acostumbrado a las pérdidas económicas en el ejercicio literario, soy el más capaz, no sólo en cuestión de calidad, sino también debido a mi posición de aislamiento (algo que se logra con una relación por completo indirecta y casi polémica con mi posible lector), de soportar cualquier consecuencia que se presente. De hecho, se ha visto antes que un ermitaño era el mejor capacitado para llevar a cabo algo que nadie más podía hacer. Todo mi esfuerzo dialéctico me aleja cada vez más del gran público. Entiendo bien que alguien piense que esto es extraño y que, justo por simpatía, se enoje conmigo por aislarme en lugar de buscar una ganancia. No hay que precipitarnos con este juicio. Después de todo, es posible que sepa bien qué es lo que estoy haciendo. Con este paso, tal vez puedo hacer algo por alguien más; con este paso, en el cual no se obtienen honor –como cuando se lucha con héroes– ni el favor de las mujeres –como en un duelo de ingenios–, sino que sólo se asumen las molestias que esta sabandija intentará ocasionar, y es que no debemos esperar que ésta deje de existir. A pesar de todo, me alegra poder hacerle un servicio a alguien más. Y aquél que de forma personal carga quizá con una grave responsabilidad de algo que, personalmente, tenía bien merecido –aunque en realidad lo hizo *qua* autor–, él tiene la conciencia más pura y ligera. La única petición de aquél que ha sufrido pérdidas año tras año y cuyo empeño ha crecido día tras día ha sido la de poder ocuparse de sí mismo y permitírsele colocar sus escritos en la literatura danesa. Precisamente él tiene las fuerzas para acentuar el elemento ético de lo que significa ser un escritor. Y justo aquél que ha sido elogiado en este periódico; que ha tenido la ventaja, aunque también la exigencia, de lidiar con esto, algo que incluso aquellos de más débil entendimiento pueden constatar, asegura que lo predominante aquí no han sido la cólera ni la susceptibilidad ni tampoco el carácter enfermizo de un autor ultrajado, sino la aversión y la indignación, en representación de otros [*borrado*: de la esencia danesa], de un escritor que ha sido objeto de adulación.

Y ahora, mi querido G.,[438] vaya haciendo las maletas, confórmese con lo que hasta ahora ha ganado, pues las vacaciones de verano se han terminado. Haga el favor de no bloquear el paso entre tiendas y vii 1 b 22 [-]

[438] Goldschmidt.

almacenes. Si el muy humano y distinguido funcionario Bræstrup,[439] quien ha desempeñado con especial habilidad, como muy pocos, uno de los cargos más difíciles en el Consejo de Dinamarca, no ha podido dar con usted; si nuestro universalmente respetado adjunto de policía, el apreciable Leerbeck,[440] un experto en su poco usual talento, no ha logrado capturarlo; y si el industrioso e incomparable inquisidor, el consejero Normann,[441] no ha podido atraparlo a usted, entonces lo haré yo. Por favor deténgase o habrá golpes. Si las autoridades se han dejado tomar el pelo de forma escandalosa, contentándose con ir tras bribones, yo sé bien detrás de quién iré. ¡Qué sensible y delicado es aquél que, desempeñando sin obstáculos el papel de un tipo inocente, sin los terrores de la interioridad y con temor y temblor, se ha transformado en la imaginación en un esbirro de Satanás! Como le dije a P. L. M,[442] aquello que en realidad ocupa mi mente es lo siguiente: "la dialéctica existencial bajo la forma de la doble reflexión no puede comunicarse de manera directa". Pero heme aquí, lidiando con palizas y otras cosas semejantes.

Y sí, mi querido Goldschmidt, hay que decir esto: en nuestro reino no hay muchos que lo estimen tanto como yo ni hay muchos que tengan una opinión tan favorable de usted como yo. Usted es un hombre joven, prometedor, talentoso; tiene usted una cabeza despierta. No obstante, carece usted de una formación fundamental y no posee la madurez para tener una visión de vida. Tiene pasión y eso es bueno. Sin embargo, también se ha extraviado usted en un frenesí que desafía a la gente y que es además un obstáculo para lograr una posición brillante. Usted debió romper con P. L. M. y dejarlo en paz. Cuando se anunció como autor de *El Corsario* en la *Enciclopedia de escritores*,[443] usted debió haber respondido con severidad. Hay un hombre digno de confianza –al menos yo lo considero así– con quien hablo en ocasiones. Yo sé que él ha conversado con usted sobre su opinión respecto a su novela; sé que también le habló a usted con desagrado

[439] Christian Jacob Cosmus Bræstrup (1789-1870), director de la policía a partir de 1833 y ministro de Justicia desde 1845.
[440] John Erik Leerbeck (1805-1860), director adjunto de la policía.
[441] Carl Frederik Normann (1798-1856), juez y miembro del Consejo de Justicia.
[442] Peder Ludvig Møller.
[443] Véase la nota 430.

de lo perverso que es el solo hecho de ser el editor de *El Corsario*.[444] Le ha pedido –prácticamente le ha rogado– que abandone esta actividad momentánea por su propio bien y para que se dedique a una empresa más digna. Piense que él le ha pedido esto. Y piense que él ha leído casi todo lo dicho de forma mutilada y confusa, como en un artículo de *El Corsario*. Es verdad, él tiene, como se dice en la ciudad, unas piernas angustiosamente delgadas,[445] pero tiene también una cabeza que puede entender con extraordinaria facilidad que lo angustioso para un pensador no es la delgadez de piernas, sino la delgadez de pensamientos. Mi querido G., ¿acaso nunca se le ha ocurrido que existe una tranquilidad de conciencia que se alza por encima de los exabruptos indecentes? Si nunca ha pensado en eso, entonces, de hecho, se ha perdido de una de las mejores cosas de la vida. No, renuncie a la edición de *El Corsario* y habrá hecho algo todavía más honorable que publicar su novela. Pero no escriba en mi contra. Usted sabe cómo es la gente; todo lo juzga según el talento, y si usted escribe en contra de mí ya ni siquiera estará en posesión de su talento, sea grande o pequeño, sino que estará aprisionado, porque hay algo que se agita dentro de usted y que lo hunde, y es que usted mismo se da cuenta de que es correcto interpretar la ruindad de *El Corsario* así: exigiendo ser ultrajado por él.

Añadido a vii [1] b 22: vii [1] b 23 [-]

Él le dijo a usted que, aunque uno tuviera la influencia de los griegos y quisiera adoptar una idea según el espíritu griego para *El Corsario*, semejante tarea resultaría demasiado complicada, pues no en todas las generaciones hay alguien capaz de encargarse de ella. Él le dijo a usted que la responsabilidad del trabajo sería tan terrible que él no la asumiría por nada del mundo. Piense que él lo ha leído de forma mutilada y trastocada en un artículo de *El Corsario*; se trata, pues, de palabras bienintencionadas e instructivas convertidas en dinero.

[444] Se trata probablemente del mismo Kierkegaard, quien, como se ha señalado en varias ocasiones, admiraba el talento literario de Goldschmidt y se lamentaba de su papel como editor de *El Corsario*. Kierkegaard, en efecto, intentó que Goldschmidt renunciara al periódico.

[445] Rasgo físico de Kierkegaard que Goldschmidt había caricaturizado en *El Corsario*.

El resultado dialéctico de una operación de la policía literaria

Cuando se trata de un periódico como *El Corsario*, el cual hasta ahora ha sido leído por muchas personas de todo tipo y que de *forma esencial* ha gozado el reconocimiento de ser ignorado, despreciado y jamás haber recibido ninguna respuesta, lo único que podía hacerse por escrito a fin de expresar el orden literario y ético de las cosas –el que se refleja en la inversión que este diario ha intentado establecer de acuerdo con sus pobres habilidades y su máximo esfuerzo– era que aquél que fue elogiado e inmortalizado por este periódico solicitara ser ultrajado por él. Supongo que tuve éxito. Pues el hecho de que este mismo señor Goldschmidt, quien merece un reconocimiento por haber publicado un buen libro (y al menos es mi deseo que se le dé –de forma benévola, abundante y entusiasta– tal reconocimiento), gane dinero como editor de *El Corsario* –aunque él no escriba ahí– no cambia la condición del periódico. Por el contrario, dicha condición favorece el cumplimiento de un viejo deseo, "tener siempre a la risa de mi parte", ya que ser ultrajado cuando es uno mismo quien lo solicita constituye precisamente esta ventaja, aun cuando yo haya dado este paso por el bien de otros.

Más no puedo hacer por los individuos privados, por cuyo destino, con los fastidios ocasionados por una posición de incertidumbre literaria, siento una gran simpatía. Pues mientras la policía protege con gran diligencia a los peatones de las gesticulaciones (poco ofensivas, a decir verdad) de una pobre mujer que aparenta estar pidiendo limosna, parece que no se conociera ninguna forma de cuidar a los individuos privados de las agresiones y molestias literarias. Se trata de agresiones y molestias, pues lo cierto es que no llegan a ser ofensas. Y si un hombre encolerizado dijera: "¡Es una ofensa recibir insultos por parte de estos profesionales de la ruindad literaria!", entonces yo haría bien en preguntarle de forma un poco socrática: "¿Acaso preferirías que te insultaran personas de bien?". Sin embargo, puedo entender que para personas privadas de carácter poco dialéctico, aunque muy respetables, resulte un poco perturbador tener que pensar de forma constante en esta inversión de relaciones. Para el individuo dialéctico lo anterior es sumamente sencillo, ya que su único y máximo consuelo consiste en descubrir el hilo conductor de las cosas. Un pícaro concibe una

ocurrencia pasablemente buena. En su dicha, busca el reconocimiento enviando su idea a *El Corsario*, sin sospechar la clase de castigo que acarrea sobre sí. Un tipo desesperado busca cobrar venganza, y lo hace siendo ingenioso en *El Corsario*. Un individuo ético-dialéctico observa con facilidad que con este atentado el tiro sale por la culata. Un vagabundo literario está en aprietos económicos y se entera de que alguien adquirió un abrigo nuevo. No se atreve a robarlo, de modo que escribe un artículo en *El Corsario* acerca del abrigo y obtiene cinco táleros por éste, es decir, por el artículo. De hecho, obtiene algo más, pues los cinco táleros se los dan por el concepto de *honorarios*. *El Corsario* da honorarios. Un individuo ético-dialéctico observa con facilidad que el vagabundo ya ha sido consumido por la máxima sátira, de manera que no es preciso matarlo*. *El Corsario* le paga honorarios, por lo que es un asunto de honor escribir para *El Corsario*. Un hombre que en el artículo mismo se presenta como judío, les advierte a los demás judíos daneses que sean cautelosos en el momento de *luchar por el respeto* en Dinamarca. He aquí la explicación del acertijo y el culmen de la conclusión. El camino de *El Corsario* es el camino al respeto. ¡Qué clase de valor napoleónico hay en estas palabras! ¡*Luchar*! ¡Qué sátira hay en el asunto en cuestión! ¡El *respeto*! ¡Y qué ambigüedad hay en la cortesía que admite, de forma dialéctica y congruente, que esto ha tenido éxito**! El editor de *El Corsario* es un héroe, es como un pequeño Dios que señorea en su propio mundo, un mundo al revés, alejado de la realidad. Y cuando en ocasiones solemnes y decisivas se relaciona con este mundo real, tiene por costumbre el permitir, como si se tratara de un rey, que su elevada persona sea representada... por bribones. De esta manera, todo es congruente y perfecto, todo está en orden, es decir, en un orden invertido. *El Corsario* es el camino de honor –que paga honorarios– hacia el respeto, y en su marcha triunfal los bribones hacen los honores.

Como se ha dicho, en realidad no puedo hacer más por los individuos privados*** que suplicar que se me ultraje. Por lo que a mí respecta, aunque no puede decirse que haya hecho gran cosa, sería posible suponer de una vez por todas que con este artículo[446] he hecho una contribución tan significativa –como suele decirse de

[446] El artículo es "La actividad de un esteta itinerante...". Véase la nota 381.

las instituciones de asistencia pública– al Instituto de Demolición e Injurias de *El Corsario* que éste tendría que sentirse obligado a cumplir en la medida de lo posible con sus *præstanda*[447] quizá por el resto de mi vida**** o incluso por un periodo más largo, hasta que sea necesaria una nueva contribución a causa de un nuevo ataque injurioso, es decir, por recibir una vez más elogios por parte de *El Corsario*, un periódico que al elogiado sólo le ocasiona la molestia de tener que leerlo y tener que contestarle.

Frater Taciturnus

*Al margen: cuando esté muerto, ¿qué hará con el abrigo?
**Al margen: y precisamente por eso suplica ser ultrajado.
***Al margen: y por las relaciones.
****Al margen: (es decir, en el caso de que no se tenga la intención de sofocarla con una multitud de ocupaciones).

vii 1 b 25 [-]

El resultado dialéctico de una operación de la policía literaria

Cuando se trata de un periódico como *El Corsario*, el cual hasta ahora ha sido leído por muchas personas de todo tipo y que de forma esencial ha gozado el reconocimiento de ser ignorado, despreciado y jamás haber recibido ninguna respuesta, lo único que podía hacerse por escrito a fin de expresar el orden literario y ético de las cosas –el que se refleja en la inversión que este diario ha intentado establecer de acuerdo con sus pobres habilidades y su máximo esfuerzo– era que aquél que fue elogiado e inmortalizado por este periódico solicitara ser ultrajado por él. Supongo que tuve éxito. Pues el hecho de que este mismo señor Goldschmidt, quien merece un reconocimiento por haber publicado un buen libro (y al menos es mi deseo que se le dé –de forma benévola, abundante y entusiasta– tal reconocimiento), gane dinero como editor de *El Corsario*, no cambia la condición del periódico. Por el contrario, dicha condición favorece el cumplimiento de un viejo deseo, "tener

[447] Locución latina de carácter jurídico referida a aquellas cosas o servicios que se deben en virtud de una obligación legal o contractual. Podría traducirse al castellano como "prestaciones".

siempre a la risa de mi parte", la risa de aquellos que en verdad poseen el sentido para lo cómico, ya que ser ultrajado cuando es uno mismo quien lo solicita constituye precisamente esta ventaja, aun cuando yo haya dado este paso por el bien de otros*. Aunque hubiera una sola persona que en un momento dado pudiera pensar que era en cierto sentido por servicio a la verdad que *El Corsario* lanzaba sus injurias, tal persona ahora aprenderá lo que todos nosotros sabemos, que esto no es así; a partir de esta situación incluso aprenderá que esto lo hace además por encargo, aprenderá que a *El Corsario* se le puede encargar que insulte justo como al organillo se le pide que haga música. Aprenderá, en efecto, que *El Corsario*, lejos de discriminar o presentar obstáculos, ultraja al mismo que ha elogiado e inmortalizado. Y todo lo hace por oficio, sin dejarse inmutar en absoluto por la noción de que esto era quizá un exceso o que tal vez revelaba demasiado sobre su propia nulidad o sobre sus abominables ofensas. No, *El Corsario* lo ultraja todo por encargo. Entonces, la diferencia consiste solamente en que, hasta ahora, había alguien que le encargaba a *El Corsario* que ultrajara a alguien más, así como uno pide un organillo en la plaza; en cambio, es preciso suponer que yo soy el primero en descubrir la feliz idea de pedir ser ultrajado. Ahora todo está en orden y el tiempo de la ilusión ha terminado**.

Todo aquél que haya sido elogiado por este periódico o que haya sido injuriado de forma previa sólo necesita enviar una solicitud para ser ultrajado o para volver a ser ultrajado. Así, *El Corsario* queda asfixiado bajo la multitud de solicitudes. Si no recuerdo mal, esto fue lo que ocurrió con un maestro sastre aquí en la ciudad [*tachado con tinta*: cuyo pequeño negocio marchaba bastante bien (en esto su caso es distinto al de *El Corsario*)]. Por la manera en que suceden las cosas en el mundo, uno no debería provocar a los dioses con deseos insensatos, no vaya a ser que éstos se burlen de uno no negando el deseo, sino cumpliéndolo. Eso fue lo que ocurrió con el sastre. Cuando se sentaba en su mesa, a menudo suspiraba y les pedía a los dioses: "Ojalá que pudiera tener más clientes e incluso más pedidos, de forma que pudiera volverme rico, y después más, para que me vuelva inmensamente rico. Cuando entonces me haya vuelto así de rico, me compraré un reino y renunciaré a mi oficio". Una mañana, mientras estaba sentado en su mesa de trabajo tras haber vigorizado

su alma con esta oración insensata, ¿qué ocurrió? De golpe entraron clientes y encargos, gente sin pantalones y gente bien vestida, siervos y señores, ministros y civiles: todos iban con tantos encargos como para morirse. ¿Y qué pasó? Se trata, en efecto, de una triste historia que no puede relatarse sin lágrimas en los ojos. Fue necesario llevar cargando al sastre maestro a la cama, y nunca volvió a ser el mismo. La gente quizá hubiera castigado al sastre por su ruego insensato quitándole sus clientes más antiguos, pero los dioses lo castigaron dándole demasiados pedidos. Y por lo que respecta a la despreciable industria del ultraje, su concepto queda *eo ipso*[148] anulado por el oficio mismo, pues injuriar se ha transformado en una profesión que con su ruindad ha vuelto un asunto de honor el ser ultrajado por profesionales.

**Al margen*: lo cual podría resultar beneficioso incluso desde un punto de vista puramente intelectual.

***Al margen*: si es que, por lo demás, hubiera alguien a quien, en un momento dado, se le hubiera ocurrido abrigar una ilusión. La actividad esencial de *El Corsario* cuando ultraja[1] [*tachado con tinta*: cuando abre un refugio para bromas de desperdicio, para desechos lunáticos y otras cosas por el estilo], se ha extendido de tal modo que ahora además ultraja por encargo. Cuánto más importante es protegerse en contra de ser elogiado por ellos.

[1] por impulso propio o de sus colaboradores.

vii [1] b 26 [-] Por lo tanto, aunque hubiera una sola persona que en un momento dado pudiera pensar que era en cierto sentido por servicio a la verdad que *El Corsario* lanzaba sus injurias, tal persona ahora aprenderá lo que todos nosotros sabemos, que esto no es así; a partir de esta situación incluso aprenderá que esto lo hace además por encargo, aprenderá que a *El Corsario* se le puede encargar que insulte justo como al organillo se le pide que haga música. Aprenderá, en efecto, que *El Corsario*, lejos de discriminar o presentar obstáculos, ultraja al mismo que ha elogiado e inmortalizado. Y todo lo hace por encargo, sin dejarse inmutar en absoluto por la noción de que esto era quizá un exceso o que tal vez revelaba demasiado sobre su propia nulidad o sobre sus abominables

[148] Véase nota 97.

ofensas. No, *El Corsario* lo ultraja todo por encargo. Entonces, la diferencia consiste solamente en que, hasta ahora, había alguien que le encargaba a *El Corsario* que ultrajara a alguien más, así como uno pide un organillo en la plaza; en cambio, es preciso suponer que yo soy el primero en descubrir la feliz idea de pedir ser ultrajado. Ahora todo está en orden*. Todo aquél que haya sido elogiado o haya sido injuriado de forma previa sólo necesita enviar una solicitud para ser ultrajado o para volver a ser ultrajado: de esta manera *El Corsario* queda agotado. Si no recuerdo mal, esto fue lo que ocurrió con un maestro sastre aquí en la ciudad, cuyo pequeño negocio marchaba bastante bien. Un día recibió tantos encargos que el hombre quebró y tuvo que cerrar su tienda.

**Al margen*: la ilusión ha terminado y todo está en orden. vii 1 b 27 [-]

Pero por la manera en que suceden las cosas en el mundo, uno no debería provocar a los dioses con deseos insensatos, no vaya a ser que éstos se burlen de uno no negando el deseo, sino cumpliéndolo. Eso fue lo que ocurrió con el sastre. Cuando se sentaba en su mesa, a menudo suspiraba y les pedía a los dioses: "Ojalá que pudiera tener más clientes e incluso más pedidos, de forma que pudiera volverme rico, y después más, para que me vuelva inmensamente rico. Cuando entonces me haya vuelto así de rico, me compraré un reino y renunciaré a mi oficio". Una mañana, mientras estaba sentado en su mesa de trabajo tras haber vigorizado su alma con esta oración insensata, ¿qué ocurrió? De golpe entraron clientes y encargos, gente sin pantalones y gente bien vestida, siervos y señores, ministros y civiles: todos iban con tantos encargos como para morirse. ¿Y qué pasó? Se trata, en efecto, de una triste historia que no puede relatarse sin lágrimas en los ojos. Fue necesario llevar cargando al sastre maestro a la cama, y nunca volvió a ser el mismo. La gente quizá hubiera castigado al sastre por su ruego insensato quitándole sus clientes más antiguos, pero los dioses lo castigaron dándole demasiados pedidos. Con esta exageración, la idea se arruinó.

...a menos que *El Corsario* quede arruinado por la dialéctica solicitud de una persona que exige ser ultrajada o por un posible número de solicitudes semejantes. vii 1 b 28 [-]

Al menos algo parecido le sucedió a un sastre, cuya historia relataré a continuación. Éste vivía en una ciudad comercial y tenía un pequeño negocio al que le iba bien (en esto su caso era distinto al de *El Corsario*) remendando ropa vieja y haciendo otros trabajos por el estilo. Pero por la manera en que suceden las cosas en el mundo, uno no debería provocar a los dioses con deseos insensatos, no vaya a ser que éstos se burlen de uno no negando el deseo, sino cumpliéndolo. Eso fue lo que ocurrió con el sastre. Cuando se sentaba en su mesa, a menudo suspiraba y les pedía a los dioses: "Ojalá que pudiera tener más clientes e incluso más pedidos, de forma que pudiera volverme rico, y después más, para que me vuelva inmensamente rico. Cuando entonces me haya vuelto así de rico, me compraré un reino y renunciaré a mi oficio". Una mañana, mientras estaba sentado en su mesa de trabajo tras haber vigorizado su alma con esta oración insensata, ¿qué sucedió? De repente, llega el mensajero de un hombre acaudalado y con un gran negocio a solicitar uniformes nuevos para todos sus empleados. ¡Ay, ay! Se trataba de hacer un trabajo nuevo y el sastre sólo sabía trabajar con ropa vieja alterando prendas, haciendo remiendos y cosas de esta índole. ¡Y, no obstante, era su deseo hecho realidad! ¿Qué ocurrió entonces? Se trata, en efecto, de una triste historia que no puede relatarse sin lágrimas en los ojos. Fue necesario llevar cargando al sastre maestro a la cama, y nunca volvió a ser el mismo. La gente quizá hubiera castigado al sastre por su ruego insensato quitándole sus clientes más antiguos, pero los dioses lo castigaron dándole demasiados pedidos. Y lo mismo sucede también cuando aquél que practica el despreciable oficio del insulto quizá ofende a los dioses con su ruego de que el negocio florezca, de que siempre haya más y más personas que ultrajar, de que siempre haya más y más asistentes industriosos de la cólera y el resentimiento en su periódico. Cuando en el ejercicio de su profesión goza y se abandona a la ficción de la impotencia y la iracundia de que es una cosa terrible el ser ultrajado por él, en su locura llega incluso a imaginar que los otros comparten esa misma ficción, y puesto que jamás recibe respuesta alguna y tiene siempre la última palabra cree que la gente le teme, justo como en la vida civil no hay nadie que se sienta tan seguro de su derecho de paso en la acera como la prostituta. Entonces, de repente, un día llega la solicitud de un hombre respetado (aunque de esto no

tengo la seguridad), de alguien que el ofensor mismo ha elogiado e inmortalizado –tal vez con el fin de que, elogiando a alguien, pudiera ultrajar mejor a otros–, una solicitud para que sea injuriado. De esta manera, se trata también de un trabajo nuevo que implica un tipo de dificultad dialéctica completamente único. ¿Y cómo le fue al sastre maestro con su nuevo trabajo y con ese deseo secreto que, de forma irónica, le fue cumplido? Ultrajar es algo más dialéctico que un mero remiendo de ropas viejas. El ultraje por aquél cuyo elogio es rechazado por el individuo honorable se convierte en un asunto de honor. El ser objeto de temor es también algo dialéctico, pues aquél con quien evitan cruzarse las figuras literarias honorables no tiene poder, sino que es impotente. La autoridad civil quizá terminaría con este negocio si le prohibiera lanzar insultos en su periódico. La ironía justo favorece a este negocio solicitando ser ultrajada. La autoridad civil tal vez pretendía emplear la fuerza en contra de este presunto hombre terrible y, no obstante, le ha dado concesiones. La ironía enfrenta con serenidad absoluta al hombre terrible, demostrando precisamente con ello que no tiene nada de terrible. Ahora el camino está abierto. Todo aquél que sea insultado al recibir elogios por parte de este periódico podrá, si por casualidad se entera de ello y en el caso de que así lo desee, hacer una réplica, confirmando de este modo el juicio de la literatura decente acerca de *El Corsario*. Éste tendrá derecho a continuar su oficio de atacar y ultrajar tanto como le plazca, pero si tiene la audacia de elogiar a un individuo honorable, entonces se encontrará con esta breve réplica: "Ojalá que pueda ser ultrajado por *El Corsario*, es demasiado terrible tener que sufrir la afrenta de ser inmortalizado por *El Corsario*".

Una confirmación adicional sobre algo que se dijo antes

vii [1] b 29 [-]

Mi primer artículo[449] era de tal naturaleza que hacía efecto precisamente al no contar con ninguna réplica adicional. Por otra parte, yo siempre estaré dispuesto a hacer una pequeña aclaración histórica, dado que, en su anuncio, el señor P. L. Møller ha querido negar los

[449] "La actividad de un esteta itinerante...", de Frater Taciturnus.

hechos,[450] a saber, que la escena tuvo lugar en la casa del profesor Hauch, una corrección que, a decir verdad, no debe resultarle muy agradable, pues si la escena se desarrolló ahí, entonces mi primer artículo tuvo lugar ahí, y si la escena no fue ahí, entonces el artículo entero no vale nada; sería una pieza acerca de la sabiduría estética de P. L. M. para la literatura. Es sólo por respeto al profesor Hauch que pudo ocurrírseme la idea de ofrecer una explicación sobre el señor P. L. M. Por este motivo, suplico una vez más que se deje fuera de esto al profesor Hauch y que se tenga en cuenta que no soy yo el que lo trae a colación en el momento de atrapar al señor P. L. M. en su propia trampa.

vii [1] b 30 [-] *Añadido a vii [1] b 29:*

El señor P. L. M. arroja luz sobre un elemento histórico señalando que la escena de la visita en *Gæa* no se desarrolla en la casa del señor profesor Hauch.[451] Cualquiera que haya leído *Gæa* sabe bien qué es lo que debe pensar al respecto. Si además alguien quiere tomarse la molestia de revisar esto, confirmará lo anterior. Que examine el pasaje de la p. 159 y que observe que P. L. M., tras haber dicho: "prefiero a un hombre brillante que no siente la necesidad de ser reservado [*forbeholden*]" (estas palabras prolongan la expectativa de su anuncio), prosigue así: "Por la noche me encontraba en un pequeño grupo...". Con estas palabras, "por la noche", etcétera, no se construye un nuevo desenlace, lo cual parecería ser lo mínimo que podría hacerse para demostrar que el señor P. L. M. había dejado a Hauch para irse a un lugar completamente distinto. ¿Y ha querido engañarnos con ese fruto tantálico de que el señor Hauch no es un hombre reservado? En segundo lugar, el lector, si es que desea tomarse la molestia, observará

[450] Kierkegaard se refiere a la réplica de Møller a "La actividad de un esteta itinerante...", titulada "A Frater Taciturnus, jefe de la tercera parte de *Etapas en el camino de la vida*" y publicada en *Faedrelandet*, núm. 2079 (29 de diciembre de 1845). Dice Møller: "Lo que debo señalar es una pequeña imprecisión fáctica que se ha colado en su descripción – sin duda por culpa de una lectura apresurada – en la que, refiriéndose a esta conversación, afirma usted que 'la escena se lleva a cabo en la casa del profesor Hauch, quien incluso participa en la conversación', etcétera. Esto, algo que usted incluso repite en distintas ocasiones, es curiosamente un error sin más ni más y no hay una sola mención de ello en *Gæa*, algo que cualquiera puede constatar revisando el pasaje en cuestión".

[451] Kierkegaard se refiere al texto de Møller "Una visita en Sorø".

que la conversación concluye en la p. 180. La nueva salida comienza en este punto así: "A la mañana siguiente salí de nuevo para continuar mi peregrinaje hacia la fama". Sin embargo, en la p. 158 se dice que la visita en casa del profesor Hauch era la primera visita del señor P. L. M. (a un hombre famoso).[452] No se habla de otra visita, y la tertulia nocturna con la que el señor P. L. M. concluye no va acompañada de un desenlace nuevo que pudiera sugerir de un modo más decisivo un lugar distinto a la casa de Hauch. Entonces, ¿dónde se desarrolla esta escena nocturna? ¿En una casa insignificante, en Krebsehus,[453] en la habitación de P. L. M.? Pero en tal caso, ¿por qué darle tanta importancia? (Para aquél que entienda de gramática, la locación es la casa del señor profesor Hauch; de otro modo, tendría que haber un desenlace diferente y la "franqueza" [*Uforbeholdenhed*] del señor profesor Hauch aparecería bajo una luz sospechosa).

Añadido a vii [1] b 29: vii [1] b 31 [-]

Tal vez no valga la pena responder a esto,[454] aunque no deja de ser una humilde contribución para combatir la negligencia con la que se escribe y la temeridad con la que esto se niega. Por lo demás, la única forma en que hubiera pensado en interpretar la conducta del señor P. L. M. como invitado y su manera de agradecer por la comida tenía la condición de que la reunión no se hubiera llevado a cabo en Krebsehus, en la habitación de P. L. M. o en la calle. Si tal fuera el caso, entonces, como dije, todo este asunto sería irrelevante. En cambio, si hay una conexión con la casa de Hauch, la visita ahí es como se describe en mi primer artículo.

[452] La incongruencia señalada por Kierkegaard es que Møller afirma que su primera visita en Søro fue al profesor Hauch y que después, sin dar ninguna indicación precisa sobre el lugar, pasa a hablar de su tertulia nocturna. A Kierkegaard le parece evidente que la tertulia se llevó a cabo en casa del profesor Hauch, pues no hay nada que sugiera algo distinto.

[453] Era una posada cerca de Søro, el poblado donde vivía el profesor Hauch.

[454] Es decir, a la réplica de Møller.

Algunas observaciones instructivas en relación con el notable error de *El Corsario*

Dado que por el momento me encuentro ocupado revisando los borradores de una obra grande[455] que por fin quedará inserta en el proyecto total que comenzó y ha continuado en los escritos seudónimos (a pesar de que tiene una conexión más estrecha con *Migajas filosóficas*, libro editado por mí), aun así me ha parecido conveniente emplear algo de mi tiempo libre para hacer algunas observaciones éticas *y* ético-estéticas relacionadas con *El Corsario* como un fenómeno literario inmoral. El momento y la situación parecían prestarse justamente para esto, pues después de lo que mi barbero me contó esta mañana, comprendí que estoy a punto de convertirme en el objeto de un ultraje. Mi barbero iba a comenzar un extenso discurso acerca de un editor, un cierto señor Goldschmidt, a quien considera *ein ungeheuer Witzkopf*,[456] cuando yo lo interrumpí con las siguientes palabras: "*El Corsario* es un tema obsceno que jamás debería ser objeto de conversación, y así como sólo al médico se le permite estudiar todas las enfermedades, pues lo hace por motivos puramente científicos, del mismo modo sólo puede ser permisible convertir este fenómeno literario en objeto de investigación desde una perspectiva estrictamente ética y por interés de la moralidad. Responderle a *El Corsario* no sólo representaría una traición contra todos los otros agraviados, sino una desvergüenza sin más ni más.

En la vida social y de las relaciones no conozco una expresión más poderosa de que uno ignora a alguien que en cierto sentido está presente o en compañía de alguien que está en el mismo sitio, que hablar sobre esa persona con el tercero presente. Asimismo, no conozco tampoco ninguna expresión tan poderosa de que uno no polemiza con *El Corsario* que emplear el tiempo durante el cual uno está siendo ultrajado en preparar reflexiones sobre aquel como fenómeno literario. Si uno no está siendo ultrajado al mismo tiempo, podría parecer que se polemiza con *El Corsario*, al que no se le desea responder.

Hacer observaciones sobre el fenómeno mientras uno está siendo ultrajado es justo como cuando un médico realiza su diagnóstico con

[455] Esto es, el *Postscriptum*.
[456] En alemán: "un ingenio formidable".

total calma mientras su paciente lo insulta en medio de un *delirium furibundum*. ¿Quién podría decir que estos dos se encontraban riñendo? Y, no obstante, aquí la relación es diferente, pues el malestar del paciente no consiste, después de todo, en ultrajar, mientras que en el caso del *delirium furibundum* de *El Corsario* justo ésa es la enfermedad. En estricto sentido, lo que escribo aquí puede considerarse como una lección clínica o como una lección frente al lecho del enfermo. ¡Ay! ¡La enfermedad más peligrosa consiste precisamente en albergar la atrevida idea de que uno se encuentra sano!

En efecto, es como si *El Corsario* estuviera poseído por un espíritu maligno, y este espíritu fuera una arrogancia funesta (en el mismo sentido en que hablamos de un amor funesto) que no ha encontrado la expresión de la verdad en la humildad y que, por ende, se consuela de forma cobarde ganando... dinero. Es lo suficientemente arrogante para desesperar por este lucro costosísimo y al mismo tiempo dejarse engañar por una brillante ilusión fruto de la cobardía cuando, en la obstinada ficción de que es temido, pretende olvidar esa cuenta de dinero con la que se desestima al que es despreciado. El espíritu de *El Corsario* es un espíritu desesperado, aunque no carente de talento, que, cansado de la existencia y de forma infructuosa y *fundamental*, no sabe en su aturdimiento si quiere ganar dinero o quiere ser temido, pero al cual no lo abandona presentimiento de que hay ahí una contradicción. Desea ser temido, aunque tiene una vaga noción del aplastante epigrama en su contra que es el hecho de que, en las situaciones decisivas, cuando debería mostrar valor, de forma cobarde se deje representar... por bribones. Quiere ser temido, pero no lo abandona el tortuoso pensamiento de esa sátira mortal en su contra, el hecho de que les pague *honorarios* a sus sirvientes y que lo haga de forma espléndida. Quiere ser temido, pero tiene la sospecha de que con las armas que utiliza no se obtiene con autoridad una victoria honorable, sino sólo un triunfo impotente y despreciable. Pues así como un hombre pendenciero, que tiene la fama de ser el más fuerte en las tabernas y cervecerías, quedaría impotente y perplejo si se le colocara en un salón magnífico e iluminado en el que recayeran sobre él las incontables exigencias del honor, el decoro, el buen tono y la decencia, lo mismo ocurriría con el escritor de *El Corsario* en un duelo honorable de ingenios en el cual el decoro estableciera las armas que han de usarse, y las miradas

de la gente noble y culta se posaran sobre él comunicándole sus demandas con un golpe de vista. Y, sin embargo, la arrogancia no olvida del todo el campo del honor... hasta que vuelve a desesperar por su deseo de dinero y temor.

Un observador puede crear con facilidad una figura de esta clase, es capaz de producir de forma poética aquello que tal vez no existe en la realidad. Miren: ésta es la mejor representación de un escritor de *El Corsario*. Se trata de una persona inteligente, pero que lleva una vida desesperada, una vida a la que le falta un cierre. En sus mejores momentos, siente asco al pensar que por 4d[457] los suscriptores adquieren el enorme poder de reírse del ingenio de un bromista y de permitir que este bromista trate a los criados como se trata a una indecente prostituta. Hay en él un estremecimiento. Desea renunciar a todo y, sin embargo, hay algunos instantes en los que un orgullo benéfico lo vigoriza con buenas intenciones. Pero no puede. Sí, si tan sólo todos se lo pidiéramos, si le hiciéramos la lisonjera concesión del temor, o si él mismo, de forma triunfante, fuera capaz de hacerlo. No obstante, si esta exigencia moral se la hace otra persona, si quien la sostiene es un pobre siervo preocupado por el orden moral de la literatura, entonces no puede. Le parece confuso que esa otra persona tenga razón; tampoco es que la odie por ello, pues la parte buena en él le da la razón. Pero no puede. No, no; el olvido es el único consuelo. Cuando desafía al talento añora de forma ruin la marmita de Egipto,[458] anhela la ilusión y el júbilo del pueblo. Y, no obstante, tiene la sensatez suficiente para entender, y la parte buena en él es lo bastante fuerte para ver que ese pobre siervo lo estima; que fue él quien, sin duplicidad alguna, se rio de la broma y despreció al bromista; y que, sin dejarse inmutar por la ilusión y las distracciones, tenía en la mira esa parte buena. Comprende de forma vaga lo socrático del cocinero

[457] Es decir, 4 táleros, la moneda oficial en Dinamarca. En realidad, el costo de la suscripción a *El Corsario* era mucho más barata: en Copenhague, 5 marcos; fuera de ella, 6 marcos y 8 cuartos. La moneda danesa se dividía en táleros (*rigsdaler*) y se abrevia con la [d], marcos (*mark*) y cuartos (*skilling*). 1 tálero equivalía a 6 marcos, 1 marco a 16 cuartos y el tálero a 96 cuartos. Una criada, por ejemplo, ganaba unos 30 táleros al año. La diligencia de Copenhague a Kalundborg en la que viajó Kierkegaard tenía un costo de 6 táleros.

[458] *Cfr.* Éxodo 16:3.

y el médico que son juzgados por niños,[459] que aquel pobre siervo era de hecho el médico, mientras que el aplauso de los niños, al igual que el júbilo del pueblo, era de lo que estaba seguro el cocinero. Pero no puede, no. ¡Venganza, venganza en contra de ése que no se rio de sus bromas y que no desdeñó al bromista! ¡Venganza, pues, en contra de aquél que lo estimaba! Y, a pesar de todo, sospecha que hay ahí una contradicción.

Dado que por el momento... vii [1] b 33 [-]

Creo que podría emplear sin problema algo de mi tiempo libre para hacer algunas observaciones en relación a *El Corsario*. El momento y la situación parecen ser favorables para esto, pues después de lo que mi barbero me dijo hoy, *El Corsario* ha empezado a ultrajarme. Así, pues, mientras se dedicaba a injuriarme, yo me di a la tarea de elaborar unas reflexiones sobre todo este fenómeno literario. Responderle a *El Corsario* no sólo sería una traición contra todos los otros agraviados, sino una desvergüenza sin más ni más. En cambio, hacer observaciones sobre el fenómeno mientras uno está siendo ultrajado por él, eso es justo como cuando un médico revisa la herida del paciente mientras éste lo insulta. ¿Quién diría que estos dos estaban riñendo? Y aquí, además, la relación es diferente, pues la afección del paciente no consiste, después de todo, en ultrajar, mientras que en el caso de *El Corsario* justo ésa es la enfermedad: está poseído por un espíritu maligno que se dedica a injuriar. En estricto sentido, lo que aquí escribo puede considerarse como una lección clínica o como una lección frente al lecho del enfermo, es decir, frente a aquellos que leen *El Corsario*. Mientras explico o interpreto el fenómeno en su relación con el orden moral de las cosas, *El Corsario* manifiesta de forma constante dicho fenómeno.

Al margen de vii [1] b 33: vii [1] b 34 [-]
En la vida social y de las relaciones no conozco una expresión más poderosa de que no se tiene en cuenta la presencia de alguien o de que se ignora la compañía de alguien que está presente, que dirigiéndose a un tercero para hablar de esa persona. De igual manera, no conozco

[459] *Cfr.* Platón, "Gorgias", en *Diálogos II*, trad. de J. Calonge Ruiz, E. Acosta Méndez, F. J. Olivieri, y J. L. Calvo, Madrid: Gredos, 1992, 464d.

una expresión más poderosa de que uno no polemiza con *El Corsario* que, al tiempo de que uno es ultrajado, prepara reflexiones sobre éste como fenómeno literario.

vii [1] b 35 [-] *Añadido a vii [1] b 33:*
Y *El Corsario* es como si estuviera poseído por un espíritu maligno, y este espíritu fuera una arrogancia funesta (en el mismo sentido en que hablamos de un amor funesto) que no ha encontrado la expresión de la verdad en la humildad y que, por ende, se consuela de forma cobarde ganando... dinero. Es lo suficientemente arrogante para desesperar por este lucro costosísimo y al mismo tiempo dejarse engañar por una brillante ilusión fruto de la cobardía cuando, en la obstinada ficción de que es temido, pretende olvidar esa cuenta de dinero con la que se desestima al que es objeto de desprecio. El espíritu de *El Corsario* es un espíritu desesperado, aunque no carente de talento, que no sabe si prefiere ganar dinero o ser temido, pero al cual no lo abandona la sospecha de que hay ahí una contradicción. Justo por esta razón es capaz de ocasionar un gran daño en un país tan pequeño como lo es mi patria, pues sin tener noción ni conciencia de lo que al final de cuentas desea, se posibilitan las interpretaciones más dispares y, justo por ello, se confunde la interpretación.

vii [1] b 36 [-] Pero una vez más tiene la sospecha de que con las armas que utiliza no se obtiene con autoridad una victoria honorable, sino sólo un triunfo impotente y despreciable. Así como un hombre pendenciero, que tiene la fama de ser el más fuerte en las tabernas y cervecerías, quedaría impotente y perplejo si se le colocara en un salón magnífico e iluminado en el que recayeran sobre él las incontables exigencias del honor, el decoro, el buen tono y la decencia, lo mismo ocurriría con el escritor de *El Corsario* en un duelo honorable de ingenios en el cual las miradas de todos se posaran sobre él con sus exigencias... él, que sólo conocía la tertulia. Yo me imagino algo así y un observador debería estar atento a cosas de ese estilo. Se trata de la parte buena de un escritor de esta clase. Es una persona inteligente, pero a su vida le falta un cierre, un desenlace que no alcanza a concebir... pero yo sí, y podría hablar de él

de una forma puramente novelística. Siente asco al pensar que por 4[d460] los suscriptores adquieren el enorme poder de reírse del ingenio de un bromista y de permitir que este bromista trate a los criados como se trata a una indecente prostituta. Hay en él un estremecimiento. Desea renunciar a todo y, sin embargo, hay algunos instantes en los que un orgullo benéfico lo vigoriza con buenas intenciones. Pero no puede. Sí, si tan sólo todos se lo pidiéramos, si le hiciéramos la lisonjera concesión del temor, o si él mismo, de forma triunfante, fuera capaz de hacerlo. Pero si quien lo reprende es un escritor coetáneo, un pobre siervo del orden moral de las cosas, entonces no puede. Le parece confuso que esa otra persona tenga razón; tampoco es que la odie por ello, pues la parte buena en él le da la razón. Pero no puede. No, no; el olvido es el único consuelo. Cuando desafía al talento añora de forma ruin la marmita de Egipto, anhela la ilusión y el júbilo del pueblo. Y, no obstante, se siente confundido. ¡Qué miseria hay en esto! Pero no puede, ya que un espíritu maligno de esta especie sólo puede ser expulsado por medio de la oración y mucho ayuno. Comprende de forma vaga lo socrático de que un médico y un cocinero deban ser juzgados por un grupo de niños. Entiende que el otro es el médico y que él mismo es el cocinero que prepara los platillos malsanos, pero sabe que los niños lo aclaman, aunque sabe también que se trata de niños... pero no puede. No, él desea los aplausos; él quiere su venganza, a pesar de que sospecha que el médico es el único capaz de ayudarlo.

Si tan sólo pudiera hacerse consciente... si tan sólo no se extraviara en sus pensamientos, olvidándose de los delitos que ha cometido.

Algunas observaciones instructivas en relación con los notables extravíos de *El Corsario*

vii [1] b 37 [-]

Número 1

Dado que en este momento estoy por revisar los borradores de una obra grande[461] que por fin quedará inserta en el proyecto total que comenzó y ha continuado en los escritos seudónimos (a pesar de que tiene una conexión más estrecha con *Migajas filosóficas*, libro edita-

[d460] Véase la nota 452.

[461] El *Postscriptum*, de 1846.

do por mí), y aunque mientras hago revisiones no suelo emprender ningún trabajo nuevo, creo que no cumpliría conmigo mismo ni con mi posición como escritor danés si no utilizara este tiempo libre para protestar en contra de aquello que desde hace mucho debió haber sido objeto de protesta.

Cuando en la vida cotidiana se desarrolla algo insalubre en el agua que se bebe en la ciudad o cuando el panadero usa harina estropeada o incluso cuando el alumbrado público no funciona, esto se convierte de inmediato en objeto de protesta y se traduce de inmediato en regulaciones y medidas preventivas. En cambio, cuando en el mundo del espíritu se ofrece un alimento contaminado y putrefacto, cuando parece que hay una demanda extraordinaria por semejante producto, cuando, por desgracia, el engaño en esta transacción no consiste en entregar muy poco a cambio del dinero, sino más bien en que se ofrece demasiado, entonces esto ocurre sin que nadie proteste, y la ausencia de protesta alcanza tal punto que en el mundo del espíritu ya no hay ninguna transacción que se le compare en cuanto a magnitud. Cuando en la vida cotidiana de repente se ofrece demasiado pescado fresco*, la policía lo prohíbe, pero cuando se ofrecen bromas podridas en tal cantidad que incluso las bromas particulares buenas se contaminan por su contacto, cuando se ofrece una cantidad tan enorme que es como si fuera el pan de todos los días, entonces no pasa nada. En la vida civil, una pobre mujer es castigada de forma severa cuando *parece* estar pidiendo limosna con un gesto (algo que en verdad no puede ser ofensivo) en el breve instante en el que uno pasa frente a ella (algo que en verdad no puede resultar molesto). En cambio, cuando un individuo privado es agredido por medio de impresos, en ocasiones de forma regular cada semana, y su agresor le arroja, por así decirlo, los perros de la inconsideración, la brutalidad y el frenesí, entonces no pasa nada. No, no pasa nada. Lo único que ocurre es que el negocio florece y que no muchos funcionarios públicos –incluso en los puestos más elevados–, y ni hablar de los artistas y eruditos de Dinamarca, son remunerados de esa forma.

Mientras que nuestros escritores famosos sólo tienen un mercado pequeño para sus escritos e incluso los periodistas, quienes, a pesar de todo, pueden contar con una mayor difusión –con excepción de

Berlingske Tidende–,[462] están en decadencia, hay un instituto que florece y prospera haciendo del ultraje su oficio, y se pavonea orgulloso de tener un número de suscripciones que tal vez ningún otro diario tiene.[463] Alardea, en efecto, como un gallo, orgulloso de ser el periódico indisputablemente más leído en todo el reino; leído por todos los estratos, del más alto al más bajo; leído por gente de todas las edades, incluso por colegiales. No vislumbra ni cuenta con la profundidad necesaria para comprender la diferencia entre París y Copenhague; que eso que, en París, como un fenómeno entre muchísimos otros, puede tener su importancia como una envidia ingeniosa, aunque bienintencionada, de los hombres que manejan el destino de Europa y que, estando lejos del ataque, éste les pasa desapercibido (o prácticamente desapercibido), aquí en Copenhague se ataca a los individuos privados. Por turnos son convertidos en objeto de ultraje y puestos a merced de la atención de los curiosos, si es que les place. De esta manera, en una ciudad pequeña, en un contexto limitado, en los roces cotidianos de la vida común, en una escena literaria humilde que ni siquiera cuenta con una sola revista crítica, hay un periódico que florece de forma triunfante y con un número casi insólito de suscripciones, el cual vive de su audacia para hacer y decir cualquier cosa; un diario sin idea que está al servicio de las pasiones y de las ganancias, y que lucra de manera espléndida con ese privilegio ruin de tener una libertad sin riendas.

Además, este periódico tiene una oficina que con la ayuda de cartas anónimas se entera de información privadísima. Aquí la cuestión no es la clase de abusos que se lleva a cabo con este conocimiento, sino de lo peligroso de que exista algo así. La clase trabajadora y la clase media ven a *El Corsario* como un servidor de la justicia, como un director espiritual en el que pueden encontrar o buscar consuelo. Se trata, en realidad, de una relación invertida de forma extraña. Digamos que un señor trata con demasiada severidad a su criado. ¡Ay! ¿Quién no siente empatía por la clase trabajadora? Yo sé que tal es mi caso, y mi solidaridad no es pequeña. Pero entonces el criado acude a la oficina

[462] *Berlingske Tidende*, fundado en 1749 y editado por Nathanson. Tenía unos 5500 suscriptores.

[463] *El Corsario* contaba con un número de suscriptores que rondaba entre tres mil y cinco mil.

de *El Corsario*. Ahí no se escucha palabra alguna de amonestación** que pudiera encontrarle un aspecto bueno al asunto, ahí no se le enseña al agraviado una visión edificante de la vida que pudiera mostrarle cómo soportar la injusticia en humildad frente a Dios y con un orgullo verdaderamente humano. No, ¡venganza, venganza! Entonces sale a la luz un ataque velado ¡y el agraviado es vengado! ¿Qué es, pues, peor: la enfermedad o el remedio? ¿Y cuál es la relación entre la presunta protesta contra un abuso de poder y el daño irreparable ocasionado por el abuso de una impotencia?

En efecto, van más allá, y para coronar su obra, por así decirlo, anuncian en el periódico que el ultraje ha sido una venganza. Así como la autoridad emite su juicio de forma regular sobre el pan y el agua, del mismo modo este periódico emite su juicio y de forma regular lanza sus ultrajes. Por una inquietante costumbre asociada con el texto, nos enteramos del motivo por el que tal o cual persona es hostigada. Y enseguida volvemos a escuchar que el triunfador del pueblo perdonará a éste o a aquél. Inclinémonos, pues, ante este potentado, celebremos banquetes en su honor, ofrezcámosle el gobierno***. En Dinamarca, uno se atreve a hablar con libertad del rey y de la autoridad, pero ¡cuidado con hablar libremente de *El Corsario*!

Y a todo esto se responde con... ¡un silencioso desprecio! ¡Es, en verdad, una respuesta singular que no tiene relación alguna con la acusación ni con el hecho de que todo mundo lee este periódico! No se trata, después de todo, de eruditos o científicos que combaten entre sí en esos libros grandes que sólo pocos leen; no es un periódico que sobrevive a duras penas en un rincón apartado; no es tampoco un diario que, firme en su servicio al honor y a la responsabilidad, siente la obligación de saber qué es lo que escribe y hace. No, es un periódico que de forma absoluta y sin comparación es el más leído en el reino, que no admite comparación en la absoluta libertad sin riendas con la que escribe; no admite comparación, en efecto, pues hacer una comparación sería en sí misma una ofensa contra todas las demás cosas que se escriben en Dinamarca. La autoridad civil es vergonzosamente puesta a raya por unos bribones que deberían ser arrestados con todo rigor por el poder ejecutivo y juzgados por los solemnes tribunales. Y mientras la autoridad es obligada con descaro a perder el tiempo lidiando con hombres de paja, *El Corsario* hace

negocios entre la gente, guardando en la mano su honor y su apacible vida privada como si se tratara de fruslerías. Porque todos los demás estamos atados de manos y la autoridad tiene que resignarse a hacerse el tonto tan sólo para no abusar de su poder, pues entonces una voz acusatoria se alzaría con estridencia. Si alguien quisiera enfrentarse por escrito a *El Corsario*, tendría que cuidar hasta en el más mínimo detalle su compromiso con el honor, la responsabilidad y el decoro; de lo contrario, la voz acusatoria se levantaría en su contra de forma terrible. Coloca una espada en la mano del más experimentado espadachín; la esgrimirá con destreza y vencerá con facilidad a cualquier oponente. Pero en lugar de un oponente suelta y azuza perros feroces en su contra, y amenázalo si se atreve a defenderse de otra manera que no sea con golpes puros de esgrima, dando sablazos altos; censúralo si quiere defenderse las piernas. Pero los perros lanzan sus mordidas a las piernas****.

Para rematar todo lo anterior, se sigue insistiendo en ese mismo discurso de cuando *El Corsario* era un periódico poco leído e insignificante, "Es una trivialidad, no vale la pena hablar de ello", esto en un momento en el que *El Corsario* se ha convertido, si no en el único, sí definitivamente en el diario más comentado. Ningún periodista toma la palabra, "no vale la pena". Digamos más bien: "esa pena no paga", porque el pago es recibir insultos hasta la muerte, el pago es ser incomprendido hasta que la gente vuelva a sus cabales, pues entonces podrá ver con facilidad eso que yo veo.

Si no hubiera prestado atención, de una manera extraña y azarosa tendría que ser considerado por algunos como un mero observador; tendría que carecer por completo de simpatía por mis congéneres, por los aspectos hermosos de la vida privada, por la silenciosa intimidad del matrimonio, por la protección de la crianza de los niños y por muchas otras relaciones que han sido vulneradas precisamente por este periódico; tendría que haber olvidado totalmente lo que le debo –y lo que todo mundo le debe– al que ha sido lastimado y ofendido. Y muchas personas privadas que no son capaces de expresarse de forma literaria quizá han juzgado como una deslealtad por parte de los escritores el que ninguno haya tomado la palabra en este asunto, en el que, por cierto, no se trata de defender al individuo, pues, como lo ha dicho Frater Taciturnus, no debe haber

respuesta alguna a menos que el fenómeno mismo se convierta en objeto de discusión.

Sin embargo, resulta difícil hacer algo en este sentido justo porque ese diario ha invertido todas las relaciones. Es preciso, en consecuencia, ser un poquito metódicos. En primer lugar, necesito encontrar a una persona cuyo exterior abunde en accidentes ridículos, ya que *El Corsario* justo anda a la caza de personajes así. Necesito cerciorarme***** de que me atreveré a hablar de esto tan libremente como *El Corsario* habla de manera insolente, pues también en este aspecto la relación se ha invertido. *El Corsario* se atreve a atacar a cualquiera, y si alguien pretende responder en defensa del agraviado se le dice: "No haces más que expandir el ataque, ¡así que mejor calla!". Se trata en verdad de una observación curiosa cuando se hace después de que el país entero ha leído el ataque y cuando el hecho es que cualquier otro diario que publicara la defensa difícilmente alcanzaría una décima parte de los lectores del ataque en *El Corsario*. O si alguien dijera que la defensa ocasionaría que se siguiera hablando por más tiempo de este asunto. Sería una observación curiosa si se hace después de que *El Corsario* se ha tomado la libertad de perseguir a esa persona particular todo el año. Se dice: "No defiendas al agraviado, mejor cállate; no sea que vayas a alterar el asunto". Se trata en verdad de una expresión sumamente exquisita, "alterar el asunto", pues el asunto que no debe ser alterado es que la persona agraviada ha sido maltratada frente a la mirada de todo mundo******.

Mientras tanto, aquél que pretenda hacer algo debe asegurarse de obtener el consentimiento de la persona agraviada a fin de impedir que algún débil mental vaya a encontrar la ocasión de hacerse el listo. Es lo que yo he hecho, y esa persona soy yo mismo. Si *El Corsario* tiene derecho a hablar de la delgadez de mis piernas y de mi aspecto ridículo –y aquí sin duda hay diversión para mí desde mi puesto en la silla de las sorpresas [*Forundringsstol*][46-1] de la ruindad–, entonces yo también tengo derecho a esto, algo que, por fortuna, puedo hacer quizá con

[46-1] Se trata de un juego llamado, precisamente, la silla de las sorpresas. El participante principal se sienta en una silla en medio de un círculo formado por el resto de los jugadores, quienes formulan en secreto preguntas acerca del jugador en la silla; al final, éste tiene que adivinar cuál participante hizo cada pregunta.

mucha mayor calma que *El Corsario*. En este punto, de inmediato se vuelve a observar una diferencia decisiva. En efecto, yo conozco bien cuál es mi aspecto, y lo cierto es que pocas personas han sido tan a menudo objeto de una broma bienintencionada o de alguna pequeña ocurrencia o de una ligera burla o de una sonrisa casual como lo he sido yo. A decir verdad, no creo que este tipo de cosas tenga nada de malo: es la expresión de una impresión momentánea que la gente implicada no puede evitar, y justo ahí reside el elemento conciliatorio. Muchos que tal vez han valorado en exceso mis habilidades han obtenido en compensación una pequeña alegría gracias a mis piernas; muchas mujeres que quizá ponían en los cielos mis dones intelectuales se han reconciliado conmigo con el auxilio de la delgadez de mis piernas. Y todo esto me parece completamente inocente, excusable e incluso divertido. Sin embargo, es distinto cuando un ultrajador se permite, por así decirlo, dirigir las miradas de la multitud hacia mis piernas; cuando, en consecuencia, se deshace de la excusa del instante y, en cambio, convierte esto en el objeto de la atención. Sin duda me resignaré a ello; esto perjudica más a los extraviados[465] que a mí. Y justo porque sé que puedo resignarme, justo por eso estoy seguro de que puedo tener un impacto sobre *El Corsario* como fenómeno*******. A propósito de esto, más adelante expondré un ejemplo de la manera en que incluso la ridiculez física y accidental de una persona puede entenderse de tal modo que lo cómico hace valer sus derechos y, al mismo tiempo, una envidia bienintencionada obtiene una pequeña venganza, y todo termina en una reconciliación inocente y edificante, que es la conclusión natural cuando la idea está presente arrojando su bendición sobre los hechos. ¡Ay! Pero cuando lo decisivo es el interés pasional y económico, cuando no se prestan oídos a la armonía de las esferas de las relaciones categoriales sino sólo al tintineo de las monedas en la caja, cuando la pasión es impulsada al máximo por la conciencia de que todos los suscriptores adquieren con el periódico el derecho de despachar con desprecio al escritor, entonces todo cambia.

**Al margen*: de una especie difícil de digerir.
***Al margen*: más bien se inicia al agraviado en una conspiración.

[465] Es decir, a los escritores y caricaturistas de *El Corsario*.

***Al margen*: una fortuna y

****Al margen*: Entre todos los que escriben en *El Corsario*, no hay uno solo que acepte las condiciones del honor y los compromisos que todos los demás escritores daneses respetan y que la gente exige de ellos; no hay uno solo que sea capaz de escribir un artículo realmente ingenioso en el que se vea reflejado algún pensamiento nítido y determinado con claridad dialéctica y con la madurez de una visión de vida bajo la hermosa luz refractada de un ingenio más sereno, profundo y meditado.

*****Al margen*: de tener su consentimiento.

******Al margen*: pero no dejamos de jugar el juego de que estamos en París.

*******Al margen*: literario.

vii [1] b 38 [-]

Algunas observaciones instructivas
en relación con el notable extravío de *El Corsario*
de
S. Kierkegaard
Número 1

———

Dado que en este momento estoy por revisar los borradores de una obra grande que por fin quedará inserta en el proyecto total que comenzó y ha continuado en los escritos seudónimos (a pesar de que tiene una conexión más estrecha con *Migajas filosóficas*, libro editado por mí), y aunque mientras hago revisiones no suelo emprender ningún trabajo nuevo, creo que no cumpliría conmigo mismo ni con mi posición como escritor danés si no utilizara este tiempo libre para protestar en contra de aquello que desde hace mucho debió haber sido objeto de protesta.

Cuando en la vida cotidiana se desarrolla algo insalubre en el agua que se bebe en la ciudad o cuando el panadero usa harina estropeada o incluso cuando el alumbrado público no funciona, esto se convierte de inmediato en objeto de protesta y se traduce de inmediato en regulaciones y medidas preventivas. En cambio, cuando en el mundo del espíritu se ofrece un alimento contaminado y putrefacto, cuando parece que hay una demanda extraordinaria por semejante producto, cuando, por desgracia, el engaño en esta transacción no consiste en entregar muy poco a cambio del dinero, sino más bien

en que se ofrece demasiado, entonces esto ocurre sin que nadie proteste, y la ausencia de protesta alcanza tal punto que en el mundo del espíritu ya no hay ninguna transacción que se le compare en cuanto a magnitud. Cuando en la vida cotidiana de repente se ofrece demasiado pescado fresco, la policía lo prohíbe, pero cuando se ofrecen bromas podridas en tal cantidad que incluso las bromas particulares buenas se contaminan por su contacto, cuando se ofrece una cantidad tan enorme que es como si fuera el pan de todos los días, entonces no pasa nada. En la vida civil, una pobre mujer es castigada de forma severa cuando *parece* estar pidiendo limosna con un gesto (algo que en verdad no puede ser ofensivo) en el breve instante en el que uno pasa frente a ella (algo que en verdad no puede resultar molesto). En cambio, cuando un individuo privado es agredido por medio de impresos, en ocasiones de forma regular cada semana, y su agresor le arroja, por así decirlo, los perros de la inconsideración, la brutalidad y el frenesí, entonces no pasa nada. No, no pasa nada. Lo único que ocurre es que el negocio florece y que no muchos funcionarios públicos –incluso en los puestos más elevados–, y ni hablar de los artistas y eruditos de Dinamarca, son remunerados de esa forma.

Mientras que nuestros escritores famosos sólo tienen un mercado pequeño para sus escritos e incluso los periodistas, quienes, a pesar de todo, pueden contar con una mayor difusión –con excepción de *Berlingske Tidende*–, están en decadencia, hay un instituto que florece y prospera haciendo del ultraje su oficio, y se pavonea orgulloso de tener un número de suscripciones que tal vez ningún otro diario tiene. Alardea, en efecto, como un gallo, orgulloso de ser el periódico indiscutiblemente más leído en todo el reino; leído por todos los estratos, del más alto al más bajo; leído por gente de todas las edades, incluso por colegiales. No vislumbra ni cuenta con la profundidad necesaria para comprender la diferencia entre París y Copenhague; que eso que, en París, como un fenómeno entre muchísimos otros, puede tener su importancia como una envidia ingeniosa, aunque bienintencionada, de los hombres que manejan el destino de Europa y que, estando lejos del ataque, éste les pasa desapercibido (o prácticamente desapercibido), aquí en Copenhague es una agresión a los individuos privados. Por turnos son convertidos en objeto de ultraje y puestos a merced de la atención de los curiosos, si es que les place. De esta manera, en una

ciudad pequeña, en un contexto limitado, en los roces cotidianos de la vida común, en una escena literaria humilde que ni siquiera cuenta con una sola revista crítica, hay un periódico que florece de forma triunfante y con un número casi insólito de suscripciones, el cual vive de su audacia para hacer y decir cualquier cosa; un diario sin idea que está al servicio de las pasiones y de las ganancias, y que lucra de manera espléndida con ese privilegio ruin de tener una libertad sin riendas.

Además, este periódico tiene una oficina que con la ayuda de cartas anónimas se entera de información privadísima, una oficina que está en posesión de un conocimiento acerca de todo que ni siquiera la policía tiene, una oficina que sabe cómo utilizar dicho conocimiento para obtener por la fuerza el imperio, es decir, la anarquía. En efecto, va más allá, y para coronar su obra, por así decirlo, este instituto tiene la audacia de afirmar que el ser ultrajado en su periódico es una venganza.

Y a todo esto se responde con... ¡un silencioso desprecio! ¡Es, en verdad, una respuesta singular que no tiene relación alguna con la acusación ni con el hecho de que todo mundo lee este periódico! No se trata, después de todo, de eruditos o científicos que combaten entre sí en esos libros grandes que sólo pocos leen; no es un periódico que sobrevive a duras penas en un rincón apartado; no es tampoco un diario que, firme en su servicio al honor y a la responsabilidad, siente la obligación de saber qué es lo que escribe y hace. No, es un periódico que de forma absoluta y sin comparación es el más leído en el reino, que no admite comparación en la absoluta libertad sin riendas con la que escribe; no admite comparación, en efecto, pues hacer una comparación sería en sí misma una ofensa contra todas las demás cosas que se escriben en Dinamarca. La autoridad civil es vergonzosamente puesta a raya por unos bribones que deberían ser arrestados con todo rigor por el poder ejecutivo y juzgados por los solemnes tribunales. Y mientras la autoridad es obligada con descaro a perder el tiempo lidiando con hombres de paja, *El Corsario* hace negocios entre la gente, guardando en la mano su honor y su apacible vida privada como si se tratara de fruslerías. Y para rematar todo lo anterior, se sigue insistiendo en ese mismo discurso de cuando *El Corsario* era un periódico poco leído e insignificante, "Es una trivialidad, no vale la pena hablar de ello", esto en un momento en el que *El Corsario* se ha convertido,

si no en el único, sí definitivamente en el diario más comentado. Ningún periodista toma la palabra, "no vale la pena". Digamos más bien: "esa pena no paga", porque el pago es recibir insultos hasta la muerte, es ser incomprendido hasta que la gente vuelva a sus cabales, pues entonces podrá ver con facilidad eso que yo veo.

Si hubiera transcurrido mucho tiempo y este fenómeno no hubiera llamado mi atención, de una manera extraña y azarosa tendría que ser considerado por algunos como un mero observador. Y muchas personas privadas que no son capaces de expresarse de forma literaria tal vez se han lamentado de que nadie le haya prestado atención.

Sin embargo, resulta difícil hacer algo. En primer lugar*, necesito encontrar a una persona cuyo exterior abunde en accidentes ridículos, ya que *El Corsario* justo anda a la caza de personajes así. Necesito cerciorarme de que me atreveré a hablar de esto tan libremente como *El Corsario* habla de manera insolente, pues también en este aspecto la relación se ha invertido. *El Corsario* se atreve a atacar a cualquiera, y si alguien pretende responder en defensa del agraviado se le dice: "No haces más que expandir el ataque, ¡así que mejor calla!". Se trata en verdad de una observación curiosa cuando se hace después de que el país entero ha leído el ataque y cuando el hecho es que cualquier otro diario que publicara la defensa difícilmente alcanzaría una décima parte de los lectores del ataque en *El Corsario*. O si alguien dijera que la defensa ocasionaría que se siguiera hablando por más tiempo de este asunto. Sería una observación curiosa si se hace después de que *El Corsario* se ha tomado la libertad de perseguir a esa persona particular todo el año. Se dice: "No defiendas al agraviado, mejor cállate; no sea que vayas a alterar el asunto". Se trata en verdad de una expresión sumamente exquisita, "alterar el asunto", pues el asunto que no debe ser alterado es que la persona agraviada ha sido maltratada frente a la mirada de todo mundo.

Mientras tanto, aquél que pretenda hacer algo debe asegurarse de obtener el consentimiento de la persona agraviada a fin de impedir que algún débil mental vaya a encontrar la ocasión de hacerse el listo. Es lo que yo he hecho, y esa persona soy yo mismo. Si *El Corsario* tiene derecho a hablar de la delgadez de mis piernas y de mi aspecto ridículo –y aquí sin duda hay diversión para mí desde mi puesto en la silla de las sorpresas de la ruindad–, entonces yo también tengo

derecho a esto, algo que, por fortuna, puedo hacer quizá con mayor calma que *El Corsario*.

Luego, es necesario cerciorarse de que quien habla no sea alguien que haya sido atacado de forma directa, pues en tal caso enseguida se diría: "Es que está susceptible". Todo lo relacionado con la aversión y la indignación es suprimido. Me he asegurado de esto haciendo que un autor seudónimo –con el que a menudo se me confunde– exija que se le insulte a pesar de haber sido elogiado, y eso es lo que ha pasado... y ahora también yo estoy involucrado. En efecto, muchos tienen que haberse preguntado por qué no había aparecido antes en *El Corsario*.

De esta manera, todo está dispuesto, como quizá podrá constatarlo aquél que tenga una visión clara de la situación. Se observará con facilidad que el que aquí pelea no es un joven exaltado, sino alguien que ya desde hace tiempo es conocido por su habilidad con la pluma y que es también capaz de trazar un plan. Si nadie más está dispuesto, entonces seré yo quien haga la acusación contra este fenómeno literario extremadamente funesto. No se hablará aquí de personas ni de sus caracteres, no; sólo se hablará sobre el fenómeno mismo. Y aquél que, si bien soporta una grave responsabilidad por algo que hizo de forma personal y que justo por ese motivo se ha presentado siempre como uno sin autoridad, pero que en realidad, *qua* autor, tiene la conciencia más pura y ligera; aquél que sufre pérdidas económicas año tras año y cuyo empeño ha aumentado día tras día, tiene como única petición que se le deje en paz para atreverse a colocar sus escritos en la literatura danesa; él cuenta, a pesar de todo, justo con la energía para enfatizar lo ético de ser un escritor.

Baste lo dicho respecto a mi legitimidad literaria. Si el asunto fuera una mera disputa de carácter estético sobre quién es el más ingenioso o algo de esa naturaleza, entonces la cuestión, en el fondo, podría resolverse con facilidad haciendo que los temidos genios de *El Corsario*, hombre por hombre y colocando su firma, escribieran en otro periódico bajo las mismas condiciones de cualquier otro escritor que no se beneficia económicamente de la carta blanca y del privilegio de la ruindad para atreverse a hacer cualquier cosa, dado que ese privilegio ya se ha perdido de antemano al ser un objeto de desprecio. Si tan sólo uno estuviera dispuesto a considerar esto con

calma, uno se convencería de lo mucho que este fenómeno descansa en una falsa alarma. Pero la disputa no es así, y así como yo, en mi posición de escritor, declino con orgullo que se me reconozca como más ingenioso que *El Corsario* –y es que ser ingenioso no me interesa en lo más mínimo–, de igual manera esta controversia tampoco resulta muy agradable. O, mejor dicho, no es una controversia en absoluto; es un intento por detener, en la medida de lo posible, ese debilitamiento confuso que se propaga por doquier. No se trata de provocar una controversia, sino sólo de exponer con calma y poder de persuasión todas estas malas costumbres, y de hacerlo con serenidad mientras que ese periódico, sin duda, se dedica a cubrirlo a uno de insultos y a abandonarlo por cualquier medio posible a merced de las risas de todos los necios y desconsiderados. Se trata de dedicarme, con calma y no alejado del mundo, a la contemplación, aferrándome al pensamiento en medio del alboroto; se trata de entregarme en silencio a la contemplación mientras me siento, por así decirlo, en la caldera en la que martillean los caldereros.

Por lo que a mí respecta, poseo en lo personal las cualificaciones para una tarea de esta naturaleza. Soy un hombre soltero; no tengo una esposa que deba afligirse por más que el esposo desprecie con orgullo los insultos; no tengo "otra mitad"[666] que deba aguardar con angustia lo que traerá consigo la siguiente semana, que deba estar preocupada al lado de su esposo, mirando a través de los ojos de la angustia, quizá agrandando las cosas**, mientras que el esposo, orgulloso, no hace caso de ello; no tengo un hijo que quizá accedería a *El Corsario* en el colegio si no lo hiciera en casa de los padres y que, una de dos, o sería llevado a cometer el lamentable error de reírse de su padre o se indignaría de forma precoz del mundo en el que vive y en el que semejantes cosas le ocurren a su padre; no soy maestro de algún colegio en el que los niños puedan recibirme con risas ni soy tampoco maestro de adultos***. No tengo un puesto; no soy un clérigo que, desde su posición clerical y con desgana, tenga que vérselas con semejante documento acusatorio, pues cuántos lectores tienen la Biblia y el libro de himnos en comparación con *El Corsario*, que es una lectura para todo mundo, especialmente para los indefensos que no poseen

[666] *Andet Jeg*, literalmente "otro yo".

ninguna visión de vida. Pero cualquiera que tenga una visión de vida sabe bien que no hay nada tan difícil de tratar con temor y temblor como un sentido para lo cómico.

De manera que estoy solo; deseo estar solo. Estoy acostumbrado a terrores distintos al terror infantil de ser caricaturizado, tranquilamente consciente de mi aspecto, recibiré los golpes. Acostumbrado a arrancar mi mente y mi pensamiento de otras consternaciones interiores para devolverlos a la broma y la alegría, sin duda me irá bien. Sin embargo, sé bien cuál es el sitio de las bromas. Deseo estar solo; ni siquiera los editores de ese periódico tienen algo que ver con estas acciones mías. Por lo tanto, permitan, si es posible, que todo *El Corsario* lidie conmigo; de este modo, todos los individuos privados quedarán exonerados por un tiempo. Nadie me ha pedido que dé este paso, nadie. No cuento con la ayuda de nadie. Sé muy bien que, aunque se acostumbra decir: "¡Ah, pero si es *El Corsario!*", ¡aun así no hay nada que la gente tema tanto como ser ridiculizada! Así que estoy solo. No obstante, hay uno que me ha pedido, no, él no acostumbra pedir: él ordena y uno obedece, y uno no está tranquilo si no lo hace; hay uno que representa el auxilio del solitario en su soledad, que está alejado de la vida y, en su soledad, se encuentra en medio de la tribulación.

Aquí no habrá una polémica ingeniosa, no habrá risas chillonas; gracias a Dios, tampoco encuentro placer alguno en el privilegio de atreverme a recurrir a caricaturas y otras crudezas. Si es posible, deseo que mis observaciones resulten instructivas, luego tranquilizantes y atenuantes y no carentes de un cierto interés. En algún punto, también habrá sitio para alguna broma bienintencionada, justo para mostrar cómo se hacen estas cosas.

Por ello les pido paciencia a mis lectores. A aquél que es rápido para la risa, le advierto que sea un poco más lento, no sólo por mí, sino también por él mismo. Después de todo, es muy probable que yo pueda tolerar su risa mejor de lo que él mismo podría hacerlo. Y si quizá tengo enemigos o algo parecido que tal vez con razón no me vean con buenos ojos, les pediré –una vez más no sólo por mí, sino también por ellos– que consideren una cosa: si deseaban que yo recibiera un castigo, ¿les conviene desear que tal castigo ocurra por medio de la crudeza de *El Corsario*? ¿Tienen acaso un concepto tan bajo de sí mismos como para querer que *El Corsario* sea su caballero en arma-

dura? No. Entonces, que sea una persona eminente y con autoridad, de manera que cuando me castigue todos podamos ser edificados con ello. Todo ataque de *El Corsario*, sin importar si está dirigido contra un culpable o un inocente, produce un daño irreparable, pues el remedio es infinitamente más dañino que la enfermedad.

**Al margen*: no debe haber respuesta (Frater Taciturnus); sólo una acusación.
***Al margen*: o sorprendiendo con desaliento a la servidumbre leyendo con curiosidad *El Corsario*.
****Al margen*: no tengo mucha gente a mi servicio; mis subordinados no me saludarían con miradas de perplejidad,

Añadido a vii [1] b 38: vii [1] b 39 [-]
Aquí no habrá una polémica ingeniosa, pues mi propósito es abordar la cuestión de manera seria y calmada... y *El Corsario* a duras penas sigue una polémica ingeniosa. Respecto al juicio según el cual carezco de ingenio, insisto en que no se precipiten, no por mí, sino por ustedes. Pues una jovencita no querrá bailar en la pista de baile[467] a menos que pudiera aceptar con serenidad que su presencia en la pista era interpretada de la siguiente manera:

Además, el ingenio también tiene un aspecto dialéctico, y para todo escritor de cierto talento es y seguirá siendo un error imperdonable ser ingenioso en el sitio inadecuado.

La legitimidad de *El Corsario* vii [1] b 40 [-]

Nunca se ha legitimado; creció a partir de la mierda. Todo gira alrededor de la personalidad completamente egotista de una persona desconocida.

Añadido a vii [1] b 40: vii [1] b 41 [-]
El Corsario es cada vez más insolente. Nadie responde: nadie se atreve a responder. Goldschmidt publicó un libro.

[467] *Cfr.* vii [1] b 14.

vii [1] b 42 [-] *Añadido a vii [1] b 40:*

Intimidado en la vida estudiantil (Høedt).
Un hombre dijo algo sobre Gold.[468] En un lugar público.
(Rosenkrantz).[469]
Actores – Clérigo –

vii [1] b 43 [-] *Añadido a vii [1] b 40:*

a)

La postura de *El Corsario*

La nivelación.
La envidia bienintencionada (su elemento edificante).
La envidia despreciable.
Uno quiere echar abajo aquello que es grande —con la ayuda de una persona despreciable, de manera que no queda nada.

vii [1] b 44 [-] *Añadido a vii [1] b 40:*

b)

El ataque de *El Corsario*, cómo funciona.
Analogías con las representaciones teatrales.
Con ser abucheado o insultado en una asamblea.
En el fondo, estas dos analogías no son nada. Uno no cuenta con el recurso de la simultaneidad en contra del agresor ni con el sufrimiento sólo momentáneo; éste dura más, a veces un año.[470]
Y este castigo, cuyo ejecutor sin duda piensa que nadie puede tolerar y Dios sabrá si no se lisonjea con la idea de que puede obligarme a abandonar el país, ¿quién lo ejecuta? ¿La autoridad? No, la anarquía.

[468] Goldschmidt.
[469] Tanto F. L. Høedt (1820-1885), profesor en el Colegio de la Virtud Cívica (donde estudió Kierkegaard), como el barón Iver Holger Rosenkrantz, oficial y diplomático, habían sido víctimas de la ridiculización de *El Corsario*.
[470] El ataque contra Kierkegaard duró seis meses, aunque las caricaturas siguieron publicándose hasta 1848. No era poco común que los ataques de *El Corsario* se prolongaran incluso por más tiempo.

Añadido a vii ¹ b 40: vii ¹ b 45 [-]

c)

El ingenio de *El Corsario* –no esencial–.

Lee las bromas de *El Corsario* en un libro o en otro periódico y sentirás asco, porque en ese caso tienes exigencias distintas.

Caricaturas sacadas de la naturaleza.

Por ejemplo, mostrarme dando un discurso frente a las criadas en mi casa (pues soy propietario).

O cabalgando en un caballito de juguete.[471]

Esas cosas cualquiera puede hacerlas.

Añadido a vii ¹ b 45: vii ¹ b 46 [-]

Eran las dos y media; era la tercera vez que el maestro Kierkegaard caminaba de vuelta de Østergade (hay un dibujo de esto).

Añadido a vii ¹ b 40: vii ¹ b 47 [-]

d)

No hay ningún recurso en contra del ataque de *El Corsario*.

1) No en los tribunales.

2) No con una polémica ingeniosa, pues no hay honor alguno en ganar de ese modo.

3) No demostrando que se trata de un periódico despreciable, pues en tal caso todo mundo diría: "eso ya lo sabemos".

Aquí reside la falsa alarma de la brujería.

Añadido a vii ¹ b 40: vii ¹ b 48 [-]

e)

Lo ético y lo inmoral.

Ab posse, ad esse.[472] vii ¹ b 49 [-]

Una fantasía

———————

———

[471] Ambas caricaturas fueron publicadas por *El Corsario*.

[472] En latín: "de la posibilidad a la realidad".

El jorobado bizco

Hace muchos años, en la ciudad de F vivía un hombre conocido por todos, aunque sólo muy pocos lo habían visto pues casi nunca salía. Y quizá en esa situación hubiera sido de gran interés leer esto que escribo. Era de baja estatura, bizco y jorobado, y consideraba que las únicas personas en realidad desdichadas eran las bizcas y jorobadas, siendo él mismo el más desdichado de todos. Porque decía: "Ojalá que tan sólo fuera bizco; en ese caso podría salir por la noche, cuando nadie se percataría de ello, pero también soy jorobado". Odiaba a todos los seres humanos y únicamente sentía compasión por aquéllos que eran jorobados o bizcos o ambas cosas, pero sólo cuando no soportaban su destino con paciencia ni amaban a Dios ni a los hombres, ya que juzgaba que esto era cobardía.

Había estado comprometido, pero rompió el compromiso debido a las bromas que creía escuchar.

Era el editor de un periódico y hablaba mal de la gente.

Obstinación y orgullo y codicia.

En casa vivía de manera suntuosa. Tenía grandes espejos; en ellos se contemplaba a sí mismo y decía con alegría: "En el fondo te pareces a César, con la excepción de que tú eres bizco... y con la excepción de que eres jorobado. Pero eso no se puede ver si te miran de frente".

Publicó un libro titulado "El jorobado bizco", algo que, por lo regular, un poeta jamás haría: hablar de forma tan directa de lo más íntimo de su alma.

Creía que necesitaba que su diario expresara su visión de vida, aunque no tenía ninguna, y el periódico sólo contenía murmuraciones y burlas, y su visión de vida era cólera y desesperación.

Le decía a su confidente: "¿Por qué debo ser bizco y jorobado, y quedar excluido, por ese motivo, de convertirme en pastor o actor?". Cuando el confidente mencionaba que eso también les ocurría a los ciegos, los tuertos, los cojos, los patizambos y a aquellos cuyas piernas estaban formadas como los ángulos de un taburete, el pequeño le respondía: "Pero todo eso no es nada comparado con ser bizco y jorobado".

Decía: "¿Por qué soy bizco y jorobado? ¿Por qué no lo son también todos los seres humanos? ¿Por qué no todos los niños nacen bizcos y jorobados? En ese caso, ya no habría problema". "En efecto", respondía

el confidente, "y sería tan sencillo; jamás se me había ocurrido lo fácil que sería". "Sí, ¿no es cierto?", contestaba el pequeño. "A menos que", continuaba el confidente, "tuvieras la mala fortuna de convertirte en eso que, de acuerdo con nuestras categorías modernas, llamamos una persona bonita, en cuyo caso todo mundo diría: ¡Véanlo! ¡No es un ser humano de verdad, le falta el adorno en la espalda!".

Luego el confidente se iba. Entonces, el pequeño hombre se ponía una bata de damasco, se colocaba un broche de diamante genuino y vestía por dentro un chaleco de seda con la Gran Cruz de la Orden del León. Se sentaba en un trono frente a un espejo y decía: "En el fondo te pareces a César, con la excepción de que eres bizco... y también con la excepción de la joroba". Y entonces rompía en llanto de nuevo hasta que su vieja criada llegaba y se lo llevaba cargando a la cama.

Después creía que había venido al mundo para colocarse a la cabeza de todos los bizcos y jorobados. Pensaba que, así como Apis[473] era reconocido por una mancha particular, llegaría el día en que la gente, percatándose del nacimiento de un niño bizco y jorobado, enseguida acudiría corriendo y lo proclamaría rey.

El pequeño hombre jamás le rezaba a Dios, sino que siempre era desafiante.

Un día, el confidente le dijo: "Parece que sufres. Acepta tu suerte y ama a Dios, y entonces no sólo sentiremos compasión por ti todos nosotros, sino que te admiraremos. Renuncia al periódico". Entonces el pequeño contestó: "No, es justo con el periódico que los obligaré a respetarme, como lo dije ahí anoche". Pero el confidente respondió: "Oh, querido, es precisamente de esas palabras que la gente se ríe más. Una persona dijo en un lugar público: 'Ahora se ha vuelto loco por completo, ¡*pathos* glorioso! ¡Qué valor à la César encierra esa palabra, *obligar*! ¡Qué sátira en relación con su objeto: el respeto! ¡Qué ambigüedad tiene esa cortesía que está dispuesta a reconocer que ha tenido éxito, como si alguien admitiera que ser bizco y jorobado equivale a ser una persona hermosa!".

[473] Apis era una divinidad egipcia en forma de toro. El toro en que reencarnaba se reconocía por una cierta mancha.

En cierta ocasión, presenció una vieja pantomima en la que el pierrot[474] representaba a un jorobado y pensó que la pieza había sido escrita para burlarse de él y que el pierrot lo estaba remedando. Entonces el pierrot fue ultrajado en el periódico por todo un año.

vii [1] b 50 [-] *Añadido a vii [1] b 49:*

En el Imperio Otomano se juzgaba como algo realmente extraordinario a un enano que fuera, además, sordo, mudo y circunciso.

Cfr., Flögel, *Gesch. d. Hofnarren*, p. 514.[475]

Es Tournefort el que cuenta esto; una o dos páginas antes dice otra cosa.

vii [1] b 51 [-] Además, ha descubierto una nueva manera de ultrajar, pues así como un mendigo acosa a alguien con sus súplicas siguiéndolo calle tras calle con la esperanza de que se harte y suelte algo de dinero para librarse del repulsivo pegote, del mismo modo él persiste con sus insultos. Con él, un asunto nunca se da por terminado. Si ya se olvidó, pero se le ofrece de forma secreta una ocurrencia buena e ingeniosa relacionada con ese mismo asunto, entonces vuelve a tocarlo.

vii [1] b 52 [-] #

En la Antigüedad no podían ocurrir estas cosas, justo porque todavía no se inventaba la imprenta. El agresor debía hacer lo suyo de forma personal. Ahora, en cambio, el cobarde canalla se oculta y lanza sus insultos... con diez mil bocas.

vii [1] b 53 [-] **Esquema**

Si la ruindad literaria se interpretara de forma dramática y cómica, debería tener específicamente estos dos momentos:

1) Es cobarde.

Va con un puñal – que no utiliza.

[474] Nombre de una figura de pantomima cómica con holgado traje blanco, gran sombrero blanco y la cara pintada.

[475] *Cfr.* K. F. Flögel, *Geschichte der Hofnarren* [*Historia de los bufones*], Liegnitz y Leipzig: Siegert, 1789, p. 514 [askb 1401].

Es representada – por bribones.
Sin embargo, aparenta ser valiente.

2) Es codiciosa.

Escena:

El empresario quiere un candelabro de plata; entonces se organiza un consejo para determinar a quién se ultrajará. Hay que procurar inventar algo nuevo, ya que lo viejo está demasiado gastado (aquí podrían incluirse unas líneas de deliberación en las que se mencionaran ejemplos en los que hubiera ocasión para caracterizar a los agresores y sus motivos). En este punto se elabora todo un plan para producir algo nuevo.

La obra concluiría mostrando al reino de Satanás hundiéndose en la discordia. El verdadero bien del honor se le ofrece al empresario, quien no tiene la ruindad suficiente para renunciar a ello. En consecuencia, es capturado.

La ruindad literaria vii [1] b 54 [-]

———————

Se podría comenzar en una escena callejera en la Atenas del tiempo de Sócrates (esto sería histórico, sólo un poco idealizado).

1) En la Antigüedad, una persona (el ultrajador) tenía que presentarse de forma personal a la plaza pública y, si perdía, debía sufrir las consecuencias. En lo sucesivo, cualquiera que repitiera esto se haría responsable de sus palabras de la misma manera y de inmediato.

Con el anonimato la relación es distinta. La parte involucrada permanece oculta y los lectores tienen la defensa de que ellos sólo leen: "Porque escribir semejantes cosas sería algo despreciable". De

este modo, un miserable que está escondido vuelve cómplice de su crimen a una multitud de personas, y todo se hunde en la confusión, ya que todo esto se pone en movimiento en el terreno de lo oculto.
2) En la Antigüedad se sabía quién era el agresor; uno se aburría de ver siempre al mismo ultrajador, etcétera. No se desarrollaba ninguna representación fantasiosa de un tal *X*,[476] la cual siempre genera pánico.

Con el anonimato se desarrolla todo este elemento fantasioso. Y a pesar de que por lo regular somos bastante razonables, no puede negarse que las fantasías que produce el anonimato revelan una tendencia no insignificante a la superstición, tal como lo es la creencia en elfos y en un enorme gigante en una cueva en la montaña.
3) En la Antigüedad el ataque se llevaba a cabo de forma abierta y, en consecuencia, la vida social, especialmente la de aquél que debía tener mucho trato con personas en lugares públicos, no se tornaba precaria por culpa de todas esas extrañas mistificaciones y roces que no significan nada.
4) En la Antigüedad, cuando la situación misma del ataque concluía, el asunto quedaba olvidado. Con la imprenta, estas cosas persisten por largo tiempo, y si uno viaja a las provincias por un par de semanas apenas entonces las habladurías se ponen en marcha.

vii [1] b 55 [-]

nb.[477] Esto no debe imprimirse. Ha de completarse *in optima forma*[478] sólo como un estudio.

Una declaración personal en disfraz*

———

———

Hasta ahora, lo cierto es que creía saber cuál era la tarea más difícil de todas: lidiar con lo cómico en temor y temblor; conservar la noción de la responsabilidad de la seriedad ética y religiosa al lado del placer de la broma; ligarse por la eternidad al pacto del deber y, al mismo tiempo, poder buscar aventuras como un juvenil caballero de la fortuna; vestirse con el equipo completo de la realidad y, de forma simultánea, ser capaz

[476] Es decir, de un agresor anónimo y misterioso.
[477] *Nota bene*, en latín, "nótese bien", "obsérvese".
[478] En latín: "de la mejor forma posible".

de abandonarse con ligereza a un júbilo danzante; poder honrar al padre, admirar al hombre eminente, inclinarse ante el que es superior y, al mismo tiempo, ser capaz de dejar el agua correr y poder burlarse de manera que la eternidad misma se vaciara si uno perdiera la impresión de su *pathos*, de manera que el propio futuro se tornara inconsolable si uno perdiera el más pequeño recuerdo de su *pathos*. Hasta ahora, en verdad pensaba que en cada generación sólo nacen muy pocos con un genuino talento para lo cómico y que, además, son incluso menos los que desarrollan la madurez intelectual que constituye el equilibrio en el que las dos, la seriedad y la broma, se encuentran en una unión en la que cada una está igualmente alejada de un matrimonio inconveniente, una unión a la que es más difícil ingresar que para un anciano lo es casarse con una jovencita. Sin embargo, parece que de estos tiempos debería aprender, si no a cambiar mi opinión (soy demasiado lento para eso; también es posible que esta disposición para aprender sea un poco preocupante), sí que me encuentro solo en esta forma de pensar y que quizá sea el único que, con ello, renuncia por escrito a cualquier reputación como alguien con sentido para lo cómico. Pero si aprendo esto, en el fondo no asimilaría algo que no supiera ya; aprendería que no hay nada externo que impida que mi opinión sea la correcta, precisamente porque soy el único en suscribirla. Esto se parece, en el fondo, a la pregunta que Sócrates se hacía en una situación semejante aunque respecto a los caballos: ¿Todos saben cabalgar y sólo hay uno que no, o más bien sucede lo contrario, que hay algunos particulares, a quienes llamamos maestros de equitación, que conocen este arte, mientras que los demás no entienden de eso?[479]

Ahora pienso (según mi comprensión de lo cómico, desde luego) que en un país tan pequeño como Dinamarca, un fenómeno tan desproporcionado e inmoral como *El Corsario* [*al margen*: no sólo no genera ningún beneficio, sino que también] hace un gran daño. No produce ningún beneficio porque adultera e infecta lo cómico y, en consecuencia, silencia a lo verdaderamente cómico, justo como la impertinencia de un niño malcriado puede ocasionar que una persona más inteligente no quiera visitar o expresarse en una familia en la que ocurren este tipo de cosas, aunque, por lo demás, quiera mucho a la

[479] *Cfr.* Platón, "Apología de Sócrates", en *Diálogos I*, trad. de J. Calonge Ruiz, E. Lledó Íñigo y C. García Gual, Madrid: Gredos, 1997, 25 a-b.

familia. Hace un gran daño, pues con su ambigüedad y falta de carácter, y con el ocultamiento de su insolente ruindad hambrienta de comicidad, seduce a los ingenuos, a los imprudentes, a los voluptuosos y a aquéllos que se han extraviado en las pasiones terrenales.

Incluso puedo demostrar que esto es así. Sin embargo, tal demostración sólo tiene validez, naturalmente, según mi entendimiento de lo cómico y, por lo tanto, sólo para aquellos individuos que admitan de forma socrática que con lo cómico sucede lo mismo que con la equitación, que sólo algunos pocos entienden de eso, mientras que la mayoría no. La prueba consiste en que todo mundo está de acuerdo en considerar a este fenómeno (la naturaleza del periódico y su extraordinaria difusión) como una nadería. Ello demuestra precisamente que el daño está lejos de ser insignificante. Es decir, si en realidad todos pensaran que es una nadería, eso podría significar, a fin de cuentas, que no lo leen ni se suscriben a él ni hablan de su contenido. No obstante, los hechos de que se peleen por leerlo, de que lo lean como ningún otro periódico es leído, de que charlen de él y se conviertan de esa manera en mensajeros de un diario que cuenta con una difusión que ningún otro diario puede presumir en modo alguno, todo esto demuestra de forma contundente –de acuerdo con mi entendimiento, por supuesto– lo irreal de la opinión que lo juzga como una nadería. Lo ilusorio de esta opinión demuestra, por consiguiente, que el daño está lejos de ser insignificante, pues, aunque la situación fuera la misma respecto a la naturaleza del periódico y a su difusión, el daño ya sería menor si todos admitieran su carácter pernicioso. Franklin[480] les aconseja a los futuros economistas prestar especial atención a los gastos pequeños. Los gastos grandes, supone, reciben suficiente atención justo porque, en el fondo, dichos gastos no le quitan el ojo a uno. La diferencia es que lo importante está al tanto del individuo: le hace estar alerta, le enseña precaución y economía, y le obliga a ser cauto con los daños; de lo insignificante, en cambio, es él quien tiene debe estar al tanto. Del mismo modo, las tentaciones tal vez más peligrosas son las que aparecen bajo la modesta etiqueta de "naderías". Justo porque todo mundo afirma que es una nadería, el daño ocasionado se vuelve quizá tan grande que la ayuda del clero podría aprovecharse mejor aquí que

[480] Benjamin Franklin (1706-1790), inventor, diplomático y político estadounidense.

para la composición de un nuevo himnario, algo que todos consideran como la exigencia de la época.[481] La línea de desarrollo avanza desde la reflexión, a través de lo cómico y hacia lo religioso. Es por ese motivo que el abuso de lo cómico se difunde de manera tan poderosa en nuestro tiempo, mientras que todos piensan que es una nadería... a pesar de que siguen leyéndolo, suscribiéndose y hablando de él como de nada más.

Así pienso ahora y, a pesar de todo, quizá esté en lo correcto. Si tal es el caso, esto constituye sin duda una nueva prueba de que en el mundo existen el equilibrio y la distribución balanceada que lo convierten en el mejor de los mundos; todos los liberales y optimistas suponen que esto es así, de modo que, en consecuencia, todos en nuestra liberal época suponen que esto es así. Miren, este periódico no tiene, de acuerdo con mi entendimiento, el concepto correcto de lo cómico; en compensación, gana mucho dinero con la ayuda de su comicidad imperfecta: ¡acaso esto no constituye un equilibrio en el mejor de los mundos! Hay otros que, desde mi punto de vista, tampoco poseen una comprensión correcta de lo cómico, pero, en cambio, son honrados y respetados y tenidos en gran estima. ¡Qué distribución tan balanceada en el mejor de los mundos posibles! Ahora bien, si yo, que soy ignorado y despreciado como uno que no entiende de lo cómico, si en efecto no entendiera de ello, entonces sería en verdad el hijastro y el agraviado en este mejor de los mundos. Por otro lado, si realmente tuviera la comprensión correcta de lo cómico y fuera el único en tenerla, pero además gozara de una extraordinaria estima por parte de todos, entonces el equilibrio quedaría perturbado en el mejor de los mundos. Si se admite, por el contrario, que mi opinión es la correcta y que, por añadidura, soy despreciado por todos y pierdo mi dinero por culpa de esa opinión, entonces el equilibro se restablece en este mejor de los mundos. Así, por un lado, tenemos honor, estima, ganancias económicas... y una opinión equivocada; por el otro, deshonra, descalificación, pérdidas económicas... y la opinión correcta. ¡Con semejante perspectiva, quién no se volvería optimista si es que

[481] Grundtvig y sus seguidores enfatizaban la importancia de elaborar un nuevo libro de himnos para la Iglesia de Dinamarca. Éste fue un tema de burla recurrente para Kierkegaard.

no lo era ya desde antes! ¿Por qué alguien tendría que tenerlo todo? ¿Por qué alguien tendría que quedar excluido de todo? ¡No! ¡Alabada sea la distribución equitativa de los bienes de la existencia! Cada quien obtiene lo suyo y el esfuerzo individual es privilegiado de acuerdo con el deseo. Aquél que desea honores, prestigio y dinero, obtiene estos bienes con la ayuda de una opinión equivocada. Aquél que aspira a tener la opinión correcta, es obligado a pagar por ella con pérdidas económicas y el desprecio de todos. Esta consideración edificante a menudo me ha inspirado, pues en el fondo es algo muy bello que, para establecer un equilibrio, baste con saber valorar de forma adecuada los bienes; valorar el dinero, el honor y el prestigio; y valorar la posesión de la opinión y la perspectiva correctas. Sólo son desdichados aquéllos que titubean en el punto intermedio y que temen hasta cierto punto encontrarse en el error, pero también temen hasta cierto punto perder dinero** y la estima de la gente.

Pero baste con lo dicho sobre el tema, especialmente si ya se ha entendido. Sin embargo, hay alguien en particular que desearía que pudiera y quisiera entenderlo. En ese periódico hay un editor, el señor estudiante Goldschmidt, a quien considero inteligente y no falto de un cierto talento***. Por más despreciable que sea el periódico, quizá sería injusto imputárselo todo a él, aunque se apropie del dinero que cobra y de la admiración de todos aquellos que admiran este fenómeno. Puesto que ahora soy claramente consciente de que esto terminará de forma terrible y dado que, al tomar venganza contra dicho editor, la misma turba de ingenuos, imprudentes, voluptuosos y extraviados se excusará y lavará las manos sin haber mejorado en lo más mínimo, me gustaría dirigirle un par de palabras a Goldschmidt, de forma sencilla y personal, antes de decidirme a identificarlo con el diario. Me doy cuenta de que producirá una vez más un necio malentendido entre la mayoría el hecho de que yo, que en el fondo soy el agraviado y debería ser rápido para el desprecio, sea tan lento al respecto, mientras que por lo regular es muy fácil reírse de sus bromas, y que, por otro lado, me desquite con el bromista. A pesar de todo, no es imposible que el estudiante Goldschmidt en particular sea capaz de entender que yo, lejos de sentir temor por el ruin ultraje de El Corsario, me encuentro justamente en la posición contraria y que, dotado de una intrepidez quizá poco común, pero también de una compasión extraordinaria por

una persona, me expongo demasiado a ser insultado y escarnecido por la chusma y a ser incomprendido por la gente superior, todo por impedir que un hombre sea destruido. Lo cierto es que nunca hasta ahora había despreciado a nadie. No me agrada coquetear con el *pathos*. Respeto mi propia intuición, la cual me enseña, en mi trato con personas de la índole más diversa, a emplear categorías mucho más suaves, aunque también, en términos generales, mucho más pertinentes. Pero, a decir verdad, esto no debería ser así. *El Corsario* no debería ser un fantasma que ocasiona grandes daños y del que uno se venga con el desprecio, un bribón que es legalmente responsable ni una nada (que un periódico de hecho lo es cuando lo convertimos en objeto de un juicio personal). No, Goldschmidt no escapará; también él sufrirá el golpe del desprecio por cada vileza cometida, por cada céntimo que le ha consolado por el honor perdido. Aunque la imaginación más viva quisiera representarse las más diversas clases de ruindades literarias, ya sea una mendacidad insolente o un acoso infame en contra del vencido o un atrevimiento desvergonzado contra el bien o un entrometimiento contaminante en las relaciones íntimas de personas privadas o un rencor mezquino y cobarde, en pocas palabras, sea lo que sea, al menos algo es seguro: de todo esto hay ejemplos de sobra en *El Corsario*. Mi juicio definitivo sobre este periódico es el mismo que el de Frater Taciturnus: deseo ser ultrajado, no quiero sufrir la afrenta de ser recomendado, elogiado ni invocado por la ruindad literaria. Si el diario tuviera una difusión limitada, entonces juzgaría como algo irrelevante si se dedicaba a elogiar o a insultar, pues el juicio apuntaría a su naturaleza. Pero su difusión hace que el juicio deba expresarse de otra forma. Y el juicio, la valoración del periódico, es el siguiente: ser insultado por él es un honor; ser recomendado, una agresión; y escribir ahí, lo único despreciable. Por consiguiente, no temo a los insultos de *El Corsario*, así como el médico no teme a las palabras injuriosas del paciente al que le practica una amputación; yo no peleo con *El Corsario*, justo como el médico no pelea con el paciente que se resiste a la operación.

Ahora bien, Goldschmidt también ha publicado una novela: *Un judío*.[482] En consecuencia, hay frente a él dos caminos: el camino

[482] Véase la nota 133.

quizá pobre y modesto de la honestidad y el honor que te conduce, como productor [*Udgiver*] de libros, a un parentesco cercano con eso que es necesariamente objeto de profundo respeto, ser un escritor [*Forfatter*] danés, y el camino despreciable que te lleva a ganar dinero como editor [*Udgiver*] de *El Corsario*.[483] Pero aquí no hay mediación, y no debería haberla. La ruindad de *El Corsario* no debería ganarse un tratamiento cordial por asociarse de forma disimulada con un interés compasivo por lo que en la mencionada novela pudiera haber de conmovedor o triste. Precisamente esto es lo peligroso y lo que una vez más hace que, en este momento, sea necesario lidiar con *El Corsario* de otra manera, con una firmeza ética determinante. A las personas ingenuas puede resultarles muy complicado distinguir entre el talento y el abuso del talento, puede resultarles difícil defender el juicio ético contra la corrupción del talento. Sin embargo, para que haya simpatía y para distinguir entre lo uno y lo otro, se necesita prácticamente una excelencia ética, algo que en modo alguno puede presuponerse en el individuo promedio.

Por consiguiente, mi exigencia para el señor estudiante Goldschmidt es que en otro diario –uno que sea propio de un hombre de honor– y firmando con su nombre, describa la idea básica detrás de *El Corsario*, qué es lo que este periódico busca, qué es lo que justifica su existencia. Responder en *El Corsario* equivale *eo ipso*[484] a admitir el juicio en su contra. Y ya no más. Hice hasta el final todo lo que estuvo en mi mano y no tengo nada que temer, pues lo único que me inquietó por un instante fue el preguntarme si acaso juzgué con demasiada dureza no a *El Corsario*, sino a su editor, o si le di motivos para pensar eso. Yo no leo *El Corsario* y no se lo recomendaría ni siquiera a mi criado, pues creo que un señor no tiene la autoridad para recomendarle a su sirviente que acuda a un lugar inmoral. Pero aunque *El Corsario* subsistiera año tras año y aunque sus contenidos fueran de gran calidad, el hecho es que ha existido por seis años y su nombre ha sido estigmatizado de

[483] El término danés *Udgiver* se refiere de forma específica a quien publica libros. En un sentido más amplio, puede referirse a la persona que escribe los libros (el escritor) y a la que los edita (el editor). De cierta manera, Goldschmidt lo abarcaba todo: era el autor (*Forfatter*) de un libro, *Un judío*, del que, no obstante, se presentaba como su traductor y editor (*Udgiver*), y era también el editor en jefe (*Udgiver*) de *El Corsario*.
[484] Véase nota 97.

tal modo que jamás podrá ser el nombre de un diario respetable. Es triste contemplar cómo un nombre distinguido se degenera poco a poco; de manera parecida, es una ambigüedad extremadamente funesta cuando la ruindad se convierte de forma gradual en otra cosa, aunque sigue llevando el mismo nombre, de modo que el juicio ético nunca es definitivo. Soy consciente de que a todo mundo le parecerá extraño e incluso necio que aparente de esta forma contar con un cierto poder cuando el hecho es que he quedado reducido a nada. Ahora bien, la prueba de ello me supone una gran dificultad, pues, aunque todos leen *El Corsario*, en este juego nadie quiere que eso se sepa, de manera que no me atrevo a mencionar nombres sin que esto ofenda a alguno. A pesar de todo, hay una persona de quien, sin que haya ofensa, me atrevo a decir que lee este periódico y cuyo juicio me atrevo a invocar. Se trata de mi vigilante, un hombre simpático y despierto que por varios motivos me tiene en gran estima. Como he dicho, es lector de *El Corsario*. Ahora piensa que este periódico me ha hecho añicos, y justo porque se trata de un hombre bueno y gentil que me tiene aprecio, esto le inquieta. Su opinión de mí es que soy un estudiante tranquilo y trabajador que todas las noches llega a casa a una hora decente; sin entender realmente qué es lo que hago, aun así respeta este orden doméstico. En cambio, no cree que yo sea ingenioso, y ni hablar de que posea una dosis de ingenio comparable remotamente al ingenio de *El Corsario*, porque ese Goldschmidt, como dice mi barbero, tiene que ser *ein ungeheuer Witzkopf*.[485] Miren, si le insinuara a mi vigilante que fuera a darle una paliza a este escritor de pasquines, creo que lo haría gratis, sólo porque le apena mi caso. Resulta bastante curioso que el vigilante sea un hombre grande y fuerte, mientras que yo soy todo menos eso, y aun así tengo que ser muy delicado con él cuando se trata de la verdad, porque si le sugiriera de cualquier forma que, a pesar de todo, yo contaba aún con una u otra ventaja del más fuerte, él pensaría que me he vuelto loco. Baste lo dicho acerca del vigilante, quien me sigue teniendo en estima. Algo distinto sucedió aquí en la ciudad con un tabernero, a quien tengo presente de cuando él trabajaba con una familia a la que conozco. También lee *El Corsario* y lo admite con orgullo. Fue notable el cambio que tuvo lugar en él a

[485] "Un ingenio enorme". *Cfr.* vii [1] b 32.

partir del momento en que leyó de mí en este periódico, pues cuando fui inmortalizado no se percató de que se referían a mí. Antes, cuando nos cruzábamos en la calle, era claro que le alegraba saludarme; su rostro no poco atractivo adoptaba una expresión muy amigable y sin duda se sentía feliz cuando le devolvía con amable cortesía su saludo casi en exceso reverente saludo. ¡Ay, pero entonces ocurrió la transformación! Su saludo no volaba a mi encuentro, por así decirlo, en cuanto me veía. No, esa impaciencia de antaño fue reprimida; se comportaba como si no me hubiera visto y permitía que me acercara lo más posible antes de saludarme. No se llevaba la mano al sombrero, no. Su brazo se movía de forma lenta y parsimoniosa y, por último, se tornaba tan exiguo que en la práctica se dejaba el sombrero en la cabeza. Al final, sencillamente dejó de saludarme. Como he dicho, el tabernero lee *El Corsario*. Él piensa que lo que aparece en los periódicos es la opinión pública, es la voz del pueblo y de la verdad. Dado que, a pesar de eso, no puede leer todos los diarios, se limita a leer *El Corsario*, el que comparte con otro tabernero. Lo recibe los domingos por la mañana, después de lo cual lo lee en voz alta frente a toda su familia. Reúne todos los números para hacerlos encuadernar, tarea en la que tendría éxito de no ser porque la criada, quien los lee a hurtadillas, por desgracia tira a la basura uno que otro. Nuestro tabernero admite que el ser humano puede equivocarse, lo mismo un tabernero que un rey, un tribunal e incluso la Suprema Corte, pero que es infalible lo que está impreso. Dice él: "¿Cómo va a ser mentira algo de lo que se imprimen incontables copias, que es leído por todo el país y que, según he escuchado, nadie se ha atrevido nunca a refutar?". ¡Ay! He ahí el motivo del cambio en su juicio, el cual ha mudado tanto que este hombre, que en algún momento se hubiera sentido muy honrado de conversar conmigo, presuntamente ha dicho: "Es inadmisible que un tabernero se encuentre en el mismo lugar o en sociedad con un hombre que ha sido etiquetado de esta forma por la verdad pública". ¡Qué prodigioso contraste! ¡Se dice exactamente lo mismo en sitios de más categoría respecto a los escritores de *El Corsario*! Y, no obstante, todos están de acuerdo en leerlo. ¡Qué suerte que jamás tengo compañía! ¡Qué suerte que, si la deseara, difícilmente buscaría la compañía de un tabernero!

Por lo demás, el juicio de mi vigilante sobre el ataque estético es el siguiente: "En el peor de los casos, podría resignarse si le robaran

los pantalones. ¡Pero que los caricaturicen, eso no podría sobrevivirlo!". Aquí una vez más debo tratar al hombre fuerte con delicadeza, y es que su juicio me parece de lo más extraño. Es decir, si me robaran los pantalones y no tuviera otros para ponerme, probablemente no podría sobrevivir a eso, en especial si tuviera que salir de cualquier modo, pues en tal caso lo más seguro es que pescaría un resfriado. Otro asunto sería si pudiera conservarlos; en ese caso obtendría un beneficio y una alegría de mis pantalones como nadie en todo el reino: los llevo puestos –algo que tengo en común con todos aquellos que llevan pantalones– y, al mismo tiempo, la ciudad entera tiene la dicha de verme con los pantalones puestos; la dicha, en efecto, e incluso, quizá, el beneficio. Ahora bien, es verdad que en algún momento llegué a pensar que era capaz de ayudar un poquito a un individuo con mis esfuerzos literarios. ¡Ilusión, vanidad! ¿Es posible que sólo me haya equivocado en el medio y que esto aún pudiera ser de utilidad? El medio para ser útil ha sido descubierto y siempre lo llevo puesto: se trata de mis pantalones. ¡Ni siquiera mi obra más grande ha generado tanta sensación! Uno casi podría creer que la exigencia de los tiempos tiene que ver con mis pantalones. Ojalá que todas sus exigencias fueran así de inocentes, pues su demanda consiste, después de todo, en que los lleve puestos, y quizá, a lo más, que en algún momento se los deje en herencia a la ciudad. Petrarca pensaba que se volvería inmortal por sus escritos latinos, pero lo fue por sus poemas eróticos. El destino ha querido tratarme con mayor ironía. A pesar de toda mi diligencia y mi esfuerzo, fui incapaz de desentrañar la exigencia de los tiempos... y la respuesta estaba tan cerca de mí. Es increíble que no se me hubiera ocurrido y que tuviera que ser alguien más quien lo dijera: eran mis pantalones. ¡Qué suerte tan peculiar, pues mi vida ha adquirido una importancia poco común! Para mis contemporáneos, he ganado relevancia gracias a mis pantalones; para la posteridad, quizá mis escritos tengan un poco que ver con eso.

De forma irónica, todo este asunto me conviene, pues, como he dicho en otra parte, mi esfuerzo literario es dialéctico en la doble reflexión. Por tal motivo, sería del todo perturbador; en efecto, sería un crimen de lesa majestad en contra de la idea si yo, por ejemplo, permitiera que se publicara mi retrato o mi fotografía. Por otro lado, podría preguntarse si acaso no seré incluso responsable de todo el

apoyo para mi trabajo que, de forma absolutamente congruente con la idea, podría resultar de la difusión de mi caricatura y de los dibujos de mis pantalones (conmigo en ellos). Y a mí sólo me interesan la idea, el pensamiento y la verdadera congruencia en el pensamiento; yo busco esto, sea cual sea la condición externa a la que me conduzca, a ser admirado o a ser insultado; yo lo busco con confianza. Así como el niño que va de la mano de su madre atraviesa peligros sin saber nada de ellos, del mismo modo yo me enfrento al peligro de la mano de la congruencia, porque sé que en la idea he triunfado sobre el peligro.

Justo con este paso obtendré, entonces, una ventaja que me parece no poco significativa, a pesar de que una vez más la mayoría pensará que es todo menos eso, pensará que se trata más bien de una pérdida y de un perjuicio que acarreo sobre mí mismo. Ahora bien, lo cierto es que prácticamente todos han leído este periódico (aunque no me atrevería a afirmarlo de nadie, con la excepción de mi vigilante y de aquel tabernero; se trata, después de todo, de las reglas del juego) y que una incontable multitud, damas y caballeros, se ha convencido, en virtud de una inspección personal, de que llevo los pantalones puestos y de que corresponden con la descripción. Para cumplir con la exigencia de los tiempos, les he respondido de forma abierta a todos los que me han preguntado si éstos son "realmente" los famosos pantalones, a fin de que pudieran afirmar con certeza que los habían visto con sus propios ojos. Por otra parte, en comparación con el periódico que ha puesto sobre la mesa este asunto, el diario en el que escribo tiene pocos lectores.[486] Por último, yo soy indiscutiblemente, sin importar lo que se diga, quien tiene prioridad sobre mis pantalones, aunque sé que, al escribir esto, todo mundo dirá: "Dios mío, qué insulso por parte de Kierkegaard el preocuparse de tales cosas". Me pregunto si todos éstos entenderán que de lo que me preocupo no es de mis pantalones, los cuales incluso estoy dispuesto a obsequiárselos a la ciudad, ni de la curiosidad de la gente por verlos y leer sobre ellos, sino más bien de que esto sea así y que luego pretendan negarlo; de que digan que no consideran esto como una trivialidad y que no leen ni miran este material, cuando el hecho es que hacen ambas cosas para entonces decir: "Es una trivialidad" y todo empieza de nuevo. Por lo tanto, no

[486] *Fædrelandet.*

me molesta el juicio bochornoso según el cual es insulso lo que digo, especialmente en comparación con las bromas de ese periódico. Lo único que me interesa es la idea; en este caso, que el fenómeno se manifieste con todas sus implicaciones, sin importar si con esto se vuelven populares mis pantalones o los de cualquier otro. En Copenhague, después de todo, cualquiera entiende de lo cómico menos yo. Muy bien, no tengo problema con eso. Pero ¿qué significan cuando dicen que mis palabras son insulsas? Declaran, de hecho, que juegan a las escondidas y que entonces llego yo con mis sandeces a intervenir de forma molesta en su juego. El juego es, a saber, el siguiente: hacen como si este periódico fuera leído sólo por muy pocos, como si llevara una vida miserable en algún pequeño rincón apartado y despreciable de la existencia, como si sólo recibiera apoyo de un número ínfimo de suscriptores, de manera que es insulso prestarle atención y es una necedad difundirlo más hablando del tema. El juego consiste precisamente en este engaño, ya que, miren, la relación es justo la inversa, y es para acentuar más esta inversión que juegan este juego en el que nadie lo lee y en el que, en consecuencia, nadie debería emocionarse por el asunto. Todos juegan el juego y, exactamente por esa razón, están de acuerdo en lo insulso de lo que hago, pues soy lo bastante imbécil para exponer la contradicción interna de la esencia de todo este engaño. Dicho de otro modo, cuando alguien protesta contra este asunto, perturba el juego y, por consiguiente, es insulso, ya que se trata en el fondo de una trivialidad; es una trivialidad de la que todos están ávidos y que recibe el nombre de trivialidad precisamente para poder continuar. Increíble: este diario –el más leído– escribe al respecto, todos hablan al respecto, pero uno no debe hablar de ello, no sea que vaya a difundir más el tema. Según mi comprensión de lo cómico, toda esta situación resulta sumamente cómica; es como si, por ejemplo, una persona coja le confiara su cojera en secreto a alguien más, pensando que nadie podría percatarse de ella con sólo verla. De forma parecida, es cómico que todos saben de esto pero es preciso mantenerlo en secreto, de modo que aquél que intenta hacer algo en contra, aunque sea un poco, no puede hablar del tema... para no difundirlo. Así, la diferencia consiste en que uno puede hablar sin ningún problema del asunto a fin de difundirlo, pero no debe hablarse de él para detener su difusión, y el motivo es que hablar de ello contribuye a su difusión.

Por lo demás, si la categoría de lo cómico es la contradicción, entonces esta situación es esencialmente cómica. Es decir, es por completo cierto que cuando se trata de algo que casi no se ha divulgado protestar contribuye a su difusión; pero esto mismo no es válido si se trata de algo que se ha divulgado por todas partes, de manera que la protesta apenas sería escuchada por la mitad de los que ya saben del asunto.

Supongamos que un niño regresa a casa después de haberse reunido con otros niños, con los cuales ha aprendido una mala palabra. ¿Qué sucedería? En efecto, si la madre fuera una mujer frívola que comadreara con otras mujeres acerca de la educación de los hijos, entonces probablemente lo reñiría y golpearía y, en su ardor, quizá le enseñaría al niño otras malas palabras. En cambio, si se tratara de una madre que hubiera conservado su pureza virginal, aunque ennoblecida por la hermosa preocupación del amor maternal, entonces pensaría que no porque el pequeño hubiera escuchado tal palabra una vez ésta echaría raíz en él y el niño sería incapaz de olvidarla, y que, si no volviera a oírla, la palabra se desvanecería sin dejar huella, como si jamás la hubiera escuchado. Precisamente por esta razón no lo reprendería ni lo corregiría. ¡Alabada sea la silenciosa solicitud de la madre amorosa que con su atención cotidiana vela por su pequeño, aunque en lo externo parece que no hiciera nada, pues no lo golpea ni lo riñe ni lo sermonea! Pero si una madre, cuyo hijo regresara a casa tras haber estado por varios años en un internado, descubriera con horror que él empleaba con desenfado tales malas palabras, y esto de un modo que pareciera revelar que el niño mismo era consciente de que procedía con maldad e incluso –llevado a mal camino por relaciones corrompidas– encontraba placer en ello, ¿acaso no sería ridículo que la madre se dijera: "no vale la pena que lo reprendas o lo censures o lo castigues, no sea que vayas a dirigir su atención sobre estas malas palabras; de esta otra forma las olvidará"? O si un hombre que visitara el hogar de la madre se sintiera impulsado a censurar esto y la madre entonces lo callara diciéndole: "no le menciones al niño esas palabras; no sea que vaya a aprenderlas", ¿no sería eso ridículo?

El hecho de que el único periódico despreciable y el más difundido en Dinamarca sea leído por todo mundo y, al mismo tiempo, tenga que ser un secreto, arroja una luz nueva sobre su condición,

revelando que su valor aparente no es más que cobardía, que goza de un miserable y cobarde amparo contra la ley con la ayuda de bribones y que se protege de la censura escondiéndose debajo de las faldas del público. El temible diario que clama venganza e infunde temor con su emblema de barco pirata debería incluir en su portada la siguiente aclaración: "Impreso para circularse entre amigos". Es decir, uno no discute por escrito algo que ha sido publicado para un círculo de amigos. En este sentido, es accidental que se publique de forma impresa; bien podría circular en formato manuscrito, por lo que nos encontraríamos con la extraña situación inversa de que el diario de mayor difusión ni siquiera tiene el carácter de impreso. Las frases que los reposteros colocan en sus galletas sin duda también están impresas, pero es algo del todo incidental y tiene su razón de ser en que resultaría demasiado laborioso escribirlas tantas veces. En ocasiones, los menús también se imprimen. En el caso de *El Corsario* esta situación ha alcanzado una dimensión ridícula. Tiene el aspecto de un diario, cuenta con un equipo editorial y con colaboradores –por ejemplo, el señor P. L. Møller, quien incluso en la enciclopedia de escritores se presenta como tal en dos sentidos: lírico y satírico–,[487] y, no obstante, se trata en realidad de un medio de facilitación y transporte inventado y publicado por el chismorreo y la necedad y el escándalo... como un manuscrito para los amigos.

Ahora bien, lo más curioso y cómico de esta situación es que lleva al periódico a considerarse a sí mismo temible. No es poco común, por lo demás, que la pusilanimidad y la más ruin cobardía se confundan con el valor. Este diario –en términos periodísticos el más tímido de todos–, que encuentra su despreciable camino por las escaleras de servicio hasta que, por último, la vergüenza triunfa de tal modo que se permite que los habitantes del caserío se suscriban a fin de no ofender a los criados por verse en la lista de suscriptores, este tímido diario se percata muy bien de la anterior conexión, pero de ello no se sigue en modo alguno que no sea capaz de aprovechar su cobardía para proseguir con ese juego que se insinúa con el barco pirata: el juego que consiste en tener valor y ser temido. Y es que un juego de esta naturaleza resulta muy tentador para la cobardía. A ésta siempre le gusta confundirse

[487] Véase la nota 430.

con su opuesto: con el valor, con el coraje y, claro, con un terrible pirata. En varias naciones se piensa en términos generales que los judíos son cobardes, pero es un hecho que entre los judíos jóvenes descubrimos una gran propensión a vestirse como oficiales y a querer verse como oficiales. La novela del señor Goldschmidt, *Un judío*, subraya este aspecto particular con maestría psicológica, la cual siempre demuestra experiencia y familiaridad con la vida, algo por lo que el autor de la novela merece ser aplaudido. El héroe –así se le llama al protagonista de la novela–, Jacob Bendixen, justo tiene esta propensión militar y beligerante. Incluso asciende a teniente en el ejército polaco, y cuando vuelve a casa lo confunden todo el tiempo con un oficial, aun personas que lo conocen bastante bien[****]. Esta cualidad marcial es muy importante para comprender el desarrollo de Jacob Bendixen, el cual, en la tercera parte del libro nos interesa en un sentido diferente al de las dos primeras partes. En un pasaje, el autor nos describe con un par de trazos el interesante rostro de Jacob Bendixen: los rasgos orientales ennoblecidos por la inteligencia a tal punto que su intelectualidad dominante lleva a que sea casi imposible reconocer su nacionalidad. Si uno quisiera completar de forma imaginaria este retrato, resultaría difícil no representarlo con una gallarda casaca militar. Si no estuviera en contra de las reglas de la policía, incluso sería adecuado imaginarlo con una espada o al menos con un arma oculta. De hecho, hace falta no poco valor para cargar con una daga, aunque uno pretenda echarse a correr. Por lo demás, enfrenta el peligro de caer y clavarse la daga. En el fondo, puede reconocerse al verdadero cobarde porque siente tanto miedo que ni siquiera se atreve a estar cerca de un fusil. El valiente, por el contrario, es aquél que tiene incluso la audacia de llevar consigo el arma asesina. Pero ir con semejante arma no siempre significa que uno esté dispuesto a utilizarla. Como es bien sabido, Jean Paul señala que la Guardia Civil de una cierta ciudad está equipada, además de con el fusil, el sable y la bayoneta, con una vara para tener algo con qué defenderse.[188]

Supongamos, pues, que lo que he escrito aquí es insulso y que todo mundo piensa que es algo insulso. Supongamos que, de hecho,

[****] No se ha identificado esta referencia en la obra de Jean Paul.

todos comprenden lo cómico. ¡Dios! ¡La importancia que he alcanzado gracias a mis pantalones está a punto de volverse peligrosa para mis conciudadanos! Casi parece, en efecto, que yo –es decir, mis pantalones– fuera a convertirme en tirano de Copenhague, a pesar de todas las personas distinguidas. Me apena, pero las cosas son así. Se engañan las jovencitas que de manera completamente inocente querrían que alguno se regocijara, de forma también inocente y decorosa, con sus atavíos y encantos. Se engaña el rey mismo cuando pasa por la calle en su carruaje deseando y alegrándose con el saludo de sus súbditos. Basta con que me ponga mis pantalones y todas las miradas se vuelven hacia mí, es decir, hacia mis pantalones. Pero si esto es así y mis pantalones tienen tal poder, es en el fondo bueno que haga algo insulso para debilitar en la medida de lo posible la enorme influencia de mis pantalones. Es algo muy extraño, de lo cual concluyo que es preciso que haya alguna especie de brujería en este juego. Así como la lámpara de Aladino no tenía nada de notable, lo mismo ocurre con mis pantalones: son lo más insignificante y lo menos llamativo que existe. ¡No importa que fueran rojos con una raya verde o verdes con una raya roja! Pero, insisto, qué malos modales de mi parte el haber considerado estos pantalones como una insignificancia y haberle pedido al sastre que los hiciera de la tela de lana gris más ordinaria, y que luego fueran justo estos pantalones los que me convirtieran en alguien casi relevante, pues cuando llueve sobre el pastor, el agua gotea sobre el sacristán, y, de forma parecida, al alcanzar mis pantalones la hegemonía también yo he avanzado una pequeña migaja; yo, un solitario infeliz que no entiende nada de lo cómico y de quien la vida, en consecuencia, se ha apiadado obsequiándole estos pantalones.

Miren, en el fondo el poeta exagera un poco a fin de que lo patético y lo cómico puedan manifestarse de la mejor manera. De este modo, para ilustrar la situación enrevesada de Atenas, Aristófanes hizo que un mercader de salchichas se convirtiera en la autoridad máxima del Estado.[449] Esto era en el drama, pues en la realidad las cosas no estaban tan mal. En cambio, en Copenhague un par de pantalones ha alcanzado realmente la máxima consideración e importancia. Me pregunto qué pensaría Aristófanes de esto. Sin duda sentiría envidia de esta comedia

[449] Alusión a la comedia de Aristófanes *Los caballeros*.

de la que soy protagonista, porque el periódico despreciable y los curiosos se encuentran en tal estado de confusión que no son capaces de entender esta comicidad, la cual sólo es cómica de acuerdo con mi comprensión de lo cómico.

Por consiguiente, lejos de mí el lamentarme por el orden invertido de las cosas. Después de todo, obtengo beneficios y relevancia sólo por ponerme los pantalones y, por otro lado, es posible que en mi interior tenga una fuente de saciedad espiritual, una vida interior que es superior a cualquier otra cosa, una vida de la cual puedo decir con entusiasmo que, así como la tengo yo, puede pertenecerle de forma plena a cualquier ser humano, incluso al más miserable de los hombres, si está dispuesto a volcarse a su interior, pero ciertamente no si lo que desea es voltear al exterior y acostumbrarse a fijar su atención en mis pantalones o en cualquier otra cosa igual de irrelevante.

La mayoría de quienes han leído hasta este punto quizá me concederán que mi estilo tiene una serenidad que no sugiere agitación ni enfado, los cuales, por otra parte, podrían ser justificables si se considera lo repulsivo que debe ser el que a uno le recuerden todo el tiempo la trivialidad de lo humano. Es fácil perderse en las cosas insignificantes. Es fácil tomar por asalto a un individuo para tentarlo a renunciar a aquello que lo apasiona, a renunciar a las ideas de la infinita importancia que implica ser un ser humano y de que cualquier individuo es capaz de alcanzar lo más elevado si es que se lo propone. Podría decirse que evitaría todo esto echándome para atrás. Y quizá lo haría, si fuera débil. Pero en una época tan falta de carácter y tan efervescente como la nuestra, cualquiera que tenga una cierta firmeza de carácter debe mantenerse en su puesto. Y mi orden es no ceder ni un centímetro. Mi tarea es exponer el fenómeno no de forma directa, sino indirecta y, en consecuencia, mi deber consiste en resistirlo todo, sin retroceder. Ya por un tiempo he estado al tanto de ese periódico y de su abuso de lo cómico. Es falso que me haya involucrado en esto de forma precipitada. Cuando, pasado algún tiempo, las cosas se asienten y la gente pueda leer con calma, me gustaría ofrecer los detalles de un plan que he elaborado. Jamás hablo de mis planes antes de haber alcanzado lo que quiero o lo que debo. Si es posible llevarlo a cabo, será sin duda una lectura muy interesante. Sé bien quién soy. Sé bien que algo se puede aprender de mí. Sé bien que si publicara toda mi visión

de vida, la que he expresado de forma existencial, aunque en un nivel más bajo, habría muchos que me tendrían en estima. Pero no podría hacer eso ni podría atreverme a hacer eso sin traicionar a mi idea.

**Al margen*: Una réplica de acción en disfraz personal.
***Al margen*: de entre las manos.
****Al margen*: no carece de pasión, aunque también se ha extraviado en ella; no está desprovisto de una fuerza estéticamente desesperada, aunque también encuentra confortación en ilusiones éticas.
*****Al margen*: Lo que en la segunda parte de la novela se narra de forma conmovedora, cuando Jacob Bendixen les propone a los estudiantes que jueguen a ser piratas, parece tener un significado profético, no en el sentido de que terminaría convirtiéndose en un pirata, no, sino en el sentido de que su deseo se cumpliría: en algún momento jugaría a ser pirata.

Añadido a vii [1] b 55: vii [1] b 56 [-]
Para concluir, pues, pongamos a prueba lo correcto de lo que se dijo al comienzo. Cuando se lea este artículo, la gente, el público, la multitud dirá: "Es algo insulso, extravagante, desconsiderado e impertinente". Y tienen toda la razón, pues el día en que todo mundo diga acerca de una frase mía: "tiene la razón", entonces repetiré lo que se dijo aquel hombre cuando la gente lo aclamó con aplausos: "¿Habré dicho algo estúpido?". O, para ser más precisos, afirmaría: "Sin duda, tienes que haber dicho algo estúpido". Eso es lo que opinaría toda la gente, el público, la multitud. Pero hay un joven que muestra todavía la frescura de la infancia o de la primera juventud en sus mejillas y en cuyo delicado rubor habita la idea con pudor femenino. Al leer esto su corazón latirá de forma frenética. Entenderá que en el fondo vale la pena vivir por esto: ser congruente en todos los sentidos, ser humilde frente a Dios pero orgulloso frente a los hombres, algo que Dios, alabado sea su nombre, le ha concedido a cualquiera que lo desee. Vean, para mí esto es suficiente, más que suficiente. Y esta predilección por la juventud la aprendí –en efecto, esto ocurrió así– de un seductor, ¡ay!, la aprendí de uno que, Dios sea alabado, me sedujo cuando era joven. Sin embargo, este seductor no era un joven voluptuoso ni un hombre que había envejecido en su libertinaje. No, se trataba de un anciano

que se había vuelto viejo en sabiduría. Sócrates era consciente de la razón por la que amaba a los jóvenes; sabía bien lo mucho que los seres humanos pierden con el correr de los años en sus sociedades, sus intercambios y sus comparaciones, aprendiendo poco a poco, poco a poco, poco a poco a llegar a acuerdos, a regatear y a hacer tratos. De qué modo pierden poco a poco, poco a poco, poco a poco (¡oh, el más terrible de los sofismas, "poco a poco"!) la interioridad oculta del ser humano y la modestia pudorosa del joven. Por consiguiente, mi lector será un joven, o será un viejo que al leer sonría con melancolía, pues recordará con tristeza su juventud; un viejo que en el crepúsculo de la vida rejuvenece. Lo que está en medio es difícil, lector mío, aunque es fácil para aquél que me desprecia, me insulta y se burla de mí. Pero la juventud es lo más preciado para mí, sin importar si camina solitaria por la orilla del mar añorando sus ideales o anda sola en medio de la muchedumbre, la cual se mofa, ya que el joven la rechaza y añora sus ideales. Para mí esta juventud es suficiente y no deseo nada más. En efecto, al igual que una jovencita no desea más que un adorno, reposar en su sepulcro con una guirnalda de mirto en la frente, del mismo modo yo no quiero más que saber esto: él fue escarnecido por toda la gente, por la multitud, por el público, pero fue capaz de hacer latir el corazón de un joven.

[*Tachado con lápiz*: Pero según todos los filósofos, el mundo en el que vivimos, el mejor de los mundos posibles,]

vii [1] b 57 [-]

[*Tachado con lápiz*: Una respuesta activa
con un disfraz personal]

———

[*Tachado con lápiz*: Goldschmidt no carece de pasión, aunque también se ha extraviado en ella; no está desprovisto de una fuerza estéticamente desesperada, aunque también encuentra confortación en ilusiones éticas.]

———

[*Tachado con lápiz*: No temo a los insultos de *El Corsario*, así como el médico no teme a las palabras injuriosas del paciente al que le practica una amputación; yo no peleo con *El Corsario*, justo como el médico no pelea con el paciente que se resiste a la operación.]

———

Añadido a vii [1] b 57: vii [1] b 58 [-]

Apostilla. Tal vez unos tres días después de haber leído esto, el señor Goldschmidt responderá en otro diario expresando su acuerdo o su desacuerdo. En ese caso, siempre podrá pedir más tiempo para prepararse. Si no es el caso, entonces mi juicio estará consumado. Así como realmente me alegraría si lo hiciera, del mismo modo también quedaría tranquilo si no lo hiciera. Más no puedo hacer por aquél que con reverencia, aunque también con confianza, vio en mí quizá más de lo que era, pero también algo de lo que soy.[490] De esta manera, me ha llegado el turno de ser ultrajado. Yo no sé nada de esas cosas, pero cuando él me elogia y yo, de forma accidental, me entero, tengo que hacer algo. Estoy tranquilo, incluso más que antes, porque antes me sentía algo indeciso sobre llegar a esa conclusión última acerca de él.

———

Añadido a vii [1] b 57: vii [1] b 59 [-]

Notificación. Justo ahora me entero de que el nuevo libro, *Postscriptum definitivo*, será recomendado por *El Corsario*, aunque de una forma moderada. No soy tan necio como para no percatarme de que *El Corsario*, desde su punto de vista, en verdad ha querido beneficiarlo lo más posible. No ha querido arrojarle insultos, pues incluso *El Corsario* tiene una cierta noción de lo que es decoroso. No ha querido elogiarlo con un tono demasiado elevado, ya que en el fondo sabe que, según mi comprensión de las cosas, eso sería una ofensa. De modo que ha elegido un tercer camino: un anuncio comercial de reconocimiento. Pero eso no puede ser, no lo aceptaré.

De lo dicho se sigue en realidad otra conclusión respecto a *El Corsario*, a saber, que este periódico temible no debería llevar como emblema un barco pirata y el *Ça ira, Ça ira,*[491] sino la frase: "Manuscrito para circularse entre amigos". vii [1] b 60 [-]

[490] Dado que Goldschmidt, como él mismo lo admitía, era un gran admirador de la obra de Kierkegaard, tiempo después sintió un gran remordimiento por haber publicado las caricaturas del filósofo en *El Corsario*.

[491] "¡Todo estará bien!, ¡todo estará bien!", referencia a un canto popular de la Revolución francesa.

Podría pensarse que *El Corsario* es un manuscrito para circularse entre amigos, puesto que todo mundo debe leerlo y hablar sobre él. Nadie admite haberlo leído impreso.

vii [1] b 61 [-] *Añadido a vii [1] b 60:*

Este periódico temible, que incluso se hace pasar por un pirata, parece ser consciente de su mansedumbre. Sin embargo, de ello no se sigue de ningún modo que, dado que se percata de esto, no sea capaz de continuar de forma cobarde jugando a ser un pirata. En varias naciones se piensa por lo general que los judíos son cobardes. Ahora bien, lo cierto es que los judíos tienen una gran propensión a querer verse como oficiales. Veo que el autor de la novela *Un judío* se ha fijado justo en este aspecto. El héroe, Jacob Bendixen, parece tener una gran propensión a hacerse pasar por un oficial. Es indispensable tomar en cuenta esta cualidad marcial –o al menos la casaca militar– para comprender la tercera parte de la novela. Sería imposible imaginar al irritable Jacob Bendixen sin una gallarda casaca militar. Si no estuviera en contra de las reglas de la policía, incluso sería adecuado imaginarlo con una espada o con un arma oculta. Un arma de este tipo no siempre significa que se tenga el valor para usarla. Jean Paul señala que la Guardia Civil de una cierta ciudad está equipada, además de con el fusil, el sable y la bayoneta, con una vara para tener algo con qué defenderse.

Y lo cierto es que consideraría valeroso el ir con una daga, aunque fuera para echarse a correr cargando con una daga.

vii [1] b 62 [-] Una declaración personal en disfraz

———————

———

Hasta ahora, lo cierto es que pensaba que la tarea más difícil era lidiar con lo cómico en temor y temblor, conservar la noción de la seriedad ética y religiosa acerca de la responsabilidad junto al placer de la broma y la entrega a la alegría. Hasta ahora, en verdad pensaba que en cada generación sólo nacen muy pocos con un genuino talento para lo cómico y que, además, son incluso menos los que desarrollan la madurez intelectual que constituye el equilibrio en el que las dos, la seriedad y la broma, se encuentran en una unión en la que cada una está igualmente alejada de un matrimonio inconveniente, una unión

a la que es más difícil ingresar que para un anciano lo es casarse con una jovencita. Sin embargo, parece que de estos tiempos debería aprender, si no a cambiar mi opinión (soy demasiado lento para eso; también es posible que esta disposición para aprender sea un poco preocupante), sí a aceptar que me encuentro solo en esta forma de pensar y que quizá sea el único que no goza del reconocimiento de ser alguien con sentido para lo cómico. Por otra parte, esto se parece, en el fondo, a la pregunta que Sócrates se hacía en una situación semejante aunque respecto a los caballos: ¿Todos saben cabalgar y sólo hay uno que no, o más bien sucede lo contrario, que hay algunos particulares, a quienes llamamos maestros de equitación, que conocen este arte, mientras que los demás no entienden de eso?

Ahora pienso (según mi comprensión de lo cómico, desde luego) que en un país tan pequeño como Dinamarca, un fenómeno tan desproporcionado e inmoral como *El Corsario* hace un gran daño, pues con su ambigüedad y falta de carácter, y con el ocultamiento de su insolente ruindad hambrienta de comicidad, seduce a los ingenuos, a los imprudentes, a los voluptuosos y a aquéllos que se han extraviado en las pasiones terrenales.

Incluso puedo demostrar que esto es así. Mas, tal demostración sólo tiene validez, naturalmente, según mi entendimiento de lo cómico y, por lo tanto, sólo para aquellos individuos que admitan de forma socrática que con lo cómico sucede lo mismo que con la equitación, que sólo unos pocos entienden de eso, mientras que la mayoría no. La prueba consiste en que todo mundo está de acuerdo en considerar a este fenómeno (la naturaleza del periódico y su extraordinaria difusión) como una nadería, lo cual demuestra precisamente que el daño está lejos de ser insignificante.

Hasta ahora, lo cierto es que pensaba que la tarea más difícil era lidiar con lo cómico en temor y temblor, conservar la noción de la seriedad ética y religiosa acerca de la responsabilidad junto al placer de la broma y la entrega a la alegría. Hasta ahora, en verdad pensaba que en cada generación sólo nacen muy pocos con un genuino talento para lo cómico y que, además, son incluso menos los que desarrollan la madurez intelectual que constituye el equilibrio en el que las dos, la seriedad y la broma, se encuentran en una unión en la que cada una vii ¹ b 63 [-]

está igualmente alejada de un matrimonio inconveniente, una unión a la que es más difícil ingresar que para un anciano lo es casarse con una jovencita. Sin embargo, parece que de estos tiempos debería aprender, si no a cambiar mi opinión (soy demasiado lento para eso; también es posible que esta disposición para aprender sea un poco preocupante), sí a aceptar que me encuentro solo en esta forma de pensar y que quizá sea el único que no goza del reconocimiento de ser alguien con sentido para lo cómico. Por otra parte, esto se parece, en el fondo, a la pregunta que Sócrates se hacía en una situación semejante aunque respecto a los caballos: ¿Todos saben cabalgar y sólo hay uno que no, o más bien sucede lo contrario, que hay algunos particulares, a quienes llamamos maestros de equitación, que conocen este arte, mientras que los demás no entienden de eso?

Ahora pienso (según mi comprensión de lo cómico, desde luego) que en un país tan pequeño como Dinamarca, un fenómeno tan desproporcionado e inmoral como *El Corsario* hace un gran daño, pues con su ambigüedad y falta de carácter, y con el ocultamiento de su insolente ruindad hambrienta de comicidad, seduce a los ingenuos, a los imprudentes, a los voluptuosos y a aquéllos que se han extraviado en las pasiones terrenales.

Incluso puedo demostrar que esto es así. Sin embargo, tal demostración sólo tiene validez, naturalmente, según mi entendimiento de lo cómico y, por lo tanto, sólo para aquellos individuos que admitan de forma socrática que con lo cómico sucede lo mismo que con la equitación, que sólo unos pocos entienden de eso, mientras que la mayoría no. La prueba consiste en que todo mundo está de acuerdo en considerar a este fenómeno (la naturaleza del periódico y su extraordinaria difusión) como una nadería. Franklin les aconseja a los futuros economistas prestar especial atención a los gastos pequeños. Los gastos grandes, supone, reciben suficiente atención justo porque, en el fondo, dichos gastos no le quitan el ojo a uno. La diferencia es que lo significativo está al tanto del individuo: le hace estar alerta, le enseña precaución y economía, y le obliga a ser cauto con los daños; de lo insignificante, en cambio, es él quien debe estar al tanto. Del mismo modo, las tentaciones tal vez más peligrosas son las que aparecen bajo la modesta etiqueta de "naderías". Justo porque es una nadería y se afirma que es una nadería, es que resulta tal vez tan peligrosa. El clero bien podría

ayudar un poquito con esto en lugar de preocuparse por el nuevo himnario; lo mismo en el caso de los 36 hombres, quienes podrían colaborar con esto en lugar de encargarse de los grandes asuntos, pues sin duda no es poca cosa el que las clases más sencillas, los niños y la juventud sean seducidos de esta manera.

Sin embargo, no es de esto de lo que quiero hablar, sino de otra cosa. El editor del diario es el señor Goldschmidt. Es un hombre joven. Por más despreciable que sea el periódico, probablemente sería injusto imputárselo todo a él, aunque se apropie del dinero que cobra y de la admiración de todos aquellos que admiran este fenómeno. Puesto que ahora soy claramente consciente de que esto terminará de forma terrible y dado que, al tomar venganza contra dicho editor, la misma turba de ingenuos, imprudentes, voluptuosos y extraviados se excusará y lavará las manos sin haber mejorado en lo más mínimo, me gustaría expresar mi juicio sobre él de forma sencilla y personal, haciéndole notar algo que en el fondo él sabe muy bien, que mi deseo era que se decidiera a renunciar al periódico y que aquello que me preocupaba no era la posibilidad de ser ultrajado por *El Corsario*, sino intentar, con una abnegación poco común, sacarlo de ahí.

Mientras se viva es preciso seguir aprendiendo, y yo soy consciente de vii [1] b 64 [-]
que esto le resultará extrañísimo a todo mundo. He aquí a un hombre de quien puedo decir, sin que se ofenda por ello, que lee *El Corsario*. Se trata de mi vigilante, quien tiene las llaves de mi puerta de entrada, un hombre simpático y despierto que por varios motivos me tiene en gran estima. Como he dicho, es lector de *El Corsario*. Ahora piensa que este periódico me ha hecho añicos, y justo porque se trata de un hombre bueno y gentil que me tiene aprecio, esto le inquieta. Su opinión de mí es que soy una persona instruida; amable, aunque callada; que llega a casa a una hora decente. Incluso siente un cierto respeto por este orden doméstico. En realidad, no tiene idea de a qué me dedico y de hecho le resulta extraño que no tenga ningún puesto, dado que ya he pasado mis exámenes. Además, no cree que yo sea ingenioso, y ni hablar de que posea una dosis de ingenio comparable del modo más remoto al ingenio de *El Corsario*, porque ese Goldschmidt, como dice mi barbero, tiene que ser *ein ungeheuer Witzkopf*. Miren, si le insinuara a mi vigilante que fuera a darle una paliza a este escritor de

pasquines, creo que lo haría gratis porque le disgusta mi situación y me tiene estima. Por el contrario, debo ser cauteloso con cada cosa que le digo, aun cuando me agrade el trato que me da, pues de otra manera podría pensar que estoy loco. Es por ello que, aunque es un hombre grande y fuerte, me veo obligado a tratarlo con delicadeza.

Sócrates dice que, si un médico fuera acusado por un cocinero frente a un grupo de niños, sería sencillo imaginar cómo resultaría ese juicio.

vii ¹ b 65 [-] Fue extraño observar lo distinto que sucedió aquí en la ciudad con un tabernero, a quien tengo presente de cuando él trabajaba con una familia a la que conozco. Antes, cuando nos cruzábamos en la calle, era claro que le alegraba saludarme; su rostro no poco atractivo adoptaba una expresión muy amigable y sin duda se sentía feliz cuando le devolvía con amable cortesía su saludo casi en exceso reverente. ¡Ay, pero entonces ocurrió la transformación! Su saludo no volaba a mi encuentro, por así decirlo, en cuanto me veía. No, esa impaciencia de antaño fue reprimida; se comportaba como si no me hubiera visto y permitía que me acercara lo más posible antes de saludarme. No se llevaba la mano al sombrero, no. Su brazo se movía de forma lenta y parsimoniosa y, por último, el impulso se tornaba tan exiguo que en la práctica se dejaba el sombrero en la cabeza. Al final, sencillamente dejó de saludarme. Como he dicho, el tabernero lee *El Corsario*. Él piensa que lo que aparece en los diarios es la opinión pública, es la voz del pueblo y de la verdad. Dado que, a pesar de eso, no puede leer todos los diarios, se limita a leer *El Corsario*, el que comparte con otro tabernero. Lo recibe los domingos por la mañana, después de lo cual lo lee en voz alta frente a toda su familia. Reúne todos los números para hacerlos encuadernar, tarea en la que tendría éxito de no ser porque la criada, quien los lee a hurtadillas, por desgracia tira a la basura uno que otro. Nuestro tabernero admite que el ser humano puede equivocarse, lo mismo un tabernero que un rey, un tribunal e incluso la Suprema Corte, pero que es infalible lo que está impreso. Dice él: "¿Cómo va a ser mentira algo de lo que se imprimen incontables copias, que es leído por todo el país y que, según he escuchado, nadie se ha atrevido nunca a refutar?". ¡Ay! He ahí el motivo del cambio en su juicio, el cual ha mudado tanto que este hombre, que en algún momento se hubiera

sentido muy honrado de conversar conmigo, presuntamente ha dicho: "Es inadmisible que un tabernero se encuentre en el mismo lugar o en sociedad con un hombre que ha sido etiquetado de esta forma por la verdad pública". ¡Qué prodigioso contraste! ¡Se dice exactamente lo mismo en sitios de más categoría respecto a los escritores de *El Corsario*! Y, no obstante, todos están de acuerdo en leerlo. ¡Qué suerte que jamás tengo compañía! ¡Qué suerte que, si la deseara, difícilmente buscaría la compañía de taberneros!

Mi vigilante afirma que, en el peor de los casos, podría soportar que le robaran los pantalones, pero le resultaría intolerable verlos caricaturizados. Una vez más, su postura me resulta extraña, y es que, por el contrario, mi posición mejoraría –algo que casi nunca sucede– y yo obtendría un beneficio y una alegría de mis pantalones como nadie en todo el reino: los llevo puestos –algo que tengo en común con todos aquellos que llevan pantalones– y, al mismo tiempo, la ciudad entera tiene la dicha de verme con los pantalones puestos; la dicha, en efecto, e incluso, quizá, el beneficio. Ahora bien, es verdad que en algún momento llegué a pensar que era capaz de ayudar un poquito a un individuo con mis esfuerzos literarios. ¡Ilusión, vanidad! ¿Es posible que sólo me haya equivocado en el medio y que esto aún pudiera ser de utilidad? El medio para ser útil ha sido descubierto y siempre lo llevo puesto: se trata de mis pantalones. ¡Ni siquiera mi obra más grande ha generado tanta sensación! Uno casi podría creer que la exigencia de los tiempos tiene que ver con mis pantalones. Ojalá que todas sus exigencias fueran así de inocentes, pues su demanda consiste, después de todo, en que los lleve puestos, y quizá, a lo más, que en algún momento se los deje en herencia a la ciudad, así como Salomón Goldkab[492] legó su gorro de dormir. vii ¹ b 66 [-]

Petrarca pensaba que sus grandes obras latinas lo harían inmortal, pero lo fue gracias a sus pequeños poemas. ¡Ay, lo mismo pasa conmigo, que no he comprendido a la época! Pensé que sería inmortal por mis esfuerzos literarios, pero lo seré por mis pantalones.

[492] *Cfr.* J. L. Heiberg, *Kong Salomon og Jørgen Hattemager* [*El Rey Salomón y Jørgen Hattemager*], Escena 26; también *Pap.*, VI B 42.

Mi vida pocas veces es relevante, pero lo es para mis contemporáneos gracias a mis pantalones. Tal vez para una época posterior mi vida sea relevante por mis escritos.

vii [1] b 67 [-] Todo este asunto me conviene, pues, como he dicho en otra parte, mi esfuerzo es dialéctico en la doble reflexión. Por tal motivo, sería del todo perturbador; en efecto, sería un crimen de lesa majestad en contra de la idea si yo, por ejemplo, permitiera que se publicara mi retrato o mi fotografía. Por otro lado, podría preguntarse si acaso no seré incluso responsable de todo el apoyo para mi trabajo que, de forma absolutamente congruente con la idea, podría resultar de la difusión de mi caricatura y de los dibujos de mis pantalones (conmigo en ellos). Y a mí sólo me interesan la idea, el pensamiento y la verdadera congruencia en el pensamiento; yo busco esto, sea cual sea la condición externa a la que me conduzca, a ser admirado o a ser insultado; yo lo busco con confianza. Así como el niño que va de la mano de su madre atraviesa peligros sin saber nada de ellos, del mismo modo yo me enfrento al peligro de la mano de la congruencia, porque sé que en la idea he triunfado sobre el peligro.

Además, con este paso obtendré otra ventaja. Lo cierto es que prácticamente todos han leído este periódico (aunque no me atrevería a afirmarlo de nadie, con la excepción de mi vigilante [*tachado con tinta*: es justo como si estuviéramos en un salón de niños*]), una incontable multitud, damas y caballeros, se ha convencido, en virtud de una inspección personal, de que llevo los pantalones puestos y de que corresponden con la descripción. Para cumplir con la exigencia de los tiempos, les he respondido de forma abierta a todos los que me han preguntado si éstos son "realmente" los famosos pantalones, a fin de que pudieran afirmar con certeza que los habían visto con sus propios ojos. Por otra parte, en comparación con el periódico que ha puesto sobre la mesa este asunto, el diario en el que escribo tiene pocos lectores. Por último, yo soy indiscutiblemente, sin importar lo que se diga, quien tiene prioridad sobre mis pantalones, aunque sé que, al escribir esto, todo mundo dirá: "Dios mío, qué insulso por parte de Kierkegaard el preocuparse de tales cosas". Me pregunto si todos éstos entenderán que de lo que me preocupo no es de mis pantalones, los cuales incluso he prometido obsequiárselos a la ciudad... [*Tachado con tinta*: Pero

¿qué significa esto?] Sin embargo, esto no me molesta; lo único que me interesa es la idea, en este caso, que el fenómeno se manifieste con todas sus implicaciones, sin importar si con esto se vuelven populares mis pantalones o los de cualquier otro. En Copenhague, después de todo, cualquiera entiende de lo cómico menos yo. Muy bien, no tengo problema con eso. Pero ¿qué significa cuando dicen que mis palabras son insulsas? En efecto, éste es el pretexto del malentendido; hacen como si ese periódico fuera leído sólo por muy pocos, como si llevara una vida miserable en algún pequeño rincón apartado y despreciable de la existencia, como si sólo recibiera apoyo de un número ínfimo de suscriptores, de manera que es insulso prestarle atención y es una necedad difundirlo más hablando del tema. El juego consiste precisamente en este engaño, ya que, miren, la relación es justo la inversa, y es para acentuar más esta inversión que juegan este juego en el que nadie lo lee y en el que, en consecuencia, nadie debería emocionarse por el asunto. Todos juegan al juego y, exactamente por esa razón, están de acuerdo en lo insulso de lo que hago, pues soy lo bastante imbécil para exponer la contradicción interna de la esencia de todo este engaño. Permítanme ilustrar lo anterior con un ejemplo. Si un niño regresa a casa después de haberse reunido con otros niños, con los cuales ha aprendido una mala palabra ¿Qué sucedería? En efecto, si la madre fuera una mujer frívola que comadreara con otras mujeres acerca de la educación de los hijos, entonces probablemente lo reñiría y golpearía e incluso, en su ardor, pronunciaría otras malas palabras. En cambio, si se tratara de una madre que hubiera conservado su pureza virginal, aunque ennoblecida por la hermosa preocupación del amor maternal, es verdad que la situación le resultaría dolorosa, pero la enfrentaría con mayor cuidado. Probablemente pensaría del siguiente modo: "En primer lugar, mi pequeño no volverá a tener permiso para ir ahí; en segundo lugar, el que haya escuchado una vez tal palabra no significa en modo alguno que haya echado raíz, y si nunca vuelve a oírla se desvanecerá sin dejar huella. Por consiguiente, no le diré nada ni lo reprenderé. Sin decirle nada lo ayudaré a olvidar esa palabra como si jamás la hubiera escuchado". ¡Alabada sea esta madre amorosa! Pero si una madre, cuyo hijo regresara a casa tras haber estado por varios años en un internado, descubriera con horror que él empleaba con desenfado tales malas palabras, y esto de un modo que pareciera revelar

que el niño mismo era consciente de que procedía con maldad e incluso –llevado a mal camino por relaciones corrompidas– encontraba placer en ello, ¿acaso no sería ridículo que la madre se dijera: "no vale la pena que lo reprendas o lo censures o lo castigues, no sea que vayas a dirigir su atención sobre estas malas palabras; de esta otra forma las olvidará"? O si un hombre que visitara el hogar de la madre se sintiera impulsado a censurar esto y la madre entonces lo callara diciéndole: "no le menciones al niño esas palabras; no sea que vaya a aprenderlas", ¿no sería eso ridículo? Según mi comprensión de lo cómico, toda esta situación resulta sumamente cómica; es como si, por ejemplo, una persona coja le confiara su cojera en secreto a alguien más, pensando que nadie podría percatarse de ella con sólo verla. De forma parecida, es cómico que un niño tenga permiso para utilizar con desenfado y de forma cotidiana malas palabras, mientras que la madre, por cautela –no sea que vaya a aprender esas malas palabras–, ni siquiera se atreve a reprenderlo por esto. De igual manera, también es cómico, al menos desde mi punto de vista, que de eso que todo mundo comenta, lee y paga, de eso no se puede hablar si se tiene el propósito de contribuir en lo posible a frenar un poco su difusión; sobre todo, es cómico que la razón aludida es que hablar del tema contribuiría a su difusión. ¿Acaso no hay difusión cuando todo mundo sabe del tema? ¿No hay difusión cuando se permite hablar de este periódico con el propósito de difundirlo? Asombroso.

Así, no me preocupa que esto que digo resulte insulso. Pero, ¡Dios!, ¡la importancia que he alcanzado gracias a mis pantalones** está a punto de volverse peligrosa para mis conciudadanos! Casi parece, en efecto, que yo –es decir, mis pantalones– fuera a convertirme en tirano de Copenhague, a pesar de todas las personas distinguidas. Conviene, pues, que diga cosas insulsas, ya que de esa manera debilito un poco la poderosa influencia de mis pantalones. Y sé que la gente considerará insulso lo que digo, pues cuando se trata de lo cómico, algo mucho más complicado que la equitación, la situación es distinta a la de los caballos, pues sólo muy pocos conocen el arte de la equitación, mientras que todo mundo en Copenhague comprende lo cómico. Tan sólo hay uno que no entiende del tema, un pobre infeliz de quien la vida se ha compadecido ofreciéndole un par de pantalones, los cuales lo recubren de una importancia que ni siquiera tiene la gente más distinguida***.

Ni siquiera Aristófanes pudo imaginar esta situación, pues para ilustrar la perversidad del pueblo hizo que un mercader de salchichas se convirtiera en la máxima autoridad del Estado. En Copenhague, en cambio, la realidad misma se ha convertido en una comedia en la que unos pantalones tienen la mayor importancia.

*_Al margen_: esto forma parte del juego.

**En verdad es como si sólo yo –o, mejor dicho, mis pantalones– tuviera el poder. Se engañan las jovencitas que de manera completamente inocente querrían que alguno se regocijara, de forma también inocente y decorosa, con sus atavíos y encantos. Se engaña el rey mismo cuando pasa por la calle en su carruaje deseando y alegrándose con el saludo de sus súbditos. Basta con que me ponga mis pantalones y todas las miradas se vuelven hacia ellos. Es difícil creer que estas cosas ocurran en nuestro siglo ilustrado y especulativo. Parece más bien una época de transformaciones.

*** _Al margen_: Es algo muy extraño, de lo cual concluyo que debe haber alguna especie de brujería en este juego. Así como la lámpara de Aladino no tenía nada de notable, lo mismo ocurre con mis pantalones: son lo más insignificante y lo menos llamativo que existe. ¡No importa que fueran rojos con una raya verde o verdes con una raya roja! Pero, insisto, qué malos modales de mi parte el haber considerado estos pantalones como una insignificancia y haberle pedido al sastre que los hiciera de la tela de lana más ordinaria y descolorida, y que luego fueran justo estos pantalones la causa de mi buena fortuna.

Añadido a vii [1] b 67: vii [1] b 68 [-]

Con este orden invertido me encuentro en una posición inmejorable. En primer lugar, obtengo beneficios y relevancia por ponerme los pantalones y, en segundo lugar, es posible que en mi interior tenga una fuente de saciedad espiritual, una vida interna que es superior a cualquier otra cosa, una vida de la cual puedo decir con entusiasmo que, así como la tengo yo, puede pertenecerle de forma plena a cualquier ser humano, incluso al más miserable de los hombres, si está dispuesto a volcarse a su interior, pero ciertamente no si lo que desea es voltear al exterior y acostumbrarse a fijar su atención en mis pantalones o en cualquier otra cosa igual de irrelevante.

Un poco de chismorreo expresado de buena fe

Es muy evidente que una insignificancia o una nadería suscitan la máxima sensación y son una fuente inagotable de chismorreo. Así, me alegra cerciorarme de que mi empeño literario en su totalidad no ha inspirado ni de cerca la misma sensación que un pequeño e insignificante artículo publicado en *Fædrelandet* por un seudónimo en el que se mencionaba al señor P. L. Møller.[493] Estoy convencido de que mi vida entera jamás tendrá la relevancia que mis pantalones han alcanzado. En efecto, casi podría creerse que mis pantalones se han transformado en ESO que la época exigía, en cuyo caso deseo de corazón que toda exigencia de los tiempos resulte igual de barata para la persona involucrada, y es que, ¡Dios mío!, la época no exige mis pantalones, sólo demanda que los lleve puestos, exigencia que, a decir verdad, no me resulta embarazosa, pues lo cierto es que desde los cuatro años tengo la costumbre de llevar los pantalones puestos, aunque nunca pensé que esto sería tan importante para los demás. Ahora bien, dado que con mis esfuerzos literarios no he tenido la fortuna de satisfacer las exigencias de la época, he pensado lo siguiente: "Si con la ayuda de tus pantalones puedes hacer esto de una manera más fácil, entonces todo volverá a estar bien". Tendré que sacrificarme un poco, pero ¿qué es eso en comparación con la relevancia? Apenas ayer mi criado me recordó que debía ponerme unos pantalones nuevos, pero pensé en mi interior: "Eso no puede ser. Tal vez los pantalones nuevos no satisfagan las exigencias de la época". Los antiguos, en cambio, sí lo hacen. Incontables damas y caballeros se han cerciorado de forma personal de que los llevo puestos y, según veo por la expresión de sus rostros, satisfacen de forma total las exigencias de la época. A fin de cumplir con las demandas de los tiempos, les he respondido con libertad y franqueza a todos los que me han preguntado si se trataba *realmente* de esos pantalones, sin duda para poder afirmar que *realmente* los habían visto con sus propios ojos. Les he respondido, de hecho, con solemnidad, como conviene en un asunto de tal relevancia. Me da lo

[493] Se refiere a su texto "La actividad de un esteta itinerante y la manera en la que, a pesar de todo, pagó por la cena".

mismo si los pantalones son míos o de alguien más, pero siempre hay algo triste en alguien que de manera fervorosa intenta aferrarse a la idea de la grandeza, real o potencial, de todo ser humano, pero es poseedor de una multitud de observaciones que parecerían ser testimonio de ligereza, frivolidad, barbarie y otras cosas por el estilo.

Pero prosigamos. Pasaré de mis pantalones a una cuestión igualmente trivial: el señor literato P. L. Møller. El manuscrito de mi último libro[491] había quedado listo en la primera mitad de diciembre de 1845 y, tal como siempre ha sido mi costumbre, fue entregado en su totalidad a la imprenta, un par de días antes de Navidad. Por consiguiente, había terminado y no tenía nada que hacer, de manera que disponía del tiempo y la ocasión para llevar a cabo algo que de otro modo no hubiera podido lograr; dichoso y agradecido por haber concluido mi labor, me sentía dispuesto a hacerle a alguien un pequeño favor. Entonces apareció el brillante anuario *Gæa* del señor P. L. Møller. Contenía, entre otras cosas e inmediatamente después de un elogio de los autores seudónimos, un pequeño ataque en contra de uno de ellos. Por lo regular, no suelo hacer caso de esas cosas. Pero aquí el asunto era distinto. El señor P. L. M. es bastante conocido en la literatura danesa y, en consecuencia, yo era consciente de que le podría dar gusto a más de uno enfrentándome a él. Por tal motivo, en el artículo de *Fædrelandet* aparecía la siguiente línea: "al ser una figura (P. L. M.) molesta y conocida por muchos, en verdad creí hacerles un favor a algunos desafiándolo de una vez". Es algo tan inusual que el señor P. L. M. se deje ver a plena luz del día que me pareció que sería un pecado no aprovechar la oportunidad. En consecuencia, lejos de ser una defensa contra un ataque, el artículo constituía un favor que deseaba ofrecer. Su objetivo principal era sacar al señor P. L. M. de la literatura y de esa decente sociedad conformada por los escritores daneses de renombre, y llevarlo a la pista de baile de *El Corsario*, en la cual ya ha estado activo, tanto lírica como satíricamente, de acuerdo con el artículo redactado por él mismo en la enciclopedia de escritores. Me proporcionó una genuina satisfacción psicológica el observar la rapidez* con la que el señor P. L. M. comprendió la alusión. De inmediato compareció e hizo una solemne reverencia en *Fædrelandet*... y después se fue, es decir,

[491] Referencia al *Postscriptum*.

se desvaneció. Adónde se fue, lo ignoro, pero se desvaneció como un estornudo, y a partir de ese instante, según mi barbero, hubo mucho ajetreo en la pista de baile de *El Corsario*.

Y hay más. Paso ahora a algo tan irrelevante como el señor P. L. M.: *El Corsario*. Mis pantalones, el señor P. L. M., *El Corsario*, todo esto son trivialidades y, por lo tanto, sólo pueden ser objeto de chismorreo, lo cual no es de mi agrado, pues, aunque siento una pasión y un amor griego por la conversación, el chismorreo siempre me ha resultado repugnante. Sin embargo, al decir esto no quiero ser injusto con nadie sólo por el capricho de agolpar estas tres nimiedades a fin de redondear una expresión. Siento, pues, que he de hacer una excepción: les debo a mis pantalones una disculpa, ya que son completamente inocentes de todo este chismorreo.

Respecto a *El Corsario* seré más breve. De acuerdo con mi opinión personal, este fenómeno desproporcionado e inmoral ocasiona un gran daño seduciendo a los ingenuos y tentando a la gente de poca cultura; creo que es una vergüenza nacional el que un fenómeno así prospere en esta medida. Pero miren: justo *El Corsario* me inmortalizó y aduló. De forma ocasional, siento la inclinación a prestarle atención a este tipo de cosas, pues, desde mi perspectiva de polemista, es imposible lidiar con la crítica incompetente que quiere hacerse notar por todas partes, a menos que se aborde el asunto de raíz estableciendo un precedente cuando uno es elogiado por alguien incompetente**. Deseaba hacer algo al respecto, y justo hoy descubrí entre mis papeles viejos un artículo escrito durante mis días de inmortalidad, a pesar de que en aquel momento no tenía el tiempo ni la ocasión de hacerlo, ya que estaba muy ocupado con mis propias ideas como escritor. Añádase el factor de que era una cuestión complicada llevarlo a buen término. Es decir, dado que aquel periódico supuestamente era, según mi barbero, irónico y en extremo ingenioso, yo debía temer que lograra darle a mi asunto un giro bromista, incluso beneficiándose de ello, como si mi intención fuera expresar algún comentario ligeramente ingenioso a su costa, otorgándoles de este modo la ocasión de mostrarse también ingeniosos. Desde mi punto de vista, ésa era una responsabilidad demasiado terrible como para cargar con ella. Así, pasó el tiempo y yo me instalé en el ocio, durante el cual este asunto quizá volvería a aparecer. Y qué sucede. De manera muy oportuna para mí, parece

el señor P. L. Møller. Justo porque ahora podía tomar como punto de partida esta suerte de ataque, sería capaz de impedir el terrible malentendido de que se considerara mi pequeño apéndice como un cumplido; podría hacer tanto énfasis en eso que el periódico, sin duda, tendría que renunciar a cualquier esperanza de seguir mimándome, a mí y a mi inmortalidad, y de seguir considerándome como una especie de aliado importante, puesto que ahora también yo supuestamente soy irónico e ingenioso. ¡Qué cerca se encuentra la odiosa cópula del malentendido! Y vaya que tuve éxito, pues, de acuerdo con mi barbero, nadie debería ser ultrajado como lo he sido yo.

Esto es todo. Lo cierto es que no ha sido un paso precipitado de mi parte. En verdad era consciente de lo que hacía y por qué lo hacía. Creo que todo lo que ha ocurrido está en su sitio. No obstante, me dolería si alguien de más categoría no se percatara con rapidez de esto. Me dolería si tal persona, por culpa de un malentendido, me juzgara por algo que he realizado de forma calculada y por simpatía por los demás, por algo que la mayoría de estas personas superiores no eran capaces de hacer debido a su puesto, a su condición, al hecho de no ser escritores, etcétera. Este paso me ha dejado tan satisfecho que por ningún precio desearía no haberlo dado. Es a aquellos capaces de hacer algo al respecto que les confío la tarea de considerar hasta qué punto es defendible permitir que este periódico se disfrace de algo insignificante cuando ha alcanzado una difusión enorme, es leído incluso por colegiales y, de hecho, tiene el descaro de entrometerse en la relación entre maestro y alumno; cuando difunde mentiras y calumnias en la mayor escala posible; cuando acosa a hombres y, con ello, ultraja también a sus esposas. Por consiguiente, repito mi *præterea censeo*[495] catoniana: esto tenía que hacerse. Como se sabe, después de mendigar de la manera más humilde, los pordioseros desvergonzados, cuando se les dice que no, tienen la audacia de acosar a la gente calle tras calle suplicando que les den limosna. La literatura despreciable, que en el mundo literario se encuentra *au niveau*[496] de lo que esta horda de pordioseros es en la vida civil, ha intentado llevar a cabo la misma estrategia: cuando nadie tiene a bien responderle, sigue a

[495] En latín: "por lo demás, soy de la siguiente opinión".
[496] En francés: "al nivel".

una persona de manera incesante, acosándola hasta que tal persona se harta de escucharla.

*_Al margen_: y la perfección.
**_Al margen:_ Nota: Esto lo hice también en relación con un artículo publicado en *Berlingske Tidende*, un diario que, por lo demás, es decente y respetable.

vii [1] b 70 [-]

Una amable sugerencia

———
———

Desde el comienzo mismo, ni los autores seudónimos ni yo hemos anhelado –ni tenido– ninguna clase de público, sino que nos hemos contentado, enfrentándonos de forma polémica a esa nada fantástica, con algunos lectores particulares o, mejor dicho, con ese individuo.

En consecuencia, es lógico que esta sugerencia esté dirigida a aquellos pocos –entre los cuales podrían encontrarse esos lectores particulares o aquel individuo– que se interesarían o podrían interesar más por un punto de vista ponderado de forma congruente, laboriosa, capaz y abnegada que por mis pantalones, por la encuadernación de mis libros o por las publicaciones impertinentes de aquel niño malcriado de la literatura. Es casi demasiado que yo, que sólo de manera indirecta, escribiendo y editando libros, quise tener un poco de relevancia para un individuo, de repente sea relevante para todo mundo... debido a mis viejos pantalones grises. Por lo tanto, aquél que posea un cierto talento para la dialéctica y esté dispuesto a invertir algo de tiempo en ejercitarse en la doble reflexión, entenderá con facilidad que fue precisamente la congruencia de mi visión de vida como escritor la que me impulsó a hacerlo todo de forma negativa y, justo por eso, a apoyar mis libros, aun cuando también abrigaba la esperanza de contribuir a exponer con toda su vileza un fenómeno literariamente despreciable. Si leer mis libros se pone de moda, entonces habré sido malentendido, y si yo soy la causa de ello, entonces seré culpable de un crimen de lesa majestad contra mi idea y mi visión de vida, aunque sólo pocos tengan la suficiente pericia dialéctica para comprenderlo. Pero si leer mis libros o haberlos leído constituye un beneficio cuestionable, si a una persona casi le resulta vergonzoso o teme convertirse

en objeto de ridiculización por haber leído de principio a fin un libro grande, entonces habrá llegado la ocasión para mi lector; entonces un individuo irá y leerá en silencio, y esta lectura le parecerá agradable o desagradable. Pero si le agrada, eso no lo convierte, como mi lector, en mi seguidor en un sentido bestial, externo y ridículo: será un ser humano. Así como he tenido la suficiente pericia dialéctica para comprender esto con todas sus consecuencias, del mismo modo también tengo el valor para actuar de manera acorde. No soy un necio que cree que el mundo se ha vuelto mejor sólo porque me alaba o, peor, porque me critica. No, la cuestión consiste precisamente en evitar las opiniones de moda. Ésta es mi sugerencia a aquel individuo, quien entenderá que estoy de forma absoluta al servicio de mi idea justo en ese punto en el que la multitud que se interesa por mis pantalones piensa que me encuentro cautivo. Comprenderá que triunfar en el mundo no significa, desde mi punto de vista, que yo sea el ganador, sino que persevere y haga todo lo que la idea ordena a fin de triunfar.

No creo que en realidad pueda decirse que he avergonzado a la nación a la que tengo el honor de pertenecer; a la lengua materna que es, después del pensamiento, lo que más amo; o a la literatura, a la cual he servido con abnegación. Por otro lado, no podría afirmar con seguridad si la amigable ciudad en la que resido y sus habitantes reciben el honor que se merecen cuando el vulgo despreciable se alza en armas en mi contra. Es verdad que yo mismo lo desafié a hacerlo por medio de un seudónimo. Eso estuvo bien por dos razones. En primer lugar, porque lo hice en virtud de mi idea, algo que sólo entenderá aquel individuo; en segundo lugar, porque tenía la esperanza de que con esto le daría al niño malcriado de la literatura la ocasión de desplegar toda su impertinencia o, si esta expresión es demasiado suave, puesto que incluso un niño malcriado no exige una remuneración por su conducta despreciable, para darle a la codiciosa y despreciable prostituta de la literatura la ocasión de mostrarse con toda su desvergüenza. Esto lo entenderán de forma gradual cada vez más personas, aunque en este momento sea objeto de los más variados malentendidos, incluso por parte de individuos de más categoría, algo que en lo personal me resulta doloroso, si bien me siento muy tranquilo en la idea. De manera progresiva, la gente entenderá que si la vulgaridad alcanza una difusión universal y llega a prosperar no servirá de nada callar ni

tampoco polemizar con ella. Lo único que puede hacerse es ayudarla a volverse incluso más demencial y suplicarle que me haga objeto de sus ultrajes. De esa manera quedará al descubierto y terminará por reventar. Cuando se entienda esto, entonces sin duda también se comprenderá que aquello que les ha impedido a otros hacer lo que yo he hecho no era, después de todo, una sabiduría superior o una sensatez calculadora, sino más bien un poco de timidez*.

**Al margen*: ya que para oponerse al gobierno, en especial cuando uno es parte de un grupo, eso es algo notable, pero cuando esto implica un pequeño peligro, una pequeña inconveniencia, y no hay nada que ganar, ni honor ni reconocimiento, entonces el valor no aparece por ninguna parte.

vii [1] b 71 [-]

Una pequeña aclaración sobre los hechos

A partir de lo mucho que se ha escrito en el último trimestre, según mi barbero, en ese órgano de la vileza literaria, así como por ese material[497] que llamó mi atención en estos últimos días en un diario más respetable (*Kjøbenhavnsposten*), me veo en la necesidad de concluir que hay aquí una que otra persona que de forma extraña relaciona todo lo que escribo o edito, de mayor o menor extensión, con un pequeño artículo en *Fædrelandet* escrito hace tres meses por Frater Taciturnus en contra del señor P. L. Møller. La pieza produjo en su momento sensación, pues, sobra decirlo, lo que más inspira sensación son las cosas insignificantes y ese artículo, después de todo, trataba acerca del señor P. L. M. Cualquiera que esté dispuesto a considerar por un instante esta curiosa conexión se percatará de inmediato de que es un sinsentido. Por lo demás, no se me hubiera ocurrido decir nada al respecto, pero si con un par de palabras sobre los hechos es posible demostrar la imposibilidad de esta relación, entonces lo haré. El manuscrito del *Postscriptum definitivo* estaba listo a mediados de diciembre y fue entregado completo a la casa editora algunos días antes de Navidad, algo que podría comprobarse en el registro del editor

[497] Alusión a la reseña del *Postscriptum* de P. L. Møller.

Luno.[198] Aquella breve reseña de *Una historia cotidiana* la comencé a mediados de diciembre, como lo puede atestiguar Giødwad[199]. Entonces, no fue sino después de ese momento que apareció el anuario *Gæa* del señor P. L. M., donde se incluye la pieza que fue la ocasión de aquel pequeño artículo. En consecuencia, fue redactado *después de que terminé* lo que por cuatro años y tres meses consideré como mi trabajo, el que exigió todo mi tiempo y esfuerzo. Escribí el pequeño artículo con el propósito, como dije ahí, de hacerle un favor a alguno. Es poco común ver el nombre del señor P. L. M., y lo que escribí en el artículo es muy cierto: "al ser una figura (P. L. M.) molesta y conocida por muchos, en verdad creí hacerles un favor a algunos desafiándolo de una vez".

Me parece, desde luego, que el artículo en *Fædrelandet* es una pequeña trivialidad que uno escribe, en el mejor de los casos, para hacerle un favor a alguien. El hecho de que haya aquí en casa alguien capaz de considerar este asunto de otro modo, que juzgue ese pequeño artículo como algo mucho más importante que todos los libros seudónimos y que crea que toda mi actividad gira alrededor de este pequeño artículo –y, en consecuencia, no tanto alrededor de aquél de quien trata el artículo–, tendremos que considerar su caso como una ilusión óptica. Si tal persona tiene un amigo que, por amistad, se entrega a la misma ilusión, tendremos que considerar esto como un caso de amistad.

Una bengala literaria

vii [1] b 72 [-]

En una circunstancia modesta en la que los sedimentos se asientan con dificultad, en la que no es algo cotidiano la gran confluencia o la poderosa corriente de acontecimientos notables, en una situación modesta de tal naturaleza a veces es necesario, en interés de la verdad y del bien, utilizar medidas preventivas que en una circunstancia de mayor escala resultarían completamente superfluas. En las habitaciones pequeñas es necesario ventilar el ambiente de cuando en cuando.

[198] Bianco Luno, el editor e impresor de la mayoría de las obras de Kierkegaard.

[199] Jens Finsteen Giødwad (1811-1891), jurista y periodista danés, editor del *Kjøbenhavnsposten* entre 1837-1839. Supo ayudar a Kiekegaard en sus negociaciones con el editor y librero C. A. Reitzel.

En un pequeño estanque es indispensable mantener el agua limpia, precaución que no es en absoluto necesaria si ese estanque es el mar. De la misma manera, es bien sabido que París y Londres, los grandes centros urbanos de Europa, ocultan un estado terrible de desmoralización, pero la escena es tan grande que el sedimento puede asentarse de forma adecuada y la corriente de viento es tan poderosa que las exhalaciones no tienen la fuerza para contaminar la atmósfera. Mil prostitutas en París no significan gran cosa. Cuenta con muchísimos habitantes que literal y realmente podrían seguir sus vidas sin saber nada de ellas. Por el contrario, una prostituta en un pueblo pequeño, por ejemplo, resultaría algo insufrible porque sería imposible ignorar su presencia ahí, donde, de forma literal, todos conocen a todos y no hay manera de que se asiente un sedimento, pues la vida entera del pueblo transcurre dentro de un margen pequeñísimo. Si los habitantes de un pueblo así pretendieran ignorar la presencia de una persona de esta clase, habría en ello una falsedad que, en el fondo y de manera inmoral, volvería interesante a la prostituta, ya que cualquiera podría controlar a su prójimo a sabiendas de que estaría mintiendo si afirmara que no sabía nada del asunto.

Ahora bien, algo parecido sucede en una escena literaria pequeña. Si el contexto es tan reducido que de forma inevitable tenemos que vernos las caras, entonces hay que proceder con suma precaución cuando se trata de ignorar al otro. Por desgracia, en una escena literaria pequeña resulta imposible afirmar propiamente que el sedimento es sedimento porque vivimos muy cerca el uno del otro. Al individuo no se le puede reprochar por esto, así como no se le puede reprochar al habitante de un pueblo diminuto por vivir en un lugar en el cual el principio urbano de "ignorar" tiene que ser sustituido por el de "hacer a un lado" o al menos por el de etiquetar a un sedimento por lo que es. Por consiguiente, en una escena literaria pequeña el vulgo literario*, sin importar si tiene o no tiene talento y sólo por haber alcanzado una cierta difusión, es capaz de hacer que el ignorar sea una táctica inadecuada para aquellos de una posición superior, pues el hecho es que se sabe que tal pretensión de ignorancia es una mentira que, en cualquier caso, no sería creída. Así, este "ignorar", en lugar de reducir los efectos, opera como un ingrediente estimulante a favor de la propagación de la vulgaridad, y cuando ésta alcanza una gran difusión, el ignorar,

que debería significar distinción y superioridad, termina por parecer miedo. Y justo por el tamaño del contexto y de la difusión, vuelve a suceder que cada vez más personas se hunden en la confusión sobre qué es qué, tanto más cuanto que el vulgo, confiando en su difusión, se vuelve más y más audaz en su impertinencia. Cuando esto ocurre, es preciso adoptar otras reglas. En un contexto reducido, nunca es sabio pretender vivir con la ilusión de que se vive en un contexto grande, sino que más bien conviene conocer las circunstancias y entonces actuar de manera acorde.

Lo cierto es que no ha escapado a mi atención (ni ignoro las consecuencias que esto puede tener en un contexto pequeño) el hecho de que en el transcurso de algunos años la prostitución literaria ha alcanzado una difusión alarmante que, por más que se le considere en lo esencial como sedimento, en realidad se encuentra tan lejos de serlo, desde un punto de vista fenoménico, que, por el contrario, se trata de la publicación más prominente de todas; al tener el mayor número de suscriptores de entre 43 diarios y otros órganos, es un hecho garantizado e indiscutible que es el periódico más leído de todos. En consecuencia, me maravilla y alarma al mismo tiempo que aquellos que realmente tendrían que ser considerados como los llamados a no polemizar con esta gente prostituida (pues uno no debería polemizar con ella) sino a etiquetarla [*al margen*: de la manera más enfática], hayan callado y hayan querido hacernos creer que nuestro contexto es grande, contribuyendo de esa forma a la difusión de la vulgaridad.

Por lo que se refiere a mí –pues, después de todo, yo también soy un autor en la literatura danesa y, por lo tanto, me interesa esta situación–, siempre pensé que así como un cantante debe seguir una dieta antes de un concierto y así como una mujer embarazada tiene que observar todas las medidas preventivas, de igual modo un escritor que ha invertido de forma ininterrumpida su esfuerzo en una obra coherente, sin prestar atención a lo que los demás juzgan sobre ella, tendría que atribuirle tal importancia que debería seguir la dieta más estricta en relación con todo lo demás y observar todas las medidas preventivas. Esto es lo que he hecho y, en consecuencia, he callado.

No obstante, a mediados de diciembre de 1845 terminé el *Postscriptum definitivo*, el manuscrito completo, el cual, de acuerdo con mi costumbre, entregué al editor**. En ese mismo momento tomé también

la decisión de realizar una demostración contra la barbarie literaria y su tiranía entre nosotros. Lo que me llevó a decidirme fue, por un lado, la gratitud por haber logrado terminar mi libro en tan poco tiempo y, por otro, una consideración bienintencionada respecto a los demás, de modo que, una vez que lo hube terminado, ya sin ningún reparo me atreví a exponerme a cualquier contratiempo. Quizá alguno observará, si es que lee esto, que aquello que los impacientes y necios han interpretado de tantas maneras como un paso precipitado de mi parte se trataba, en realidad, de algo cuidadosamente calculado y ponderado.

Como se ha mencionado, tal era el estado de las cosas para mí en los últimos días de diciembre de 1845. Entonces la Providencia vino en mi auxilio con una pequeña insinuación. El señor P. L. Møller, quien según una entrada redactada por él mismo en la Enciclopedia de escritores había estado activo lírica y satíricamente en *El Corsario****, me ayudó dándome la ocasión en un artículo publicado en *Gæa* y firmado por él. De ningún modo podía desaprovechar esta feliz oportunidad (porque es poco usual que el señor P. L. Møller firme con su nombre, y a pesar de que esto no es gran cosa, de cualquier manera es algo comparado con un anónimo).

Por otro lado, el artículo surtió efecto. No cabe duda de que el señor P. L. Møller se percató de que usar su propio nombre había sido un movimiento terriblemente desafortunado. En un pequeño anuncio firmado por él, muy cortés, casi servil –en especial si se le compara con mi acusación–, dio un paso atrás. A dónde fue, no lo sé, pero según lo que mi barbero me ha contado, a partir de ese momento hubo ajetreo en la pista de baile de la ruindad literaria de *El Corsario*. Pero también en otros periódicos.

**Al margen*: la prostitución literaria.

**Nota: Puesto que estamos acostumbrados a las mentiras más temerarias y dado que en este pequeño contexto no sirve de nada fingir ignorancia, me gustaría cerciorarme por adelantado de que ningún impertinente podrá hacer menos este hecho refiriéndolo, en consecuencia, a Bianco Luno, quien, después de todo, lleva un registro y puede atestiguar que las cosas son como digo.

***Nota: Tal vez algunos que recuerdan el escándalo que se armó cuando cometí el terrible delito de denunciar al señor P. L. Møller como

escritor en *El Corsario*, comprobarán ahora el descaro con el que se mentía, pues qué mejor garantía puede haber de ello que el artículo redactado por este mismo autor en una Enciclopedia de escritores.

En medio de su desgracia, Frater Taciturnus liberó al señor P. L. Møller de todas sus otras actividades literarias e intentó convencerlo de permanecer en su guarida, desempeñando el papel de primer caballero en la pista de baile de *El Corsario*. Esto concluyó con una réplica a *El Corsario*. Dicha réplica era irónica, pero tenía un fuerte énfasis en lo ético. Y la ironía sirve para revelar estos fenómenos y destapar lo que habita en ellos. (¿Qué debió haber respondido *El Corsario*? Considerando el artículo, debió haber admitido su admiración). Quedó claro que incluso *El Corsario* se desprecia a sí mismo, y que todo tiene que ver con su propio apasionamiento. vii [1] b 73 [-]

Frater Taciturnus dio muestras de comicidad al exigir ser ultrajado.

Lo ético es que todo ataque de *El Corsario* en contra de este hombre significa no tanto una denuncia más en su contra, sino más bien que se desprecia a sí mismo.

Tal vez ahora la gente empezará a darse cuenta de que lo que hice era lo correcto. En verdad, hubiera ofendido mi sentimiento nacional si un judío, después de haberse tomado toda clase de libertades, fuera capaz de aparentar que deseaba derrocar a la tiranía y huyera a Alemania para hablar de cómo en casa éramos oprimidos por la insolencia de su periódico.

Fragmentos sobre el *Postscriptum no científico y definitivo a Migajas filosóficas*

1846

Un anuncio de autenticidad — vii ¹ b 74 [-]

———

En razón de cierta forma y orden, por motivos que ni siquiera vale la pena ni escribir ni leer, reconozco aquí lo que en realidad apenas le interesaría a alguno saber*, tan poco como me interesa a mí que alguien lo sepa. Reconozco ser, bien entendido, el autor de:

Un artículo del *Flyveposten* y los dos[500]
sobre *De los papeles de alguien que todavía vive*.[501]
Un artículo de *Fædrelandet* firmado por A. F.
(sobre *O lo uno o lo otro*).[502]
Un artículo seriado en dos números (sobre Zerlina).[503]

Reconozco ser además, como se dice, autor de

Los Escritos Seudónimos.
Un artículo de *Fædrelandet* (Victor Eremita).[504]
Dos artículos de *Fædrelandet* (Frater Taciturnus).[505]

[500] *Cfr. sv* ¹ xiii, pp. 5 y ss., 9 y ss., 16 y ss.
[501] *Cfr. sv* ¹ xiii, pp. 43 y ss.
[502] *Cfr. sv* ¹ xiii , pp. 407 y ss.
[503] *Cfr. sv* ¹ xiii , pp. 443 y ss., 445 y ss. Zerlina, personaje del Don Giovanni de Mozart que representa a una aldeana prometida de Masetto.
[504] *Cfr. sv* ¹ xiii , pp. 411 y ss.
[505] *Cfr. sv* ¹ xiii , pp. 422 y ss., 432 y ss.

y también, por lo demás, reconozco no haber escrito nada, ni una sola línea, sin mi nombre debajo.
*aunque a la curiosidad puede gustarle estar por mucho tiempo adivinando.

vii [1] b 75 [-] <Una <primera y> última explicación>

Anuncio

[...][506] La voz de quien habla viene de mí, pero no es mi voz; la mano que escribe es mía, pero no es mi mano la que escribe. Desde el punto de vista jurídico y literario, la responsabilidad es mía*, pero [...][507] el hecho de que mi realidad personal respecto a los seudónimos es un peso efectivo que ellos desean sacarse de encima§** para vivir sin molestias***.[508] Precisamente cuando ésa es la relación, resulta muy irónico que yo, como ese fundamento oculto, reduplicado dialécticamente — sí, resulta muy irónico que yo sea llamado**** el autor de los autores, relación que, sin embargo, difiere de la indecencia de que un autor real tenga a otro detrás suyo que sea propiamente el autor, no del libro, cosa que vale en realidad para el primero que por medio del libro se convierte *efectivamente* en autor, sino en el autor de los autores. El autor poetizado tiene su determinada concepción de la vida [...][509] con la que danza*****: no es en realidad culpa mía, que, de manera decente y en interés de la pureza de la relación, hice todo de mi parte para evitar lo que una curiosa porción de un pequeño mundo de lectores§§, sabe Dios en interés de quién******, hizo todo por conseguir.

Con agradecimiento[510] al régimen que, de maneras tan diversas, aunque a menudo con dolor, por independencia, por salud, por irreprochable fuerza espiritual, por el equilibrio de la concepción, a pesar de que los pasos agigantados de la producción favorecían continuamente mi esfuerzo, por mi trabajo yo encontraba el descanso que necesitaba para trabajar y me concedía mucho más de lo

[506] *Cfr. sv* [1] vii , pp. 545-546.
[507] *Cfr. sv* [1] vii , pp. 546-547.
[508] *Cfr. Pap.* vii [1] b 76, 77 y 80.
[509] *Cfr. sv* [1] vii , p. 547.
[510] *Cfr. Pap.* vii [1] b 76 y *sv* [1] vii , p. 547.

que yo había esperado — esa realización significaba para los otros una insignificancia laberíntica —: dejé caer la pluma que, en mis manos de autor, había constituido mi trabajo obligado pero también la satisfacción de mi necesidad, esa [*al margen*: parsimoniosa pluma] pluma que tanto he querido a pesar de los reiterados costos*******[511] que tuve que pagar para que los seudónimos pudieran ser autores.

La oportunidad[512] parece invitar a eso, sí, exigirlo: entonces bien, aprovecharé la oportunidad de terminar este cuento para decir adiós a mi lector, si es que me animo a hablar de eso. En tal caso, yo reclamo de él un recuerdo del olvido tal como la situación requiere, como el ferviente aprecio ofrecido aquí con sinceridad en el instante de la despedida, puesto que yo, con los mejores deseos para su futuro, me aparto de los seudónimos y les agradezco obsequiosamente a todos por haber guardado silencio y agrego que respeto profundamente a la empresa Kts — que ha hablado.

Un hombre limitado,[513] activo, sólo puede entender y aspirar a entender hasta el fin una sola cosa: el deber que la Providencia exige de él; el uso que hará de eso, cuándo, cómo, o *quizá* ninguno; lo que podría sucederle, *quizá* esto, *quizá* aquello. Quien aprende a obedecer no se atreve a hacer esa pregunta, pero tampoco es responsable del resultado quien, en obediencia, es humorísticamente liberado de las fastidiosas fantasías sobre la extraordinaria importancia de las exigencias de los tiempos; quien, en egoísta preocupación, es irónicamente liberado de los cuidados del reino para con la multitud en realidad, todos y cada uno en particular sólo concentrándose en sí mismos pueden buscar y encontrar la verdad, en caso de que la encontraran en el único lugar donde se le debe buscar. Cuando ninguna determinación intermedia perturbadora, grandilocuente pero engañosa, falsifica la relación de un hombre con la divinidad, entonces, según lo que yo he aprendido de mis mayores e intenté comprender por mí mismo, el único discurso razonable consiste en comprometerse con seriedad interior, comprometerse con obediencia incondicional, despreocupación y, en lo posible, alegría para permitir que el resultado sea asunto

[511] *Cfr. Pap.* vii [1] b 132 y 211.
[512] *Cfr. Pap.* vii [1] b 76 y 79, y *sv* [1] vii, pp. 547-548.
[513] *Cfr. Pap.* vii [1] b 76 y 79.

de la divinidad y no mérito de sí mismo, ansiada******** seguridad de Dios, impotente para que un dudoso resultado haga dudar de algo, impotente para que el resultado más brillante demuestre algo y el caso más desafortunado refute algo — tanto respecto de la verdad como de la interioridad.

Copenhague, febrero de 1846

*Nota. Por esa razón, mi nombre como editor fue puesto directamente <1844> en la página del título de las *Migajas*, porque [...][514]
§ *Al margen*: como lo decisivo de toda la aspiración.
**_Al margen_: o bien, hacerlo lo más insignificante posible.
***_Al margen_: de ese modo mi facsímil, mi retrato, mi figura interpretada por cualquier agente de pasaportes produciría un efecto completamente perturbador y sólo tendría un minúsculo significado irónico si tales cosas fueran objeto de una ingeniosa profundidad de escudriñador.
****_Al margen_: O bien, del autor.
*****_Al margen_: Si quien me juzga se engañará a sí mismo considerando con privada indiscreción que no sólo no se trata de mis palabras, sino que además fueron presentadas indirectamente por los pseudónimos en una engañosa retracción.
§§ Ha estado ocupado en engañarse a sí mismo.
******_Al margen_: desde el comienzo
*******_Al margen_: en lugar de honorarios
********_Al margen_: fortalecimiento de <lo> interior y

vii [1] b 76 [-][515] Mi seudonimia <o polinimia> no tiene [...],[516] cuyo prólogo vuelve a ser la creación de un poeta*. El autor que poetiza [...].[517]

La oportunidad parece invitar a eso, sí, lo reclama: entonces aprovecharé la oportunidad de que el cuento esté terminado para despedirme de mi lector, si es que puede hablarse de tal cosa. Los

[514] *Cfr. sv* [1] vii , p. 546, nota.
[515] *Cfr. Pap.* vii [1] b 77.
[516] *Cfr. sv* [1] vii , pp. 545-546.
[517] *Cfr. sv* [1] vii , p. 547.

mayores, los evolucionados, los superiores sin duda no han encontrado lo que vale la pena. Alguno que otro posiblemente haya deseado serlo y quizá no lo haya logrado.

No es mi problema. Mi alegría era el trabajo, mi premio era tener éxito en la medida de mi concepción. Yo consideraba que eso era mi deber; me alentaba el hecho de cumplirlo. Era consciente de él como de una llamada interior, consciente de que la responsabilidad estaba cumplida, no importa si lo realizado era *quizá* juzgado por todos como un papel gastado o si *quizá* al instante siguiente alguien lo considerara significativo. Un pequeño hombre sólo puede una cosa [...],[518] sólo puede encontrar la verdad concentrándose en sí mismo. Si un enfermo que quizá tuviera una idea distinta de su enfermedad y del medicamento que debería tomar expresara su respeto por el médico diciéndole: "está bien, seguiré todas tus indicaciones, pero si muero, tenlo presente, si muero, entonces será tu problema" – eso resultaría algo humorístico [...].

Al margen*: Así, sucede que en los libros seudónimos no hay una sola palabra mía. En *O lo uno o lo otro* tengo tan poco que ver con el Asesor como con el editor del escrito, Victor Eremita, exactamente igual de poco. En las *Migajas filosóficas* aparezco en la página del título como editor, pero tengo tan poco que ver con el autor del prólogo y el del libro porque soy tan sólo una persona desconocida que es autor del autor,[519] cosa que, sin embargo, difiere de la vergüenza de ser un autor *real* que tiene detrás suyo otro autor, que es en realidad el autor del autor, porque en ese caso el autor del libro no es por supuesto el segundo, sino el primero, quien mediante el libro se convierte en autor, y a la vez el segundo es el autor del autor. Esa relación efectiva entre ambos es vergonzosa, mientras que mi relación de posibilidad resulta idealmente inocente toda vez que yo, dialécticamente reduplicado, debo ser llamado el autor de los autores no en un sentido eminente como alguien excepcional, sino en el sentido filosófico de un fundamento que llega hasta el fondo.

[518] *Cfr. Pap.* vii [1] b 75.
[519] *Cfr. Pap.* vii [1] b 75 y 77.

**Yo, un pobre hombre, que con mucha ironía es dialécticamente reduplicado — sí, con bastante ironía — debe ser llamado el autor de los autores.

vii [1] b 77 [-][522] Mi pseudonimia o bien [...][521] ni una sola palabra de mí mismo. Yo soy ese fundamento oculto, ese pequeño hombre que, de manera muy irónica, dialécticamente reduplicado — sí, eso es muy irónico, debe ser llamado el autor de los autores, relación que es diferente de la indecencia de que un autor *real* tenga a otro detrás suyo, que sea en verdad el autor del autor, no propiamente de un libro, porque lo primero es que mediante el libro uno deviene autor. El autor poético tiene [...][522] la ligera idealidad del escritor efectivamente poético con la cual danzar: eso en verdad no es mi culpa.

vii [1] b 78 [-][525] Desde los puntos de vista jurídico y literario, la responsabilidad es entonces mía, pero en el sentido puramente dialéctico de la realidad poética de la idealidad, la situación debe determinarse precisamente de manera tal que lo expresado no sean mis palabras, sino que yo sea quien, produciendo al autor en realidad poético que se expresa, haya *causado* la audibilidad de lo expresado en el mundo de la realidad, cosa que por supuesto no puede confundirse con las personas realmente poéticas y que por lo tanto, desde los puntos de vista jurídico y literario, recae sobre mi [...].[524] Toda creación poética sería *eo ipso*[525] imposible o insignificante o insoportable si cada palabra fuera <[la propia palabra del poeta]> la propia palabra de quien la produce. Y mi realidad personal resulta, en cuanto a los libros pseudónimos una pesada carga de realidad que ellos de verdad preferirían sacarse de encima. Al igual que un facsímil de mi manuscrito o un retrato de mi rostro que pretendiera iluminar a algún ingenioso escudriñador de los pseudónimos, sería una ridiculez.

[520] *Cfr. sv* [1] vii , p. 546.
[521] *Cfr. sv* [1] vii , pp. 545-546.
[522] *Cfr. sv* [1] vii , p. 547.
[523] *Cfr. sv* [1] vii , p. 546.
[524] *Cfr. sv* [1] vii , p. 547.
[525] Véase nota 97.

UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA